
600043834S





CARTAS

SOBRE

MISIONES

POR

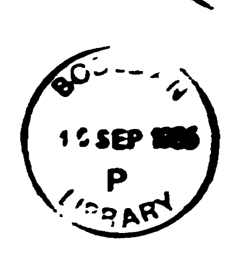
ALEJO PEYRET



BUENOS AIRES

Imprenta de LA TRIBUNA NACIONAL
86—San Martin—86

1881



ADVERTENCIA

El señor D. Alejo Peyret, distinguido escritor francés, residente desde ha mas de veinte años en Entre-Rios, fué comisionado por la Oficina de Tierras y Colonias para hacer un viaje al territorio de Misiones é informar sobre las localidades mas convenientes para la colonizacion oficial.

El señor Peyret llevó á cabo su cometido con tanta actividad como inteligencia.

La Oficina de Tierras y Colonias obtuvo los datos que necesitaba, y el señor Peyret solicitado por la direccion de *La Tribuna Nacional* escribió en forma de cartas la descripcion geográfica y pintoresca del territorio que acababa de recorrer.

Esas cartas han llamado la atencion general, por las revelaciones que contienen sobre una region que, por causas que todos conocen, ha permanecido aislada y olvidada de los gobiernos anteriores.

Al publicarlas coleccionadas, creemos servir á los intereses del país y del gobierno, á quienes favorece el trabajo del señor Peyret, dando á conocer en estilo animado y con admirable talento de observacion, una de las mas ricas y privilegiadas zonas de la República.

Buenos Aires, Setiembre de 1881.

Al Sr. Jefe de la Oficina Central de Tierras y Colonias, D. Enrique Victorica.

Tengo el honor de remitir á vd. un folleto, compuesto de treinta cartas que dirijí á un diario de esta capital, sobre el territorio de Misiones. Ese trabajo no es sino el preludio de otro que pienso llevar á cabo mas tarde sobre el mismo asunto, cuando haya podido completar mis estudios y mis exploraciones en desempeño de la comision que se dignó confiarme ese Departamento, con fecha 9 de Abril ppdo., y que no pudo verificarse del todo á consecuencia de circunstancias que no ignora el señor Jefe.

Si adopté esa forma de publicacion, fué porque pareció conveniente para ilustrar mas pronto la opinion general sobre una region hasta entónces poco conocida; pero sin duda era con la condicion inevitable de entrar en detalles, y de usar un estilo que talvez no convendrian en un informe oficial, debiendo este ceñirse á una esposicion fria y metódica.

Por lo demás, creo no haber omitido punto alguno de los que me prescribian las instrucciones que vd. se sirvió remitirme para dar una idea exacta de ese territorio.

Tengo tambien el honor de remitir á vd. un plano de la ciudad de Posadas (a) trinchera de San José y de su municipio, otro plano del pueblo de Santa-Ana y de su municipio, los cuales fueron levantados por los agrimensores de la Provincia de Corrientes, un mapa del rio Paraná desde el puerto de Itapuía hasta Cedro Guazú, es decir, durante una estension de cien leguas más ó ménos, levantado por el agrimensor D. Juan Irigoyen, á bordo de un buque de guerra brasilero en el año de 1870, y en fin un cuadro figurativo de las distancias que mediaban entre los treinta pueblos antiguos de Misiones, levantado por el jesuita José Manuel Peramas.

Remito igualmente un frasquito de aguardiente de caña de azúcar elaborado en Posadas y un atado de cañas de azúcar de la misma localidad.

Estoy esperando dos cajones que contienen muestras de tierras y minerales recogidos por mi desde Posadas hasta el I-guazú, y que remitiré igualmente tan pronto como lleguen, para que se sirva someterlos al exámen de hombres científicos.

Tengo el honor de saludar al Sr. Jefe con la mas distinguida consideracion.

ALEJO PEYRET.

CARTAS SOBRE MISIONES

I

Señor Director de LA TRIBUNA NACIONAL.

Sin perjuicio de un estudio mas detallado que voy á preparar sobre el territorio de las antiguas Misiones jesuíticas, tengo el honor de remitir desde ahora á vd. un compendio de los datos que he podido recoger en mi excursion por esa parte interesantísima de la República Argentina.

Con razon, habíanla ponderado todos los viajeros que la visitaron; puede decirse sin exageracion que vale tanto por sí sola como muchas otras reunidas, y no se comprende como ha quedado hasta ahora inexplotada y casi ignorada.

El principal motivo de este descuido imperdonable, ha sido indudablemente la creencia de que ese territorio era en alguna manera inaccesible, por las dificultades que presentaba la navegacion de los rios, y que, mientras no se abriesen comunicaciones terrestres, era preciso abandonar la idea de penetrar hasta ese jardin de las Hespérides, custodiado por obstáculos insuperables. Pero, despues de los informes

que he recogido, puede asegurarse que todas esas suposiciones no tenian fundamento sério.

La comunicacion fluvial, que es la mas fácil, la mas barata de todas, puede establecerse inmediatamente, al menos por la via del Paraná. El gran rio de Sud-América ha sido calumniado, es navegable, no presenta obstáculos insuperables hasta el famoso salto de Guaira, que queda fuera del territorio argentino.

El salto de Apipé ó de Ituzaingó, de que tanto se ha hablado, presenta en cualquier estacion agua suficiente para los buques, pero es preciso construir buques á propósito—como se hace en todas partes del mundo—es decir buques de poco calado y de una gran fuerza motora. Si el alto Paraná perteneciese á los anglo-americanos, hace tiempo que estaria surcado por un sin número de vapores. Se me ha asegurado que en el mismo Brasil se navegan rios que ofrecen dificultades mucho mas grandes. En Europa, es preciso que un rio tenga muy poca agua para oponerse al paso de un vapor.

Debe agregarse que la ciencia moderna dispone de medíos bastante poderosos para remover esos obstáculos al parecer tan temibles: el siglo que ha horadado el Monte Cenis y el San Gotardo no puede retroceder ante la *restinga* de Ituzaingó.

Pasando ese punto, el rio es perfectamente navegable hasta la confluencia del Iguazú, es decir, hasta el límite de la República Argentina. He tenido la satisfaccion de recorrerlo desde la *Trinchera de San José* (Posadas) hasta aquel punto en un vapor que cala *once* cuartas, el vapor *Caremá*, de los señores Uribe y Ca., el cual hace el tráfico de yerbas entre Itapúa y Tacuru-Pucú en el Paraguay. Otros vapores, la *Teresa*, la *Elisa*, siguen la misma carrera, pero no llevan pasageros, y solo sirven para usos particulares.

Es preciso, pues, que desaparezca esa preocupacion in-

fundada, para que sea un hecho la navegabilidad del alto Paraná en toda su estension, que el génio de la empresa se lance á esa region casi desconocida, para que se pueble el desierto de Misiones, para que se esploten esas riquezas naturales perdidas en una soledad casi absoluta.

El rio Paraná, uno de los mas caudalosos del mundo, «uno de esos caminos que andan por si solos,» como decia Pascal, corre actualmente en el desierto. A veces al contemplar sus pintorescas barrancas cubiertas de una vegetacion exuberante, engolfabase mi pensamiento en los tiempos futuros, y lo veia entonces convertido en una especie de calle líquida que regaba ciudades, poblaciones, usinas, casas de campo, cañaverales, cafetales, viñedos, quintas; en fin, un mundo de riquezas, como le conviene á todo rio civilizado

El rio Paraná —en el territorio de que se trata—tiene un gran número de afluentes, y son los principales el *Guarupá* que desemboca entre la trinchera de San José y la Mision destruida de Candelaria, el *San Juan* entre Candelaria y Santa Ana, el arroyo de *Santa Ana*, que viene de la Mision del mismo nombre, el *Yabebiri*, que es navegable y ofrece un fondeadero escelente, el *Santo Pipó*, arriba de Corpus, el *Toboi*, el *Paranai*, el *Pirai-Guazú*, el *Uruguay* y en fin el rio *I-guazú* ó agua grande, que es el limite setentrional de la República, rio muy caudaloso y navegable hasta llegar a famoso salto de «Victoria», á seis leguas de su confluencia con el Paraná. El salto del I-guazú es uno de los mas elevados del mundo, pues tiene casi sesenta metros de alto, y es uno de los cuadros mas pintorescos que pueden contemplarse; pero esa cualidad tan apreciada por los turistas y los artistas, le quitará una parte de sus méritos en la mente de los economistas utilitarios porque este es un obstaculo insuperable para remontar el rio.

Con todo, el I-guazú no dejará de prestar servicios, cuando entre alli la actividad humana, porque el torrente, á po-

ca distancia del salto, vuelve á convertirse en rio navegable, y, en cuanto á la parte superior, no hay duda de que lo es.

El gobierno brasilero lo mandó explorar en el año de 1865 por dos ingenieros alemanes, que lo reconocieron en canoa durante una estension de mas de cien leguas, é interrumpieron sus trabajos antes de llegar al salto de Victoria. Por consiguiente hay allí un campo vasto para la navegacion interna, aunque presenta una solucion de continuidad. Ademas, debe observarse que la distancia en linea recta desde el salto hasta el rio Paraná no puede ser de mas de tres leguas: luego podria establecerse fácilmente una comunicacion terrestre para salvar esos inconvenientes.

Debo hacer presente que el rio I-guazú, es el derrotero que siguió el famoso conquistador Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, cuando cruzó el continente americano, dirijiéndose á la Asuncion: del I-guazú pasó al Monday, en la costa paraguaya, el cual tiene tambien un salto de una belleza estraordinaria, aunque mas diminuta que la del primero. Pero creo que debo recomendarlo, aunque sea de paso, á los admiradores de los grandes cuadros de la naturaleza, que saborean las descripciones del Niágara y no saben que tienen á sus puertas espectaculos por lo menos tan preciosos, ignorados en las selvas virgenes de las Misiones.

No he visto el Niágara, pero dificulto que puedan verse cosas mas bellas, mas imponentes que los saltos de I-guazú y del Monday.

Dejando á un lado la parte pintoresca y volviendo á la parte utilitaria, debo decir que esos imnumerables arroyos que cruzan el territorio de Misiones, presentan á cada momento caidas naturales y serán otros tantos motores hidraúlicos para la esplotacion de las riquezas de aquel: podrán establecsrse toda clase de industrias y de usinas para

beneficiar los productos de la naturaleza y de la actividad humana. El agua es indudablemente una fuerza mas barata que el vapor, y debe preferirse cada vez qne pueda utilizarse; pero las mismas máquinas de vapor tendràn á su disposicion una mina inagotable de combustible en las inmensas selvas virgenes de Misiones, porque todo aquello es una selva inpenetrable, y no púede darse un paso sin tropezar contra un árbol, contra un gigante de la vegetacion.

El explorador tiene que andar con el machete en mano y abrirse camino al traves de las ramas enmarañadas, de las tacuaras y de las enredaderas. Pero no quiero anticiparme. Mas adelante entraré en mas detalles sobre la vegetacion de aquella comarca.

Por esta vez, mi tópico especial ha sido la nagabilidad del Alto Paraná: á eso he querido ceñirme.

Muchos creen, y yo mismo he creido durante mucho tiempo, que las riquezas naturales de Misiones no podian esplotarse, que la inmigracion y colonizacion no podian penetrar allí, por falta de medios de trasporte, por falta de comunicaciones fáciles y baratas. He ido hasta Ituzaingó, he ido hasta Trinchera de San José, he ido hasta Santo Pipó, he ido hasta el Iroy-Guazú; finalmente, he ido hasta el Salto del I-Guazú, y vuelvo convencido de que el hombre trabajador puede hacer lo mismo, seguro de encontrar allí el bienestar primeramente y luego tambien la riqueza.

Pero el hombre aislado no puede hacerlo todo. Allí se trata de una verdadera conquista, de una conquista sobre la naturaleza y sin la cooperacion de la fuerza colectiva, sin la accion del Estado, la ocupacion y la esplotacion de ese territorio vírgen, de esa selva, serán imposibles ó se harán esperar mucho tiempo. Tal es mi opinion, tal será la de todos los que lo visiten.

Detèngome aquí por esta vez. Para despues otros detalles y otras consideraciones.

II

En mi carta anterior demostré la navegavilidad del Alto Paraná hasta mas allá de la confluencia del rio I-guazú (en guaraní, Agua Grande), que otros llaman rio grande de Curitiba, y que es el límite setentrional de la República Argentina. A treinta y tantas leguas de ese confluente, encuéntrase el famoso salto de Guayra, visitado y descrito, en el siglo pasado, por el coronel de ingenieros Azara, hasta ahora el autor mas exacto y mas completo que haya escrito sobre estos paises, porque él hablaba de *visu* y despues de haberlos recorrido en todas direcciones durante veinte años. Otros han venido despues, haciendo mapas fantásticos, que no tienen relacion alguna con la realidad.

Despues del Salto de Guayra, el Paraná vuelve á ser navegable durante una gran estension, ochenta leguas á lo menos, segun me han asegurado los baqueanos brasileros que me acompañaron en mi rápida escursion á esas regiones.

Actualmente el vapor *Caremá*, de los señores Escobar y Uribe, vapor que cala once cuartas, y conocido en este puerto con el nombre de *Rivadavia*, remonta mensualmente hasta los yerbales de *Tacuru-Pacú*, cuyo puerto está situado á

seis leguas arriba de la confluencia del I-guazú, y no abajo, como lo he visto en un mapa fantasista, para valerme de unas espreciones usadas por el doctor Burmeister.

Yo tengo un mapa del alto Paraná, el mas exácto, segun afirmaciones de todos los individuos de aquellos parajes, y fué levantado por el agrimensor Juan Irigoyen, á bordo de una cañonera brásilera en el año de 1870. El mismo agrimensor practicó tambien sondajes, y de todo aquello resulta la perfecta ó casi perfecta navegabilidad del alto Paraná, al menos por lo que corresponde al territorio argentino.

Con el Paraná es preciso nombrar al I-guazú, rio inferior, pero de los mas caudalosos, y navegable tambien, en la parte superior del salto, el cual, en la línea recta, dista, cuando mas, tres leguas del Paraná.

El rio I-guazú es, pues, una gran corriente de agua, que se pierde en la soledad de las selvas, sin prestar servicio alguno á la humanidad, á la civilizacion.

Martin de Moussy, que estuvo en Itapuá en 1855-56, decia ya entonces: «Por falta de poblacion, ese rio magnífico «corre en el desierto. Fué, sin embargo, navegado uno de «los primeros, cuando el descubrimiento, pues Alvar Nuñez «Cabeza de Vaca, en 1541, embarcó allí sus enfermos en las «canoas que le prestaron los guaranis, que vivian entonces «en las riberas, y lo llamaban el Agua Grande, el I-guazú».

Alvar Nuñez llegó hasta el salto, de allí pasó por tierra al Paraná y entró en el rio Monday, como ya lo dije.

El Monday corre actualemente como el I-guazú, en la soledad mas absoluta; no encontré mas que monos en sus riberas, y una canoa de indios arrebatada por la corriente. Echase de ver que poco hemos adelantado, no digo desde la escursion de Martin de Moussy, costeado por el Gobierno de la Confederacion Argentina, sino desde la espedicion de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, hace tres siglos y medio. No puede negarse que esos conquistadores eran hombres

de una audacia y de una energia estraordinarias; sin duda alguna nosotros hemos degenerado. Por ejemplo, no me esplico como Alvar Nuñez pudo recorrer en tan poco tiempo la distancia inmensa que separa á Santa Catalina de la Asancion, cuando yo y mis compañeros de viage hemos tenido que gastar cinco horas para abrir un *pique* en la selva virgen hasta llegar al pié del salto de Monday. Se ha dicho, para dar la razon de esa celeridad prodigiosa, que esos paises, hoy solitarios, tenian entónces una poblacion numerosísima de indigenas, y que estos prestaban su cooperacion al atrevido conquistador. Sea lo que fuere, no hemos adelantado, hemos mas bien retrocedido. Es tiempo de que la actividad humana vuelva hacer su aparicion en esas selvas lóbregas y solitarias, donde el silencio solemne de una naturaleza exuberante infunde al mismo tiempo un sentimiento de admiracion y de tristeza.

Desde que hablé de Monday, y aunque no está en tierra argentina, debo rectificar un error, que encuentro en la mayor parte de los mapas. El Monday no tiene su desembocadura al Norte, sinó al Sud de la del I-Guazú.

Hay una ignorancia casi completa sobre las regiones del alto Paraná. Veóme, pues, obligado á hablar de ellas como de un mundo recien descubierto. Confieso, por otra parte, que esa ignorancia es disculpable, porque el modo de viajar en esa direccion ofrece pocas comodidades.

Desde luego, el vapor ó los vapores que hacen el servicio entre Corrientes é Itozaingó, son los mas incómodos que puede imaginarse. Uno no tiene cámara; hay que vivir allí como en un campamento, debajo de un toldo. Otro tiene cámara, pero á penas hay donde sentarse; el mismo salon sirve para comer y para dormir. Luego, son de poca fuerza y andan muy despacio, sobre todo cuando van para arriba

Careciendo de fuerza motora suficiente y no habiéndose construido á propósito para la navegacion de esos parajes,

no se atreven á pasar la *corredera* de Apipé, y fondean en el arenal de Ituzaingó, á la extremidad de la laguna Iberá.

Hay, pues, que trepar por el arenal de ituzaingó, subir á la diligencia de Colmeiro, un español bizarro y de muy buena voluntad con quien simpatizan todos los pasajeros; pero con toda su buena voluntad, no puede hacer Colmeiro que los caminos no sean abominables en la arena, en el barro, en los bañados de la gran laguna, donde hay forzosamente que caminar al tranco para no irse á pique, en las zanjas, en los arroyos pedregosos, en fin, en todos los accidentes de esa naturaleza primitiva; luego, hay que llevar provisiones de boca consigo, porque en el camino no se encuentra donde comer, ni con dinero; luego, hay que dormir á mitad del camino en un rancho de *mala muerte*; luego, hay que fastidiarse en las postas mientras vienen ó no vienen los caballos; en resumidas cuentas, hay que gastar dos dias para andar veintidos leguas, y eso nos parece estraño á nosotros los viajeros acostumbrados á recorrerlas en menos de uno.

Pero así mismo, recien empiezan las dificultades. La diligencia de Colmeiro ha depositado al viajero en la ciudad moderna de Posadas, ó Trinchera de San José, á ochenta y siete leguas al Este de Corrientes, en frente á la villa paraguaya de la Encarnacion de Itapuá. (No debe confundirse la poblacion paraguaya de Itapuá con la poblacion argentina de Trinchera de San José ó Posadas, ni la Trinchera de San José con la Tranquera de Loreto, que está á la entrada de la laguna Iberá.)

Con la llegada á Trinchera de San José concluyen para el viajero las comodidades, el *confort* de la vida civilizada. Desde allí en adelante ya no hay diligencias, ni coches; hay carretas de bueyes, y que caminos! que pasos! qué sendas! qué picadas! Si llueve, si crecen los arroyos, todo aquello se vuelve intransitable, y hay que formar campamento á

la luna de Valencia. En las riberas del Guarupá, arroyo que corre entre Trinchera de San José y Candelaria, encontré unas carretas brasileras que estaban esperando, hacia cinco dias, la bajada del arroyo, y tenian cada una cinco yuntas de bueyes. Solo los reyes merovingios pueden resignarse á viajar de esta manera y gastar una semana para andar una docena de leguas.

En cuanto á los caballos se han vuelto escasísimos en esos parajes. Suponiendo que uno los tiene, en las picadas abiertas al traves de las selvas, hay que ir forzosamente al tranco, uno tras de otro, por verdaderas sendas de cabra, cuidandose de las ramas que le arañan la cara, y de las piedras que hacen el camino resbaladizo; sin ver el sol á las 12 del dia, en una oscuridad surcada por proyecciones luminosas, como en un sótano interminable. Porsupuesto, débese ir provisto de viveres, ó acompañado de buenos perros para cazar la comida; sinó, queda uno espuesto á morirse de hambre, porque no todos saben descubrir miel en el hueco de los árboles ó dar con frutas silvestres.

Si el viajero quiere ir por agua, valerse del «gran camino que camina,» tiene que luchar contra la corriente rapidísima del Paraná. A medida que uno vá subiendo, el rio se estrecha, se encajona entre barrancas pedregosas, que llegan á formar verdaderos paredones perpendiculares, y por consiguiente se vuelve mas correntoso, mas impetuoso. Las chalanas, las canoas se ven obligadas á navegar por la orilla, valiéndose del *botador* y á menudo de la *espia* para adelantar algunas varas. Es preciso que uno esté dotado de una paciencia angélica para adoptar semejante modo de viajar. Pero no se puede de otra manera.

El lector me dirá: ¿porqué no anda vd. á pié?—Andar á pié por en medio de la selva vírgen, enmarañada, de la selva impenetrable, de las zarzas de los tacuarembós, de las ta-

cuaras? Que idea! Puede uno andar á pié, pero solo con el *machete* en mano, abriendo *pique*, cortando ramas, y al fin del dia habrá tal vez adelantado una legua, si anda provisto de brújula y no pierde el rumbo.

—Entónces, porque no anda vd. en vapor?—Porque no hay vapores en el alto Paraná, es decir no los hay que hagan el servicio público.

Parece increible que un rio que puede llevar buques de alto borde, fragatas, no esté surcado sino por canoas de indios, cavadas en un cedro ó en un timbó, y solo por tres ó cuatro vapores de empresas particulares, que no admiten pasageros. Resulta que, para ir desde la *Trinchera de San José* hasta el *Guazú*, para recorrer ochenta leguas, hay que gastar *quince* dias, acampando todas las noches en la costa, cuando el descenso puede hacerse en *dos*.

Como lo ve vd., señor Director, un viaje á las regiones del alto Paraná, una escursion á las Misiones, ofrece serias dificultades.

No debemos admirarnos si los *turistas* no han tomado hasta ahora esa direccion y si los empresarios especuladores no han pensado en las ventajas de esa *tierra ignota*.

Pero ¿qué consecuencia debemos sacar nosotros de esas observaciones?

—Una, y muy sencilla: es que la iniciativa individual es impotente, cuando no está apoyada por la fuerza colectiva; en una palabra, que la accion del Estado tiene que hacerse sentir en esas apartadas regiones, para llevar allí la actividad humana y despertar un mundo de riquezas.

Esta será la conclusion de esta carta y de todas las que podré escribir en adelante.

III

Antes de ir mas adelante, creo conveniente entrar en algunos detalles históricos y greográficos sobre el territorio de lo que fueron las antiguas Misiones, no para Vd., que seguramente conoce mejor que yo su historia, sinó para la generalidad de los lectores, que la olvidaron ó no hicieron de aquellas cuestiones su especial estudio.

Los primeros establecimientos de los jesuitas no se hicieron en los parajes donde encontramos actualmente sus ruinas, sinó á una gran distancia de allí, en la provincia de Guayra y en el alto Paraguay. Los jesuitas operaban entonces en una gran estension de territorio.

«Lo que la compañia llamaba su provincia del Paraguay, comprendia los territorios del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman, que en lo civil y eclesiástico, formaban, á fines del siglo diez y siete, tres provincias diferentes, con obispo y gobernador en cada una.

«La provincia de la compañia de Jesus del Paraguay, tomó este nombre por haber los primeros misioneros entrado en el Paraguay antes de penetrar en las provincias de Buenos Aires y Tucuman, y por haber principiado allí sus conquistas espirituales, y haber habido allí mayor número de conversiones. . . . . .

«Aunque los jesuitas ejerciesen sus funciones eclesiásticas en esas tres provincias, del Paraguay, Buenos Aires y Tucuman, que ellos apellidaban, como ya dije, provincia de la compañia de Jesus del Paraguay, y que al principio formaban una sola provincia, fué principalmente en las provincias de Guayra, desde el rio I-guazú hasta el rio Tieté, en una superficie de tres grados de latitud y dos de longitud (desde el 21° al 24° de latitud Mer. y del 54° al 56°, longitud O. de Paris), donde hemos visto que los españoles habian fundado ya las ciudades de Ontiveros, Villa Rica, Ciudad Real, Xerez, etc., y trece colonias en la costa del gran rio Paraná y al Norte del Salto Grande, de ese mismo rio y de Vera, donde abajo del Salto los españoles habian fundado ya nueve colonias y en las cuales los primeros misioneros mostraron su celo apostólico.

«Al mismo tiempo segun el destino que fué señalado á los siete primeros jesuitas, ellos catequizaron y establecieron reducciones desde el 23° hasta el 30° de latitud Sud y entre los 56° y 60° de longitud, O. de Paris, siendo Belem la reduccion mas setentrional, á los 23° 26, 17» de latitud y á los 59° 28'0« de longitud, y la reduccion de Yapeyú la mas meridional, y la mas inmediata al rio Miriñay, que formaba la division del resto de Entre-Rios, á los 29° 31'47« de latitud Sud y á los 58° 58, 28« de longitud O.; sirviendo de limites á esa república jesuitica, al Norte el rio Tebicuary, que desemboca en el Paraguay, las últimas ramificaciones de la cordillera de este pais y los bosques espesos que lo cubren hasta Belem: al Oeste la laguna Iberá y el rio Miriñay; al Sud, en la margen oriental del Uruguay, el rio Ibicuy; al Este la sierra de los Tapes y del Yerbal por la picada de San Martin, y al Nor-Este las selvas virgenes del territorio hasta el rio I-guazú, terreno inmenso regado por tres de los mayores rios del mundo y sus inumerables afluyentes, pintoresco en la par-

te montañosa y sus bosques vírgenes, sumamente fértil y en un clima perfectamente suave y saludable».

Tomo estos datos de la interesante obra titulada «Historia da República Jesuitica do Paraguay desde ó descobrimento do Rio da Prata até nossos dias, anno de 1861, pelo Grego Joao Pedro Gay, vicario de S. Borja nas missoes brasileiras, publicada por deliberaçao do Instituto Historico e geografico brasileiro—Rio de Janeiro, 1863».

El Padre Gay es actualmente cura de la Uruguayana.

Añade el mismo autor: «A la oposicion sistemática de los españoles, que atribuian á los jesuitas todos los reglamentos hechos por la corte de Madrid para librar á los indios del servicio personal de las encomiendas, no tardaron en agregarse otros males.

«Los habitantes de Villa-Rica, y sobre todo los habitantes de San Pedro en el Brasil, á pesar de ser cristianos, no se hacian escrúpulo de ir á robar los indios en las reducciones confiadas á los jesuitas y de ir á venderlos como esclavos. Abandonados por los gobernadores españoles, que debian haberlos protejido á fuer de defensores naturales, los jesuitas y sus neófitos no pudieron resistir los ataques frecuentes de los paulistas, unidos con los salvajes tupis y otros indios no menos bárbaros. En 1631 fueron obligados los jesuitas y los indios á abandonar todas sus reducciones de las provincias de Guayra y de Vera, y á retirarse como á doscientas leguas al Sud, quedando reducidas las reducciones, de cien mil almas que contaban, á doce mil, que alcanzaron el lugar elegido para fundar nuevas reducciones. Dice M. Alcide D'Orbigny en su *Voyage en Amérique*, que está probado por documentos auténticos, que desde 1628 hasta 1630, los paulistas robaron y vendieron como esclavos mas de setenta mil habitantes de las reducciones.

«Llevóse, pues, á cabo la emigracion. «Transmigracion,

dice el doctor Francisco Xarque, algo semejante á la de Moisés cuando sacó del Ejipto para la Palestina al pueblo de Dios, para librarlo de la esclavitud, y no menos trabajosa, porque, si bien esa nueva transmigracion era menos numerosa que la primera por las personas que llegaron al término de la peregrinacion, aquella carecia de los recursos y de las riquezas que esta podia sacar de Ejipto.

«A los indios faltaron tambien el maná y las codornices, que cada dia llovian abundantemente del cielo sobre el campamento de los israelistas . . . . Cuando llegaron los jesuitas con la inmigracion de los indios de la provincia de Guayra, en 1631, al territorio encerrado entre los rios Paraná y Uruguay, además de los cuatro pueblos de Loreto, tanto Ignaico Miní, Santiago y Santa Maria da Fé, de institucion de los gobernadores, pero que los jesuitas tenian y dirijian como si fuese de su propia institucion, existian ya mas allá del Paraná, entre ambos rios, y de este lado del Uruguay, otros diez pueblos de institucion propiamente jesuítica, y que contribuyeron poderosamente para la edificacion de otras reducciones y para acomodar á los doce mil indios emigrados de Guayra.

«Esos diez pueblos eran: al Norte del Paraná, San Ignacio Guazú, principiado el 7 de Enero de 1610 por el jesuita Marcelo de Lorenzana y por el padre seglar Hernando Cueva; Itapúa, fundado en 1614; Concepcion, fundado en 1610; Corpus, fundado en 1622; Santa Maria Mayor, en 1626; Yapeyú, en 1626; Candelaria, en 1627; San Javier en 1629; La Cruz, en 1629; y en la ribera oriental del Uruguay, San Nicolás, fundado en 1627.

«El mismo año de la llegada de los padres y de los indios de Guayra en 1631, los jesuitas fundaron la reduccion de San Cárlos. El año siguiente de 1632, fundaron cuatro reducciones: Apóstoles, San Luis, San Miguel y Santo Tomé.

«En el año de 1633, fundaron tres reducciones, Santa Ana, San José, Mártires; y en 1634 la de San Cosme. Y para poner de una vez bajo de un solo golpe de vista todas las reducciones jusuíticas, añadiremos que en 1685 fundaron el pueblo de Jesús en la márgen derecha del Paraná.

«En el año de 1690 fundaron San Borja, colonia de Santo Tomé; y en 1691 San Lorenzo, colonia de Santa Maria la Mayor, ambos pueblos en la márgen oriental del Uruguay.

«En el año de 1698, fundaron San Juan, colonia de San Miguel, tambien en la misma costa oriental. En el mismo año de 1698, fundaron el pueblo de Santa Rosa, colonia de Santa Maria de Fé, y en 1706, Trinidad, colonia de San Cárlos, ambas estas colonias en la márgen occidental del Paraná. En 1707, San Angel fué fundado por colonia de Concepcion. En fin en los años de 1746, 1749 y de 1760, para reunir sus misiones del Paraguay con las que la compañía de Jesús tenia en la provincia de Chiquitos, fundaron los jesuitas de la provincia del Paraguay, al Norte del rio Tebicuary, en el alto Paraguay, las tres reducciones de San Joaquin, San Estanislao y Belen.

«Siendo asi el total de los pueblos gobernados por los jesuitas en la provincia de la compañía de Jesús del Paraguay, treinta y tres pueblos, de los cuales cuatro de institucion española y veintinueve de institucion puramente jesuítica. Esas treinta y tres reducciones ó pueblos formaban la muy famosa república cristiana de los jesuitas del Paraguay».

No es este el momento, señor Director, de exponer la organizacion social, religiosa, política y económica que los jesuitas habian dado á sus poblaciones. Por ahora, me ciño á referir los hechos históricos. Voy, pues, ade lante.

En 1759, los jesuitas fueron desterrados de Portugal y de sus colonias, y por decreto de 2 de Abril de 1767; Cárlos III los espulsó igualmente de España y de sus colonias.

Bucareli, gobernador de Buenos Aires, fué encargado de la ejecucion del decreto (1768).

Despues de la salida de los jesuitas de la provincia del Paraguay, el gobierno español *reconcentró en una sola mano la jurisdiccion de toda la provincia de Misiones.*

El Gobernador residia en *Candelaria* y tenia bajo sus órdenes un teniente Gobernador para cada uno de los siete departamentos en que se dividió el territorio entero. Este teniente gobernador era siempre un oficial de tropa de línea ó de milicias.

Los siete departamentos fueron los siguientes:

1° San Miguel, comprendiendo: San Nicolás, San Luis, San Lorenzo, San José, San Juan y San Angel.

2° Yapeyú, comprendiendo: la Cruz, San Borja y Santo Tomé.

3° Apóstoles, comprendiendo: San Cárlos, San José, Mártires, Concepcion, Santa Maria la Mayor y San Francisco Javier.

4° Candelaria, comprendiendo: Santa Ana, Loreto, San Ignacio Miní y Corpus.

5° Itapúa, comprendiendo: Trinidad, Jesús y San Cosme.

6° Santa Rosa, comprendiendo: Santa Maria de Fé, San Ignacio Guazú y Santiago.

7° San Estanislao, comprendiendo: San Joaquin y Belem.

Era esta division conforme á la division geográfica de los pueblos.

Cuando en 1778 se creó el vireinato del Rio de la Plata, el Gobernador de la Provincia de Misiones quedó directamen-

te bajo las órdenes del virey que residia en Buenos Aires. Hiciéronse despues, varias modificaciones á esta division. En tiempo del teniente gobernador Doblas, los once pueblos del Paraguay y los cinco de la costa meridional del Paraná, dependian del Obispado de la Asuncion, y los otros diez y siete pertenecian al Obispado de Buenos Aires.

Padres franciscanos, dominicos y de la Merced quedaron encargados de la parte espiritual de las Misiones, siendo repartidos dos en cada pueblo, uno como vicario y otro como coadjutor.

Admon de las Misiones despues de la Expulsion de los Jesuitas —

IV

Voy á continuar la exposicion histórica que comencé en la carta anterior.

Hemos visto que los padres franciscanos, domínicos y de la Merced habian sido encargados de la parte espiritual, siendo repartidos de á dos, uno como cura, otro como vicario, en cada reduccion.

Los indios continuaron viviendo en comunidad, solo que se hicieron algunas modificaciones en ese régimen: los guaranis tuvieron que trabajar una semana para la comunidad y otra para ellos; continuaron yendo á los yerbales por pandillas, y cuidando las estancias. La comunidad suministraba á cada familia raciones de carne, de yerba y de sal y algunos géneros para vestido. Lo demás, debian proporcionárselo á sí mismos. Los indios tenian que hilar e algodon; dábansele diez onzas por semana, por las cuales tenian que devolver tres onzas de hilo. Castigos corporales penaban la falta de cumplimiento de esa tarea.

La capitacion fué continuada, importando un peso por cabeza, y gravitando sobre todos los indios de diez y ocho á cincuenta años, con escepcion de los caciques, de su hijo primogénito y de los doce individuos del cabildo ó municipalidad.

Los nombramientos de los cabildantes quedaban sometidos á la ratificacion del gobernador de la Provincia, que residia en Candelaria. El cacique tenia funciones puramente militares.

Además de los funcionarios indígenas y de los dos sacerdotes, habia un administrador español, un maestro de escuela y á veces un médico. El administrador estaba encargado de dirigir los trabajos, de almacenar los productos y de entenderse directamente con el intendente general de las Misiones, que residia en Buenos Aires.

Habíase creado ese cargo despues de la partida de los jesuitas, para centralizar las utilidades de esos establecimientos. Ese intendente recibia los productos que le remitian los administradores particulares. Eran estos yerba-mate, tabaco, algodon, miel, cueros y cerda, grasa etcétera.

Tenia que negociarlos, y sacar del producto de las ventas la capitacion, los diezmos, los sueldos de los curas, administradores, etc., siendo estos de 600 á 800 pesos mensuales; comprar algunos indispensables objetos de importacion y entregar el sobrante al erario.

Observa Martin de Moussy que semejantes empleos se prestaban mucho á la malversacion, y que los indios sufrian las consecuencias de esos continuados abusos, originándose naturalmente la decadencia de las Misiones.

Esta vino á precipitarse con los sucesos políticos que siguieron á la revolucion francesa, y que repercutieron en América.

Los portugueses no apartaban un momento sus miradas del objeto secular que tenian en vista, y no malograron la oportunidad que les ofrecian las circunstancias.

Aquí, señor Director, me veo obligádo á dar un salto para atrás, pero estoy seguro que vd. no ha de estrañarlo, porque estas reminiscencias históricas, aunque parecen

fuera del caso, creo que son indispensables para arrojar la luz sobre las cuestiones que están debatiéndose actualmente y facilitar su solucion.

Ya hemos visto que los paulistas habian conseguido echar á los jesuitas de las provincias de Guayra y de Vera. Ese territorio quedó perdido para la España.

Mientras la España, preocupada únicamente de sus ricas colonias de Méjico, del Perú y de la costa del Océano Pacífico, no atendia á sus dominios del Plata, que nada le producían, y cuyos habitantes, dedicados esclusivamente al pastoreo, eran reputados casi menos que salvajes, tardó hasta 1726 para apreciar las ventajas del puerto de Montevideo, los portugueses, incansables para ensanchar sus dominios del Brasil, se habian anticipado, y desde 1692 habian fundado la fortaleza de la Colonia del Sacramento, en frente á la misma ciudad de Buenos Aires.

Este punto vino á ser un foco de inmenso contrabando, debido sobre todo á las falsas ideas económicas que estaban entonces prevaleciendo. Es sabido que los objetos de fabricacion europea tenian que pasar por el Perú, que los habitantes de Buenos Aires solo tenian derecho de enviar anualmente, á Europa, dos buques cargados con los productos de la industria, y aun asi mismo el comercio de Cádiz, de Sevilla y de Málaga ponia el grito en el cielo contra esa concesion. De allí provino el contrabando, luego quejas de los negociantes españoles, luego reclamos del gabinete de Madrid, luego medidas coercitivas contra los portugueses de la Colonia.

En fin, despues de muchas disputas, la España cedió (1701) á Portugal la soberanía de la Colonia, y ratificó esa sesion en 1715, (tratado de Utrecht).

Tomó creces entonces el contrabando, hasta que en 1749, la España, asustada por esos resultados, imaginó que el medio mas acertado para concluir con ese comercio ilícito,

era cambiar la posesion de la Colonia por la cesion de alguna otra parte de territorio.

Los portugueses codiciaban la posesion del Alto Uruguay, y la del estenso territorio de las Misiones Orientales. *La España parecia ignorar el valor de esas comarcas* (esa ignorancia se ha trasmitido á los sucesores de la España, no puede negarse). El marqués de Pombal, aprovechando esa ignorancia, hizo firmar al gabinete de Madrid el tratado de 1750, en cuya virtud este cedia las Misiones Orientales de la Costa del Uruguay, debiendo evacuarlas los misioneros con sus indios.

Es decir que, por una cuestion de contrabando, la España cedia á Portugal todo el territorio comprendido entre la Sierra de Herbal, el Uruguay y el Ibicuy, territorio que forma actualmente las dos terceras partes de la provincia brasilera de Rio Grande del Sud, una poblacion de 30,000 almas, ricos yerbales y establecimientos hechos. Además, entregaba la posesion del alto Paraguay, que habia estado hasta entonces litigada entre ambas coronas.

Ese tratado, desaprobado por la opinion pública en Europa, fué resistido por los indios misioneros. Entonces ambos gobiernos unieron sus fuerzas para obligarlos á la obediencia, aunque los españoles no pusieron en la guerra el mismo ardor que los portugueses. Felizmente para los agresores, los indios no tenian buen armamento.

Los sucesos posteriores justificaron la resistencia opuesta á ese tratado.

Cuatro años despues de la conclusion de esa guerra, en 1761, anulóse el tratado, y en 1762 recomenzó la guerra entre ambas coronas. Pero concentróse la lucha esta vez en las riveras de la laguna Merim, y las Misiones Orientales, devueltas con la paz á sus directores antiguos, quedaron fuera del teatro de las hostilidades. Los españoles tomaron definitivamente la Colonia.

Pero los portugueses, como ya lo dije anteriormente, no olvidaban un momento su objetivo secular; ellos buscaban la ocasion de tomar su revancha de la guerra de 1762.

Conociendo el descontento de los indios de las Misiones Orientales, y suponiendo que no encontrarian por parte de ellos la resistencia que le opusieran medio siglo anteriormente, no dejaron escapar la ocasion que les presentó la lucha entre la corona de España y de Portugal en 1801, dominadas la primera por la política francesa y la segunda por la política inglesa.

Las Misiones Orientales fueron invadidas por aventureros portugueses y saqueadas. Los indios, mal defendidos por los españoles, se asustaron é invocaron la proteccion de Portugal.

Entraron entonces fuerzas militares, al mando del capitan de dragones Pereira Pinto, y en poco tiempo consumóse la conquista de ese inmenso territorio, siendo anexado desde entonces hasta la fecha á las posesiones brasileras, á pesar de todos los reclamos de la España.

La conquista de las Misiones Orientales costó poca sangre, pero no hizo mas que precipitar la caida total de esos establecimientos, cuya ruina total, asi mismo, no fué consumada sino en 1828, cuando la incursion del general Fructuoso Rivera. Oriental en lucha con el Brasil —

Fueron los indios desposeidos de sus ganados, robados en parte por los vencedores; las iglesias despojadas de sus alhajas, cometiéndose todos los desórdenes que acompañan la conquista.

Conservóse el régimen comunista con las modificaciones introducidas por los españoles, pero los administradores portugueses, tan codiciosos y tan duros como los españoles, no tardaron en despoblar el territorio con sus abusos. La guerra de 1817—18 vino á aumentar la despoblacion.

El cambio político efectuando en el Brasil no mejoró la si-

tuacion. Fué en vano que el emperador D. Pedro creó en San Borja una oficina de contabilidad de indios, para la administracion del pais. Nada pudo detener la decadencia. Al mismo tiempo, los blancos vinieron á fundar establecimientos en las tierras indias, y se puso una colonia de alemanes.

Los portugueses habian, pues, salido con la suya, conquistando las Misiones Orientales.

No se contentaron con ese resultado perseguido durante tanto tiempo y finalmente conseguido; llevando adelante su política inmutable, aprovecharon las circunstancias que acompañaron la revolucion de la independencia, para intervenir en los negocios internos de los pueblos platenses, y si no conquistaron las Misiones Occidentales, al menos las destruyeron.

He encontrado á menudo personas que creian que las Misiones habian sido destruidas con la espulsion de los jesuitas por órden del gobierno español, tal es la ignorancia que reina generalmente sobre la historia de esas apartadas regiones. Importa, pues, hacer conocer la verdad por la generalidad de los lectores, á fin de que todos sepan, que el público entero sepa, que las Misiones Occidentales, es decir, españolas, es decir, argentinas, fueron destruidas por el tradicional, por el secular enemigo de la España y de sus colonias, por Portugal.

Para algo deben servir las lecciones de la historia; la luz que arrojan aquellas, puede ser de alguna utilidad para alumbrar la marcha de la política contemporánea.

El presente, dijo el gran pensador Leibnitz, es el hijo del pasado, y va preñado del porvenir.

Es por eso, señor director, que he creido necesaria esta rápida exposicion histórica. Los que quieran conocer mas detalles, pueden consultar la interesante memoria histórica sobre la decadencia y la ruina de las Misiones

de los jesuitas, en la «Hoya del Plata» que Martin de Moussy ha anexado á su voluminosa obra sobre la Confederacion Argentina, y que yo estoy resumiendo para los que no tienen los medios ó el tiempo de leerla.

Las Misiones desde la Independencia americana — Las Misiones Argentinas —

V

Con la proclamacion de la independencia de las colonias españolas, abrióse una era nueva para las Misiones, pero no fué desgraciadamente de regeneracion y de felicidad.

Todos saben que, habiéndose constituido (1810) la junta revolucionaria en Buenos Aires, el general Belgrano fué encargado de llevar la revolucion al Paraguay, gobernado á la sazon por Velasco. Belgrano, partiendo de la ciudad del Paraná, llegó despues de increibles fatigas á Candelaria, donde contaba pasar el Rio Paraná, que no tiene allí sinó ochocientos metros de anchura. Estaba esa capital de las Misiones en un estado completo de abandono, que puede dar á conocer el de las demás en esa época, á consecuencia de la desidia de los administradores.

Fué infructuosa la espedicion de Belgrano, bajo el punto de vista militar, aunque dió mas tarde por resultado la independencia del Paraguay, pero quedando este completamente aislado y separado de la política de los pueblos platenses.

En la capitulacion, que fué ratificada por el gobierno de Buenos Aires, la posesion de las cinco Misiones paranaenses y de su territorio, Candelaria Santa Ana, Loreto, San

Ignacio Mini y Corpus fué confirmada al Paraguay, que envió á Mortiaura para gobernarlas.

Durante cuatro años quedaron bastante tranquilas las Misiones, pero con las perturbaciones originadas por las tendencias separatistas de Artigas en la Banda Oriental y su lucha contra el Gobierno de Buenos Aires, principiaron tambien las agitaciones de aquellas.

Los portugueses, consecuentes con su política inmutable, con el plan que habian seguido desde un siglo y medio atrás con una actividad tan constante y tan astuta, no podian desperdiciar circunstancias tan favorables para inmiscuírse en los negocios de aquel pais.

Artigas, apurado por ellos, desaprobado por los argentinos, buscó un punto de apoyo en las Misiones y trató de sacar de allí sus elementos bélicos. Allí mandó á su hijo adoptivo, el indio Andresito, que fué recibido con entusiásmo por sus paisanos. Reclutó gente sin dificultad, ocupó las cinco Misiones del Paraná, á pesar de la resistencia que pretendió oponerle el Mayor Gonzalez, quien gobernaba ese pais en nombre de Francia, y cuando se creyó bastante fuerte (1816), concibió el proyecto de reconquistar las provincias orientales, haciendo al mismo tiempo una diversion útil á su padre adoptivo. Con estas miras, fué á asediar á San Borja, pero fué rechazado por el Brigadier General Don Francisco das Chagas y tuvo que repasar el Uruguay.

Artigas, que continuaba la lucha contra los portugueses, fué igualmente derrotado (4 Enero 1817) en el Cuareim, y, para huir de la persecucion de sus vencedores, se lanzó á la otra rivera del Uruguay con las tropas que pudo salvar. Iba con la intencion de rehacerse en Entre-Rios y en las Misiones, donde tenia partidarios numerosos, y donde su hijo adoptivo le habia preparado refuerzos, despues de su descalabro de San Borja.

El marqués de Alegrete, capitan general y gobernador de la Provincia de Rio Grande, sospechando las intensiones de Artigas, ordenó á su subalterno Chagas, que pasase inmediatamente el Uruguay, que destruyese completamente todos los pueblos de las Misiones occidentales y arrebatase á sus habitantes, para repartirlos en las Misiones brasileras. Nada debia quedar en pié, ni iglesias, ni habitaciones, ni capillas, ni estancias; nada, en fin, de todo cuanto pudiera servir alguna vez, para agrupar esa poblacion que se entregaba de aquella manera á *todos los horrores de una exterminacion premeditada*. (Hemos visto algo parecido despues en otra parte, y no muy léjos del mismo territorio).

Mostróse Chagas el ejecutor fiel y concienzudo de aquellas medidas feroces, y pasando el Uruguy en el paso Itaquy (17 de Enero de 1817) tomó la Cruz, y mandó destruir por sus tenientes, á Yapeyú, la capital antigua de las Misiones, Santo Tomé, San José, Apóstoles, Mártires, San Cárlos, Concepcion, Santa Maria la Mayor y San Javier.

Para asegurarse de que se habia dado buen cumplimiento á sus órdenes, él mismo remontó á lo largo del Uruguay, concluyendo la ruina de lo que habia escapado á sus tenientes; lanzada en todas direcciones su caballeria, no dejó nada en pié, y cometió toda clase de atrocidades.

«Es preciso, dice un escritor brasilero, retroceder muy «atrás en la história para encontrar ejemplos de órdenes «semejantes. No podian los resultados del cumplimiento «dejar de ser, como efectivamente lo fueron, bárbaros, in-«humanos, impolíticos, y anti-cristianos. La guerra, hor-«rible por sí misma, es uno de los grandes azotes de la «humanidad, aun cuando es aveces necesaria; pero invadir «un territorio estraño, asolarlo, saquear aldeas sin armas, «reducir á cenizas los templos y las casas, obligar á los «habitntes á presenciar esos actos de horror y traspor-«tarlos violentamente despues á otro pais, eso es propio de

«las naciones bárbaras. Eso fué lo que sucedió en las Mi-
«siones occidentales, á consecuencia de las órdenes del mar-
«qués de Alegrete».

Entre tanto Francia, el dictador del Paraguay, no queriendo tener motivo alguno de disputa con los portugueses, que amenazaban á los pueblos del Paraná, los mandó evacuar y quemar las poblaciones, los objetos preciosos y el ganado fueron llevados al otro lado del Paraná y repartidos en las Misiones inmediatas. Algunos indios prefirieron huir á los bosques antes que someterse á esa trasportacion.

Habiéndose consumado la destruccion de las quince Misiones occidentales, mandó Chagas que todo lo que quedaba de esa poblacion fuese trasportado al territorio portugués, dirijiéndose allí el mismo con sus soldados. Llevá- ronse tropas inmensas de ganados y muchos carros cargados con los despojos de las iglesias. Esos objetos preciosos, restos de la antigua riqueza de las Misiones, fueron enviados á Porto Alegre, y desde allí á Rio Janeiro, donde puede verse todavia una parte en la capilla Imperial. Respecto de las campanas, de los cuadros, de las estátuas de los santos, todo aquello fué llevado á San Borja.

Todos esos horrores indignaron hasta los mismos portugueses. Pasaba esto en los primeros meses del año de 1817. Cuando se hubieron retirado los portugueses, volvieron los indios á visitar las ruinas de sus establecimientos, y Andresito acampó en las de Apóstoles. Regresó apresuradamente entonces Chagas para atacarlo con setecientos hombres. Pero Andresito estaba bien atrincherado en las ruinas; Chagas fué rechazado y tuvo que retirarse al Brasil.

Habiendo quedado dueño del territorio de las Misiones, Andresito llamó otra vez á los indios dispersos, llegando á ser tan amenador, que Chagas se creyó obligado á invadir nuevamente el país.

Andresito resistió heroica, pero inútilmente, en San Cárlos, cuyo colegio é iglesia habia ocupado. El fuego obligó á los indios á capitular. Andresito se salvó, y el vencedor destruyó lo que quedaba de San Cárlos y de Apóstoles, recojiéndose otra vez en seguida al Brasil. (1818.)

Andresito recomenzó la lucha el año siguiente, llevando la guerra al mismo territorio brasilero; al principio todo le salió bien: derrotó á Chagas en San Nicolás, y pensaba continuar sus operaciones en combinacion con Artigas. Desgraciadamente no pudieron concertarse; Andresito, atacado repentinamente en el paso de Itacoruby por Chagas, el conde de Figuera y el coronel Abreu, sufrió una derrota completa y cayó prisionero.

Enviósele á Rio Janeiro, donde quedó encarcelado, muriendo allí al cabo de pocos meses, á consecuencia del esceso de bebida, segun los portugueses; pero, segun los españoles, envenenado, porque se temia su prestigio entre los indios. Verdadero era ese prestigio, pues, habiendo desaparecido Andrés Tacuarí de la escena polítca, los indios ya no se movieron.

Todo estaba, pues, consumado en las Misiones de la ribera derecha; la ruina era entera y absoluta. Las familias que quedaban se desparramaron y fueron á engrosar la poblacíon de Corrientes, de Entre-Rios y del Brasil. Algunos indios permanecieron asi mismo en el país; pero cansados de ser los instrumentos de los caudillos, declaráronse independientes y formaron tres cuadrillas.

Una, á las órdenes de Carahypí, de Santo Tomé, ocupó la Sierra, arriba de San Javier; Cabañas, indio zambo de Corpus, situó la segunda á inmediaciones de la capilla de Caraahy, cerca de los pueblos arruinados del Paraná; en fin, el indio Ramoncito se estableció en las orillas de la laguna Iberá. Estas tres cuadrillas, caidas otra vez en la barbárie

vivieron con el producto de la caza y con el ganado que podian robar, sea á los brasileros, sea á los correntinos.

Otros guaranis de las cinco Misiones Paranaenses que no habian querido acompañar á Andresito, ni someterse á la trasportacion ordenada por Francia en 1817, remontaron el Paraná con sus canoas, llevando algunos víveres, semillas y herramientas, y desembarcaron en las selvas espesas del arroyo Pira-Puytain en la costa paraguaya, á cincuenta leguas de Corpus, á diez de la boca del I-guazú. Allí formaron alianza con la tribu de los guayanás, y permanecieron ignorados hasta 1851, época en que unos paraguayos que iban á los yerbales de Tacurú-Pucú los descubrieron. Un indio anciano que sabia leer, ex-secretario del cabildo de Corpus, fué el director de esa sociedad oculta en medio de las selvas, mientras que un cacique quedaba investido con las funciones militares. Sin mezclarse enteramente con los refugiados, y sin dejar de formar una tribu distinta, los guayanás adoptaron una parte de las prácticas religiosas de aquellos.

Villa Azara

Está poblacion es lo que constituye actualmente la villa *Azara*, cuyo nombre le fué dado por el gobierno paraguayo en honor al famoso esplorador del siglo pasado.

Encuentranse varias familias de esos guayanás mas arriba y hasta la costa del Iroy-Guayá á cuatro leguas de la boca del I-guazú. Allí estuve entre ellos, viviendo en casa del *yerbatero* D. Juan Goicochea, uno de los hombres que mas hicieron para la exploracion y, aun puede decirse, conquista del territorio de las altas Misiones argentinas, como lo referiré en adelante, y con los señores D. Cárlos Bossetti, comisario general de los Yerbales, y D. Fructuoso Moraes Dutra, el gefe de la exploracion que, partiendo de la barra del I-guazú, llegó despues de dos meses de grandes fatigas á la poblacion brasilera de *Palmas Novas*, situada en territorio argentino. Pero no quiero anticiparme.

Los indios guayanás siguen profesando una especie de catolicismo, y todas las noches van á encender velas en las tumbas de sus antepasados, sepultados en la ribera del rio.

En cuanto á las tres cuadrillas que nombré anteriormente, continuaron su mismo modo de vivir hasta 1826, época de la guerra de la República Argentina y de la Banda Oriental.

Un grupo de familias indias refugiadas de Misiones habia formado el pueblito de San Roquito en el departamento de Payubre y cerca de Miriñay. *El Congreso, reunido en Buenos Aires en* 1828, *trató de reconstruir, con esos débiles elementos, la provincia de Misiones*, sobre la cual el Paraguay y Corrientes han alegado derechos al mismo tiempo. Aun mas se nombraron diputados; pero en realidad nadie existia en esas aldeas destruidas, y los cabildos, únicos represetantes legales de los verdaderos propietarios del suelo, habian desaparecido.

El coronel Aguirre, comandante del territorio de las Misiones, procuró utilizar la influencia de ese resto de poblacion para inducir á los tres gefes á juntarse con su gente al ejército nacional que hostilizaba á los brasileros, esos sucesores de los portugueses, sus eternos é implacables enemigos. Carahypi y Ramoncito respondieron á la invitacion juntándose con el ejército argentino. En cuanto á Cabañas, negóse á hacerlo, y desde entonces dispersóse su tropa, fundiéndose con la poblacion de los alrededores.

Volviendo á Artigas, su destino final es de todos conocido. Continuó la lucha hasta 1820, en cuya época fué completamente derrotado en Tacuarembó, y pasó á Entre-Rios; perseguido allí mismo por Ramirez, imploró la hospitalidad del Paraguay, presentándose en frente á Itapúa con un millar de hombres. Francia lo internó en Caraguatí. Mas tarde, Cárlos Antonio Lopez le permitió residir en la Asuncion, donde murió en 1850, de noventa años de edad.

Habiendo caido á Artigas y su sucesor Ramirez, el mismo Francia, que alegaba siempre derechos, no solo á la propiedad de las cinco Misiones paranaenses, sinó tambien á todo el resto del territorio, puesto que, decia, cuando la emancipacion, D. Bernardo Velasco, gobernador del Paraguay éralo igualmente de todas las Misiones,—Francia resolvió establecer una especie de cabecera de puente, que le permitiese penetrar segun su antojo en el territorio de las Misiones.

Al efecto, elijió, al Este de Itapúa, en la ribera izquierda del rio Paraná, un paraje llamado antiguamente Tranquera de Loreto, allí donde queda mas estrecha la faja de terreno que separa el rio de la laguna Iberá. En ese paraje, nó muy distante de la corredera del Paraná, existian en tiempo de los jesuitas estensos potreros, separados unos de otros por zanjas (hasta la fecha se ven esas zanjas).

El dictador aprovechó esa disposicion del terreno y los trabajos anteriores para construir allí una barrera fortificada. Mandó cavar una zanja ancha y onda, que podia, en caso de necesidad, recibir las aguas del rio y hacerlas comunicar con las de la laguna Iberá. Coronóse la zanja con una empalizada de gruesas tacuaras, y una puerta con puente levadizo quedó como único paso, reservado para dirijirse al Nor-Oeste de la provincia. Además, púsose una guarnicion numerosa en un fuerte y en los ranchos inmediatos.

Por medio de semejantes precauciones, las comunicaciones con el resto del pais quedaron cerradas completamente, y los paraguayos hacian lo que se les antojaba en las Misiones occidentales, impidiendo la formacion de todo establecimiento nuevo.

En ese mismo punto de la Tranquera de Loreto, en 1846, el presidente D. Cárlos Lopez mantuvo hasta diez mil hom-

bres, cuando hubo declarado la guerra á Rosas, ciñéndose á eso todas sus hostilidades.

Al Oeste, en el punto mismo donde Artigas se habia presentado en frente á Itapúa, para pasar el Paraná, el dictador mandó levantar, con el nombre de *Trinchera de los paraguayos*, una gran pared en forma de círculo de 1,200 metros de largo y cuyos estremos se apoyaban en el rio. Esta pared tenia dos metros de altura escasos, con una banca en el interior para facilitar el fuego de la fusilería.

Al mismo tiempo, la antigua mision de Itapúa recibió una fuerte guarnicion y se destacó una division en las ruinas de Candelaria. Por medio de esas avanzadas, el Paraguay aseguraba asi sus pretensiones sobre un territorio disputado, deteniendo la posesion verdadera hasta el Aguapey.

Pero la ventaja principal de esas medidas fué conservar expeditas las comunicaciones con el Brasil, mientras duraba la clausura de los rios, en tiempo de Rosas. Pues las mercancias europeas, importadas á la ciudad brasilera de San Borja, cruzando el rio en el Hormiguero, iban en carretas á la *Trinchera*.

Para decirlo de paso, esto prueba la importancia militar y económica de ese punto, conocido actualmente con el nombre de *Trinchera de San José ó de Posadas*.

Desde 1840 hasta 1849, el tránsito por esa parte de las Misiones se hizo con regular actividad. Algunos hacendados atrevidos se lanzaron á formar estancias en ese territorio, y ya estaban prosperando, cuando, en 1849, á consecuencia de desavenencias con el Gobierno de Corrientes, los paraguayos invadieron el territorio, arrebataron á los estancieros sus ganados, quemaron el pueblo del Hormiguero, y el pais volvió á quedar otra vez desierto.

Tal estado de cosas duró hasta la guerra de 1865. Fué

recien entonces cuando los paraguayos evacuaron el territorio de las Misiones argentinas, que ellos consideraban suyo.

Existe un mapa de la República del Paraguay, levantado por el coronel Wissner, y lo he visto en Trinchera de San José, que lo atribuye todo entero á aquella.

Fué, pues, necesario todo el poder de la Nacion Argentina y de sus aliados, para recuperar esa estensa é importante fraccion del territorio nacional; es un hecho que la historia no puede menos de constatar.

Las Misiones Orientales - 13.
... en Fructuoso Rivera.
Las Misiones Paraguayas

VI

Hemos visto cual habia sido el lamentable y final destino de las Misiones argentinas, es decir, de las situadas entre el rio Paraná y el rio Uruguay: la destruccion y la dispersion.

Falta ver actualmente si las Misiones brasileras y paraguayas gozaron mayor felicidad y por que peripecias tuvieron que pasar.

Ocupadas las Misiones orientales por los portugueses en 1802, habian evitado en parte las desvastaciones de la guerra de 1817; pero así mismo habian sufrido, á consecuencia del abandono de los trabajos agrícolas, de las levas de hombres hechas en medio de la poblacion india para reforzar las tropas de Chagas.

Dueños absolutos de la Banda Oriental en 1820, despues de haberse retirado Artigas, los portugueses habian continuado protestando su desinterés y proclamando que su intervencion en los asuntos del pais no tenia mas objeto que salvarlo de la anarquía, y que su ejército reconoceria siempre las autoridades locales, hasta que se hubiera realizado la pacificacion. En 1821 quitáronse la careta; el general Lecor declaró la Banda Oriental reunida á las pose-

siones portuguesas del Brasil, y constituyendo una de sus provincias, que se designó con el nombre de Cisplatina.

Habíase alcanzado el objeto secular del Portugal; el Uruguay y el Plata formaban el límite meridional del Imperio.

Fijóse la frontera de la provincia Cisplatina en el Cuareim, rio importante que desemboca en el Uruguay, casi en frente del arroyo Miriñay que viene del Nor-Nor-Oeste, formando en otro tiempo el límite de las Misiones. Las siete reducciones de la ribera izquierda quedaron anexadas á la provincia de Rio Grande do Sud, y los indios continuaron viviendo en una tranquilidad relativa, aunque muy reducidos en número y poco atendidos por sus amos.

La independencia del Brasil (1822) no varió ese estado de cosas; pero estaba escrito que nada subsistiria de esas instituciones.

En 1825, sublevóse la Banda Oriental contra el Brasil, y Buenos Aires sostuvo á los orientales: la lucha fué encarnizada, el resultado fué la formacion de la Banda Oriental en república independiente.

En el curso de esa guerra, el coronel Fructuoso Rivera ex-oficial de Artigas, y que servia entonces en el ejército brasilerc, se pasó á sus paisanos. Pero los Argentinos no le admitieron sino con desconfianza, y el general Martin Rodriguez lo invitó á presentarse al gobierno de Buenos Aires. Mientras se le averiguaba su comportacion pasada, Rivera huyó á Santa-Fé, pidiendo un asilo á Estanislao Lopez. Ambos concertaron entonces una expedicion atrevida, siendo su objeto una diversion favorable para el éxito de las armas argentinas y orientales.

Rivera cruza, pues, rápidamente Entre-Rios y el Sud de Corrientes, al frente de cien indios charrúas y de unos sesenta paisanos; preséntase como la vanguardia del ejército de Santa-Fé, que lo sigue á marchas forzadas; cruza el

Uruguay en el paso de Santa Ana, abajo del Ibicuy; arrolla una guardia brasilera que defendia el paso de ese rio en Mariano Paso, y cae repentinamente sobre las Misiones Orientales, antes de haberse sabido su marcha en Buenos Aires ó en Montevideo.

Esta invasion venia á contrariar las negociaciones que ya estaban abiertas, pero no hubo tiempo de impedirla.

El objeto de Rivera era exactamente el mismo que el de Artigas, es decir, reclutar soldados entre los indios, pero él los trataba con mayores miramientos. Por otra parte, los indios no opusieron resistencia; fugaron las escasas tropas brasileras que estaban en esos distritos, y Rivera pudo sin tropiezo llevar á cabo su inmensa *razzia*.

La poblacion toda entera fué arrebatada; los hombres válidos fueron incorporados á las tropas; las familias formaron un convoy inmenso. Lleváronse en las carretas las estátuas de los santos, los adornos y las campanas de las iglesias. Juntóse tambien todo el ganado y se llevó hácia el Ibicuy con todos los demás. Las familias fueron acantonadas al otro lado del Cuareim; formáronse los pueblos de Santa Rosa y Bella Union á inmediaciones de la boca de ese rio, y el de Belem, casi en frente de la del Mocoretá.

Incorporados al ejército de Rivera los guaranís de las Misiones brasileras, hicieron exáctamente lo que habian hecho los de las Misiones correntinas en el ejército de Artigas, llegándo á ser sus soldados mas leales y mas adictos en las guerras que le tocó sostener como jefe de la Banda, y luego de la República Oriental.

Estaba, pues, consumada la ruina de los establecimientos jesuíticos, cuando se hizo la paz en 1828. Las familias de indios arrebatadas á las Misiones, fueron establecidas entre el Cuareim y el Arapey. Con la paz, los militares vinieron

á juntárseles, pero, como traian las malas costumbres contraidas en la licencia de los campamentos, no tardaron en ser una plaga para los estancieros del Norte, uniéndose con los restos de los charrúas, haciendo incursiones, robando animales para venderlos en el Brasil, siguiendo á los caudillos que perturbaban la paz pública.

El Gobierno de Montevideo creyó entonces que era necesario enviar tropas contra ellos. El hermano del presidente Rivera murió á manos de esos bandidos. Hubo que valerse de los medios mas enérjicos, y, en el curso del año 1832, fueron esterminados los últimos charrúas. Los guaranis misioneros, que se habian unido con ellos, parecieron en parte; la otra fué incorporada otra vez al ejército; llevábronse las familias á la capital, y la mayor parte, distribuidas para el servicio doméstico en las casas particulares, se mezclaron paulatinamente con el resto de la poblacion. Muy pocas fueron las que volvieron á su tierra.

Tal fué el fin de los últimos indios misioneros: desaparecieron como grupos de poblacion; pero los restos numerosos de su raza quedan mezclados con los orientales, los entrerianos y los correntinos, fundiéndose diariamente con ellos.

De los que se adhirieron á la fortuna de Rivera, muy pocos sobrevivieron á las sangrientas batallas del Arroyo Grande (1842) y de la India Muerta (1845).

En la ciudad de la Concepcion del Uruguay habia un barrio que se llamaba el *Convoy*; eran unos ranchos poblados con personas arrebatadas al ejército de Rivera, el cual—como es sabido—llevaba siempre un número considerable de mujeres.

El coronel Miguel Guarumba, muy conocido en Entre-Rios, ex-comandante militar de Federacion, es un indio misionero. El mismo me lo contó á principios de 1873, cuando el mal tiempo me obligó á pasar un dia entero en su

estancia, entre los dos arroyos Mandisoví, y tuvo la bondad de servirme de *baqueano*, lanzándose dos ó tres veces al agua, desnudo, á pié y acaballo, para reconocer el paso· Iba entonces yo á reconocer los terrenos donde se ha fundado mas tarde la «Villa Libertad».

Ahora, señor Director, pasaremos á las Misiones paraguayas, propiamente dichas. Estas no sufrieron tanto, pues no se disolvieron sino en 1848, y los pueblos antiguos, construidos en tiempos de los jesuitas, existen hasta la fecha con sus iglesias y la mayor parte de sus demás edificios.

El territorio de las Misiones del Paraguay contenia todo el pais comprendido entre el Paraná y el Tebicuary, río que desagua en el rio Paraguay despues de un curso de 120 leguas, formando una cuarta parte de la gran provincia conocida con este nombre, siendo los pueblos de Jesús, Trinidad, Itapúa y San Cosme, los situados sobre el Paraná; los de Santiago, San Ignacio-Guazú, Santa Rosa y Santa Maria da Fé, los situados entre este rio y el Tebicuary. En cuanto á las tres Misiones del Norte, San Joaquin, San Estanislao y Belem, quedaban afuera de la Provincia y formaban parte del Paraguay propiamente dicho.

Al otro lado del Tebicuary, habia tambien Misiones no jesuíticas, gobernadas por los padres franciscanos, que habian adoptado, pero parcialmente, el régimen comunista. La mayor parte de esos pueblos están situados al Este de la ciudád de la Asuncion, y á corta distancia de la capital. Son: Itá, Yaguaron, Ipané, Guarambaré, Aregua, Altos, Atira, Tobaty, Caa-Zapa, Yutí é Itapé, tundados todos en los siglos XVI y XVII.

Durante la dictadura de Francia, conservóse el régimen antiguo. Cuando murió, en 1840, las Misiones del Paraguay estaban absolutamente en el mismo estado que en 1810. Un mayordomo, nombrado por el dictador, dirijia cada po-

blacion y hacia trabajar á los indios. En caso de tener este mayordomo alguna inteligencia y bondad, estos quedaban contentos. Un cura estaba encargado de la parteespiritual.

Cuando Francia hubo muerto, ningun cambio se verificó hasta 1848, en cuya época Cárlos Antonio Lopez creyó conveniente disolver las comunidades indias, poniendo á sus habitantes bajo el réjimen general.

Resultó pues, que las once Misiones antiguas de los jesuitas y las diez que habian estado durante largo tiempo en las manos de los franciscanos, siendo en todo veintiuna, fueron solemnemente declaradas pueblos libres, y su poblacion asimilada á la del resto del Paraguay.

Pero al mismo tiempo el Estado se apoderó del territorio entero de las Misiones, de las tierras de cultivo, de los edificios, de la iglesia; y sobre todo, de las estancias, que contenian una cantidad considerable de ganado. Martin de Moussy refiere que el embargo de esos inmensos rebaños, era, en el fondo, el verdadero motivo de esa titulada medida liberal y muy ponderada por el gobierno.

Observa el mismo autor á continuacion, que en realidad no pasaba de ser una espoliacion, pues en cambio de los ganados, cuyo procreo alimentaba la comunidad, de esas casas edificadas por sus antepasados, lo que se daba á los indios se reducia á una vaca lechera y bueyes mansos, herramientas de labranza *prestadas*, semillas por una sola vez, una chacra prestada igualmente y cuya propiedad quedaba del Estado, y en fin, la exoneracion del diezmo durante ocho años.

Además los indios, venian á quedar sujetos al servicio militar, servicio rigorosísimo en ese pais, y á las prestaciones de trabajo personal. Su condicion se volvió por cierto peor que antes; pues el réjimen comunista, tenian el alojamiento, la manutencion y los vestidos; en cambio del trabajo comun, mientras que, desde entónces; abandonados á sí mismos, cayeron en la mayor miseria; porque, mediana-

mente inteligentes y poco laboriosos, una vez que estuvieron sustraidos á la direccion que solian sufrir, no supieron edificar sinó chozas de *mala muerte* en medio de la chacra mal cercada donde cultivaban el maiz, la mandioca, los zapallos y el tabaco, como los demás paraguayos, pero con ménos ahinco todavia, pues no supieron crearse por añadidura algunas industrias lucrativas.

Por lo demás, es sabido que el Paraguay no era sinó una comunidad inmensa, una vasta Mision administrada y esplotada en provecho de Cárlos Lopez y de su familia. Es sabido tambien, cómo concluyó ese estado de cosas, pero desgraciadamente no fué en el sentido de la mejora. La guerra que asoló al Paraguay, no hizo sino aumentar sus males.

Con todo, el Paraguay es el único punto donde los esploradores pueden encontrar algo que ofrece, poco mas ó menos el mismo aspecto que presentaban las Misiones en el siglo pasado. Dice, Martin de Moussy, al concluir su reseña histórica: « Hemos creido necesario estudiar esas comarcas « detalladamente, porque muy pocas son las que mas con- « vienen para ser la morada del hombre, muy pocas son ca- « paces de alimentar mayor número de habitantes, cuando « la civilizacion haya reaparecido en las márgenes superio- « res de los dos grandes rios Paraná y Uruguay. »

Martin de Moussy pasó el verano de 1855 á 56 en las Misiones: es decir que un cuarto de siglo ha transcurrido desde entónces; el pais ha sido reconquistado, pero no puede afirmarse todavia que la civilizacion y el progreso se hayan establecido allí definitivamente.

Y esto prueba, una vez mas, la necesidad de la fuerza colectiva, como ya lo dije anteriormente, como vuelvo á repetirlo, aunque parezca fastidioso. Sin duda es fertilísimo ese territorio de Misiones, pero hay que conquistarlo sobre la selva, sobre la naturaleza exuberante, y esto no pueden hacerlo los esfuerzos aislados.

VII

Conocemos ahora los antecedentes históricos del pais que vamos á recorrer; nos pondremos en marcha, si vd. y los lectores tienen la bondad de acompañarme.

Hacia muchos años que deseaba yo visitar esa parte de la Mesopotamia argentina. Cuando Martin de Moussy emprendió sus exploraciones, yo me ofrecí para acompañarlo. Anteriormente, había formado con Amadeo Jacques el proyecto de recorrer toda la América; Jacques salió de Montevideo con esa idea, pero se detuvo en Tucuman donde se hizo panadero y tahonero: solo publicó la relacion de una excursion á las orillas del Rio Salado, en que acompañó al general Taboada. Vino mas tarde á morir prematuramente en Buenos Aires: sin duda alguna era el francés mas inteligente y mas ilustrado que haya pisado la tierra argentina.

En cuanto á Martin de Moussy, llevó á cabo sus peregrinaciones, y murió tambien prematuramente en Europa, acordándose siempre de la Mesopotamia argentina y de un rincon de Entre-Rios, el puerto de las *Piedras*, en la Concepcion del Uruguay, donde abrigaba la esperanza de concluir su carrera en medio de los naranjos y arrullado por la mansa corriente del rio.

Cuando se le preguntaba cuál era el pais mas curioso de los que habia recorrido, el pueblo mas original, mas *sui generis* de los que habia visitado, respondia inmediatamente: el territorio de las antiguas Misiones jesuíticas y el Paraguay. Efectivamente, aquel pueblo es todavia el pueblo americano propiamente dicho, el pueblo guaraní; allí no ha

penetrado todavia el bello idioma de Castilla, y es sabido que el idioma es en todas partes el último refugio de las ideas, de las costumbres, de las preocupaciones localistas.

Los jesuitas incurrieron en el error, calculado sin duda, de excluir el idioma castellano de su enseñanza, conservando cuidadosamente, exclusivamente, el idioma local entre sus neófitos, para preservarlos de todo contacto con el exterior; y este fué uno de los reproches que motivaron su expulsion. Los jesuitas compusieron una gramática y un diccionario guaraní; tenian una imprenta con tipos guaraní en la Mision de Corpus, la última cuyas ruinas se encuentran en el alto Paraná.

¿Qué hubiera sucedido, si los discípulos de Loyola, en vez de aferrarse al idioma americano, hubiesen aplicado sus facultades educacionistas á la prop aganda del idioma de Cervantes?

Indudablemente hubiesen prestado un gran servicio á la civilizacion, mayor en todos los casos que el que le hicieron con agrupar al rededor de sus iglesias cien mil indígenas, que quedaron refractarios á las ideas externas y que, al desaparecer de la escena, trasmitieron su ignorancia y su exclusivismo localista á sus sucesores. El progreso no hubiese tardado entonces tanto tiempo en hacer su aparicion en ese teatro de la rutina y del retroceso. El lenguaje, vuelvo á repetirlo, es el vehículo del progreso, y, mientras la mayor parte del pueblo siga hablando guaraní, el progreso quedará siendo imposible. Esas consideraciones que, por otra parte, no son una novedad, me las sugiere el recuerdo de la ciudad de Corrientes y de todos los pueblos del Alto Paraná q' he visitado, hasta los indios guayanás del Pirai-Puytain y del Iroi-Guazú. Esplícome muy bien que los habitantes de esos parajes no comprendan el francés, pero no admito que no hayan aprendido el castellano, tres siglos despues de la conquista. Lo que deben hacer los gobiernos, y con ellos

todos los hombres progresitas, todos los amantes de la patria y de la humanidad, es propagar entre esos pueblos rezagadísimos, el idioma y, con él, las ideas de los pueblos civilizados, á fin de que desaparezca de una vez la barbárie con todo su séquito de preocupaciones vetustas, y que el guaraní quede en el museo de los arqueólogos literarios, con el tupi, el quinchúa, el vascuence y otros idiomas prehistóricos.

La ciudad de Corrientes, que acabo de nombrar, data de fines del siglo diez y seis, pues la provincia de Buenos Aires fué colonizada á esa fecha por el licenciado Juan Torres de Vera y Aragon, nombrado adelantado del Paraguay por el rey de España Felipe II.

Desembarcaron los españoles en 1588 en el lugar nombrado Arazati, á media legua abajo de la ciudad de Corrientes, y edificaron allí un fuerte de palo á pique. Oígamos á este respecto lo que dice una crónica de la época:

«En el año del Señor, 1588, el 3 de Abril, domingo de la resurreccion de Lázaro, cuando el evangelio del Cristo se ignoraba en esos territorios, y el ódio infiel quedaba sumido en la barbárie, la ignorancia y el salvajismo, Dagalastes, Ebirayas, Yaunetes, Frentones, Tapes, Charrúas, Mocovies, Abipones, Vilelas, Ometes, Maureses, Cherenos, Chaguayarques y un sin número de tribus pertenecientes á las naciones guaraní y guaycurú, que ocupaban las dos riberas del gran rio Paraná,—habiendo salido de la ciudad de la Asúncion, capital á la fecha del Paraguay, vino á atracar al paraje llamado Arazati, como á un cuartó de legua abajo de nuestra ciudad actual de Corrientes, el licenciado D. Juan Torres de Vera y Aragon, adelantado gobernador capitan general de las provincias del Rio de la Plata, por comision del rey Felipe II, con veintiocho hombres, dicen unos, y sesenta segun otros.

« Tan pronto como hubieron desembarcado, para resis-

tir y defenderse contra la multitud de enemigos que ocupaban esos distritos, construyeron un fuerte, ó mas bien una apariencia de fuerte, con ramas y palos, y á corta distancia levantaron una cruz de cuatro y media á cinco varas de alto.

« No tardaron esos hombres y sus gentes en ser asediados por los indios bárbaros, en número de mas de seis mil hombres, así como resulta de la historia que prueba el milagro.—Procuraron estos al principio tomarlos por medio de las armas, en seguida por el hambre y por la sed.

« Refiere la tradicion que cada noche un hombre disfrazado de indio, bajaba al Paraná á buscar agua para él y para sus compañeros. En fin, el viérnes de nuestra Señora de los Siete Dolores, al cabo de un combate largo y encarnizado sostenido con valor por ambas partes, los indios infieles quedaron convencidos de que esa cruz que se le alzaba en la puerta del fuerte, era un talisman que se necesítaba destruir ante todo.

« Pusieron manos á la obra en el acto, y amontonaron al rededor leña con tanta mas abundancia, cuanto que la habia de sobra en esos parajes; pero ardió toda la leña, redújose á cenizas, y la cruz permaneció intacta. Al dia siguiente, sábado víspera del Domingo de Ramos, los infieles hicieron esfuerzos para consumar su obra, y creyendo que no habian puesto leña bastante la víspera, amontonáronla en mayor cantidad.

« Pero mientras estaban atizando el fuego, cayó un rayo haciendo tres cadávores entre los que estaban ocupados en la hoguera, y causó tal estupefaccion á los demás, que bastó ese milagro para reducirlos á nuestra santa fé.

« Los caciques que se sometieron despues del milagro de la Cruz, fueron Paraguari, Aguara-Coemba, Mboipi. La historia conservó sus nombres.

« Vencedores los españoles, resolvieron arrancar la

Santa Cruz de ese paraje, para trasportarla á otro mejor; pero, por mas que cavasen, á pesar de sus herramientas y ahinco, no podian dar con el pié de la Cruz que parecia hundirse cada vez mas en el suelo.

« Reconocieron entonces que era la voluntad del Señor que el Leño Santo permaneciese en el lugar de su triunfo, y resolvieron edificar una capilla y levantar un altar; así se hizo.

« En el año de 1698, visitaron otra vez ese paraje los indios, siendo obligados á retirarse despues de una invasion en la cual habian procurado sorprender la ciudad y saqueado los alrededores; pero no se atrevieron á aproximarse á la capilla, ni siquiera robaron la ropa de la Iglesia, que estaba secándose en las inmediaciones. »

Refiere Martin de Moussy que los habitantes de Corrientes han conservado piadosamente el recuerdo de esa leyenda memorable sobre la fundacion de su ciudad, y el venerando monumento que presidió su orígen. Edificóse una Iglesia nueva en 1770, para abrigarla. Visitóse la Cruz. Era una madera de urunday, madera incorruptible cuando está en seco, y se encontró perfectamente sana. Fué cepillada, rehecha y puesta en un estuche; fueron las virutas recojidas piadosamente por las familias, que las conservaron como reliquias. La traslacion, efectuada el 3 de Abril, al santuario nuevo, fué una fiesta solemne para toda la provincia, y atrajo una gran concurrencia de peregrinos.

Al mismo tiempo, levantóse una columna en el sitio donde se presumia que se plantára la Cruz al principio.

En 1804, restauróse la Iglesia.—Consérvase cuidadosamente la Cruz, en un estuche de madera negra; se saca y se espone con gran pompa para hacerla coincidir con la del Descubrimiento de la Cruz verdadera en Jerusalem Ese dia, fiesta de Santa Cruz del Milagro, es el mas solemne del año para los habitantes de la capital.

La misma fiesta se celebra en la ciudad de Posadas, ó Trinchera de San José, donde tuve el honor de presenciarla.

En memoria de ese milagro, el escudo provincial trae la Cruz plantada en siete puntas de roca, (las siete corrientes) con un fuego que arde á sus piés.

El gobierno de Corrientes ha mandado publicar (1877), una «coleccion de datos y documentos referentes á Misiones como parte integrante del territorio de la provincia de Corrientes,» con una nota esplicativa por los Sres. Ramon Contreras, Lisandro Segovia, Juan Valenzuela y José Alsina. Allí pueden verse las actas de fundacion de la ciudad, del cabildo, justicia y su regimiento, reparto de indios en encomiendas, division de territorios, etc. etc.

Durante la dominacion española; la provincia de Corrientes quedaba confundida con el Entre-Rios.

Desde 1620, fecha de la separacion de las posesiones españolas del Plata en dos gobiernos, el Entre-Rios, incluso Corrientes, dependió del gobierno de Buenos Aires. El Paraguay propiamente dicho no se componia sino del país al Norte del Rio Tebicuary, de manera que el distrito de Curupaity, donde está actualmente Humaitá, quedaba en la jurisdiccion de Corrientes, gobernada á la fecha por un comandante militar español, y las Misiones comprendidas entre el Estero de Nembucú, el Tebicuary, las selvas del Este y el Paraná, dependian de *la gran provincia de Misiones que formaba un verdadero estado separado*, bajo la administracion de los Padres de la Compañia de Jesus, (Martin de Moussy).

Dice el mismo autor:

« Antes de las guerras de Artigas, que concluyeron con las Misiones, el gobierno de Buenos Aires, que representaba la antigua administracion central española, quiso arreglar las cuestiones de Entre-Rios, dividiéndola en dos

grandes provincias. El Director, D. Gervasio Posadas, por decreto del 10 de Setiembre de 1814, dió por límites al Entre Rios propiamente dicho. El rio Corrientes, la parte superior del rio Guayquiraró, designado con el nombre de Aracachy, el arroyo de Curuzú-Cuatiá hasta su desagüe en el Miriñay y la línea de este al Uruguay. Todo el resto de la Mesopotamia argentina, hasta los límites del territorio portugués, tenia que formar la provincia de Corrientes.

« Las dos provincias teniendo por capitales—la primera la villa de la Concepcion del Uruguay—la segunda, la ciudad de Corrientes,—debian quedar separadas de la Intendencia de Buenos Aires, y administradas cada una por un gobernador intendente con las mismas facultades, derechos, prerogativas y dependencia que las demás provincias del Estado. *En caso de guerra exterior, el gobernador de Corrientes tenia que residir en Candelaria.*

« Ese régimen, solo duró tres años, puesto que, á consecuencia de las guerras de la Banda Oriental, las Misiones entre el Paraná y el Uruguay quedaron destruidas completamente por los portugueses, unas, y por Francia, otras, siendo su poblacion casi aniquilada.

« Mientras pasaban estos sucesos, *Corrientes ensanchó su frontera del Sud hasta el Guayquiraró y el Mocoretá*, resultando que el Entre-Rios perdió una porcion harto importante de terreno, pero dió un límite menos indeciso que el establecido por el decreto dictatorial. No pudo su gobierno, durante la guerra de Artigas y de los portugueses, ejercer autoridad alguna sobre las Misiones, teniendo que ceñirse á la administracion de la provincia.

« Despues de la caida de Artigas, en 1820, y de la ocupacion de la Banda Oriental por los portugueses, á quienes sucedieron, dos años mas tarde, los brasileros, una pequeña fraccion de lo que aun subsistia de la poblacion india de las Misiones, se estableció en el Miriñay fundando el pue-

blito de San Roquito, bájo la direccion del coronel Felipe Aguirre, quien se tituló gobernador—como lo he referido en una carta anterior.

« Parece que *el Gobierno Nacional de* 1826, *haciendo caso omiso del decreto de Posadas* (pues no se le habia dado sino incompleto cumplimiento) consideró nuevamente el territorio de Misiones como una provincia separada, puesto que la autorizó á enviar dos diputados al Congreso General Argentino que residia en Buenos Aires, siendo esos dos diputados don Manuel Pinto y don Vicente Ignacio Martinez.

« Los sucesos de los años siguientes y la guerra con el Brasil, impidieron al gobierno central llevar á cabo la nueva organizacion. Corrientes, gradualmente, llevó su jurisdiccion al otro lado del Miriñay, y fundó el pueblo de Restauracion.

« Mas tarde nombró autoridades en la Cruz y en Santo Tomé, sin poder así mismo ir mas adelante, á consecuencia de la oposicion del Paraguay.

« No habiéndose ratificado el tratado de límites del 15 de Agosto de 1852, entre la Confederacion y el Paraguay, en cuya virtud se cortaba la cuestion, asignando á esta república todos los terrenos al Norte del Paraná y del Bermejo, y á la Confederacion el territorio de las Misiones, al Sud del Paraná—*la cuestion quedó sin solucion, y volvemos á repetirlo, no puede ser resuelta sino por el Gobierno Nacional.*

« *Solo él, despues que se haya arreglado definitivamente la cuestion con el Paraguay, puede asignar otra vez ese territorio á Corrientes, ó hacer con él, una provincia nueva, si la Nacion lo juzga conveniente.*

« El cumplimiento estricto del antiguo decreto directorial volveria á Entre-Rios un territorio asaz estenso, que sacrificó tácitamente en el interés de la paz de ambas

provincias, pero que podria reclamar á su turno, *si la totalidad de las Misiones volviese á asignarse á su vecina.*

« A consecuencia de la extincion de las comunidades indias que poblaban ese pais, y eran los propietarios legítimos del suelo que habian cultivado sus antepasados, y donde habian edificado ciudades y aldeas, el gobierno viene á ser el único dueño lejítimo de todo ese territorio. Por consiguiente, la venta ó la locacion de esas tierras puede ser la fuente de una renta inmensa que importa dedicar al bien general.

« Ninguna parte de la República Argentina es mas fácil de colonizar, posée un terreno mas fértil, ni tiene salidas mas cómodas, debido á la navegacion del Uruguay. Ya empieza la poblacion á dirijirse allí (esto fué escrito en 1863), y solo pide seguridad para fijarse definitivamente, restaurando las antiguas aldeas, cuya ubicacion es generalmente bien elejida, pudiendo las ruinas y plantaciones servir para los nuevos pobladores.

« Una administracion provisoria establecida en Santo Tomé, punto central de todos esos distritos, podria prestar grandes servicios, haciéndose un centro de verdadera colonizacion (no existia entonces la Trinchera de San José, cuyo punto estaba en poder de los paraguayos, y Martin de Moussy no habia podido estudiar la navegacion del rio Paraná). La situacion feliz de esa region realmente privilejiada y con tan justo motivo apreciada en otro tiempo por los jesuitas, sus antiguos é intelijentes colonizadores, sus recursos, sus riquezas, cuando la poblacion haya podido volver allí, le dan todos los elementos necesarios para constituir alguna vez una de las partes mas florecientes de la Confederacion Argentina. »

Tal es la opinion del ilustrado doctor Martin de Moussy; opinion imparcial, pues en los momentos en que él estaba escribiendo no se habian exacerbado las pasiones politicas,

y él buscaba solo el interés general, convencido de que la cuestion primordial entre nosotros es la poblacion del territorio desierto, y de que la colonizacion es el complemento indispensable de la victoria de Caseros.

Es una voz que sale de la tumba, la voz de un amigo de los argentinos, para invitarlos á dar cuanto antes una solucion amigable á una cuestion irritante, á fin de que la civilizacion vuelva á enseñorearse de esas soledades, de esas ruinas que lloran por la ausencia del hombre.

Yo tambien contemplé esas ruinas, yo tambien paseé entre esos escombros invadidos por una vegetacion exuberante, y, aunque nunca fuí amigo de los jesuitas, sentí las lágrimas asomarse á mis ojos; no pude reprimir un movimiento de indignacion contra la desidia, contra el abandono que dejan inutilizados tantos elementos de riqueza, y me aparté melancólico de ese teatro destruido de la actividad humana, aunque no dirijido segun mis ideas de pensador moderno.

Habia visto lo que solo conocia por las descripciones de los poetas y de los viajeros; habia visto las ruinas de Troya, de Cartago, de Palmira, en las selvas de la América del Sud.

De Corrientes a Ituzaingo —

VIII

Habiendo manifestado mis deseos de recorrer la República Argentina, para estudiar sobre todo la colonizacion, á varios gobiernos sucesivamente, al del Sr. Sarmiento, al del Dr. Avellaneda, jamás pude conseguir una contestacion decisiva: respondíaseme con el famoso «vuelva vd. mañana» del inmortal panfletista español, ó se me hacia perder el tiempo lastimosamente en las antesalas ministeriales, en vez de decirme inmediatamente «no hay lugar». Resolví entonces dedicarme á mis estudios filosófico-históricos, para mi propia instruccion y para la de la juventud argentina, que es la esperanza del porvenir; pero allí tampoco fuí acompañado en mis esfuerzos. Se me relegó á un rincon solitario, donde los mismos jóvenes no se dignaban comprender la importancia de la enseñanza que habia emprendido, y quedaba á menudo reducido á dirijir la palabra á los bancos. Esto era para desesperar. . . .

Resolvi entonces renovar mi solicitud, aprovechando la circunstancia de haber al frente del Gobierno Nacional un ex-discípulo del colegio del Uruguay, y al frente de la Oficina de Tierras y Colonias una persona intelijente y activa, con quien habia tenido relaciones en Entre-Rios. Esta vez mi solicitud fué atendida y recibí una comision

de la Oficina de Tierras y Colonias. El vapor de guerra el *Resguardo* iba á subir hasta Candelaria, en las Misiones del Paraná; oportuna era la ocasion para mí. Proponiéndome aprovecharla, no vacilé un instante, porque las resoluciones prontas son las mejores. Así podria yo escribir el primer capítulo del libro que estoy preparando, hace tiempo, sobre la Republica Argentina, no habiendo querido dar principio á la redaccion sin haber recorrido, al menos, las partes importantes de su territorio. Herodoto visitó todos los paises cuya historia se proponia escribir: á esos viajes debe su encanto inimitable el libro del padre de la historia. Por supuesto que no abrigo la pretension de ser un Herodoto, pero está permitido hasta á los mas ínfimos imitar tan nobles ejemplos. Agradezco pues, sobremanera al jefe del Estado, al ministro del Interior y al jefe de la Oficina de Tierras y Colonias el gran favor que me hicieron suministrándome los medios de llevar á cabo una de mis proyectadas escursiones, visitando la tierra histórica de Misiones, y realizando en parte el sueño de mi vida.

—Pero, objetará el lector, esos viajes son penosos y aun peligrosos!

¿Qué importa la pena, qué importa el peligro, si uno satisface su curiosidad y consigue salir de la ignorancia? Los viajes son el complemento indispensable de la educacion integral. Dia vendrá en que la instruccion de la juventud se hará paseando y viajando entre los cuadros de la naturaleza, y las instituciones humanas serán estudiadas *de visu*—y no entre las paredes sombrías de un colegio, en medio de las abstracciones frias y de las relaciones descoloridas. Nuestra pedagogia es la mas atrasada, la mas estúpida que puede imaginarse. Acabo de pasar cinco años en un colegio nacional; prefiero vivir en las selvas de Mi-

siones, entre los indios guayanás y los yerbateros, á continuar la profesion de profesor.

Vd. me perdonará esta digresion, señor Director, pero creiala necesaria para esplicar cómo y porqué motivo yo me habia lanzado, no siendo ya jóven precisamente, á la carrera de las esploraciones.

Por otra parte, en esa carrera, como en todas las demás y mas todavia, abundan los contratiempos y las contrariedades. Es preciso munirse, pues, de una dósis estraordinaria de paciencia, repitiendo á cada instante el conocido refran español « quien se aflije se muere ».

Y para probarlo, no hay mas que ver lo que me pasó en mi escursion. Por ejemplo, yo tenia que salir en el *Resguardo*, aprovechando la creciente, esta vez estraordinaria, del Paraná, para llegar sin pérdida de tiempo al territorio de las Misiones.

Pues bien, no salí en el *Resguardo*: me adelanté, partí en el *Taraguy*, que estaba abarrotado de pasajeros y de mercancias, debiendo esperar el *Resguardo* en Corrientes. Esa espera duró una semana entera : el *Resguardo* sufrió una baradura. Cuando llegó á Corrientes, ya era tarde para para subir mas arriba. Los baqueanos declararon que sería peligroso pasar la corredera de Apípé, y, suponiendo que no hubiese peligro, como las aguas seguian bajando, el vapor quedaria embargado en la parte superior hasta la próxima creciente del rio, es decir, hasta Diciembre. Habíase, pues, perdido el momento favorable para llegar hasta Candelaria, hasta el I-guazú ; habíase malogrado mi espedicion.

La creciente del rio empieza en Diciembre, continúa durante Enero, Febrero y Marzo, pero ya empieza á bajar entonces.

En el último tercio de Abril, ya era tarde, aunque este año se ha prolongado, y hubo un fuerte *repunte*, que fué

aprovechado por el *Caremá*, vapor de once cuartas, para bajar desde Itapuá hasta Ituzaingó.

¿Qué debia hacerse entónces? Volver á Buenos Aires, al colegio de Concepcion?—No. Vamos adelante.

Subimos al *Correntino*, vaporcito que hace la carrera de Posadas (Trinchera de San José), es decir, que la hace cuando hay agua de sobra para hacerla, porque sinó se detiene en Ituzaingó, á sesenta y cinco leguas de Corrientes, á veintidos de Posadas. El *Correntino* es un buquesito de los mas incómodos que pueden imaginarse. No hay donde sentarse los pasajeros, es preciso sentarse alternativamente en medio de los cajones y de los baules; comer y dormir en el mismo cuarto, hombres, mujeres y niños, en camas que se arman al efecto sobre los bancos, subiendo y manteniéndose en ellas por milagros de equilibrio. El *Correntino* era un vapor bueno para viajes cortos, para el servicio de un puerto, para llevar pasajeros á bordo de los buques grandes de Ultramar; para ir y volver en pocas horas, pero para recorrer distancias de setenta ó de noventa leguas, *qué esperanza*!

Es preciso protestar: ¿ante qué escribano levantaremos la protesta?

¿A qué autoridad acudiremos? ¿Al gobierno provincial ó al gobierno nacional? No, apelaremos al gran tribunal de la opinion pública, nos dirijiremos á la prensa, haremos mover la poderosa máquina de Gutemberg, pondremos el grito en el cielo, diremos que se abusa de la benignidad de los pasajeros, que los empresarios se burlan del público, que los vapores deben ser hechos para los pasajeros, y no los pasajeros para los vapores, que es preciso poner vapores grandes, largos, angostos, de poco calado, de mucha fuerza, á fin de pasar en todas partes, con buenos y altos camarotes, al estilo norte americano. . . . Pero, ¿si nadie ns hace caso?

Reflexione vd. por otra parte, que si el *Correntino* es de tamaño muy reducido, al menos tiene cámara, mientras que el *Alto Paraná* ni siquiera tiene eso, y allí es preciso pasar el dia y la noche debajo de un toldo. ¿No vé vd. que es mucho sibaritismo?

Con estas y otras reflexiones algo parecidas, uno emprende viaje en el majestuoso Paraná. Salimos el 21 de Abril, á las doce del dia del puerto de Corrientes. A las ocho de la noche el vapor choca en un banco de arena, y se descompone la máquina; todos los pasajeros se van al suelo. Felizmente estaba yo sentado en la proa, contemplando la bóbeda estrellada del cielo; si estoy de pié me voy infaliblemente al agua, y no contaria actualmente mis impresiones de viaje á los lectores de LA TRIBUNA NACIONAL.

Cuesta largo trabajo recomponer la hélice, y así mismo ha perdido una gran parte de su fuerza motora. El dia 22 se pasa navegando; llega la noche, falta la leña, porque el *Correntino* quema leña y no carbon; hay que fondear. Luego falta la carne, y hay que comer bacalao de cuatro maneras distintas.

En fin, el 23 de Abril, á las diez de la noche, llegamos al arenal de Ituzaingó.

Otro incidente. El coronel Rudesindo Roca ha querido darme una escolta de cuatro soldados.

Pues bien, al desembarcar, uno pierde el equilibrio y se cae al agua; felizmente se le saca, aunque todo mojado.

Decididamente los augurios se han pronunciado contra nosotros; un romano no iria mas adelante, retrocederia inmediatamente á hacer un sacrificio para aplacar la cólera de los dioses.

¿Quién sabe si algun Adamastor no está oculto en la barranca arenosa de Ituzaingó ó en las piedras del salto de Apipé?

Digo y repito que los augurios están malos. Cuando salimos de Corrientes, reinaba el viento Norte. Cuando llegamos á Ituzaingó, parece armada la tormenta; los relámpagos surcan el horizonte y se deslizan en la oscuridad como culebras de fuego; vamos á tener mal tiempo. Efectivamente la tormenta estalla en las altas horas de la noche, cae la lluvia á cántaros. Jupiter ha lanzado sus rayos y horadado el flanco de las nubes. Las arenas de Ituzaingó tenian sed; deben estar contentas. Pero el viaje por tierra se ha hecho imposible, al ménos por este dia.

Asi lo declara Colmeiro, el bizarro mayoral de la incomparable diligencia, que fué en otro tiempo la «Victoria del Salto», y que recorre actualmente en dos dias las veintidos leguas, arenosas, pantanosas, acuosas y pedregosas que separan á Ituzaingó de Posadas (Trinchera de San José).

Es preciso creer á Colmeiro, y resignarse á pasar un dia de aburrimiento en el arenal de Ituzaingó. Mucho me temo que ese aburrimiento no haya repercutido sobre vd., señor Director, y sobre los lectores de su ilustrado periódico.

IX

La villa de Ituzaingó es una creacion reciente, es posterior á la guerra del Paraguay, y debe su existencia al salto de Apipé. Todas las personas con quienes se conversa en esas alturas, y que no son de Ituzaingó, afirman que esa villa perderá la importancia que tiene actualmente, cuando la navegacion del Paraná deje de sufrir una interrupcion, y puedan los vapores llegar directamente durante todo el año hasta la Trinchera de San José y mas arriba. Ya he dicho, pero conviene repetirlo hasta el cansancio, que todo el problema consiste en construir buques á propósito, es decir de poco calado y de gran fuerza motora. Además de eso, hay que estudiar los pasos con mas prolijidad de lo que se hizo hasta ahora y practicar sondajes. En Norte América hay en los rios de navegacion difícil, un sistema de cadenas fijadas, de las cuales se agarran los buques para remontar y que constituyen una especie de sirga. En fin, el cordon de rocas que forma la corredera de Apipé no debe ofrecer obstáculos insuperables á la ciencia. El lecho del Paraná lo forman rocas basálticas y de asperon colorado, que se encuentran desde Corrientes hasta el salto de Guayra. El salto de Apipé, especialmente

es formado con asperon colorado, y esa materia es fácil de pulverizar. Saco en consecuencia que el salto, ó mejor dicho, la corredera, tiene que desaparecer, cuando los hombres pongan algun empeño, y entonces, el pueblo de Ituzaingó perderá forzosamente su importancia.

El terreno de Ituzaingó es arenoso. Sin embargo el eucalyptus crece y se desarrolla allí notablemente, alegrando la vista, cansada de contemplar el cuadro monótono que le ofrece la comarca.

Hay casas de ladrillo y de teja de Marsella, pero la mayor parte son ranchos construidos con tacuaras, que son abundantísimas en el alto Paraná, formando un continuado cordon en ambas riberas hasta la confluencia del I-guazú y probablemente hasta el salto de Guayra, porque es siempre la misma formacion geológica y la misma vegetacion. Abrese la tacuara, se parte y se estiende, y se justaponen unas á otras de manera á formar una pared. Pero á veces el constructor no se toma ese trabajo, arrima las tacuaras como un cerco de palo á pique, las cubre con techo de paja brava ó mansa, y allí tiene su habitacion; el viento, el polvo, la humedad, la luz, el calor, todo pasa fácilmente al través de esa especie de claraboya, pero ¿qué le importa al guaraní, que se deja vivir en esa jaula como Diójenes en su tonel, entregado al *dolce far niente*, chupando mate, fumando cigarros, comiendo naranjas y cañas de azúcar? La vida es fácil, facilísima bajo esa latitud; no vale la pena de incomodarse para correr tras del *confort* de la civilizacion con sus miles de necesidades artificiales.

Las calles son anchas, de veinte varas, los *sitios* cercados tambien con tacuaras, que, como se vé, son plantas de mucho servicio para el hombre.

La poblacion de Ituzaingó, componíase en 1879, de 268 varones (doscientos sesenta y ocho) y 247 mujeres (dos-

cientas cuarenta y siete), total quinientas quince almas, (515). No pasa por consiguiente de una aldea. No puede mantener un cura párroco. De vez en cuando viene el de Posadas á pasar allí una temporada para hacer los bautismos y los casamientos.

La villa está situada á la estremidad de la gran laguna Iberá, que cubre una parte estensa de la provincia de Corrientes. El Ingeniero Casimiro Chanoine, que ha formado el proyecto de desaguarla, me ha asegurado que la cuenca de aquella tiene una superficie de setecientas leguas cuadradas. Hasta ahora se conoce muy poco.

El vulgo pretende que tiene habitantes en el interior, que se han oido mugidos de animales, que se han visto columnas de humo levantándose en el horizonte, etc. etc. Seria tiempo de que se hiciese un reconocimiento formal de ese territorio anegado, para ver qué provecho se puede sacar de él.

Esa laguna es probablemente el resultado de alguna gran convulsion de la naturaleza.

Dice un sábio brasilero:

« En Misiones, como en la provincia de Rio Grande del Sud, aparecen señales bien sensibles de considerables depresiones del suelo, que deben traer por orígen aquellos mismos terremotos, que conmoviendo y derribando las bóvedas interiores formadas por el pasaje de aguas infiltradas, ó por sus grandes depósitos latentes, determinaron la formacion de muchos de nuestros lagos, algunos de ellos asaz profundos y que no tienen salida alguna ó comunicacion con el exterior,

« La estensísima y encantada laguna Iberá, que del Norte al Sud atraviesa casi toda la provincia de Corrientes, ocupa el lugar que en otras partes ocuparon sierras ó montañas. *Los fuegos que en ella se divisan en lontananza y que supersticiosamente han asustado á los hombres que no se*

ansiaron á cruzarla con las mejores embarcaciones, corroboran mi asercion y hacen suponer que el terreno sufrió una depresion considerable en el lugar que ocupa. Los tres cerros inmediatos al pueblo de la Cruz, el cerro de Jarado y varios otros, donde á veces se oyen retumbar sonidos profundos y continuados, cuya forma cónica, como la del cerro de Butucarahy, es precisamente la forma que afectan las partes sacudidas del suelo por las exhalaciones y el fuerte desenvolvimiento de los gases subterráneos, deben probablemente su aparicion á corrientes eléctricas y á los fuegos interiores.»

He creido conveniente anticiparme á las consideraciones geológicas que presentaré mas adelante, para desvanecer las preocupaciones populares que he encontrado en la provincia de Corrientes, hasta entre personas de categoría.

Martin de Moussy proponia hacer irrigaciones con la laguna Iberá, diciendo que por medio de canales podia convertirse la Mesopotamia argentina en una especie de Holanda.

La misma idea me fué tambien manifestada por un jóven inglés que va á poner una gran plantacion de caña de azúcar en la costa del Uruguay, á inmediaciones del pueblo destruido de Concepcion. Está fuera de duda que hombres intelijentes y gobiernos de iniciativa harian algo en el sentido de emprender una lucha contra una naturaleza rebelde: la laguna Iberá volveríase entonces una fuente de riqueza. ¿Por qué no se hizo hasta la fecha? Porque la *politicomania* es el azote de la provincia de Corrientes y de las demás provincias argentinas, porque, en vez de dirijir su actividad contra los obstáculos físicos, los hombres la dirijen contra sí mismos, porque la preocupacion principal es la de gobernar, es decir la de escalar los puestos públicos, porque las universidades y los colegios, en lugar de producir ingenieros y mecánicos, no fabrican mas que literatos

y doctores que se lanzan sobre la sociedad como una nube de aves rapaces y de insectos parásitos.—Y este es el motivo porque la laguna Iberá ocupa todavia setecientas leguas de territorio sin prestar servicio alguno al hombre, al soberano de la creacion.

Comunico á vd., señor Director, estas reflexiones amargas, que son el resultado de un dia de permanencia forzosa en Ituzaingó, y volveremos á emprender viaje.

La diligencia, arrastrada por siete caballos ó mulas, con dos postillones, uno de los cuales galopa al costado con el látigo en mano para escitarlos, cruza una planicie arenosa, erizada de palmas enanas, y se engolfa en la laguna, pasa la famosa Tranquera de Loreto—que ya no existe y se reduce á una zanja—y consigue llegar despues de un andar penosisimo, á la estancia de *Santa María*, perteneciente al señor Abelenda, vice-cónsul español. El camino es una *via* líquida, y para recorrerla se gasta por lo menos una hora: hay forzosamente que ir al tranco, y con cuidado para evitar los pozos. Felizmente el fondo del terreno no es pantanoso, sino mas bien arenoso, cuya circunstancia hace la travesía mas fácil. Pero viniendo la seca, debe volverse muy dificultoso.

En la Tranquera de Loreto, hay un arroyo, que sirve de desagüe á la laguna, que ha cavado considerablemente el terreno, hasta el punto de formar un verdadero precipicio. Allí los pasajeros tienen que bajar y pasar á caballo. Ese arroyo va royendo y carcomiendo, y si no se toman medidas sin pérdida de tiempo, ese paso se hará completamente intransitable.

Quedará entonces cortada la comunicacion entre las dos partes de la provincia. A mi regreso á Corrientes, hice presente al señor gobernador Gallino la necesidad de componer ese camino á la mayor brevedad.

Al salir de la laguna Iberá, se entra en el territorio de

las antiguas Misiones jesuíticas. En la *cuchilla* inmediata aparece una quinta de naranjos gigantescos que fueron plantados por los Padres de la Compañia. Por consiguiente tendrán mas de un siglo. Esos árboles venerandos tienen dimensiones extraordinarias, y forman una bóveda impenetrable á los rayos solares. En la época en que los ví, estaban cargados de sus dorados frutos, que producen á millares. Pero muchos ya están huecos y solo viven por la corteza: si se me permite hacer esta reflexion, simbolizan en alguna manera la famosa institucion de Loyola, brillante en apariencia, pero hueca y vacia interiormente; en vez de la vida, la descomposicion y la muerte debajo de la corteza. Deténgome aquí; no es el momento de entrar en ese órden de consideraciones.

Santa Maria es, y era en tiempo de los jesuitas, un establecimiento pastoril, una estancia; no era un pueblo, una *Mision*, como por error aparece en algunos mapas. Lo que ha originado ese error es que los PP. tenian allí oratorios. San Miguel, Santa Tecla, que encontraremos mas adelante, están en el mismo caso. Es sabido que los jesuitas tenian grandes establecimientos pastoriles. He visto un estado levantado por las autoridades españolas en momentos de espulsarse aquellos, del cual resulta que poseían, entonces, mas de seiscientas mil (600,000) animales vacunos, y entre animales caballares y lanares mas de cuatrocientos mil (400.000).

Las costas de la laguna Iberá, del Aguapey, del Miriñay, del Paraná y del Uruguay, se prestan para la cria del ganado vacuno, aunque tienen el inconveniente gravísimo de carecer de sal, pero solamente hasta cierta altura. Llegando á la Mision de Santa Ana, (costa del Paraná) ya entramos en la selva vírjen, en la selva impenetrable, que se prolonga durante centenares de leguas, hasta juntarse con el Brasil. Allí, como se comprende, es de toda imposibili-

dad criar animales vacunos; solo, de vez en cuando, se encuentra un campito limpio, lo que allí se llama un *campestre*. He querido dar esta esplicacion para responder á las preguntas que se me dirijian á cada momento sobre la posibilidad de criar animales vacunos en las Misiones. Hay dos partes muy distintas: *la parte pastoril y la parte selvática*, si puedo espresarme de esta manera. La segunda no conviene sino para la agricultura propiamente dicha, bajo la condicion de desmontar la selva; pero ese trabajo no es tan penoso como uno podria figurárselo. Se cortan las ramas y se les prende fuego; no se toma uno el trabajo de arrancar los troncos de los árboles, ni siquiera hay necesidad de arar; por consiguiente, los bueyes no son necesarios. La misma azada no es absolutamente indispensable. El cultivador guaraní aguza un palo, una tacuara, y con ese instrumento entierra la semilla. Esa operacion primitiva se llama: «sembrar á la criolla». De manera que se ven mandiocales, maizales, tabacales, cañaverales, en medio de los bosques, rodeando á los grandes árboles que han quedado de pié, aunque desecados por la accion del fuego, y que muestran allí sus esqueletos gigantes. Pero no es el momento de hacer poesia.

Despues de haber mudado caballos en Santa Maria, volvimos á emprender marcha por en medio del terreno ondulado; el campo de Corrientes, al salir de la laguna Iberá, manifiesta la misma apariencia que el de toda la Mesopotamia Argentina; son colinas, cuchillas, ondulaciones interminables, que han sido comparadas justamente con las olas del Oceano solidificado. Si mal no recuerdo, Fenimore Cooper, en sus interesantes novelas, dice que la *pradera del Far West*, en Norte-América, presenta la misma apariencia; seria, pues, el efecto de las mismas causas geológicas y meteorológicas. Pero eso no debemos estrañarlo, ¿qué es la tierra? un corpúsculo microscópico, arrojado en el espacio,

de tamaño reducidísimo—nueve mil leguas de circunferencia cuando mas. Cuando este glóbulo terráqueo estaba en fermentacion, en ebullicion, debia, relativamente al espacio inmenso, producir el efecto de un fósforo que arde en la oscuridad de un vasto aposento. Fenómenos que nos llenan de admiracion y de asombro, son en realidad insignificantes.

En San Miguel, otro establecimiento, otro oratorio de los jesuitas, otra tranquera. Allí tambien se mudan caballos.

En Santa Tecla, otro establecimiento, otro oratorio, otra gran quinta de naranjos. Pertenece actualmente á un francés de los altos Pirineos, Mr. Durand, un soldado de la legion que defendió Montevideo contra Oribe, con los coroneles Thiebaut, Brie y Garibaldi; pero no quiso esperar el fin del sitio interminable, que le valió á Montevideo el sobrenombre de «Nueva Troya»,—y se lanzó al interior del Continente Americano.

En la quinta del señor Durand encontramos plantas de café, pero ¿ puede realmente el café producir frutos en esas alturas ? Allí alcanzan las heladas. Unas personas inteligentes y particularmente unos brasileros, me han asegurado despues, que el café no puede ser fructífero, sinó desde Córpus para arriba. Háseme asegurado igualmente que las heladas no se hacen sentir hasta trescientos metros del rio; luego ese espacio podria aprovecharse para el cultivo de esa planta tropical, que constituye la principal, la mayor riqueza del Brasil. Mas tarde volveré sobre este punto tan importante.

En Santa Tecla mudamos caballos, y llegamos á las siete y media de la noche, á la posada de Curupay, en casa de un italiano llamado *Venezia*, porque pertenece á la famosa república de las lagunas. No hablaré de las comodidades ó incomodidades de la posada, porque esas cosas son secundarias y fuera del objeto de nuestro viaje.

Al dia siguiente temprano alcanzamos la estancia del *Ombú*, que pertenece á don Manuel Bedoya, uno de los hacendados mas ricos de la provincia. Llámase del Ombú, porque hay catorce ó quince de esas plantas que coronan la elevada colina y se aperciben desde una gran distancia. La posicion de ese punto es culminante; la vista abarca un horizonte inmenso: al Norte las riberas del Paraná cubiertas de bosques, en lontananza las selvas del Paraguay, al Sud otros bosques, ó mejor dicho, bosquecillos que indican el nacimiento del Aguapey, al Este y al Oeste las ondulaciones interminables que ya conocemos.

La apariencia del terreno es la misma, pero la composicion es diferente: es una tierra roja, cargáda de óxido de hierro, la misma que se encuentra en el Paraguay, en el Brasil, y que parece constituir toda la zona geológica de las Misiones. Toda esa formacion es plutónica, vulcánica, como lo indica el desarrollo considerable del basalto y del asperon colorado, que se encuentra desde la ciudad de Corrientes hasta el salto de Guayra, en el I-guazú, en la costa del Uruguay superior, etc. Es la tierra predilecta para la caña de azúcar, para el café, para la mandioca, para las plantas de la zona sub-tropical; los brasileros la ponderan constantemente.

Despues de la estancia del Ombú, cruzamos varios arroyos, el «Yacaré euh»—(agua del yacaré), el «Itaembé grande» el «Itaembé chico», cuyas palabras indican que hay muchas piedras, y efectivamente esos arroyos corren en un cauce de basalto, el «Mártires» que forma el límite del municipio de Posadas, y que no cruzamos sin trabajo, sin fuertes sacudimientos. Es difícil esplicar cómo la diligencia puede resistir semejantes barquinazos.

Los pasajeros tienen que bajarse á cada momento. A veces el agua entra en la diligencia. Unos puentes son absolutamente indispensables. Colmeiro, á pesar de ser

un hombre intrépido, no se anima á viajar de noche por causa de las escabrosidades del terreno.

En fin, trepamos á una colina desde la cual se apercibe la ciudad nueva de Posadas (Trinchera de San José). Un compañero de viaje me asegura que en realidad no tiene mas que cinco años de existencia. Es una sorpresa verdadera para el viajero.

X

La llegada de la diligencia de Colmeiro á Posadas es siempre un suceso importante, porque es el único medio de contacto que tiene esa poblacion con el mundo civilizado, y ese suceso se verifica tres veces al mes solamente. Compréndese por consiguiente que cada uno, y sobre todo los negociantes, la esperen con impaciencia. Pero, esta vez, la impaciencia habia ganado en intensidad, porque hacia tres dias que la estaban esperando. Desde luego el vapor *Correntino* se habia demorado algunas horas en Corrientes; en seguida habia sufrido una baradura, como ya he referido. En fin, el mal tiempo habia hecho perder un dia á la diligencia.

Además, era esta la primera vez que Colmeiro volvia á comenzar sus viajes, interrumpidos, porque anteriormente el vapor subia hasta Trinchera de San José. De manera que los vecinos de esta ciudad, no sabiendo á que atribuir esa demora extraordinaria, estaban perdiéndose en toda clase de suposiciones. Por eso nuestra llegada á las dos de la tarde atrajo una concurrencia extraordinaria, y fué preciso dar esplicaciones y mas esplicaciones. Lo que mas llamó la atencion, para decirlo de paso, fué la presencia

de un soldado de línea en el pescante. Se le consideró como una especie de mensajero del Mesias, como la solucion viva de una cuestion antigua, de una cuestion interesante. Esa cuestion, hemos visto que solucion le daba el ilustrado doctor Martin de Moussy: pero ese soldado no era mas que un esplorador de la selva de Misiones.

Volviendo á la ciudad de «Trinchera», es una anomalia irritante que una poblacion tan importante quede reducida hasta la fecha á medios de comunicacion tan escasos; si la actividad comercial no dá para viajes mas frecuentes, al menos deberia tener, hace tiempo, un telégrafo eléctrico que la ligase con los pueblos del Paraná y con los pueblos del Uruguay.

Entre Trinchera y Corrientes media una distancia de noventa leguas aproximadamente. El telégrafo salvaria esa distancia en algunos segundos, trasmitiendo y volviendo á trasmitir las correspondencias. Actualmente es preciso resignarse á esperar diez dias una respuesta, y muy á menudo veinte. Está uno desterrado en el último rincon del mundo, sin cartas ni periódicos.

Debo decir que existe tambien una estafeta que lleva la correspondencia á Santo Tomé, en la costa del Uruguay, tres veces al mes; pero se me ha asegurado que el servicio de la correspondencia sufre muchas irregularidades en esa via, y que, á pesar de ser mas larga, vale mas aprovechar la del Paraná.

Antiguamente hubo una diligencia que recorria esa carrera, que importa treinta y cinco leguas mas ó menos, pero parece que viajaba en el desierto y sin llevar pasajeros; tuvo que suspender sus viajes; puede decirse que han quedado cortadas desde entonces las comunicaciones entre esos dos puntos, (Posadas y Santo Tomé), porque el viaje en carretas de bueyes es muy largo, muy pesado, y durante algun tiempo se ha pretendido que esos parajes no ca-

recian de matreros y otros aventureros, á los cuales no conviene encontrar á solas en medio del campo. Sin embargo, para hacer justicia á todo el mundo, debo decir que el Mayor Gomez, de Santo Tomé, ha emprendido una persecucion tenaz contra esos enemigos del órden social, y llevado á cabo una gran limpieza, por cuyo motivo creo que debe recomendársele á la consideracion pública como un benefactor de la sociedad.

Restablecidos el órden y la seguridad en esos parajes, creo que convendria restablecer tambien la diligencia, para facilitar y activar las relaciones comerciales, pero necesitaria, al menos durante algun tiempo, una subvencion del Estado. La accion de la fuerza colectiva debe hacerse sentir, vuelvo á repetirlo una vez mas, cuando son insuficientes las fuerzas individuales. La diligencia devolveria la animacion á ese desierto, mientras viniese un ferrocarril á facilitar la inmigracion y la colonizacion de las antiguas Misiones destruidas. Tócale, pues, al Estado, representado por la nacion ó por la provincia, hacer algo en este sentido.

—

Es cierto que el gobierno de Corrientes, ha tirado un decreto para rehabilitar todos esos pueblos, pero hasta ahora ese decreto no ha recibido ningun comienzo de cumplimiento; solamente se ha delineado al pueblo de Santa Ana, cuyo plano he visto en casa del juez pedáneo de ese punto, D. Tiburcio González. Pero nadie irá allí ni á los demás pueblos proyectados, mientras no haya buenos caminos y medios fáciles de comunicacion.

Dias pasados, unos inmigrantes que habian leido mis cartas sobre Misiones en un diario francés de esta capital, vinieron á pedirme datos y esplicaciones. Yo les he respondido francamente que, auunque aquel país es induda-

blemente de gran porvenir, no conviene dirijirse allí, mientras no se hayan establecido comunicaciones frecuentes y fáciles, ó seria esponerse á sérios desengaños.

Desde que empecé á hablar de comunicaciones, debo mencionar varios proyectos que están ó estuvieron á la órden del dia. Entre Candelaria y San Javier el territorio de Misiones se estrecha y no tiene sinó diez y seis leguas, mas ó menos, de estension. Martin de Moussy proponia unir esos dos puntos por medio de un canal. Háse dicho recientemente que don Saturnino Rivas, el empresario de las mensajerias fluviales, pensaba en realizar la idea del esplorador francés, y que ya habia mandado hacer los estudios preparatorios; pero no sé lo que hay de cierto á este respecto.

El Padre Gay habla, en su «Historia de la República Jesuítica», del canal que los jesuitas querian abrir para unir el Paraná y el Uruguay, y opina que, si las Misiones volviesen á ser florecientes y bien pobladas, seria fácil hacerlo, abriendo un canal desde el Paraná hasta encontrar el Aguapey, que desagua en el Uruguay. El cree que esta comunicacion se halla ya hecha naturalmente por el canal de la Tranquera de Loreto, que une el Paraná con la laguna Iberá, y, atravesando ésta, entra en el rio Miriñay, que nace de la misma laguna y va tambien á desaguar en el Uruguay.

Con este motivo, añade lo siguiente: « Las generaciones venideras verán probablemente vapores salir de Porto Alegre, surcar las aguas del Jacahy, del Vacacahy, atravesar el canal que debe unir este último rio con el de Santa Maria, navegar por este hasta entrar en el Ibicuy, seguir el curso de este, penetrar en el Uruguay, buscar la boca del Aguapey ó del Miriñay, y por ellos ir al gran Paraná, por donde podrán comunicar con el Paraguay, Matto Grosso, etc., sin tener que pasar por el Rio de la Plata.»

Tiene razon el Padre Gay; las generaciones venideras verán muchas cosas admirables; sin embargo, hacen ya veinte años que escribió su libro, y ningun paso se ha dado en el sentido de abrir esas comunicaciones. Padezco una equivocacion: díceseme que el Brasil está construyendo y proyectando ferro-carriles para acercarse á la costa del Uruguay.

Sea lo que fuere en un porvenir mas ó menos próximo, mas ó menos remoto, la ciudad nùeva de «Trinchera de San José» desempeña ya actualmente y continuará desempeñando un papel importante. Es y será la llave de las comunicaciones fluviales y terrestres.

Ya hemos visto que los dictadores paraguayos, comprendiendo aquellas ventajas, habian construido allí un estenso campamento atrincherado; de allí le viene el nombre que tiene actualmente.

Desde allí dominaban sobre el territorio de Misiones hasta la Tranquera de Loreto y hasta el Aguapey, al mismo tiempo que aseguraban sus comunicaciones mercantiles con Santo Tomé y San Borja.

La ciudad de Trincheras debe, pues, su existencia á una ocupacion militar. Los paraguayos estuvieron acampados allí hasta la guerra de 1865, pero no habian formado casas; aquello era un bosque espese como todos los que se ven todavia en la costa del rio Paraná.

Viniendo la guerra, salió de allí el ejército de Estigarribia que fué destruido en Yatay y en la Uruguayana. Mas tarde llegaron los brasileros. El general Portinho formó campamento en las alturas que dominan actualmente la ciudad nueva. El cerro, donde estuvo acampado el regimiento 24 de línea, conserva hasta la fecha el nombre del «24» y fué la base de la poblacion futura.

Los vivanderos, los comerciantes que seguian el ejército apreciaron las ventajas de esa posicion, y cuando concluyó

la guerra, vinieron á establecerse allí; hicieron ranchos al principio, y despues levantaron casas de material con techos de teja de Marsella. Falta, como es sabido, la cal en las Misiones, pero los ladrillos son de buena calidad; además la piedra es abundantísima; los constructores aprovecharon las de la gran trinchera levantada por los Paraguayos, que tenia 1200 metros de desenvolvimiento, uniendo las dos orillas del gran rió en el semi-círculo que allí forma. Hasta la fecha se ve la línea de la trinchera, habiéndose criado en sus escombros un cerco de vegetacion arbórea, y de malezas. El ingeniero Fitz-Morice, propietario de una chacra al Nor-Oeste de la ciudad, me ha mostrado una parte de pared que conserva cuidadosamente, y que será algun dia, que ya es un monumento histórico.

En la ciudad de Trincera hay tiendas muy bien surtidas, muy lujosas; se me ha asegurado que se hace tanto negocio como en la misma Corrientes, una ciudad que tiene tres siglos de existencia.

Sus calles son espaciosas, tienen veinte varas; las cuadras bien delineadas, con una rectitud irreprochable, dejan ver en lontananza una perspectiva admirable: al Norte los cerros del Paraguay cubiertos de una vegetacion exuberante y sombría, al Este el inmenso Paraná, que trae á la memoria los recuerdos de los lagos Mayor y de Ginebra, con su superficie brillante, con sus islotes, con sus riberas escarpadas y las sierras azuladas que cierran el horizonte. Uno no se cansa de contemplar esa naturaleza grandiosa.

La ciudad tiéne de cuatro á cinco mil almas, y se estiendé desde él cerro dicho del «24«, á donde es preciso subir para gozar la vista completa del gran panorama, hasta la misma barranca, que es casi perpendicular, teniendo treinta ó cuarenta metros de altura, y formada como todas las costas del Paraná con asperon colorado y basalto. Allí hace mucha falta un buen camino, pues las carretas tienen una

subida de las mas penosas. Acabo de leer que un empresario ha celebrado un contrato con el Gobierno Nacional para hacerlo.

La parte de la barranca que forma un terreno nacional, está habítada por la poblacion pobre, que ha construido allí ranchos y chozas miserables de tacuara y de madera. Esa gente está mal alojada, vive en la humedad, pues las vertientes y los manantiales chorrean por todas partes, y además está espuesta á las nieblas del rio.

Seria preciso sacarla de allí en el interés de la salud pública. Desde tres años á esta parte, una fiebre intermitente se ha desarrollado en el Alto Paraná; es una fiebre palúdica que se atribuye á las grandes crecientes del rio. No veo mas que un medio de cortarla, alejar la poblacion de la costa, y obligarla á contraer buenas costumbres higiénicas. Sea lo que fuere, creo que el gobierno general deberia preocuparse de ello y encargar á una comision especial el estudio de esa cuestion que es importante para la salubridad de esos parajes. Aqui se manifiesta otra vez la necesidad de la fuerza colectiva, porque los esfuerzos aislados quedan impotentes.

El puerto de Posadas, como el de Ita-Ibaté, tiene un brete donde se vé internar muy á menudo animales que se trasportan al Paraguay, remolcados en grandes chatas por unos vaporcitos. Es muy considerable el número de ellos que ha pasado de Corrientes á la República vecina desde tres ó cuatro años á esta parte, á consecuencia,—segun me han asegurado—de las guerras civiles, de la falta de seguridad y de confianza. Decíame tambien una persona digna de fé, que varíos estancieros brasileros establecidos en Misiones habian liquidado y retirádose á su patria. La última intervencion, añadia otro, me cuesta veintiocho caballos, además de la ventaja de haber sido puesto al cepo. Es indudable que esas continuas ajitaciones civiles, causan

un gran perjuicio á la provincia de Corrientes. Sería tiempo de que los partidos desarmasen, y, dejando la políticomania se pusieran á trabajar. El trabajo, es la libertad, es la fuerza, es la grandeza del hombre.

La ciudad de Posadas es una creacion de la espontaneidad social; háse formado al estilo norte-americano. Los vecinos y la municipalidad lo hicieron todo. La iniciativa humana pronunció el *fiat lux*: cayó la selva secular, ardió el bosque impenetrable, y las casas se levantaron como por encanto.

La poblacion es cosmopolita; compónese de todas las naciones del mundo, pero todos tienen amor y entusiasmo por la localidad, que consideran hija suya, y no mezquinan sacrificio para ataviarla, para hermosearla, para adornarla. A cada momento improvisan fiestas y regocijos; ponen banderas en la punta de las tacuaras jigantes que se alzan en cada boca-calle, los pabellones multicolores flamean bajo la brisa tibia de las Misiones; la banda de música recorre las calles; los ginetes hacen brincar sus caballos en la plaza, convertida en *carrusel*. Córrese la sortija. Luego vienen los bailes, los de la aristocracia y los populares, que se prolongan en las altas horas de la noche.

Durante mi permanencia en Posadas, presencié las fiestas del 25 de Mayo, á las cuales el señor Jefe Político, coronel don Ramon Lotero, me hizo el honor de convidarme, y las fiestas del 24 de Junio (San Juan), que fueron organizadas por una comision de vecinos, entre los cuales recuerdo especialmente el nombre de don Juan Molero, uno de los exploradores del territorio de Altas Misiones.

Mi deber de historiador me obliga á decir que la poblacion de Posadas, ó Trincheras, está esperando con impaciencia la nacionalizacion de aquel territorio. Es preciso hacer una escepcion para los correntinos, propiamente dichos, pero todos los demás, americanos ó europeos, están

unísonos, y hasta se vuelven fastidiosos con su insistencia á este respecto. A mí me asaltaban con preguntas; no podia hacerles comprender que yo era un viajero aficionado, á quien le gusta recorrer el mundo sin intenciones anteriores ni ulteriores. Hasta me aseguraban que sería una ventaja para los mismos correntinos que andan emigrados y perseguidos, los cuales tendrian entonces un territorio neutral donde podrian refugiarse y trabajar con tranquilidad y garantias.

Yo, señor Director, no hago mas que referir lo que he oido durante mi escursion, sin abrir juicio, porque la imparcialidad es el primer deber de los historiadores y de los exploradores.

XI

He dicho anteriormente que la ciudad de Posadas (Trinchera de San José), debia su existencia á una ocupacion militar; pero esta no fué mas que una ocasion determinante, pues no hubiera sido suficiente para agrupar definitivamente una poblacion numerosa, á no haber mediado otras circunstancias económicas.

Entre esas circunstancias hay que nombrar primeramente la explotacion de la yerba-mate, que viene allí desde las altas Misiones, desde todos los puntos de la costa del Paraná. Allí es donde la yerba, despues de haber sufrido su preparacion rudimentaria en los bosques, recibe su elaboracion definitiva, es embolsada y enviada para abajo por el rio, cuando lo permite la corriente periódica, ó por carretas de bueyes que hacen la carrera de Ituzaingó. Esas carretas son muy conocidas, pues tienen poco mas ó menos la misma forma que las que aparecen en las plazas del Rosario, de Buenos Aires y de las demás provincias. Van arrastradas generalmente por tres ó cuatro yuntas de bueyes, y, como no usan sebo para engrasar sus ejes, producen una especie de chillido, que se oye á grandes distancias, y que no deja de lastimar el oído.

Los brasileros, que se encuentran muy á menudo en esas alturas, no uncen los bueyes de la misma manera que los argentinos, por la cabeza; pónenles una especie de collar y opinan que así el animal tiene mas fuerza para arrastrar las cargas pesadas, sobre todo en esos caminos primitivos y casi intransitables.

Inútil es decir que esas carretas caminan muy despacio; tienen que pararse frecuentemente para formar campamento, y su flete debe aumentar considerablemente el precio de las mercancias.

Unos ingenieros estrangeros, los señores Brochet Roches y Beresford, habian propuesto construir un ferrocarril entre Ituzaingó y Trinchera de San José. Pero claro está que convendria mucho mas llevar á cabo la navegabilidad del rio, pues la via fluvial es mas barata, y es opinion general en esas alturas que puede realizarse.

Los ingenios de moler yerba se hacen de varias maneras, pero los mas usados son los por medio de cilindro y los por medio de pisones.

Los primeros consisten en un eje vertical al cual van adaptados unos cilindros de madera dura y pesada, armados de puntas, de madera tambien, los cuales ruedan sobre una mesa circular, en la cual se ha estendido la yerba. Ese mecanismo es movido por mulas ó por bueyes, y es parecido al de las tahonas. Unos individuos amontonan la yerba con rastrillos, cuando han pasado los cilindros, para que se ejerza la presion de un modo mas eficaz. Cuando la yerba ha sido molida y triturada suficientemente, se embolsa, se aprensa con una especie de martillo puntiagudo, de madera durísima, de cinco piés de largo, que un hombre toma por el centro, y que hunde en la bolsa con toda la fuerza posible.

En seguida se cose y queda pronta para remitirse. Antiguamente se usaban cueros vacunos, *tercios* para embolsar

Actualmente se usan bolsas de lona; pero los aficionados pretenden que el primer sistema era preferible, y que la yerba así embolsada conservaba mejor sus calidades aromáticas. Como á mí no me gusta de ninguna manera, soy incapaz de distinguir.

El otro sistema, es decir por pisones, consiste en un árbol que se pone horizontalmente y al cual son adaptados una porcion de martillos puntiagudos, combinados con un *engranaje* que los hace alzar y bajar alternativamente en unos recipientes donde se ha puesto la yerba anteriormente, y se consigue tambien el mismo resultado que por medio de los cilindros. Es tambien movido por bueyes ó por mulas, por medio de árboles de trasmision; pero creo que el sistema de los cilindros es preferible. Los que han visto las máquinas de preparar el chocolate, pueden fácilmente formarse una idea del último.

Además de la fuerza de los animales—bueyes ó mulas—se utiliza tambien la fuerza natural del agua, pues, como ya lo dije, los arroyos son abundantísimos en las Misiones, y como el terreno es de los mas accidentados, encuéntranse caidas y cascadas á cada instante, añadiendo que pueden producirse artificialmente por medio de represas y de compuertas.

En la ciudad de Trinchera he contado los ingenios siguientes: el de don Abelardo Escalada, movido por bueyes, á pisones; el de don Pedro Schneider, del mismo sistema; el de don Eladio Guezalaga, id. id.; el de don Leonardo Troissy, movido por mulas y á cilindro; el de Sanchez hermanos, movido por agua, á pisones; el de don José Avarijo, tambien á pisones y por agua.

La actividad industrial y mercantil de esta ciudad nueva descansa, pues, sobre la produccion de la yerba-mate, en lo que llamaremos la industria *yerbatera*. Cualquier *yerbatero* que viene desde el fondo de las selvas, encuentra cré-

dito inmediatamente en la plaza de Posadas, y si ha descubierto, ó si cree haber descubierto, un yerbal nuevo, entonces se le recibe con entusiasmo.

Sin embargo, la industria yerbatera tiene sus críticos y sus oposicionistas. Algunos afirman que es escesivamente aleatoria, espuesta á mil contingencias, y, para decirlo todo, una causa de ruina mas bien que de adelanto para los individuos que á ella se dedican, los cuales, una vez que han entrado á ella, son, como los condenados del infierno del Dante, obligados á repetir las terribles palabras inscritas en la puerta de la fúnebre morada: « Lasciate ogni esperanza, voi che entrate. »

Valdria, agregan los mismos críticos, valdria mas para ellos y para el bien general, que la actividad humana tomase otra direccion, dedicándose á la industria agrícola propiamente dicha, al cultivo de la caña de azúcar, del café, del algodon, del añil, en fin, de todas las plantas que prosperan ó prosperarian admirablemente en esa zona geológica.

Sin duda alguna, hay algun fundamento en esos críticos. La profesion del yerbatero se ha comparado con la del minero. La comparacion no carece de exactitud.

El minero está espuesto, como es sabido, á mil contingencias: á veces cree haber dado con una veta muy rica, adelanta sus trabajos, prolonga sus escavaciones, y resulta definitivamente que ha sufrido un chasco.

Lo mismo le pasa al buscador de yerba-mate que al buscador de oro: lánzase en medio de las selvas impenetrables en busca del precioso vejetal, cuyas hojas reducidas á polvo se han comparado con el polvo del oro: cree él tambien haber dado con una veta de mucha riqueza, y resulta tambien que se ha alucinado con una ilusion.

Se ha comparado igualmente al yerbatero con el cazador. La caza ya no es una industria para los pueblos civilizados;

solo puede considerarse como una diversion; todos los que la practicaron, saben que está espuesta á mil contingencias, á mil alternativas. Dice un refrán de mi tierra: « jamás cazador ni pescador edificaron casa ».

Los yerbateros forman una poblacion nómade; son como tribus que andan vagando por en medio de los bosques, no son un verdadero plantel de sociedad, como los agricultores propiamente dichos.

Muchos creen,—y lo sé por las preguntas que se me han dirijido,—que el árbol que produce la yerba-mate, el *ilex paraguensis*, es una planta que se produce artificialmente, que se planta, que se cria, que se cultiva como el manzano, como el peral, como el durazno, como el naranjo.

Es un error completo. El *ilex paraguensis* es un árbol que crece espontáneamente en medio de las selvas impenetrables, como el cedro, como el lapacho, como el timbó, como el peterebi, como el incienso, como el canafistol, etc. etc., como todas las esencias que forman los bosques de Misiones. Aunque los naturalistas le han dado el nombre del roble, sé parece mas bien á un naranjo, de manera que á la distancia no se puede distinguir uno de otro; pero aproximándose, se vé que la hoja tiene efectivamente la conformacion de la encina. Pero no se planta.

Es cierto que los jesuitas habian empezado á cultivarlo en sus establecimientos. Bonpland, el famoso compañero de viaje de Humboldt. Bonpland, que pasó como cuarenta años en las Misiones (1819-1858), habia propuesto cultivarlo, pero nunca se llevó á cabo semejante proyecto. El hombre prefiere atacar las riquezas naturales, aprovecharlas, destruirlas. Los que vengan despues, que arreen! Despues de mí el diluvio! En las selvas de Misiones se verificaba á cada momento lo que Montesquieu dice relativamente á los salvajes de la Luisiana: derribábase un árbol para comer la fruta. Volteábanse los árboles que producen la yer-

ba-mate para desgajarlos. Lo mismo se hacia y aun se hace con las palmas y los naranjos.

En fin, el gobierno correntino tomó medidas para poner fin á esa esplotacion salvaje, á ese vandalismo: dictó un reglamento en cuya virtud queda prohibido cortar árboles, y desgajarlos sino cada cuatro años, cuando las hojas están perfectamente sazonadas; encargó tambien á un comisario general del cumplimiento de aquellas y otras prescripciones. Pero esa disposicion me parece insuficiente; ¿cómo puede un funcionario, que no tiene mas que cincuenta patacones de sueldo, vijilar la estensísima selva de Misiones?

Ese comisario es actualmente D. Cárlos Bossetti; vive, ó al menos su familia vive en Pira-Puytayn, en la costa paraguaya. El me decia que reinaba todavia una gran ignorancia sobre los yerbales, que aquello era un mundo desconocido, y que, para reglamentar, como es debido, la explotacion de aquellos, es preciso, ó venderlos ó arrendarlos.

Porque ¿qué sucede á la fecha?—Allí es el teatro de la competencia desenfrenada. Cada uno para sí y Dios para todos. Esceptuando el comisario general, no hay una sola autoridad en la inmensa selva de Misiones. En Santa Ana existe un juez pedáneo. En Córpus hay lo que allí se llama un fiscal, y que corresponde—es de suponerse—á lo que en otras partes se llama alcalde. ¿A quién acudir entonces para hacer respetar los derechos adquiridos?—Véase el caso:

Un yerbatero ha descubierto, despues de muchos trabajos y gastos, un yerbal, esto es, una parte de bosque donde abunda la yerba. Abre entonces una *picada*, es decir, una senda por donde puedan pasar las mulas, que son la bestia de carga de esaa regiones, y no puede haber otra mientras no se hagan caminos. La apertura de la picada es una

operacion que importa grandes erogaciones, á veces miles de patacones; empréndese la explotacion con todos los gastos correspondienies. Debe el lector saber que allí hay que llevarlo todo, que no hay nada absolutamente para comer, esceptuando los animales silvestres y las aves del bosque; pero el pueblo *yerbatero* no puede ser un *pueblo cazador*, como las tribus primitivas del Chaco ó de la Pampa: no tiene tiempo de serlo. Es preciso, pues, traer víveres de afuera, es preciso construir galpones y ranchos, etc., etc.

Pues bien, mientras el primer descubridor hace todos estos preparativos, otro descubridor, un descubridor *á posteriori*, abre tambien su picada, pero cuidando de arrancar de otro punto, finjiendo tener otro rumbo y otra direccion; pero en realidad viene á usurpar la propiedad ajena, si propiedad puede llamarse el descubrimiento en una selva vírgen, de una produccion de la naturaleza.

Por consiguiente, allí empiezan los conflictos, y como nadie puede contar con un largo porvenir, cada uno quiere aprovechar, y se cometen destrozos á porfía. Esa riqueza natural se despilfarra y se aniquila.

Mas no paran allí los contratiempos, las contrariedades que tienen que sufrir los yerbateros. La lluvia, el mal tiempo imposibilitan completamente el trabajo del *desgajamiento*, como es natural. Entonces todos los hombres están de brazos cruzados, y si el mal tiempo se prolonga durante dias y semanas, véase qué pérdida es para el empresario! Nótese que la cosecha de la yerba-mate no dura todo el año; hay que suspenderla con la primavera, en Setiembre; luego son cuatro meses perdidos. Agréguense los dias de suspension forzosa, súmense los quebrantos que todo aquello importa, y se verá que todo no es rosas en el oficio de yerbatero.

Por ejemplo, mientras yo estuve en Misiones, los yerba-

teros sufrieron casi un mes entero de mal tiempo, la última semana de Abril y las tres primeras de Mayo.

Además de esa huelga involuntaria que paraliza el trabajo, hay que observar que la yerba se echa á perder, por la humedad, en los galpones, necesariamente mal construidos, de tacuaras, de madera y de barro, espuestos á la intemperie, á todas las influencias de la atmósfera, á las transiciones repentinas de temperatura, que son estraordinarias en las Misiones.

Todas esas circunstancias, que son desastrosas para el productor de yerba, vienen á repercutir sobre la calidad de aquella: sin duda es por eso que la yerba misionera es considerada generalmente inferior á la paraguaya, á pesar de ser dada por el mismo vegetal, en la misma clase de tierra, bajo la misma latitud.

Desde mucho tiempo acá, el gobierno paraguayo puso una reglamentacion severa para la elaboracion de la yerba, y la mandó observar por los medios dictatoriales que allí se practicaban. Es sabido que esa reglamentacion llegó hasta el estanco.

El Brasil tiene tambien una gran produccion yerbatera: la yerba de Paranaguá hace una competencia séria á la yerba argentina. Es tiempo, pues, de que el gobierno general se preocupe de este asunto.

Suscítase aquí una cuestion: ¿Durará el uso del mate? Es probable y aun indudable que sufrirá una transformacion. El modo como se toma actualmente es realmente repugnante y asqueroso: además, es mas bien un entretenimiento para los ociosos que otra cosa.

Pero los hombres competentes aseguran que tiene todas las virtudes, todos los elementos del té y del café. Por consiguiente podrá tomarse, y ya se toma, en infusion. Los colonos suizos, los vascos lo absorben de esta manera.

Pero yo creo, y lo sé por esperiencia, que los mismos yerbateros prefieren el café, cuando se les dá la eleccion.

Si la tierra de las altas Misiones conviene para esa planta, está fuera de duda que el café ha de destronar con el andar del tiempo á la yerba-mate, en su mismo imperio, en los lugares donde se cria espontáneamente. Saco en consecuencia que no vale la pena de cultivarlo artificialmente, como lo hacian los jesuitas, como lo aconzejaba Bonpland. En tiempo de los jesuitas, en el tiempo del mismo Bonpland, el uso del café no se habia generalizado todavia; hoy se ha hecho una necesidad para todas las clases sociales, y nunca se producirá demasiado.

El café hizo la riqueza del Brasil, puede hacer en parte la de la República Argentina.

Entre tanto, vuelvo á repetirlo, conviene que el gobierno general tome medidas para impedir el despilfarro de aquella riqueza natural.

Desde que tanto hablé de la yerba-mate, voy á agregar algunos datos mas para que el lector sepa todo lo que hay á este respecto, al menos en cuanto lo permiten la estension y la forma de estas cartas, rapidísimamente escritas.

El comisario general de los yerbales, D. Cárlos Bossetti, con quien tuve el honor de pasar tres dias en el Iroi-Guazú, (rio grande), y para quien tenia una carta especial de recomendacion del señor gobernador Gallino, me comunicó los datos siguientes sobre el particular.

En la costa del Paraná existen los yerbales viejos, dichos del Campo Grande, que empiezan en Santa Ana y San Ignacio. El mas importante es el de «Campo Grande» ó «Campo Nuevo».

Saliendo de allí, rumbo Este, entre el Paraná y el Uruguay, se encuentra el Yerbal Nuevo.

Las picadas mulateras que sirven para la esplotacion de

esos yerbales, arrancan desde Santa Ana, San Ignacio y Córpus, y se juntan todas en Campo Grande.

Existe ctro yerbal en «Caruaguapé», al Este del Paraná.

Otros yerbales son los del Paranaí, desde una hasta cinco leguas de la costa del Paraná.

Otros son los del «Piraí», á dos ó tres leguas de la costa.

Otros, los de «San Pedro», en la picada mulatera que arranca desde el Pirai, á quince leguas de la costa, al Este, estendiéndose hasta los pinares, siendo la yerba entreverada con pinos.

Otros son, los de «Aguarai», á diez leguas al Norte del Pirai, á tres, cuatro, cinco leguas de la costa.

Otros son los del Uruguay, frente á Pirai-Puytayn, á la misma distancia de la costa.

Otros son los del «Tayicuá», (hueco del lapacho) á la misma distancia de la costa.

Otros, en fin, son los de «Itaguaimi», que abrazan hasta el salto del I-guazú. Los de la costa del I-guazú son *ignotos*.

Agrega D. Carlos Bossetti, que falta mucho que descubrir en todas partes, y sobre todo en la última.

Pasemos á la costa del Uruguay.

Los yerbateros vienen de San Javier á «Campo Grande» por picadas mulateras, recorriendo una distancia de veinticinco á treinta leguas. Debe observarse que la irregularidad de la navegacion en el rio Urugoay es un inconveniente grandísimo para la esportacion, perdiéndose la yerba en los depósitos, por la humedad de los bosques y la intemperie etc.

Los yerbaleles de «Payi» al Norte Nor-Este están casi destruidos, y los yerbateros de Payi vienen tambien por picada mulatera á «San Pedro», que es la cumbre de la

cordillera de Misiones, formando una *alta planicie* (meseta entre los rios Uruguay y Paraná.

Allí hay campiñas que fueron pobladas antiguamente, como lo indica la calidad de la vegetacion. Sin duda son restos de los jesuítas.

El árbol que dá la yerba-mate es de hojas perennes. Cuando es espontáneo, dá á los cinco años; cuando plantado, á los siete ú ocho años.

La mayor altura que alcanza es de veinticinco á treinta metros, cuando se halla confundido en medio de la alta vegetacion de las selvas, porque tiene que subir y subir todavia para buscar los rayos solares; pero, cuando está áislado, no se pone tan alto, se abre y se estiende mas horizontalmente.

Ese árbol se encuentra siempre á inmediacion de los arroyos y de los bañados. Quiere la esposicion al Este·

Existen muchísimos *guachos*, es decir, árboles nuevos, en la costa argentina, siendo el producto de la semilla que se ha desparramado en el humus y formado una nueva vegetacion, que será importante dentro de diez años.

Mas adelante hablaré de las exploraciones que se hicieron para descubrir yerbales. Tengo el diario mas interesante de la que fué verificada por D. Juan Goicochea, y cuyo resultado fué la apertura de la picada del Pirai al campo Eré, estension de cuarenta y cinco leguas.

Debe notarse que el descubrimiento de los yerbales, la apertura de picadas, todo, en fin, se debe á los esfuerzos individuales de algunos hombres emprendedores, arrojados, activos, que bien pueden llamarse los *yankees* de las selvas argentinas. El gobierno jamás los ayudó para nada. La *politicomania* no lo permitia.

No es un reproche que hago, pues se trata de un mal endémico desde mucho tiempo atrás: es solamente un hecho que tengo el derecho y el deber de constatar.

La Caña de azucar en Misiones
[illegible]

XII

En la carta anterior me ocupé especialmente de la industria yerbatera, haciendo ver que á ella debe su importancia económica la ciudad moderna de Trinchera de San José. Actualmente voy á ocuparme de otra industria que recien está desarrollándose, pero que está destinada á un porvenir brillante; quiero hablar de la industria azucarera.

La caña de azúcar prospera admirablemente en las Misiones, tanto en la costa del Paraná, como en la costa del Uruguay.

Basta para convencerse emprender un paseo, á pié ó á caballo, en los *rozados* que se estienden al Oeste de Trincheras, durante mas de una legua. En medio de esas selvas recien desmontadas aparecen grandes cañaverales.

Uno de los mas importantes, aunque data solamente de dos años, es el que pertenece al norte-americano D. Gaspar Jones. Ese cultivador intrépido é inteligente, tomó parte en la guerra de Secesion, en calidad de Sudista; sirvió en la caballeria del general Stuart y fué herido varias veces. Despues de la derrota de su partido, emigró al Brasil, y desde allí vino á las Misiones, donde se puso á

trabajar de yerbatero. Cansado de esa existencia selvática, quiso emprender un trabajo mas sério, dedicándose á la agricultura. Hace dos años todavia, no habia quien le fiara un peso. Asi mismo pudo emprender su esplotacion, tomando un terreno á la orilla del rio, inmediato á la barranca conocida con el nombre de Punta de Gomez. Actualmente tiene diez y ocho cuadras (de á cien varas por costado) de cañaveral, y un alambique en el cual elabora la caña. Pensaba producir sesonta pipas de caña, cuyo precio *minimum* es de cincuenta pesos fuertes, lo que importa un total de tres mil patacones por lo mas bajo. Echase de ver que ese cultivo es infinitamente mas provechoso que el de los cereales, además de no estar espuesto á tantas contingencias.

Las cañas de azúcar alcanzan, me dijo Jones, seis varas de altura; las hay de dos clases, la blanca y la morada.

Asegúrase generalmente que la caña de Misiones es preferible á la de Tucuman. Unos ingleses que van á emprender la explotacion de esa industria en la costa del Uruguay, solo se decidieron á ir allí despues de haber estudiado detenidamente la vejetacion de aquella provincia, y han conseguido una concesion de diez leguas cuadradas.

Con todo, hasta ahora no existe la industria azucarera propiamente dicha, pues es sabido que necesita grandes capitales, pero no tardará en crearse, desde que ya existe en abundancia la materia prima y el terreno se presta notablemente para esa clase de cultivo.

Los agricultores pueden plantar con confianza, seguros de que no faltarán empresarios para beneficiar esa riqueza.

Ya los hombres intelijentes toman la direccion de Misiones. He citado al norte-americano Gaspar Jones; mas allá hay un portugués, cuyo nombre no recuerdo actualmente, que tiene una importante plantacion de caña de azúcar con

el correspondiente alambique. A dos leguas al Norte de Córpus, encontré á un jóven porteño, el señor Fuentes Ortiz, que emprendió la plantacion de la caña en gran escala, habiendo desmontado ya una estension considerable de la costa, y se propone traer un trapiche de vapor, pues los trapiches de madera que se usan en esos parajes, son rudimentarios y no dan toda la utilidad que podria sacarse de la materia prima.

El señor Ortiz recorrió durante tres meses el territorio de Misiones, visitó la costa del Uruguay y del Paraná; quedaba prendado de aquella, pero considerando las dificultades de la navegacion de aquel rio, se decidió por la costa del Paraná, el cual, como ya lo he dicho, goza la ventaja de una contínua navegacion durante cuatrocientas sesenta leguas. Admiraba yo el valor y la confianza de ese hombre, jóven, ilustrado, intelijente, rico, educado indudablemente en los goces de la civilizacion, que tiene el corage de sustraerse á todo el *confort* social, para engolfarse en la selva de Misiones, para condenarse á la vida solitaria, pues no puede darse otro nombre á la existencia que se pasa entre peones brasileros ó guaranís, para emprender una industria nueva, para pedir al trabajo productivo la satisfaccion de esa necesidad de accion que debe caracterizar al hombre realmente dotado de todas las facultades, al hombre completo, al «hombre viril», sí se me permite esa espresion pleonástica, para distinguirlo de tantos séres inútiles ó nocivos que creen trabajar mucho y que no pasan de unos explotadores sociales, corredores, ajiotistas y estafadores. Ese hombre, que va al desierto, á conquistar la selva, á emplantar una industria nueva, es el *pionnier* del porvenir, el obrero del progreso, el constructor de la sociedad futura. Merece citarse como un ejemplo digno de imitacion, y recomendarse á la juventud que pierde su tiempo y sus facultades en la ajitacion corruptora, enervadora de las

ciudades, que remedan mas fácilmente los vicios de la civi lizacion europea que sus sólidas virtudes.

Volviendo á la caña de azúcar, está fuera de duda que ese cultivo ha de tomar un desarrollo considerable en el territorio de Misiones, tan pronto como se haya conocido en el exterior y se haya establecido definitivamente la confianza en el porvenir. Pero los capitales no han de ir naturalmente ni tampoco los inmigrantes, mientras olfateen el humo de la guerra civil, y entretanto los plantadores de cañaverales se ceñirán á elaborar aguardiente en vez de emprender la fabricacion del azúcar. Los capitales, el trabajo quieren sólidas garantías, no se satisfacen con las argucias de la metafísica constitucional. La *económia* desconfia y se burla de la *política*, que solo sabe hacer discursos y artículos para los periódicos.

He enumerado los ingenios de preparar la yerba que existen en Trincheras. Voy á nombrar tambien los alambiques y trapiches que sirven para la elaboracion de la caña de azúcar. Son los siguientes:

Don Caspar Jones, tiene alambique y trapiche para una cuarterola diaria.

Don Antonio Bautista, tiene trapiche sin alambique.

Don Antonio Rouá, tiene trapiche.

Don Luis Arrechea, tiene trapiche y alambique para una pipa diaria.

Don Bernardo N. (portugués) tiene trapiche y alambique.

Mas adelante hablaré de los demás ingenios que existen en los otros puntos de las Misiones, costa del Paraná, segun los datos que se me han suministrado en mi rápida excursion. Vd. verá así, señor Director, que hay allí todos los elementos para una industria nueva é importante.

En los primeros dias de mi permanencia en Posadas, y mientras no me contrarió el mal tiempo, que continuaba

persiguiéndome desde la villa de Ituzaingó, hice, como debe suponerse, excursiones á pié y á caballo. He recojido una porcion de muestras de tierra y rocas, que haré someter ulteriormente á un análisis químico, y que comprobarán lo que ya dije, que el terreno de Misiones es de formacion plutónica, volcánica.

Llamóme la atencion en mis paseos por la calle de la ciudad, una quinta llena de bananos. El banano crece y se desarrolla admirablemente bajo esa latitud. Pertenece esa quinta á un francés, llamado Hamard, hombre emprendedor, que ha recorrido ambas Américas, y que, despues de muchos viajes y empresas, ha llegado á Trincheras atraido por la fama de esa ciudad improvisada.

El señor Hamard es muy aficionado á la horticultura y á la agricultura.

En todas partes donde ha pisado, ha formado inmediatamente una quinta ó un jardin. Los bananos que ha plantado en la de Trincheras tienen grandes proporciones; son abanicos abiertos en todas direcciones, figuran arcos de verdura, entre los cuales gustábame mucho paseár, pues era para mi una novedad ver en plena tierra esa vegetacion casi tropical, que yo no habia visto hasta entonces sinó en los invernáculos ó en los pátios bien abrigados de las casas.

Es sabido que el banano dá frutas con una abundancia extraordinaria, cuyas frutas constituyen un alimento completo, una especie de pan vejetal. Pero para comer buenas bananas, es preciso recojerlas de la misma planta, cuando han llegado al estado de madurez; las que se importan á nuestrrs ciudades, fueron tomadas verdes de la planta, jamás están bien sazonadas, ni pueden traer la delicada fragancia, al gusto esquisito de aquellas. ¡Vayan, pues, á Misiones los que quieran comer buenas bananas!

El señor Hamard me mostró tambien unas plantas de

café; pretende que dan fruto á los dos años; pero aunque deba esperarse algo mas, la utilidad de ese cultivo, en las latitudes convenientes, y fuera del alcance de las heladas, es indisputable, es extraordinaria. La planta de café dura veinticinco años, y cuando ha llegado á su completo desarrollo, produce, por término medio, diez á doce libras de granos. Ya dije que desde Córpus para arriba el cultivo del café se considera como seguro.

Hase objetado que ese cultivo necesita muchos cuidados, mucha mano de obra, que solo puede emprenderse allí donde los brazos están de sobra, y particularmente en los paises de esclavos. Pero esa misma objecion puede dirijirse contra el cultivo de los cereales entre nosotros. El agricultor que tiene que conchavar peones, no gana con el cultivo del trigo; el que gana es el que tiene una familia numerosa y que trabaja con ella, sin pagar salario á los brazos agenos. Pasaria por consiguiente lo mismo con el cultivo del café. Una familia de colonos podria siempre emprenderlo con ventaja. ¿Porqué no tendria un cafetal como tiene un viñedo y un duraznal?

El señor Hamard tiene tambien plantas de viña, La viña se daria perfectamente en Misiones, sobre todo en los cerros de la Cordillera. Los jesuitas hacian vino. Actualmente unos colonos franceses, de la ex-colonia San Juan, hacen vino en San Martin y en Paso de los Libres. En Santa Ana he visto grandes parrales, en la quinta de un brasilero.

El mismo señor Hamard pondera mucho el cultivo del añil, como debiendo dar grandes utilidades. El añil crece silvestre en las Misiones.

El tabaco, no hay que decir que crece con mucha lozania.

Todas las mujeres del pueblo fuman.

El algodonero es tambien una planta que daria escelen-

tes resultados, si se cultivara en gran escala. Es sabido que las mujeres paraguayas se visten de algodon; el tipoy es una especie de camisola en que se envuelven artísticamente y que les dá una apariencia de estátuas griegas, sobre todo cuando llevan un cántaro en la cabeza, al estild de las ánforas antiguas. Los jesuitas vestian á sus indios con algodon, y creo que el *tipoy* es una invencion de los RR. PP.

Entre las plantas que pueden cultivarse ventajosamente en aquel territorio, hay que nombrar todavia la mandioca, que es escelente y que además suministra el almidon; el arroz, que puede dar dos cosechas, la batata que adquiere dimensiones colosales,—hanse visto batatas de treinta libras —el maiz, que se ha dicho ser el mejor regalo que el nuevo mundo haya hecho al antiguo, las legumbres de toda clase, principalmente los porotos, las alberjas, las habas, el tomate, que es contínuo en ese temperamento tibio. En fin no hay que olvidar los árboles frutales, tales como el naranjo, el limonero, el goyabo; el manzano y el peral deben salir bien en los cerros. He nombrado el banano; ahora debo agregar la planta que produce el ananás ó piña.

El ricino adquiere dimensiones colosales. El lino tendria tambien parajes muy convenientes.

No debo olvidar la morera, que crece y se desarrolla admirablemente, no solamente allí, sinó en todas las provincias argentinas.

Convendria, pues, al pais para la sericultura, y, como es sabido que, hace tiempo, el gusano de seda está padeciendo una enfermedad en Europa, podria desde aquí mandarse la materia primera en abundancia á los fabricantes europeos.

La papa no dá muy buenos resultados en Misiones, pero la reemplazan ventajosamente la mandioca y la batata.

En cuanto al trigo, no es sin duda el terreno de Misiones el que mas le conviene, pues ya sabemos que carece de cal. Pero asi mismo una tradicion asegura que los jesuitas cultivaban ese cereal en sus establecimientos. Por consiguiente, hay que renovar los ensayos antes de pronunciarse á este respecto.

Por lo demás, considero que el inmigrante europeo no debe preocuparse mucho de esa deficiencia, aun suponiendo que fuese completa. Los cultivos de Misiones le darán de sobra para suplirla, pudiendo, con el producto de aquellos, adquirir fácilmente la cantidad de harina que necesite para el sosten de la familia.

En fin, habria que hacer esperimentos, pues la agricultura de Misiones representa un campo nuevo. Deberia formarse allí un jardin de aclimatacion, una quinta esperimental, una granja-modelo para indagar cuales son los cultivos que convienen mejor á aquella zona.

Pero ¿quién debe y puede tomar la iniciativa de semejantes empresas? Evidentemente solo puede hacerlo el Estado, solo puede hacerlo el Gobierno General. Allí se manifiesta una vez mas la necesidad de la fuerza colectiva; los esfuerzos individuales, los mismos poderes locales no constituyen una palanca suficiente. La colonizacion, la poblacion de aquel desierto y selvático territorio es una empresa de grandes proporciones. La colonizacion de Santa-Fé no puede en modo alguno compararse con aquella. Si el Estado no presta su cooperacion poderosa, las tentativas parciales se malograrán, como ya se malograron algunas por falta de recursos, por falta de constancia.

En prueba de mis asertos, ahí está la historia de los jesuitas, que por medio de su fuerte organizacion, habian conseguido agrupar una poblacion considerable de indígenas, conquistando á la civilizecion una gran estension de territorio. Ahora han desaparecido los indios; para repoblar

aquellos paises hay que valerse del elemento europeo, y esta operacion, para llevarse á cabo, necesita tambien una organizacion poderosa y fuerte, grandes capitales, garantías de seguridad, construccion preliminar de puentes y calzadas, apertura de caminos, instituciones de crédito, etc., etc., etc.

Tal es el problema que se ha planteado hace mucho tiempo, y que vuelve á plantearse: colonizacion de las Misiones. ¿Cómo podrá resolverse?

El interés económico de la república exige que venga la solucion á la mayor brevedad posible. No será difícil demostrar que el interés nacional lo exige tambien.

XIII

Pensaba dedicar mi carta décima tercera, además de completar la descripcion de la ciudad de Trincheras y de sus alrededores, á relatar una escursion que hice á la villa paraguaya de Itapúa, es decir á la mision antigua de Encarnacion; pero un curioso que ha entrado á mi escritorio durante mi ausencia, ha tenido la bondad de llevarse el manuscrito que habia puesto yo bajo de pliego para remitírselo; sin duda será algun aficionado á autógrafos. Véome, pues, en la necesidad de suprimirla porque no tengo tiempo ni disposicion de ánimo para recopilar otra vez mis apuntes y mis recuerdos. Por lo demás, creo que no se notará por eso gran solucion de continuidad. La escursion á Itapúa era, en alguna manera, una escursion *escéntrica*; quedaba fuera de nuestro itinerario; no era absolutamente necesaria, aunque si era útil para hacer comparaciones, puesto que las Misiones paraguayas, constituidas bajo el mismo sistema y el mismo plan que las argentinas, han quedado casi intactas, y que, por otra parte, la composicion geológica y la vegetacion son idénticas y permiten hacer las mismas observaciones agronómicas, advirtiendo que en el Paraguay el cultivo está mas desarrollado.

Sin embargo, ruego al señor aficionado á autógrafos se

sirva, despues de haberse enterado del contenido de esa carta, devolverla *anónimamente* á su autor, dirijiéndola á la administracion de este periódico, evitándome así el trabajo de fabricar otra, favor que le agradeceré perpétuamente.

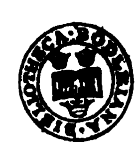
Ahora pasaremos adelante.

Una indisposicion y el mal tiempo, que continuaba, no me permitian emprender nuevas escursiones. Por otra parte, el coronel don Rudecindo Roca me habia dicho, y me repetia, que iba á venir un oficial que queria acompañarme. Esa compañia me hubiera sido agradable en esas alturas. En otoño es la estacion lluviosa en las Misiones, al menos asi lo afirma Martin de Moussy. Hay, pues, que resignarse. Felizmente, previendo lo que me pasaria, habia traido libros que me ayudaban á calmar mi impaciencia, á desaburrirme.

Vuelvo á leer á Martin de Moussy, y lo leo á los que me visitan, para cotejar sus observaciones: casi todos me dicen que es exácto. Entre las nuevas relaciones que he contraido, figura un anciano francés, aunque bien conservado, el señor Dutilh, ex-oficial de la legion francesa en Montevideo, actualmente propietario de un vaporcito, el «Tape»; ha recorrido una gran parte del Brasil, y pondera mucho la admirable posicion de la ciudad de Porto Alegre: está suspirando por regresar á aquella segunda patria, pero cree, como muchos otros, que la situacion de Misiones vá á sufrir una transformacion completa en el sentido de la mejora. Dutilh cree en la navegabilidad del alto Paraná; asegura que en los rios del Brasil se han superado dificultades mucho mas grandes.

Dutilh es un meridional, un bearnés.

Otro francés, el señor Bruel, tambien meridional, es tambien propietario de un vapor, el *Elisa*, y manifiesta las mismas opiniones; creo que es un emigrado político, arrojado á esa lejana playa por la tormenta de 1848.



Otro francés, el señor Leonardo Troissy, es propietario de un ingénio de moler yerba; ya lo he nombrado; estuvo en la provincia de Buenos Aires, en el Baradero; despues pasó á Santo Tomé, y finalmente vino á Trincheras; es uno de los obreros de la primera hora, uno de los fundadores. Me pone en contacto con varios compatriotas, meridionales tambien la mayor parte, establecidos en el Paraguay ó en las Misiones Argentinas, uno de los cuales fué despues mi compañero de viaje en esas escursiones acuáticas y selváticas, Marcelino Bouix, propietario tambien de un ingénio de yerba en las riberas del Yabebiry, á inmediaciones de San Ignacio-Mini.

«Es preciso sembrar gascones, decia Enrique IV á su jardinero; ellos brotan y crecen en todos los terrenos. «Los gascones, los vascos, los italianos, los españoles son los esploradores, los iniciadores, los conquistadores del desierto sud-americano.

Un negociante de esta plaza me dió, en el último momento, tarjetas de recomendacion para personas que me fueron utilísimas, para los hermanos Francisco y Juan Goicochea, Joaquin Aramburu y el señor Villegas, proporcionándome todos los informes que podian suministrarme, y tratando de hacerme la permanencia agradable en esos parajes.

No debo omitir al señor Presidente de la Municipalidad D. Aurelio Villalonga, ni al señor Eladio Guezalaga, padre, ni al señor Faraldo, ni al señor cura párroco Lopez, ni al señor Rezoagli, todos vecinos fundadores y beneméritos de ese pueblo, llamado á un porvenir brillante, si mis presentimientos no me engañan; pero entonces el suceso fallaria contra todas las previsiones. El progreso no puede ménos de responder al llamamiento de los hombres de buena voluntad que se arrojaron al desierto para conquistarlo, á la selva para derribarla y fecundizarla.

Entre las ventajas de esa tierra de promision, hay una

que debo consignar aquí, á fin de que no se me olvide. Todos me han asegurado que la langosta no se hace sentir en las Misiones. Esa terrible plaga del Egipto y de la República Argentina no alcanzaria á esas latitudes!

Muy estraña me parecia la asercion, pero se me ha repetido en todas partes. La langosta pasa, pero no se detiene allí, va mas adelante.

¿A qué atribuir esa... indiferencia? Atribúyese generalmente á los rocios abundantísimos que alternan con la temperatura cálida de los dias. Los rocios incomodarian á esos insectos voraces, determinándolos á ir á otra parte! ¿Quién sabe si los jesuitas, tan buenos conocedores de los lugares y de las circunstancias, no habian notado esta, cuando hicieron la elecccion de este territorio para establecer sus comunidades indigenas? Sea lo que fuere, yo repito lo que se me ha dicho, en interés de la cuestion tan importante que está á la órden del dia, la repoblacion de las Misiones, y tambien la poblacion de la gran parte que jamás fué poblada, pues hasta el año de 1874, los indios tupis dominaban aun sobre todo el territorio que se estiende desde Córpus hasta el I-guazú.

Recien entonces los yerbateros se animaron á penetrar allí, despues que la tribu capitaneada por el cacique Maydana (correntino de Santo Tomé) hubo sido catequizada por D. Fructuoso Moraes Dutra, el cual emprendió esa operacion peligrosa con una espedicion compuesta de seis hombres y costeada por los señores Juan Goicochea, Felipe Tamareu y otros vecinos, de manera que puede decirse que la conquista de aquel estenso territorio se debe á la iniciativa particular.

A la iniciativa particular exclusivamente se debe tambien la exploracion que, saliendo de la barra del I-guazú, llegó á la poblacion brasilera de Palmas Novas, dando por resultado la apertura de la gran picada central del Pirai-Guazú,

hecha por los yerbateros argentinos y los pobladores brasileros de mancomum. D. Juan Goicochea fué el organizador de la espedicion; la compra sola de un perro le costó CIEN patacones, pues los esploradores no quieren ponerse en marcha sin tener aquel precioso animal, que es indispensable para buscar el ante, el venado, el jabalí, el cerdo silvestre y otros animales en aquellas selvas impenetrables, es decir, para asegurar la subsistencia del hombre. El jefe de la espedicion fué el brasilero Fructuoso Moraes Dutra, á quien he nombrado ya, pero á quien vuelvo á nombrar para que se le haga la justicia que merece; y á ella se agregó espontáneamente el italiano don Cárlos Bossetti, actual comisario general de los yerbales.

Si me anticipo á dar detalles, es para rectificar un aserto de un diario francés de esta capital (*L'Union*), el cual afirma que los exploradores fueron mandados por el gobierno so pretesto de reconocer yerbales. Por otra parte, los exploradores no fueron arrestados ni detenidos; al contrario, fueron muy bien recibidos por los vecinos brasileros, que vinieron despues á abrir la picada junto con ellos. Lo que sí es cierto, es que las autoridades brasileras se alborotaron, dieron parte al Presidente de la provincia y que el asunto ocupó á la prensa durante algun tiempo. Lo que sí es cierto, es que la poblacion brasilera de Palmas Novas está en territorio argentino; lo que tambien es cierto es que el año 1865, y antes de haberse celebrado el tratado de alianza con la República Argentina y con la República Oriental, el gobierno imperial mandó reconocer el territorio de las Misiones argentinas y abrir una picada, cuyo trabajo se suspendió despues por volverse inútil, pero cuyos vestigios pueden verse hasta la fecha, pues existen mojones con las armas de don Pedro II en la línea que siguieron los trabajadores, y es la que los yerbateros llaman la picada de «Morcande».

Pero mucho me he anticipado, señor director: ahora volveremos para atrás.

No pudiendo ir por tierra á Candelaria, á consecuencia de las prolongadas lluvias, acordamos, una mañana, aprovechar el viento Norte, que, segun me asegura un amigo, nos llevará allí en un par de horas.

Nos lanzamos, pues, á la falúa, con algunos compañeros jóvenes y el señor aleman Enrique Puck, un individuo establecido hace años á inmediaciones del arroyo San Juan, mas allá de las ruinas de Candelaria. Al principio, la fortuna parece sonreirnos, como á César: la embarcacion corre con bastante velocidad sobre la superficie líquida, empujada por el viento Norte; pero pronto se conoce que hemos perdido el momento oportuno, el viento empieza á calmar, y entre tanto la tormenta está preparándose en el Sud. Llegamos á la corredera de Itacua (ó sea Piedra Hueca, agujero de piedra). La embarcacion empieza á bailar de un modo poco tranquilizador en las olas embravecidas.

Decididamente, voy creyendo que hemos cometido una imprndencia al lanzarnos de esta manera sobre el elemento líquido, en una falúa que ni siquiera tiene lastre, y solo con dos remeros. Pero el dado esta tirado. Vamos adelante, adelante, porque seria una vergüenza retroceder. Hemos salvado la primera corredera, vamos á ver cómo nos portaremos con la segunda.

Ya nos hemos arrimado á la costa paraguaya. Allí la correntada se vuelve fuertisima; las aguas saltan sobre las piedras invisibles, pero cuya presencia se manifiesta por esos mismos torbellinos de espuma. Los remeros hacen fuerza y mas fuerza, pero la falúa no adelanta; al contrario, parece que retrocede.

Decidese que saltásemos en las rocas de la ribera para

aliviar la embarcacion. Trabajo inútil. La correntada triunfa de la fuerza física y moral de nuestros marineros. Es imposible ir mas adelante. Hay que volver para atrás, retroceder hasta Posadas, cuando ya veiamos á Candelaria en lontananza. Recorremos la costa, acercámonos á la Piedra Hueca; hay unas velas encendidas. Parece que todos los transeuntes del rio acuden allí á hacer sus oraciones. A la fecha hay un paraguayo que ha desembarcado de su canoa cargada de maiz y de cañas de azúcar, y acompañado con un niño que tiene un monito.

Aquello es una especie de santuario, el santuario de la vírgen de Itacuá; dícese que allí se oyen voces interiores. La roca forma un paredon perpendicular; el basalto está partido en grandes pedazos, como si lo hubiesen cortado con un cuchillo.

Yo creo efectivamente que el viento, penetrando en esas hendiduras y en esas concavidades, debe producir sonidos mas ó menos armoniosos, mas ó menos estraños. Así me esplico como pueden hablar esas rocas, y porqué la imaginacion crédula de los pueblos supersticiosos puso allí la morada misteriosa de algun espíritu invisible.

En los tiempos del politeismo hubiese sido una ninfa, una náyada, una amadryada; en los tiempos del catolicismo, es una vírgen, y es el objeto de un culto piadoso. ¡Qué la vírgen aparte los peligros de los que tienen necesidrd de doblar el promontorio de Itacuá!

Entre tanto, la tormenta habia ido preparándose; los relámpagos surcaban el horizonte; el viento Norte se habia convertido en viento Sud, y este iba á traernos indudablemente la lluvia.

Otro indicio: un sin número de lagartos, salidos de sus cuevas, caminaban y troteaban por encima de las rocas. No habia tiempo que perder; era preciso tocar retirada.

Sin embargo, antes de subir otra vez á la falúa, fuimos á

visitar el *rosado* de una familia paraguaya, inmediato á la barranca de Itacuá. Es siempre el mismo sistema de cultivo: la selva desmontada, derribada, quemada y sembrada. Una chosa miserable por toda habitacion; niños que chupan caña de azúcar y mujeres que fuman cigarros. Háseme asegurado que el mayor placer de los paraguayos consiste en comer galleta con azúcar. Ese pueblo ¡no es carnívoro como el de la Mesopotamia argentina.

La retirada fué desastrosa. Viendo que la tormenta se nos aproximaba con pasos agigantados, resolvemos arribar varias veces, pero nunca encontramos bastante fondo para acercarnos á la costa, teniendo que emprender otra vez el viaje. En fin, el trueno retumba, y ¡qué truenos se hacen oir en las Misiones! ¡qué repercusiones formidables entre las barrancas escarpadas y las cuchillas! ¡qué relámpagos! ¡qué chorreo de electricidad entre las nubes y la tierra! ¡qué chubascos!

Pero no habia mas remedio que agachar la cabeza, envolverse en los ponchos y esperar el bautismo de las nubes. Felizmente no duró mucho tiempo, la tormenta no pasó de una lluvia. El señor Enrique Puck no parecia muy satisfecho, yo no debia parecerlo tampoco; pero los jóvenes compañeros continuaban, porque no habian cesado un momento, riéndose á carcajadas.

Volvimos, pues, regularmente mojados, á la ciudad de Trincheras, sin haber podido alcanzar las ruinas de Candelaria, pero habiendo hecho conocimiento con la morada misteriosa de Itacuá. Al desembarcar don Enrique Puck, me dijo: hémonos salvado de un peligro sério; podriamos habernos tumbado en la corredera de Itacuá, y yo no sé nadar, ni vd. tampoco, y no teniamos salva vidas. El salva-vidas es un instrumento indispensable para esas excursiones.

Y el señor Guezalaga padre, quien siempre me manifestó

el mayor interés, me afirmaba francamente al dia siguiente, que habiamos cometido «una chapetonada».

Pero, decia yo en mis adentros, los augurios continúan siendo desfavorables, y, recapacitando lo pasado, recordaba que, al salir yo de Buenos Aires, él señor Joaquin Crespo me habia anunciado que el *chucho* se habia declarado en Misiones, cuyo anuncio me habia infundido ya sérias reflexiones y casi un desengaño; que en Corrientes habia esperado inútilmente al *Resguardo*, desde que ese vapor no se habia atrevido á salvar la corredera de Apipé; que en el tránsito de Corrientes á Ituzaingó, el *Correntino* habia sufrido una baradura séria; que el mal tiempo nos habia detenido en Ituzaingó; que el mismo mal tiempo habia vuelto á acometernos en Trincheras, y que recientemente la corredera de Itacuá nos habia opuesto un obstáculo insuperable. El oficio de explorador tiene sus inconvenieotes indudablemente, y un hombre supersticioso se asustaría. Lo que me falta, agregaba yo entonces, es una falúa impulsada por una docena de buenos remadores, al uso de las *galeras* antiguas, ó un vaporsito de fuerza poderosa. Con eso podria yo recorrer las costas del rio, penetrar en los arroyos, engolfarme en las selvas, treparme á las barrancas, en una palabra arrancárle el velo á esa Isis misteriosa que se llama Naturaleza, y que se burla de nosotros, como el viento se burla de los crédulos marinos en la Piedra Hueca de Itacuá.

Pero, ¿cómo haré yo para conseguir uno ú otro de esos medios de locomocion? Tal era el problema que se trataba de resolver. El gobernador Gallino, al salir yo de Corrientes, habiame dicho: «Vd. va á encontrarse en frente á una muralla china». El Dr. Derqui me habia dicho por su parte: «si vd. entra á Misiones, está espuesto á dejar allí el pellejo». El coronel Roca habia querido que llevase una escolta. ¿Qué significaban todos esos vaticinios?.... Sin embargo, era preciso salir de apuros.

XIV

Para llevar adelante mis esploraciones, necesitaba un vaporcito, y lo habia pedido varias veces á Corrientes; pero el vaporcito no aparecia, y entre tanto el tiempo transcurria. Habia pensado encontrar lo que me faltaba en la costa paraguaya, en el puerto de Itupuá; habia allí una lancha á vapor, perteneciente al comandante Nuñez, uno de los marinos del «Supremo Mariscal Lopez», como él lo titulaba constantemente. Pero me hizo responder que estaba contratado para pasar animales á ese lado, y que por consiguiente no podia ausentarse por mucho tiempo, pues yo queria remontar hasta el I-guazú. Volvi entonces á la carga, y le pregunté si no podria ausentarse al menos durante una semana. El comandante Nuñez respondió afirmativamente, y flete la lancha «Tacuary», diciéndole que se aprontase á la mayor brevedad, proveyéndose de leña, víveres etc. En esas alturas hay que llevarlo todo.

Pusímonos en marcha, llevando de compañeros de viaje al francés Marcelino Bouix y al aleman Enrique Puck, á quienes el lector conoce ya, y que son conocedores del territorio de Misiones, al menos hasta cierto punto. El primero está establecido en San Ignacio-Miní, el segundo en el arroyo San Juan, donde habia emprendido la esplotacion

de una mina de cobre, que abandonó despues porque la veta no era bastante abundante. Dióme algunas muestras muy interesantes.

A última hora agregóse tambien á nosotros un negociante holándés, Marcos de Abreu, establecido en Santa Ana, pidiéndome tuviese la bondad de remolcar una chalana que él traia cargada de mercancias, para evitarle las molestias de una travesia penosísima. Esto importaba una demora para nosotros, pero creí conveniente hacerle este servicio, poniéndole por condicion que nos suministraria caballos en Santa Ana, á lo que asintió, como bien puede creerse, y cumplió religiosamente su palabra, á pesar de ser judio, dicen sus enemigos, ó por ser judio, dirán otros, pues, siendo negociantes los judios, saben que la exactitud es la condicion indispensable de los negocios.

Salimos, pues, del puerto de Posadas, con mi hijo y un soldado de línea, porque hubiera importado muchos gastos é incomodidades llevar á los cuatro.

Desgraciadamente, la lancha del comandante Nuñez no tenia mucha fuerza, al menos no tenia la fuerza suficiente para remontar rápidamente un rio tan correntoso como es el Paraná desde Posadas para arriba. Fué, pues, lenta la ascension; pero ese mismo retardo nos daba mas tiempo para observar las costas y los accidentes del paisaje.

A las tres y media alcanzamos el temible promontorio de Itacuá, de triste recordacion; pero esta vez nos acercamos á la costa, dejando la punta brava á muchas varas de distancia. Pronto perdimos de vista ese paredon negro que se levanta como una amenaza para los pobres navegantes, sobre todo para los que andan en angostas y largas canoas de cedro ó de timbó, que son la generalidad en esos parajes.

Llegamos á la altura de Guarupá, que desemboca en la

costa argentina. Colinas cubiertas de árboles se alzan en ambas orillas, pero los campos aparecen descubiertos y convenientes para el pastoreo.

El comandante Nuñez, que anda constantemente con la sonda, encuentra ahora tres brazas de agua. Y, con este motivo, debo decir, una vez por todas y para no olvidarlo, que segun el ingeniero-agrimensor D. Juan Irigoyen, que presenció los sondajes á bordo de una cañonera brasilera, cuando levantó el plano del rio en el año de 1870, desde el puerto de Itapúa hasta mas allá de Tacuru-Pucú, el Paraná tiene, en lo mas bajo, de *tres* á *cuatro* metros, y en lo mas alto *cuarenta y cuatro metros* de hondura. Luego es perfectamente navegable.

A cuatro leguas de Itapúa, el Paraná, que tiene una inflexion marcada hácia el Sud-Este, con una gran anchura que lo asemeja á un lago—como ya lo dije—se estrecha considerablemente y se reduce á setecientos ú ochocientos metros. Allí, á poca distancia de Candelaria, los paraguayos habian levantado baterias con las cuales cañoneaban la ribera opuesta. Hasta la fecha se ven los terraplenes. Cuando el general brasilero Portinho se mostró en la barranca argentina, acompañado de algunos oficiales, un artillero paraguayo apuntó al grupo, y le llevó la cabeza á un capitan al lado del mismo general. D. Enrique Puck, quien habia acompañado al general, de comedido, en ese reconocimiento, dió entonces por terminados sus paseos militares, no por ser flojo, pues habia espuesto su pellejo en otras circunstancias, pero para no sacrificarlo inútilmente.

A mediados de Mayo, los dias son ya cortísimos. Por otra parte, necesitamos buscar un fondeadero favorable para pasar la noche, porque decididamente no podemos alcanzar á Candelaria.

El comandante Nuñez navéga con suma prudencia. Nos arrimamos por consiguiente á la costa paraguaya, y echamos el ancla á las cinco de la tarde. El termómetro marca 19 ° centigrados.

El sol baja al horizonte y desaparece en medio de unas nubes de púrpura y de oro, dejándonos en la oscuridad de la selva impenetrable, que proyecta sus sombras sobre nuestro frájil piroscofo.

Cenamos y nos envolvemos en los ponchos para dormir. El vaporcito, muy angosto, no tiene clase alguna de comodidades. Hay que estenderse sobre los bancos. D. Enrique Puck, que tiene relaciones en la costa vecina, se fué á buscar una cama en algun rancho paraguayo.

Marcelino Bouix tiende su recado y duerme sobre cubierta.

No tarda en venir la cerrazon; una neblina espesa tapa el cielo y cubre el rio. Las neblinas son casi continuas en esta estacíon. La oscuridad es completa. No puedo dormir; paso casi toda la noche oyendo el canto de los gallos y el ahullido de los perros en la costa argentina. Esos sonidos, aunque poco armoniosos, me recuerdan que todavia estamos en país civilizado.

En fin, el dia aparece, pero sigue la cerrazon. Así mismo no tardamos en ponernos en marcha. Llegamos á Candelaria. La Mision famosa de Candelaria, capital en otro tiempo de la gran provincia de todas las Misiones, cuartel general de Belgrano en la época de la espedicion al Paraguay, Candelaria no es mas que una ruina perdida en medio de una espesa selva, y sin embargo Candelaria dá su nombre al departamento; la misma municipalidad de Trincheras, que está á cinco leguas de distancia, se titula Municipalidad de Candelaria. Esta es una anomalia, que introduce confusion en las relaciones. Es preciso que todos lo sepan: Trincheras es la ciudad importante, Candelaria no

es mas que una ruina rodeada de algunas chozas, como lo veremos mas adelante. Porque, por ahora, no nos detendremos en este punto.

Con todo, Candelaria conviene perfectamente para la colonizacion. Allí se ha reservado un ejido de una legua cuadrada destinada para la agricultura. La posicion de ese punto habia sido perfectamente escojida, como todas las demás Misiones. La colonizacion del alto Paraná deberia, pues, arrancar de ese punto, por ser el inmediato á los que ya tienen poblacion.

La importante ciudad de Posadas seria por de pronto el mercado natural de los productores de Candelaria, y el rio seria la gran salida. Entre Candelaria y Trincheras corre el arroyo Guarupá, bastante caudaloso y de paso difícil; allí un puente seria, pues, necasario. Entre tanto los colonos podrian aprovechar la via líquida, sobre todo si se estableciesen remolcadores á vapor para facilitar el tráfico. Considero esta última medida indispensable para la colonizacion del alto Paraná, porque, como ya lo dije y vuelvo á repetirlo, si la bajada se hace en pocos momentos y sin trabajo, la subida es dificilísima. En cuanto á las comunicaciones terrestres, son y serán durante mucho tiempo penosísimas. Pero poner una colonia en el desierto, dejarla en el aislamiento, es un contrasentido que no puede caber en cabeza dotada de algun juicio. Candelaria será, pues, el punto de arranque de la colonizacion, la que desde allí irá estendiéndose progresivamente para arriba.

Encargamos caballos en el puerto de Candelaria para nuestro regreso, y volvemos á ponernos en marcha.

Las costas del rio son desde ahora puras barrancas cubiertas de una vejetacion abundantísima, y de treinta ó cuarenta metros de altura.

Pregunto á don Enrique Puck porqué no sigue explotando las minas de cobre de San Juan: respóndeme que

no dan para los gastos de explotacion, que los peones cuestan muy caro, que esa empresa era buena para los jesuitas solamente, porque ellos no necesitaban pagar la mano de obra y tenian brazos de sobra en el sistema de teocracia comunista que habian establecido.

Añade D. Enrique Puck que debe haber minas de hierro abundantísimas en la sierra de Misiones: el asperon colorado, el asperon ferruginoso que se encuentra á cada momento, tiene hasta veinticinco por ciento de mineral. Pero la explotacion de las minas de hierro no daria utilidades. Además, ¿como hacer para llegar á la sierra impenetrable en medio de los bosques?

Finalmente, D. Enrique Puck parece cansado de correr tras de los minerales; actualmente piensa dirijirse á los vegetales, y dedicarse á plantar la caña de azúcar. Esta es la verdadera mina de Misiones. Vamos, pues, á la agricultura y dejémonos de minas.

A las nueve y cuarto de la mañana del dia 20 de Mayo llegamos á la boca del arroyo «San Juan»; allí dejamos á D. Enrique Puck, quien tiene su establecimiento á veinte cuadras mas adentro. Allí concluye la jurisdiccion de Candelaria.

Desde el arroyo «San Juan» para arriba las barrancas continúan cubiertas de árboles. La caña tacuara se vuelve cada vez mas abundante. Parece que reemplaza al sauce, que no se encuentra en esas alturas. La barranca argentina me parece que debe tener treinta, cuarenta hasta cincuenta metros de elevacion. Creo que convendria para el cultivo de la viña y de los árboles frutales, porque tiene exposicion al Norte y está garantida contra el viento Sud. Desde Candelaria, el rio vuelve á dirijirse hácia el Norte, aunque con un sin número de meandros y sinuosidades, dando vueltas, formando *canchas* á cada momento. El rio parece que va á cerrarse y se asemeja á un lago cercado

de altas barrancas; pero de repente se abre y ostenta una nueva perspectiva. Es un viaje de sorpresas agradables y de cuadros siempre variados. Creeria uno navegar en el Rhin, porque el rio va encajonándose y estrechándose cada vez mas; solo que faltan en las colinas inmediatas los torreones góticos y las ruinas de los castillos feudales, coronadas de yedra.

A las 3 de la tarde llegamos al puerto de Santa Ana; es un arroyo insignificante, con un galponcito en la barranca y dos ó tres cruces, que figuran un cementerio. Efectivamente, allí vienen á enterrar los muertos los vecinos de la costa y á encender velas.

Allí dejamos á Marcos de Abreu, el negociante holandés, que es tambien un hablador, un conversador incomparable, aunque petizo y algo jorobado. La lancha, aliviada de su remolque, emprende nuevamente su carrera jadeante.

A las tres y tres cuartos de la tarde, alcanzamos la boca del gran arroyo «Yabebiry» (en guaraní, agua de las rayas), que debe ser nuestro segundo fondeadero, ó mejor dicho, nuestro desembarque, pues allí nos lleva nuestro compañero de viaje, D. Marcelino Bouix, quien tiene su establecimiento en esos parajes.

El arroyo Yabebiry es perfectamente navegable, con tanta mas razon cuanto que continúa ó ha recomenzado la creciente del Paraná. Entramos, pues, sin dificultad alguna á una gran distancia en el interior, y contemplamos el valle estenso que forma la cuenca del Yabebiry. Divisamos en lontananza en la orilla izquierda, el importante ingenio del señor Duclos, y llegamos al sol poniente en frente á la habitacion de un brasilero, donde fondeamos.

El Yabebiry corre al pié de una elevada colina, ó mejor dicho de una montaña, que corresponde á la cordillera del Paraguay, y va á unirse con la cordillera de Misiones. No muy distante de allí está el cerro de Santa Ana, que debe

tener mas de cuatrocientos metros de altitud. La barranca perpendicular deja ver una gruta, y muestra las estratificaciones de las rocas en líneas oblícuas: no puede ser mas evidente el solevantamiento de la tierra á consecuencia de las convulsiones interiores. El fuego hizo su accion en la montaña, pero el agua hizo la suya en el valle, que debe haber sido formado por la lentísima accion del rio, para abrirse paso. La ribera izquierda es una gran planicie pantanosa, anegadiza y necesariamente aluvial. Una porcion de cerros elevados, de sesenta metros para arriba, cierran la perspectiva.

El Yabebiry es uno de los rios interiores mas importantes que se encuentran desde Itapúa hasta el I-guazú: es el fondeadero de los vapores que hacen la carrera de los yerbales.

Marcelino Bouix tenia prisa para llegar á su casa, pero no habia mas que dos caballos en casa del brasilero. Subímos, él y yo, despues de haber comido, y nos engolfamos en la oscuridad.

D. Marcelino iba delante, como era natural, siendo el baqueano.

Pronto llegamos á una picada. Allí la oscuridad se vuelve mas intensa; las tinieblas son opacas, y, si se me permite la expresion, podrian cortarse con el cuchillo. Felizmente para mí, el caballo que monta D. Marcelino es plateado, y reluce en la densa noche; es una estrella, un farol, con la condicion de no perderlo de vista un solo momento.

Caminamos mas de media hora en la selva, en el barro, en el agua, agachando á cada momento la cabeza para no tener la cara azotada por las ramas; cruzamos varios arroyuelos; por fin, oimos el ruido de una cascada. Paréceme que hemos vuelto á mi tierra natal, á los Pirineos. Mi compañero me hace notar ese ruido, desoido durante tanto

tiempo, y me dice que esa cascada le pertenece, pues es la que hace mover su ingenio de yerba.

Hemos, pues, llegado á nuestra morada nocturna; esta vez dormiremos en tierra firme, y no en la lancha del antiguo servidor del «Supremo Mariscal» Lopez.

Un Establecimiento - Ruinas de S. Ignacio Miní - La obra de los Jesuitas —

XV

Habiendo llegado de noche al establecimiento de D. Marcelino Bouix, no pude formarme una idea hasta el dia siguiente.

Solo, sí, conocí á los empleados y habitantes de la casa, hombres, mujeres, niños y perros. Apercibíme que allí se hablaba portugués, al menos tanto como castellano, y tuve que hacer la misma observacion por todas partes donde llegué en seguida, en Córpus, en Santa Ana, en el alto Paraná. Hay muchos brasileros en esos parajes, debiendo notarse, por otra parte, que esa gente es mas aficionada que los correntinos á los trabajos agrícolas y de desmonte.

Al dia siguiente, cuando desperté y fuí á la cocina á calentarme, porque la mañana estaba bastante fria—cinco grados solamente arriba de cero—los niños que estaban arrimados al fogon, me pidieron la bendicion en portugués, porque allí se estila pedirla á todos los viajeros. El mismo patron, aunque francés de nacimiento, habla perfectamente el idioma de Camoens; es verdad que llegó jóven á América, y que vivió en el Brasil antes de venir á Misiones.

Los mismos perros tienen apelativos portugueses. Don Marcelino tenia una perra muy brava y recien parida, tan-

to mas brava por consiguiente, que respondia al nombre de *Bruaca*. Pero pronto nos hicimos amigos; sin duda conoceria que yo tambien era un cazador benemérito, y esa facilidad para contraer relaciones amistosas conmigo le causaba gran admiracion á mi hospedante, pues afirmaba que trataba siempre muy mal á los individuos que no eran de la casa.

Así es que Bruaca me llevaba á visitar su jóven familia, que estaba acostada en un rincon del galpon, vacio entonces, á inmediaciones del arroyo que hace mover la máquina de triturar yerba. Con mucho cuidado se cuidaba la jóven é interesante prole, pues varias personas le habian pedido cria de esa perra al patron, teniendo ella cualidades superiores para cazar el ante, el venado, el gato montés, el jabalí, el *tatete*, la liebre, la comadreja, el zorro, la *isaca*, el carpincho, el aguará, el tigre, el leon, en fin, todos los animales, todas las fieras del monte. Por eso me decia D. Marcelino que ningun animal se acercaba á media legua de la casa, á pesar de estar metida en medio de los bosques y de las sierras. Bruaca organizaba costantemente batidas y espediciones contra ellos con toda la *perrada*, y se iban hasta las costas del Yabebiry.

Grandes eran, pues, los servicios que prestaba Bruaca, que prestan los buenos perros á todos los habitantes de la selva misionera, justificando la asercion algo paradógica de Alfonso Toussenel: «En el principio, Dios crió al hombre, y, viéndole tan débil, le dió el perro por compañero», —y demuestra en seguida que al perro se le debe toda la civilizacion, porque sin el perro jamás el hombre hubiera conseguido defenderse contra las fieras que lo acechaban, ni formar el primer rebaño, ni asegurar los frutos de su trabajo, ni formarse una propiedad, ni constituir una sociedad duradera, ni fundar ciudades, repúblicas, imperios, etc., etc., etc. (Véase la obra interesantísima de aquel au-

tor, que es tambien un distinguido naturalista, titulada «L'Esprit des bétes»).

Ya he dicho, y vuelvo á repetirlo, que creia estar en los Pirineos, en uno de aquellos pintorescos valles que se desprenden de los flancos de la gran cordillera. El establecimiento de D. Marcelino está situado en un paraje de los mas risueños; siento no tener el pincel de un maestro para describirlo; seria preciso ser Rousseau, Chateaubriand, Lamartine ó Victor Hugo, para dar una imágen de aquel valle, regado por varios arroyuelos que van saltando y cantando en un cauce de piedras y de guijarros; de esos cerros coronados de árboles de vegetacion perenne, de esas chozas que resaltan en medio de las selvas seculares, y de la cúpula azulada del cielo que domina sobre ese cuadro admirable. Yo me habia enamorado del paisage; decia á D. Marcelino: tengo ganas de quedarme aquí indefinidamente, lejos del bullicio de las sociedades humanas y en compañia de Bruaca.

El ingenio de D. Marcelino Bouix es diferente de los que habia visto en Trincheras; es lo que se llama un *mojolo*,—palabra brasilera—es decir, un gran martillo formado con un solo árbol movido por el agua, que se levanta y se baja alternativamente para triturar la yerba. La parte posterior del instrumento tiene una concavidad para recibir el agua que cae del salto artificial, y la presion de esa agua determina el movimiento.

El aparato, como se vé, es muy sencillo, y muy usado en las Misiones. No habiendo materia prima en casa, no funcionaba entonces. D. Marcelino me mostró los trabajos que habia tenido que hacer para juntar en un solo canal el agua de dos arroyuelos, y adquirir de esta manera la fuerza suficiente. Aquello era un bosque impenetrable antes de su llegada; ahora es una morada alegre que revela la

presencia y la actividad del hombre, conquistador de la selva, domador de la naturaleza salvaje.

A las nueve montamos otra vez á caballo, y volvimos á bordo del vapor para buscar á los compañeros de viaje. Pude darme cuenta entonces del paisaje que habia cruzado, la víspera, en la oscuridad mas completa.

El camino, si así puede llamarse, es de los mas escabrosos; no sé cómo los bueyes pueden pasar por allí; á cada paso hay piedras y aguas ferruginosas; el barro es colorado. Cruzamos por un bosque de naranjos ágrios de altura extraordinaria. Los marinos de la «Tacuary» habian bajado á tierra para hacer leña, pues se habia agotado ya a provision del vaporcito. En medio de ese silencio solemne de la naturaleza, producia un efecto singular el ruido de sus hachas, que iban golpeando los árboles antiguos, repercutido de distancia en distancia por los écos de la selva y de la montaña. Parecíanme un quejido de la naturaleza vírgen acometida en su santuario.

La apariencia y la formacion del terreno son las mismas que en Trincheras, que en Itapúa; las mismas que encontraremos en San Ignacio, en Córpus, en Santo Pipó, en Piroy, en el I-guazú, las de todas las Misiones y de una gran parte del Brasil. No vale, pues, la pena de repetir observaciones que serian absolutamente idénticas.

Almorzamos á bordo de la «Tacuary» con las provisiones que habiamos traido de Trincheras, y volvimos á casa de D. Marcelino.

Nuestro itinerario es el siguiente: el vapor seguirá por agua hasta Córpus, y nosotros iremos á caballo por tierra. A consecuencia de este plan de campaña, fuimos á declarar la guerra á las gallinas de Don Marcelino, ó mejor dicho, él empezó á fusilar una porcion; Don Marcelino tiene bueyes, tiene vacas, tiene caballos, tiene gallinas, tiene patos; en fin, todo el *confort* de una habi-

tacion europea. Cuando viene el domingo ó un dia festivo, los habitantes de los alrededores concurren á su casa, y se improvisan bailes en medio de su ancho patio; él es el padrino de todos los niños que nacen en la comarca y por consiguiente el compadre de todos los padres y de todas las madres. Debe tambien á su superioridad intelectual la ventaja de ser el consejero, el caudillo moral, si así puedo espresarme, de esos hombres toscos é incultos, que viven desparramados, aislados en medio de las selvas, sin contacto social, sin idea de la civilizacion moderna. Cuántas personas que ni siquiera han ido hasta la ciudad de Trincheras y que no han visto mas que *rosados* y *capueras*! Padezco una equivocacion: han visto las ruinas de Misiones.

A la tarde, D. Marcelino nos dió un baqueano para ir á visitar las de San Ignacio Miní.

Las ruinas de los edificios que fueron la Mision de San Ignacio están situadas en una colina elevada, pues desde la casa de D. Marcelino subimos constantemente para llegar hasta ellas. Pero no es fácil darse una idea de la altura, por que están en medio de un bosque de naranjos jigantes, de árboles de toda clase, de palmas, de enredaderas que han formado una vegetacion inextricable.

Hay árboles enormes que han hundido sus raices en las paredes, otros que envuelven los pilares, enroscándose al rededor de ellos como culebras colosales; los musgos, los caraguatás, los *isipós* se entreveran y forman grandes cortinas que se descuelgan perpendicularmente, y que es preciso cortar con el machete para abrirse paso. El paseo, ó mejor dicho, la ascension es penosísima, y aun algo peligrosa entre esos montones de escombros, de piedras cúbicas, de grandes paralelipípedos derribados unos sobre otros, húmedos, resbaladizos, porque están constantemente sumidos en la sombra, y solo por casualidad reciben alguno

que otro rayo solar, que, semejante á un flechazo de oro, cruza la densa oscuridad. Por lo demás, silencio completo entre esos bosques, *lucos silentes*, dice Virgilio; y ese silencio, añadido á la devastacion, causa la tristeza y el espanto.

Comprendo ahora porqué los Druidas vivian entre las selvas, porqué los Griegos habian puesto uno de sus oráculos mas famosos entre las encinas resonantes de Dodona, porque en fin, para todos los pueblos antiguos los bosques sombríos, imponentes, solitarios, eran la morada de los Dioses.

Esos grandes vegetales, dotados de tanta fuerza vital, á veces parecen animarse, pensar, hablar al hombre que los contempla para decirle: « nosotros tambien tenemos una « voz que dá su nota en el coro de armonia universal; nosotros somos la voz de la naturaleza: cuando el viento, « ora manso, ora impetuoso, hace vibrar nuestras ramas y « nuestras hojas, esa música es sin duda alguna mas agradable y sobre todo mas imponente que la de todos los « instrumentos que has inventado y que resuenan en tus « teatros y en tus templos. El que quiera beber la gran « inspiracion, que venga entre nosotros, lo recibiremos como á un amigo, lo trataremos como á un hermano ».

La naturaleza ha vuelto á tomar posesion del teatro que el hombre le arrancára con su laboriosidad; la vegetacion ha asaltado las paredes derribadas y tambien las que estaban todavia de pié; las raices han ido sublevando paulatinamente los pedazos enormes de piedra labrada, y han dado cuenta ó la darán sin mucho tardar de lo que la tea furiosa del hombre habia olvidado.

Se necesitaria una larga série de páginas para dar una descripcion completa de las ruinas de San Ignacio-Miní. Por lo que se vé, habia allí una iglesia, que debia tener unas setenta varas de largo y como veinticinco de ancho. La fachada está todavia en un regular estado de conserva-

cion; tenía tres puertas. Existen hasta la fecha las columnas, los chapiteles esculpidos, las hojas de acanto cuidadosamente labradas. Lo que llama la atencion, es una gran lápida con la cifra de Maria, *Ave-Maria*, y la tiara pontifical por encima de ella. Ví tambien á un ángel de pié con una bandera en la mano, en ademan de indicar el cielo. Es sabido que San Ignacio se hizo el caballero decidido de la Vírgen, despues de haber sido un verdadero caballero en los ejércitos españoles, y que su órden, constituida á semejanza de una compañia militar, siempre tuvo por delante dos objetivos invencibles: el culto de Maria y la sumision absoluta á los mandatos del papa, la infalibilidad del pontifice romano.

En varias partes de las paredes aparecen cabezas de ángeles con sus alas. En el suelo, una gran lápida de mas de tres varas de largo sobre dos y media de ancho, que cayó indudablemente de la fachada, con el monógramo de Jesús, manifiesta la laboriosidad de los indios, adiestrados por los RR. PP.

Al lado de la iglesia estaban el cabildo, cárcel y otros edificios; todo aquello está formado con paredes ciclópeas, con pedazos enormes de asperon, bien labrados y perfectamente trabados. Ya sabemos que faltaba la cal á los constructores, pero ese elemento no era indispensable para hacer edificios duraderos. Las murallas colosales de Tirinto y de Micenas han vencido los siglos y desafiado la erosion del tiempo.

Las paredes de San Ignacio-Miní, tienen por lo menos dos metros de ancho.

Unos grandes terrenos cercados tambien con paredes de piedra colorada, están pegados á esas ruinas, en la parte Sud. Uno era sin duda un patio, y el otro una quinta. Actualmente forman la chacra de una vecina que tiene allí un maizal hermosísimo.

Está visto que los jesuitas disponian de fuerzas poderosísimas: tenian á su servicio dos palancas irresistibles; el número considerable de sus neófitos, y el sentimiento de obediencia absoluta que les inculcaron. Por eso, pudieron llevar á cabo trabajos que nos llenan de asombro.

Al Este de la iglesia aparece perfectamente conservada la plaza central de la poblacion, sin que un árbol haya crecido en ella; lo mismo pasa en todas las Misiones. Esa plaza resalta como un cuadro muy bien delineado en medio de la vegetacion elevadísima que le sirve de marco, en alguna manera. Lo que viene á alterar esa uniformidad, es solamente un pequeño cementerio, á inmediaciones de la Iglesia, formado con algunos palos, como un corralito, y que tiene algunas lápidas funerarias.

¿Cómo se han conservado intactas las plazas, sin que la vegetacion arbórea las haya invadido? Es un problema. Dícese que los jesuitas pisotearon el terreno de tal modo, que ninguna semilla de árbol pudo brotar allí; que allí era donde labraban las piedras para sus edificios, que todo aquello formó una especie de argamasa, de *macadam* que dió el resultado fenomenal que presenciamos.

A inmediaciones de la plaza, al Este, al Sud-Este, al Nor-Este aparecen ruinas de habitaciones, pero es preciso buscarlas entre los árboles mas y mas tupidos, porque desde el centro de la plaza nada se vé. Encuéntranse, pues, paredes bien conservadas, hasta con marcos de ventanas, con pilares por delante. La delineacion de las calles resalta perfectamente. Todo aquello estaba tirado á cordel y con una rectitud geométrica. Por consiguiente, debia ser algo monótono, advirtiendo que es el defecto comun de todas las ciudades de la América española.

Sea lo que fuere, hago una reflexion, y es la siguiente: un gobierno inteligente deberia limpiar, despejar todas esas ruinas, y conservarlas como monumento histórico, ó, si una

vez desembarazadas de la vegetacion que las encubre, no manifiestan un valor artístico suficiente, deberian utilizarse, aprovecharse para formar un nuevo centro de poblacion. La posicion de San Ignacio, como la de todos los establecimientos jesuíticos, es escelente. Aun mas, la de San Ignacio tiene la ventaja de estar á inmediaciones del gran arroyo Yabebiry, y esa ventaja no debe ni puede menospreciarse.

Es cierto que el gobierno correntino tiró un decreto, como ya lo dije, para rehabilítar todos esos pueblos, pero hasta ahora no se le dió cumplimiento alguno.

El baqueano nos hizo pasear durante largo rato entre las ruinas de San Ignacio y entre sus naranjales; pero uno se cansa de todo, y aun de contemplar ruinas, de considerar escombros, sobre todo cuando hay que buscarlos en medio de una oscuridad selvática. Ya teniamos una idea de lo que debió ser San Ignacio en tiempo de su esplendor.

Fuimos á juntarnos con nuestros caballos, de los cuales habiamos tenido que separarnos forzosamente para hacer nuestra exploracion, y emprendimos el regreso por la picada que nos habia traido. Pero no volvimos directamente á la casa de D. Marcelino. El baqueano nos habia llamado la atencion sobre las canteras de San Ignacio, es decir el punto de donde los jesuitas sacaban la piedra para sus construcciones, diciéndonos que allí existian dibujos curiosísimos hechos por los indios trabajadores.

Resolvimos, pues, dirijirnos á las famosas canteras de San Ignacio.

Cantera de los Jesuitas de S. Ignacio á Corpus.

XVI

La selva de San Ignacio no es todavia una selva continua é impenetrable como la de las altas Misiones; es una alternancia de bosques y de espacios vacios, de campitos, de lo que en estas alturas se llama *campestres*, como si la selva y la pradera hubiesen trabado una lucha indecisa. Esos bosquecillos empiezan ya á manifestarse antes de llegar á la ciudad de Trincheras, sobre todo en los bajíos donde forman islotes de verdura que coronan de vez en cuando las cuchillas: multiplícanse, hácense mas frecuentes y mas estensos, remontando el Paraná en direccion á Candelaria; en el territorio de las antiguas Misiones dejan tódavia intérvalos, pero mas allá de Córpus se entra en la selva inmensa, que solo se puede cruzar por las picadas, es decir por los caminos de mulas. Para ir al mismo Córpus desde San Ignacio hay que recorrer una larga picada, como lo veremos mas adelante. En resumidas cuentas, para formarse una idea exacta de aquel territorio, es preciso considerar que es todo al revés de la provincia de Buenos Aires: aquí faltan completamente los árboles naturales, y es preciso plantarlos; allí no hay sinó árboles, y para cultivar la tierra es preciso derribarlos. Pero ese trabajo preliminar es compensado sobradamente con la feracidad

de un suelo abonado durante tanto tiempo por los detritus vegetales.

Para llegar á las canteras de San Ignacio, recorrimos, pues, una série alternada de bosques y de campestres; el terreno continúa siendo ondulado como en la Mesopotamia argentina, pero las ondulaciones son cada vez mas elevadas y se asemejan á pequeñas montañas, presentando en muchas partes rocas de basalto y de asperon colorado.

Tal es el que constituye las famosas piedras de San Ignacio, con las cuales los jesuitas construian sus edificios, y con las cuales actualmente los vecinos de Trincheras forman grandes y lindas veredas. Esa piedra se deja labrar, cortar fácilmente, y podria, con el tiempo, ser un objeto importante de exportacion.

Vimos, al fin, los dibujos y los grabados hechos por los indios.

Aunque denotan á principiantes, no dejan de ser curiosos. Sin duda los neófitas guaranís que los hicieron, no eran artistas de primer órden, pero asi mismo tenian buenas intenciones.

Sus imágenes recuerdan los ensayos de las épocas antehistóricas, que los arqueólogos han recogido, los cuales nos muestran cuánto tiempo ha necesitado el hombre para hacerse un Fídias ó un Praxíteles. Los objetos grabados por los indios figuran un fusil, una cruz, varios pájaros, tigres, pescados, inscripciones, nombres. Lo que puede leerse distintamente, son las palabras: *Pax Dei.*

Ahora la paz, al menos la paz de la naturaleza ha invadido esas comarcas antes tan pobladas, pero la paz de Dios no es todavia la paz de la humanidad.

Contemplamos durante largo rato esos ensayos de un arte rudimentario, bajamos á las canteras de los jesuitas convertidas actualmente en depósitos de agua, en pozos pro-

fundos, y volvimos á casa de D. Marcelino, cruzando bosquecillos, campestres y arroyuelos.

El cielo se habia nublado y parecia amanzarnos otra vez con la maldita lluvia que desde tanto tiempo iba persiguiéndonos; la naturaleza parecia entristecida; era una tarde de otoño; acercábase la noche, y la sombra no tardó en envolver todos los objetos. Para ver aquella naturaleza en todo su esplendor, es preciso ir á Misiones durante la primavera, cuando florecen los naranjos, y los lapachos destacan sus ramilletes rosados en el fondo sombrio de los bosques.

Muy agradable era la permanencia en casa de don Marcelino, pero no podia prolongarse indefinidamente, como él lo habria deseado, pues con nosotros podia hablar el idioma de la patria desacostumbrado durante tanto tiempo. A las doce del dia siguiente emprendimos marcha otra vez, volviendo á pasar por en medio de las ruinas de San Ignacio para dirijirnos á Córpus. Aseguraba don Marcelino que solo habia una distancia de tres leguas; pero esas leguas deben ser brasileras por lo menos. Es sabido que la vara brasilera tiene cinco cuartas. Cuando se le pregunta la distancia á un brasilero de esos parajes,—y se encuentran á cada paso—suele responder: «hay una legua y un bocadinho»; pero debe advertirse que el bocadinho es siempre mas largo que la legua.

¿Cuál es la poblacion de San Ignacio-Miní? No he podido saberlo oficialmente. El presidente de la municipalidad de Trincheras me respondió que el departamento entero de Candelaria debia tener doce mil almas, incluyendo la poblacion de los yerbales. Sin embargo, el censo provincial de 1879 no le daba mas que siete mil ochocientas noventa y una (7891).

Debe, pues, haber alguna exageracion en el guarismo municipal. Pregunté á un vecino de San Ignacio, y me res-

pondió que esta localidad no tenia mas que sesenta familias (60).

Segun el mismo, Córpus debia tener un centenar de familias, advirtiendo que se han ido una porcion á consecuencia de la fiebre intermitente que se ha desarrollado en ese punto. Candelaria debe tener cincuenta familias. Santa Ana y Loreto deben tener cada una un millar de almas. Ya sabemos que Trincheras es el mayor centro de poblacion y debe tener cuatro mil almas mas ó ménos. En cuanto á la poblacion de los yerbales, es difícil calcularla, porque varia á cada instante, y además es una poblacion nómada.

Reclútase entre toda clase de aventureros: cualquier individuo que ha cometido un desliz social, cualquier individuo que no tiene cavida en la socieadd normal, se va á los yerbales. Son un verdadero *refugium pecaturum.*

Al dejar las ruinas de San Ignacio, uno entra inmediatamente en una picada mulatera, en la cual es preciso caminar al tranco uno tras de otro. Eran las doce del dia. El sol resplandecia, «arrojaba torrentes de luz» en un cielo completamente despejado, y sin embargo no lo veia.

·Por aquí y por allá aparecian proyecciones luminosas que hacian resaltar el verde oscuro de la selva. Los árboles verticales casi todos, suben para buscar los rayos solares. Diríanse columnas entreveradas de un templo inmenso que soportan una bóveda de follaje. El silencio es completo: no se oye ni el canto de un pájaro. El piso está humedo; el pié de las mulas lo ha descompuesto, llenando de pozitos que dificultan la marcha de los caballos. Hay que subir, hay que bajar á menudo; hay que cruzar arroyos que corren en un cauce de guijarros negruzcos, y tienen aguas azulejas. La tierra es siempre roja, el barro siempre colorado, como si lo hubiesen empapado en sangre. Todo aquello es imponente y bello, pero de una belleza monótona. Pa-

rece que uno se ahoga en ese camino casi subterráneo; está ansiando ver otra vez el cielo y trepar á los cerros.

Hace tres horas largas que caminamos, y todavia no hemos recorrido las tres leguas que deben separar á San Ignacio de Córpus. En fin parece que salimos de la selva, encontramos campestres, respiramos, pero no es mas que un momento. Vuelve á comenzar la selva, y no vemos vestigios humanos, nada que indique la proximidad de una poblacion. De repente, el baqueano nos dice: allí está una chacra de un vecino de Córpus, (un brasilero cuyo nombre no recuerdo).

Efectivamente, hay una chacra, un maizal y un mandiocal ocultos en medio de los árboles gigantes y tupidos que la rodean: es un oásis de cultivo perdido entre la selva vírgen.

Manifiéstase allí una fuerza de vegetacion estraordinaria; pero ya es tarde, los dias son muy cortos en esta estacion; hemos perdido tiempo en casa de D. Marcelino. La noche puede sorprendernos en los bosques. Vamos adelante, Grácias á Dios y á nuestros caballos, salimos de ese laberinto vegetal y vemos despejarse el horizonte, ó mejor dicho, tenemos un horizonte, porque antes nuestra vista no alcanzaba á mas de cien varas de distancia.

Galopamos para llegar á la casa de «Florian», un conocido de D. Marcelino. ¿Quién es Florian? Un brasilero. Tiene su habitacion en un bajio, al lado de un pajonal. El paraje nos parece febriciente, y además nuestro deseo es llegar cuanto ántes al centro de la poblacion. Qué centro, si no hay centro? Emprendemos otra vez el galope, despues de haber pedido direcciones al brasilero Florian. Cruzámos bañados y pajonales, cruzamos nuevos bosques, y damos finalmente con dos ginetes que arrean dos pares de bueyes.

Uno lleva una guitarra y un yugo. Ese aficionado á la

música, he sabido despues que era el fiscal de Córpus. Es la última autoridad correntina que encontramos en esas alturas. Mas adelante cada uno tiene que ser su propia autoridad. Padezco una equivocacion. Al Norte de Córpus, en los bosques, existe un cacique que gobierna una tribu de treinta ó cuarenta personas, y vive en buenas relaciones con el señor Ortiz, el último poblador civilizado de la costa, si se entiende que la agricultura constituye la civilizacion en el primer grado.

Preguntamos por nuestra direccion al señor fiscal, y tiene la bondad de respondernos que estamos cerca de la casa de negocio del señor Mayol, para quien tenemos una carta de recomendacion de un negociante de Trincheras. El sol está en el ocaso. Adelante! adelante!

Llegamos á la casa de Mayol, un rancho que no está concluido todavia. Preguntamos por el vapor. ¿Quién sabe donde estará el vapor? ¿Dónde queda el puerto? Respóndesenos que hay dos puertos, el puerto nuevo y el puerto viejo.

Pero, cual habrá elegido el comandante Nuñez? No queremos incomodar al señor Mayol, quien tiene ya muy pocas comodidades para sí mismo: Iremos á bordo. Un napolitano de Santa Ana que estaba allí por sus asuntos, se ofrece para servirnos de vaqueano . Vamos al puerto viejo. Recomenzamos el galope por cuchillas y bajios, por bosques y quebradas, por terrenos secos y por terrenos anegados, y aunque estamos ya en pleno crepúsculo, llegamos á divisar el Paraná, el gran rio que habiamos perdido de vista desde cuatro dias, pero esta vez con un cauce mas estrecho y con barrancas mas elevadas.

Desgraciadamente, un obstáculo imprevisto nos ataja el paso: un cerco de tacuaras nos impide llegar al puerto viejo. Buscamos y volvemos á buscar una abertura inútilmente. No hay mas remedio, es preciso cortar la tranquera para

derribar el obstáculo, y atropellar al través de los malezales y de los tabacales.

Llegamos á un rancho miserable rodeado de naranjos; es la morada de un yerbatero, quien actualmente está tostando yerba en el fogon. Preguntamos si ha visto un vapor— Responde afirmativamente, pero el vapor venia de arriba. Entonces, no es el nuestro, será algun vapor de los yerbales. El nuestro debe haber quedado mas abajo.

Para salir de dudas, bajamos al puerto por una senda de las mas escabrosas, y llegamos al pié de un árbol de proporciones colosales que proyecta su sombra sobre el rio. El árbol es una mimosa secular. Este es el puerto, pero está completamente solitario. Para anunciar nuestra llegada á gran distancia la voz humana es impotente; hay que tirar un tiro de escopeta ó de remington. Suena el tiro, y va repercutiéndose durante mas de un minuto por todos los écos del rio, del valle y de la selva; pero nadie responde. Reina el silencio mas absoluto, ni siquiera se oye la voz del *urutau*, tan poéticamente cantado por Cárlos Guido. Hay que emprender la retirada, volver á casa de Mayol, para cenar y hacer noche. Eelizmente don Marcelino nos ha provisto con fiambres de gallina; sino, quedariamos condenados á comer *charqui* exclusivamente.

La noche está bastante fria. El termómetro indica solamente diez grados centígrados.

Sacamos en consecuencia que el comandante Nuñez debe haberse quedado en el Puerto Nuevo. Mañana por la mañana, le mandaremos avisar por el baqueano, y nosotros nos iremos á visitar las ruinas de Córpus con un baqueano de la casa. Precisamente allí hay un ex-colono de la ex-colonia «Márcos Avellaneda», el único que ha quedado en Córpus, que se ofrece para acompañarnos.

Para algo debia servir la colonia «Márcos Avellaneda».

"Colonia "Marcos Avellaneda"
"Ruinas de Corpus"

XVII

Una de las primeras preguntas que dirijí á mis hospedantes en casa del señor Mayol, fué por la ex-colonia «Márcos Avellaneda», y es natural, desde que el objeto que me impulsaba á visitar esos parajes era sobre todo la colonizacion.

Respondióseme inmediatamente: ahí está el último colono que ha quedado; los otros se desparramaron todos: es el que está cocinando actualmente.

Apesar de haber mucho humo en la cocina, pues es sabido que esas cocinas no tienen chimenea y el fogon está en medio de la pieza, fuí á sentarme al lado del ex-colono convertido en cocinero, quien estaba preparando el charqui en una olla, para los habitantes de la casa. Trabé conversacion con él, creyendo al principio que era italiano, pero no tardó él mismo en disipar mi error, hablándome francés, aun que en un francés adulterado.

Díjome entónces que era suizo, del canton del Ticino, por consiguiente del habla italiana, pero que habia recorrido y habitado la Francia durante muchos años. Su oficio era el de albañil; habia dejado su familia en Belgrano para venir á la colonia «Márcoz Avellaneda», y se quedaba en Córpus

porque esperaba que se recomenzase alguna vez la colonizacion que habia fracazado.

Contóme la lamentable odisea de los colonos, cuyos sufrimientos físicos y morales habian principiado tan pronto como salieron de Buenos Aires; su larguísima peregrinacion antes de llegar á Córpus, su llegada tardía á ese punto, su instalacion en la colonia, acompañada tan pronto con la disolucion y la partida de las familias.

Habia encontrado ya en Trincheras y en Itapúa á individuos de la ex-colonia «Márcos Avellaneda» y entre ellos, un señor Cot, quien ha conseguido organizar un taller de carpinteria, y un señor Gaston N., el cual, á fuerza de constancia, de aplicacion, de economia, de energía, háse convertido en negociante y en propietario. Ambos son franceses; no son muy agradables los recuerdos que han conservado de la fracasada colonia.

En San Ignacio, D. Marcelino Bouix nos habia referido haber encontrado en las picadas á colonos que se venian á pié, con los baules al hombro, y que él los habia llevado para su casa, donde se habian quedado mucho tiempo. Estos eran franceses tambien, y por añadidura parisienses.

Si entro en esos detalles, no es por la satisfaccion de criticar—-la crítica es siempre y en todas partes lo mas fácil—sinó para demostrar que la colonizacion, y sobre todo la colonizacion del territorio de Misiones, es una empresa séria, difícil, que no debe emprenderse ligeramente como lo intentaron algunos, y para la cual, como lo decia mas tarde el señor Fuentes Ortiz, es preciso traerlo todo de afuera.

La eleccion de los puntos de donde tiene que arrancar la colonizacion, es tambien una cosa séria. Ya lo dije, es preciso que las primeras colonias estén á inmediaciones de los puntos ya poblados, porque estos serán desde luego su mercado natural, su punto de apoyo, su base. Es preciso que el colono pueda ir y volver allí, solo en un dia, ó dos

cuando mas. Si la distancia es mayor, las relaciones entre la colonia y la villa se vuelven difíciles, imposibles. Los agricultores quedan aislados, los fletes les absorben todas las utilidades de su trabajo, tienen que vender sus productos por precios ínfimos á *revendedores*, á especuladores que los llevan al mercado, y ellos se quedan siempre en la miseria, cuando no tienen que abandonar el campo.

Esas reglas tan sencillas, esas recomendaeiones tan evidentes del buen sentido, fueron olvidadas por los fundadores de la colonia «Márcos Avellaneda», tanto gobernantes como empresarios, los cuales, además de no contar con clase alguna de recursos para llevar adelante la empresa, fueron á lanzar sus colonos en el desierto. El resultado, es decir, el descalabro, era infalible, y debe ser una leccion para los que quieran acometerla otra vez.

Si la colonizacion de las Altas Misiones se hubiese emprendido seriamente, ya podia estar muy adelantada. Quince años se han perdido, y quince años, dice Tácito, son un gran espacio de la vida.

Esto prueba una vez mas la necesidad de la fuerza colectiva, y la intervencion del Poder General.

No basta celebrar contratos con individuos sin responsabilidad y que no ofrecen clase alguna de garantias.

Una neblina espesa cubria desde principios de la noche los cerros de Córpus. El lector no debe haber olvidado que estamos en el otoño. En esa estacion, el Paraná trae todas las mañanas cerrazones. Hubo que esperar que el sol la disipase para ponerse en marcha, pues era fácil estraviar el rumbo. Mandamos el baqueano al puerto nuevo, para averiguar si habia llegado el vaporcito, y en este caso, dar órden al comandante Nuñez de subir hasta el puerto viejo,

miéntras nosotros nos dirijiamos á las ruinas de Córpus, con el ex-colono suizo.

Las ruinas de Córpus están, como las de San Ignacio Mini, ocultas en una selva casi impenetrable, en un bosque de naranjos elevadísimos, que han crecido al lado y en ima de los escombros.

Es increible la cantidad de naranjas que allí se pierden, pues no supongo que puedan comerlas todas, las bandadas de loros que acuden todas las mañanas.

Las ruinas de Córpus no están tan bien *conservadas* como las de San Ignacio; pero por la disposicion de los restos y de los escombros, échase de ver que deben haber existido allí edificios monumentales.

La iglesia debia tener como setenta varas de largo y veinticinco de ancho; estaba situada en una altura dominante, desde la cual la vista abarcaria horizontes inmensos, si no estuviese atajada por la cortina impenetrable del bosque.

Al Nor-Este divisanse hasta la fecha los vestigios de una escalera.

Era preciso subir, para llegar al pavimento del templo, al menos cuatro ó cinco varas. Las paredes tendrian dos varas largas de ancho, edificadas del mismo modo que las de San Ignacio, con piedras cúbicas labradas y perfectamente equilibradas.

Encontramos algunas escavaciones; el ex-colono suizo nos aseguró que eran recientes, y posteriores á la última visita que habia hecho á las ruinas, un año atrás; efectivamente, habia allí un mango roto de algun instrumento, pala ó pico, pedazos de vidrio de alguna linterna, sin duda, pues los trabajadores no vendrian sinó de noche, como suelen hacer los buscadores de tesoros enterrados, para no despertar la atencion y para guardar para sí solos el fruto de sus descubrimientos misteriosos.

Esas tradiciones de tesoros escondidos por los jesuitas se conservan obstinadamente.

No hace mucho tiempo, murió en Córpus ó en Santa Ana una india muy anciana, que habia estado con los jesuitas, y pretendia tener recuerdo de haber presenciado las disposiciones que tomaron aquellos en los momentos de la expulsion, ocultando objetos, dinero, etc., etc.

Unos aficionados dejáronse llevar por las indicaciones que daba esa mujer, llegada al último grado de la caducidad. Buscaron y cavaron, volvieron á buscar y volvieron á cavar, pero todas esas indagaciones quedaron sin resultado, como muchas otras.

Hace unos quince años mas ó menos, apareció en las costas del Uruguay, un individuo italiano que llevaba una vida solitaria, en los bosques y en las sierras. Preguntado qué motivos tenia para vivir de esa manera, respondió que queria cumplir un voto formado en otro tiempo. Pues, bien, ese ermitaño anduvo en esos parajes durante tres años,—se me ha referido—y de repente desapareció. ¿Quién era y que se proponía ese desconocido? Ha quedado un problema. ¿Era un buscador de *entierros*, ó algun ajente misterioso? Ambas cosas pueden suponerse.

Atrás de la iglesia hay un bosque de naranjos muy tupido; algunos son huecos y viven por la corteza; indudablemente fueron plantados por los jesuitas; allí debia estar la quinta de los R. R. P. P.. Conocese muy bien, lo mismo que en San Ignacio, la delineacion de las calles con los restos que han quedado de los edificios y de las casas. El ex-colono suizo nos mostró una que, segun él, debia ser el camino para ír al puerto, que está á un cuarto de legua. Añadió que habia dos fuentes á inmediaciones de las ruinas. Sin duda este era el motivo que habia determinado á los jesuitas á elejir esa localidad, admirablemente situada como ya lo díje.

Dice el Padre Gay. «El templo (de Córpus) era de una riqueza inmensa y con dos medias naranjas. Sus paredes existen todavia, pero su interior está cubierto de arbustos y de yerbas.

«Este pueblo fué fundado por los jesuitas en la márgen derecha del Paraná, sobre las costas del arroyo Iniumbey, donde recibió incremento con la mitad de la colonia de la Natividad, que se le reunió.

«En 1647 establecióse á distancia de tres leguas del lugar que ocupa actualmente. En 1701 principióse la edificacion del pueblo, que está enteramente arruinado y sin habitantes. *Cónstame que de sus arrabales se sacó oro y coral*».

El ex-colono suizo nos dijo que los pastos son mejores en Córpus que en San Ignacio. Las colinas son muy elevadas, pudiendo la mirada abarcar distancias considerables, cuando uno ha salido del naranjal de los jesuitas y trepado á alguna altura despejada, para contemplar las selvas del Paraguay y las de Misiones.

El territorio parece regularmente poblado: la mayor parte de los pobladores son brasileros. Cuando regresamos á casa de Mayol, vinieron una porcion de caballeros á *curiosear*, y hablaban el idioma de Camoens. Mucho les llamó la atencion la presencia de un soldado de línea, armado con el temible remington; examinaron con atencion el arma mortífera, lo mismo que mi escopeta Lefaucheux; dirijiéronnos varias preguntas, y finalmente se despidieron con grandes protestas de simpatia.

En la quinta rudimentaria del Sr. Mayol habia algunas plantas de algodonero, de las cuales recojí unos capullos. Aseguróseme que el terreno de Corpus, sobre todo en los bajos, conviene perfectamente para el cultivo del arroz blanco y colorado. En las alturas, el terreno continua siendo el que ya conocemos.

—¿Qué es lo que hace falta en estos parajes? pregunté á mis hospedantes?

—Falta una administracion de justicia.—El fiscal no tiene atribuciones suficientes para ventilar los asuntos que se le presentan; seria preciso aumentar las atribuciones de aquel magistrado, hasta convertirlo en un juez verdadero. Actualmente hay que ir hasta Santa Ana, recorriendo una gran distancia por picadas y por caminos que se vuelven intransitables muy á menudo. En el mismo pueblo de Santa Ana hay solamente un juez pedáneo, y para encontrar mas es preciso costearse hasta Trincheras de San José, lo que importa un viaje laborioso y costoso. Aquí estamos perdidos en el aislamiento del desierto y de la selva, expuestos á todas las contingencias.

Falta tambien una estafeta para traer y llevar la correspondencia, para ponernos en contacto con el mundo exterior, con la sociedad civilizada. Nada ó casi nada sabemos de lo que pasa en esos mundos de Dios. Las mismas revoluciones, las intervenciones, los cambios de gobierno, no venimos á saberlos sinó mucho tiempo despues que han sucedido.

¿Y de eso se quejan los habitantes de Corpus? Pues digo yo que vale mas ignorar muchas cosas de las que pasan en Corrientes y en otras partes. Pero en el fondo tienen razon: esos individuos, si viven en una especie de destierro, no deben quedar condenados á la incomunicacion. Traslado á quien corresponda.

Entre tanto el baqueano habia vuelto del puerto nuevo, trayendo noticias favorables: habia encontrado al comandante Nuñez y le habia trasmitido la órden de subir hasta el puerto viejo.

Salimos de la casa de Mayol, despidiéndonos tambien del ex-colono suizo. Este no habia querido salir de las ruinas de Corpus sin llevar una gran provision de naran-

jas para los compañeros. Habíase, pues, trepado á un árbol de los mas cargados, y habia empezado á sacudir las ramas. En un momento el suelo quedó sembrado de doradas frutas. Pudo llevar dos grandes bolsas. El excolono nos consideró como mensajeros de un porvenir mejor; y lo dejamos mas decidido que nunca á quedarse en Corpus, mientras la familia de él sigue en Belgrano.

Dimos una vuelta por los alrededores, y nos encaminamos otra vez al puerto, donde tuvimos la satisfaccion de encontrar al leal servidor del «Supremo Mariscal» Francisco Solano Lopez, y la lancha medio oculta bajo la sombra de la mimosa gigantesca que la cubria.

Diré de las ruinas de Córpus lo que ya dije de las de San Ignacio. Un gobierno intelijente y progresista, deberia despejarlas, limpiarlas y utilizarlas para reconstituir esa poblacion. Con las naranjas que allí se pierden podria ya crearse alguna industria, aunque no fuera mas que hacer vino. Dícese que es excelente.

Habiendo puesto otra vez los piés en la «Tacuary», nos dirijimos, subiendo el rio, á casa del Sr. Fuentes Ortiz. Pero, ¿donde estaba esa casa? Nadie podia decirlo. Habiamos entrado del todo en la selva desierta de Misiones, en el territorio ocupado hasta hace poco tiempo por indios tupis. En fin, vamos adelante. Donde veamos despuntar la civilizacion, allí aportaremos.

El [illegible]
Sta Ana - Bonpland -

XVIII

Veiase en lontananza, entre el rio Paraná y los árboles gigantes de la selva, un espacio blanquecino con una pequeña habitacion.

Eso era un cañaveral. Allí debia de ser nuestro objetivo. Enderezamos la proa en esa direccion; preguntamos á unas mujeres que estaban como acampadas en la barranca, en una especie de tolderia, y nos respondieron afirmativamente. Inmediatamente trepamos á la barranca y nos encontramos en medio del cañaveral. El Sr. Ortiz estaba enfermo, pero no tardó en presentarsenos recibiéndonos con mucha cordialidad, y haciéndonos los honores de su casa y de su establecimiento, dandonos toda clase de detalles.

No hacia todavia un año que el «plantador» habia venido á ese paraje, y ya tenia una estension considerable de terreno desmontado y plantado con cañas. Por supuesto, que él trabajaba con mas cuidado que los cultivadores guaranís; no dejaba subsistir tanta vegetacion inútil como suelen aquellos hacerlo en medio de sus sembrados. Pero así mismo, veíanse todavia árboles gigantes, secados por la llama civilizadora, que habian quedado de pié en el terreno cultivado.

Emprendimos un paseo: encontramos una porcion de peones que estaban construyendo un gran galpon en el punto culminante de la barranca. La habitacion, ó mejor dicho, las habitaciones primitivas están muy inmediatas á la costa, y por consiguiente demasiado espuestas á las neblinas del rio, lo mismo que á las exhalaciones de las aguas.

La tierra es cada vez mas colorada, mas roja. En un pozo que se está cavando, que tiene ya cuatro metros de profundidad, puede considerarse mas fácilmente. El agua viene filtrando entre las piedras y los pedazos de roca ígnea.

El señor Ortiz se ha resuelto á cavar un pozo, porque ha observado que el agua de los arroyos es insalubre, y la del Paraná muy turbia. Es sabido que al norte del gran salto de Guayra el rio corre al través de pantanos y de anegadizos, siendo de allí de donde saca tanta basura que va mezclada con sus aguas. En cuanto á los arroyos, el agua primitiva seria buena, pero échase á perder por el amontonamiento de hojas secas que caen de los árboles, que se descomponen y que la corrompen. El señor Ortiz tiene un arroyo bastante hondo al lado de su casa; pues bien, ha notado que las gallinas que iban á tomar agua se le enfermában. En consecuencia, opina que para tener agua pura, agua filtrada, es menester cavar pozos, y dá ese consejo á los pobladores de la costa.

El Sr. Ortiz afirma que las Misiones son lo mejor de la República Argentina. Ya he dicho anteriormente que las recorrió durante tres meses largos antes de establecerse en ese punto.

Quien le dió á conocer ese admirable territorio, es el Sr. D. Samuel Navarro, el cual visitó las costas del Uruguay, remontando hasta Payí. Las costas del Uruguay serán tal vez mejores para la agricultura, pero tienen el gran inconveniente de la falta de navegacion en esas alturas. Es

sabido que la navegacion del Uruguay sufre una interrupcion en el Salto, que ha hecho necesaria la construccion del ferro-carril de Concordia á Monte-Caseros y del Salto á Santa Rosa; que desde Monte-Caseros hasta Santo Tomé la navegacion es irregular; que á menudo los vapores tienen que pararse en Paso de los Libres, y que, en fin, al Norte de Santo Tomé y mas allá ofrece grandes dificultades, habiendo que aprovechar la época de las crecientes para trasportar los productos. Por estos motivos, el Sr. Ortiz prefirió las costás del Paraná. Pondera sobre todo el terreno que comienza arriba del Yabebiry, añadiendo que cree que es de la misma naturaleza hasta el I-guazú, aunque no lo ha visitado.

Los jesuitas, segun él, habian andado muy acertados en la eleccion.

El cultivo en la selva debe dar utilidades inmensas; recomienda la caña de azúcar, el café, el tabaco, el maíz, etc., y con este motivo cita resultados realmente asombrosos.

Combate la industria yerbatera por los motivos que ya cité anteriormente, lamentando que tantos individuos se dediquen á ella. Es una calamidad para el pais, un impedimento al progreso general. El pueblo yerbatero es un pueblo nómada, el yerbatero es un soñador, quien, como el minero, corre en pos de riquezas imaginarias, en lugar de adoptar un trabajo sério. Mas tarde, hablando con varios yerbateros y observando los hechos, he tenido ocasion de apreciar la exactitud de las críticas del señor Ortiz.

El Sr. Ortiz va á estender sus trabajos de desmonte hasta Ñacan-Guazú. Para llevarlos adelante, cuenta sobre todo, con los peones brasileros que son buenos trabajadores en esa clase de agricultura, que es completamente *sui generis*.

Va á traer un trapiche de vapor, y tambien un vaporcito para el servicio de su establecimiento.

Ha abierto una picada para comunicar con Córpus, y otra picada para ir á un puesto de animales que tiene á unas cincuenta cuadras de la costa.

Además del cañaveral, tiene un jardin, tomates y toda clase de legumbres. Estamos en plena civilizacion.

Hablé con el capataz del señor Ortiz: es un brasilero intelijente; ha estado en Piray-Guazú; afirma que allí las tierras son mejores todavia, y que cuanto mas se sube, mejor es la localidad. Pregúntole dónde están los famosos *pinares* de que tanto se habla, y respóndeme que se encuentran en esas alturas, pero que están á diez ó doce leguas de la costa del Paraná; que, para llegar á ellos, hay que salvar tres pequeñas cuchillas de treinta á cuarenta metros, encontrándose en seguida una meseta, donde forman la vegetacion principal.

Pasamos una *soirée* muy agradable con el señor Ortiz, pero, como está enfermo, no queremos abusar de su hospitalidad, y nos retiramos temprano á hacer noche á bordo de la «Tacuary».

El dia siguiente amanece con una fuerte neblina; ya dije que el Paraná las trae diariamente en esta estacion. El rio ha bajado mucho durante la noche. Un largo cordon de piedras, que estaba invisible la víspera, muestra ahora sus cabezas negras en la superficie de las aguas. ¡Desgraciada la «Tacuary» si hubiese dado con algunas de ellas! El comandante Nuñez sube á la barranca para estudiar el rio.

Subimos tambien, y vamos á despedirnos de nuestro amable hospedante, quien pone el colmo á su amabilidad, haciéndonos una porcion de regalos, cueros de tigre y de leon, arcos, flechas, que le fueron dados por su amigo el cacique —ya hablé de ese cacique que vive en las selvas al Norte de Córpus con una pequeña tribu de cuarenta personas,

cazando, pescando y *melando*, es decir buscando miel en los árboles huecos.

Mas arriba no tenemos que ver, volveremos para abajo. El rio en ese punto tiene tres brazas. Al Norte, se encajona, se estrecha, se pierde entre barrancas casi perpendiculares; pero de eso hablaré mas adelante, teniendo que hacer una nueva escursion acuática.

El dia se mantiene nublado. El sol no se hace ver. Otra vez nos amenaza la lluvia.

Pronto llegamos á una isla bastante estensa que se encuentra frente á Corpus, entre el Puerto viejo y el Puerto Nuevo, y que está adornada con un cordon de tacuaras gigantes. En la punta Oeste hay una corredera. La sonda da tres brazas; un islote viene en seguida.

A las nueve y media estamos frente á Trinidad (costa paraguaya). En la costa argentina aparece un gran cerro de formacion plutónica, indicando estratificaciones oblícuas de Norte á Sud.

En la costa paraguaya, divisamos una série prolongada de cerros ondulados, parecidos á lomos de grandes camellos.

A las diez llegamos á la barranca de las canteras de San Ignacio; allí las rocas de color rosado están cortadas perpendicularmente, y sus estratificaciones resaltan de un modo mas visible, cuando no están ocultas por la vegetacion.

La altura varía constantemente, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta metros, mas ó menos. La anchura del rio será de quinientos metros. ¿Cuánto tiempo ha necesitado para cavar ese cauce?

A las diez y media encontramos otra isla y otro islote; la primera parece formada con rocas estratificadas y está cubierta de árboles. El islote parece resultar de un amontonamiento de piedras erráticas, arrastradas por la cor-

riente del rio. Entre la isla y la costa argentina manifiéstase un principio de vegetacion, arbolitos que se muestran arriba del agua y que van tendiendo una cortina. Es probable que, con el tiempo, allí se forme una isla por los aluviones del rio,

Volvemos á encontrar el Yabebiry, que corre, ya lo sabemos, al pié de una verdadera montaña; á las diez y cincuenta minutos llegamos al puerto de Santa Ana, y fondeamos para ir en busca de los caballos que nos ha prometido D. Marcos de Abreu el negociante holandés.

Echase de ver que la bajada es mucho mas fácil que la subida: cuando se desciende el rio, el vapor corre como una flecha, cinco leguas por hora á lo menos.

El termómetro indica veinte y seis grados centígrados á las doce. Reina el viento Norte. El tiempo amenaza tormenta.

D. Marcos de Abreu habia enviado caballos, pero no bastantes. Alquilamos uno á un cultivador brasilero, que tiene un *rosado* á poca distancia de la costa, donde noté por primera vez el arroz, y galopamos hácia la poblacion de Santa Ana, que está dos leguas largas adentro. Vamos acompañados de un baqueano correntino á quien hemos tenido que suministrar un caballo. Cuando dije que galopamos, es mucho decir, porque el terreno no lo permite siempre, y el camino real de Santa Ana deja mucho que desear, como todos los caminos de Misiones.

En Santa Ana encontramos á un ex-discípulo del Colegio Nacional del Uruguay, el Sr. D. Tiburcio Gonzalez, á quien habia tenido ya el honor de ver en la ciudad de Trincheras, y para quien el señor Jefe Político D. Ramon Lotero me habia dado una carta de recomendacion. El señor Gonzalez es el juez pedáneo del pueblo de Santa Ana.

Recibiónos con los mayores obsequios, montó á caballo y nos llevó él mismo á visitar las ruinas de la Mision, acom-

pañado de varios vecinos, entre los cuales iba D. Marcos de Abreu. En seguida díjele que tuviese la bondad de llevarnos hasta el pié del cerro de Santa Ana, y lo hizo con la mayor complacencia, conduciéndonos por picadas y pantanos.

El cerro de Santa Ana, que se veia perfectamente desde Trincheras ó Itapúa, tiene una altura de quinientos metros, y aparece como un enorme cetáceo acostado al Sud del valle de Santa Ana.

Los habitantes de Santa Ana aseguran que la papa dá buenos resultados en la costa del cerro y en la del Yabebiry; luego, no faltaria allí ese manjar predilecto de los colonos. La exposicion del mismo cerro y de las *cuchillas* de Santa Ana, convendria tambien perfectamente para el cultivo de la viña.

El pueblo de Santa Ana es el mas importante de los cinco pueblos paranaenses que fueron las antiguas Misiones, y uno de los que podrian rehabilitarse mas fácilmente. Los vecinos parecen hombres intelijentes y progresistas; prestarian su apoyo á un ensayo de colonizacion. Algunos de ellos lamentaban que el primero se hubiese hecho en Corpus, en lugar de hacerse en Candelaria ó al ménos en Santa Ana.

En casa del Juez pedáneo vi un plano levantado por el Departamento topográfico para la ciudad y el éjido.

Las cuadras de la ciudad son de cien metros por cada costado. Las calles tienen 20 metros. El terreno destinado para la agricultura comprenderá ciento noventa y cuatro chacras, de quinientos metros por costado.

Está limitado al Oeste por el arroyo de Santa Ana, y al Este por el arroyo de las Máquinas, que lo divide de Loreto.

Existe una competencia entre los pueblos de Santa Ana y de Loreto, que son muy inmediatos uno al otro, por que

cada uno quiere llevarse la preeminencia. Yo les decia que hiciesen una fusion, formando un solo pueblo con el nombre de «Santa Ana de Loreto». La solucion les pareció muy acertada.

Los terrenos de Santa Ana son superiores á los de Candelaria, en cuánto á cualidades agronómicas. Son regados por dos arroyos y una porcion de arroyuelos que dan impulso á varios ingenios de yerba y de fariña, accidentados, con bosques, y se prestan á toda clase de cultivo. El señor Duclos ponderaba sobre todo el cultivo del lino. El famoso Bonpland habia elegido esa localidad para formar un establecimiento, cuando fué brutalmente arrestado por los soldados de Francia, herido y llevado prisionero al Paraguay.

Dice el padre Gay: «El pueblo de Santa Ana fué fundado por los jesuitas al Este del Rio Igay ó Yacuby en 1633. Pero asustados por los portugueses, estos colonos emigraron en 1636 para las costas del Paraná, y se establecieron en un lugar poco distante de su posicion actual, donde se fijaron definitivamente en 1660. Santa Ana está á dos leguas del Paraná y á dos leguas al Sud de Loreto, sobre una colina rodeada de dos arroyos. Su posicion es escelente y el pais magnífico. Santa Ana tuvo la misma suerte que los demás pueblos de la margen izquierda del Rio Paraná. Está enteramente deshabitada (desde que se escribieron estas líneas, hace veinte años, volvió á poblarse). Tiene buenos yerbales en sus arrabales.

«En 1820 el famoso naturalista D. Amadeo Bonpland fué á establecerse en las ruinas de Santa Ana, y preparó un establecimiento para la elaboracion de la yerba-mate, con los indios que pudo juntar de los restos de los ejércitos de Artigas; pero á fines de 1821, los soldados de Francia vinieron á atacar su establecimiento, matándole dos indios, hiriéndole muchos otros, recibiéndo él mismo una

herida en la cabeza, y fué llevado prisionero á Itapúa y de allí á Santa Maria de Fé.

«Durante ese viage, Monsieur Bonpland, aunque no habia hecho ni hacia resistencia alguna, tenia barra de grillos; y olvidando que estaba en medio de enemigos, daba remedios y curaba á los soldados heridos ó dolientes. Sin embargo, cuando el dictador supo de que manera se habia tratado á Monsieur Bonpland, ordenó que le quitasen los grillos y que le devolvieran todos los objetos que hubieran podido escapar al saqueo de los soldados. En el Cerrito estuvo diez años el gran naturalista, separado de todos los objetos de su tierno afecto, faltándole frecuentemente cosas de primera necesidad, y no teniendo mas sociedad que los empleados del Dictador y dos indios, suerte verdaderamente lamentable para cualquier otro qne no hubiese tenido el génio resignado de Monsieur Bonpland.»

Y, puesto que hablé de Bonpland, recuerdo que algo importante tengo que decir con respecto á ese difunto sábio.

[illegible] Bonpland
[illegible] de Sta Ana
[illegible] Loreto
Regreso á Candelaria

XIX

M. Bon-pland pasó,—como es sabido—cuarenta años en las Misiones.

Habíase retirado al pueblo brasilero de San Borja, en la costa del Uruguay, donde conoció al padre Gay, cura entonces de esa parroquia, y actualmente de la Uruguayana. En los últimos tiempos de la vida del sábio, el gobernador de Corrientes don Juan Pujol, lo llamó para organizar un Museo que se habia propuesto fundar. Finalmente Bon-pland murió en 1858, en las costas del Uruguay.

Ahora bien, ¿qué se han hecho los manuscritos de Bon-pland? El padre Gay asegura haberlos tenido en las manos, y eran voluminosos: Segun el mismo, Bon-pland habia clasificado doce mil plantas de Misiones y los minerales tambien.

Ese trabajo importante ha desaparecido: ¿dónde ha ido á parar? Parece que los manuscritos de Bompland fueron confiados por él al doctor Pujol, pero Pujol tambien ha muerto, y los manuscritos pasaron á manos de la señora viuda de aquel personaje, donde están inéditos hasta la fecha, é inutilizados.

Eso es lo que varias personas me dijeron en Corrientes

y Misiones. Seria cosa digna de averiguarse. Haseme asegurado tambien que aquella señora reside actualmente en esta capital.

Convendria, pues, que el Gobierno Nacional mandase hacer una pesquisa á este respecto. Con qué derecho se queda aquella señora con los manuscritos de Bon-pland, que pertenecen á la sociedad entera, á la ciencia?; y, si no los tiene, debe importarle desvanecer la acusacion que contra ella se dirije. Entre tanto, yo he creido necesario, señor Director, llamar la atencion pública sobre este punto delicado, porque me parece de interés general.

Ahora vamos adelante.

La posicion de los jesuitas en Santa Ana, era bien elejida como en todas partes; es tambien un punto culminante, que domina el valle. Las ruinas están en un regular estado de conservacion. En medio de la vejetacion inextricable aparecen varias columnas perfectamente labradas, de cinco varas de altura mas ó menos con sus chapiteles. Además de la Iglesia, el señor Tiburcio Gonzalez nos mostró las ruinas de una casa que, segun él, debia ser de algun principal, y un cerco de paredes, que era sin duda de una quinta.

El estilo arquitectónico es el mismo que en San Ignacio-Miní, el mismo sistema de casas construidas con piedras cúbicas perfectamente labradas y con los pilares por delante. Habia tambien que subir una escalera para llegar al pavimento de la Iglesia, como en Córpus.

Los naranjos tambien allí han ido reproduciéndose y multiplicándose de un modo asombroso. Las palmeras han crecido sobre las paredes; las enredaderas y las plantas parásitas han formado sus tejidos y sus cortinados.

Existen tambien los vestigios de un acueducto.

Estas son las ruinas, que se vuelven monótonas á fuerza de ser idénticas. Sim embargo, vuelvo á reproducir

mi opinion, de que el Gobierno deberia limpiarlas y despejarlas, para conservar las que ofrecen realmente un interés artístico, convirtiéndolas en «monumentos históricos,» y aprovechar lo demás para nuevas poblaciones. Una vez conocidos esos países, no faltarian aficionados á viajes, curiosos, *turistas* que irian á visitarlas, y las ruinas, sobre todo, serian un objeto de peregrinacion, como lo son en Europa las de Pompeya, de Herculano, las de los griegos, las de los romanos, las de la Edad Media.

Las ruinas de Loreto son las que están en peor estado, y se pierden en medio de una vejetacion inextricable.

Lo mas importante que tiene ese pueblo, es un arroyo que da impulso á una porcion de ingenios, y por eso se llama el «arroyo de las máquinas». Es, como ya lo dije, la línea divisoria de los dos pueblos.

En casa del juez pedáneo se me dió la nomenclatura siguiente de los ingenios que existen en esas alturas.

Existen los siguientes ingenios de moler yerba-mate:

El de don Manuel Tabares de Miranda, en Loreto.

El de don N. Echenique en Loreto.

El de don Manuel Olivera, en Loreto.

El de don José Márcos, en Santa Ana.

El de don José Godoy, en San Ignacio-Mini.

El de don José Duclos, en la costa del Yabebiry.

El de don Antonio Poy, en Córpus.

Existen los siguientes *mojolos*, (ya he esplicado lo que es ese mecanismo:)

El de don José Joaquin Alves, en Santa Ana.

El de don Juan Damesio, en idem..

El de don Cándido Maciel, en idem.

El de don Geraldo Restis, en Loreto.

El de don Guillermo Calvo en idem.

El de don Francisco Cairos en id.

El de don Francisco Martinez en id.

El de don Dionisio Pizarro en Loreto.

El de don Marcelino Bouix en id.

Existen dos ingenios de azucar:

El de don Manuel Alves en Santa Ana.

El de don Juan Porfirio en id.

En fin, existen dos ingenios de fariña:

El de don José Duclos, en el Yabebiry.

El de don José Alves, en Santa Ana.

Hay tambien una curtiembre.

Echase de ver por esos datos que la industria yerbatera es la industria mas importante de esos paises; pero no es necesario renovar las reflexiones que ya presenté anteriormente.

El señor Juez pedáneo don Tiburcio Gonzalez, nos dió hospitalidad en su casa. Estaba entónces muy ocupado con los preparativos de la fiesta del 25 de Mayo, teniendo que improvisar hasta una bandera nacional para enarbolarla en la punta de una tacuara colosal.

En ese trabajo lo ayudaban una porcion de costureras y un señor portugues que se encargó de pintarla. Pero el tiempo se echó á perder durante la noche: estalló la tormenta que estaba amenazando la víspera, resonó el trueno, cayó la lluvia, y cuando amaneció era imposible ver el sol. El mismo cerro de Santa Ana estaba oculto por las nubes que iban arrastrándose por sus flancos gigantescos. A veces el viento las cortaba, y entonces volvia á aparecer la montaña, semejante á una ballena monstruosa que fuese nadando entre las olas de un oceano entreabierto.

Fué necesario consultar el reloj para saber si el sol habia salido; consulté el mio, y entonces el señor juez dió la señal de las salvas, en las cuales tomó parte nuestro remington.

En seguida, el mismo juez dirijió á sus soldados una

fervorosa alocucion, que concluyó con un viva á la memoria del general San Martin, el héroe de las Misiones y de la República Argentina. Varios vecinos enarbolaron sus banderas; á pesar de estar el cielo tristísimo, el pabellon azul y blanco, ondeando sobre las casas y los ranchos, vino á alegrar el aspecto de ese pueblo que fué arruinado y que comienza á renacer á la actividad, al progreso, á la esperanza.

En fin el cielo dejó de mostrarse inclemente, el sol de Mayo triunfó de las nubes, el viento viró al Sud Oeste, y pudimos emprender nuevos paseos y excursiones en direccion á Loreto. Ya dije lo mas interesante que hay en esta localidad.

En Santa Ana encontramos á un señor cuyo apellido francés me llamó la atencion, el señor Duclos, el dueño del ingenio que apercibimos en la costa del Yabebiry. Efectivamente, habiéndole preguntado sobre su oríjen, me respondió que era hijo de un ciudadano francés, quien habia tomado parte en la defensa de Montevideo y que despues se habia dedicado á la enseñanza. Conversando con él, vine á saber que ya nos habiamos visto en la colonia de «San José» en Entre-Rios, y que él era el tio del jóven poeta D. Victoriano Montes, actualmente profesor de literatura en el Colegio Nacional del Uruguay, el autor del lindo y humorístico poema, titulado «Mi ahijado Mauricio». El Sr. Duclos es uno de los que llamé los *yankee* de las Misiones, hombre inteligente, progresista é ilustrado. Pasamos con él unos instantes muy agradables.

En Santa Ana visitamos una quinta muy interesante, que pertenece á un brasilero, y está situada en la colina que domina la poblacion al Norte. Hay un parral de unas cien varas de largo, grandes naranjos, limoneros, bananos, moreras, ricinos; todos indican una fuerza de vegetacion estraordinaria, probando que esos terrenos se prestan para

una gran variedad de cultivos. El brasilero estaba enfermo, y no pudo acompañarnos.

Montamos en seguida á caballo para volver á bordo de la «Tacuary», sintiendo no poder presenciar en Santa Ana la conclusion de las fiestas Mayas; pero el comandante Nuñez nos habia medido el tiempo, y por otra parte era mas importante para nostros visitar el *pueblo* de Candelaria, antes de regresar á Trincheras. Llegando á la costa del rio, dimos con una ceremonia fúnebre.

Unos individuos que venian de arriba en canoas, traian el cadáver de una muger para sepultarlo en esa especie de cementerio de que ya hablé. Cavaron, pues, una fosa, depositaron el cajon, lo taparon, y encima de la tierra que lo cubria, pusieron tres palos horizontales y paralelos, con una vela encendida. Así es como se hacen los entierros en el alto Paraná.

A pesar de que el viento Sud Oeste se habia pronunciado bastante fuerte, la «Tacuary» bajó el rio con rapidez. No tardamos en llegar á Candelaria, donde encontramos á D. Enrique Puck con los caballos, en un rancho inmediato á la costa. Sin perder tiempo, montamos inmediatamente, y nos dirijimos á las ruinas.

La Mision de Candelaria estaba á muy poca distancia del rio; ya sabemos que el rio se estrecha allí considerablemente. Esas ruinas están menos completas que las que hemos visitado anteriormente. Vénse los restos de la iglesia, es decir paredes, récintos cercados, siempre por el mismo sistema, formados con asperon ferruginoso; todo aquello medio oculto en medio de una vegetacion de naranjos, de grandes árboles, y de enredaderas y otras plantas parásitas. La plaza como en las demás Misiones, está perfectamente señalada. Hay algunas chozas, dos arrimadas á las ruinas de la iglesia. Allí tambien habia una escalera para subir al pavimento. Martin de Moussy ase-

gura que Francia sacó materiales de Candelaria para construir la trinchera de San José. El no pudo visitar ese punto, sobre el cual dice lo siguiente:

• «Los paraguayos tienen en la ribera una especie de cuartel, y los soldados cultivan algunas chacras en los alrededores. En cuanto al pueblo, todo está destruido é invadido por la vegetacion. Esa guarnicion envía á los alrededores, hasta quince ó veinte leguas, partidas que impiden formarse toda clase de establecimiento. Sin estas medidas tan funestas para la prosperidad de esa comarca, esos distritos hubiesen vuelto á poblarse, pues el terreno es excelente y propio para todos los cultivos. El gobierno paraguayo alega, como ya hemos visto, derechos á la posesion de ese territorio, y por consiguiente prohibe aproximarse á él». (Escrito en 1856).

Fué necesario todo el poder de la nacion y de sus aliados para echar á los paraguayos de esos parajes.

Dice el Padre Gay: «Candelaria fué fundada en 1627, cerca de las fuentes del arroyo Pirayu, que desagua en el rio Piratinim, no muy lejos del sitio que ocupa actualmente el pueblo de San Luis, en las Misiones orientales del Uruguay.

« En 1637, por causa del miedo que infundian los portugueses á los colonos del nuevo pueblo, ellos se retiraron para el Norte del Paraná y se situaron cerca de la boca del Igarapé (Guarupá), abajo del lugar que ocupa actualmente Candelaria y donde se fijó definitivamente en 1665. Candelaria, que fué durante mucho tiempo la capital de las Misiones despues de la expulsion de los jesuitas, está situada á seis leguas de Santa Ana etc. »

Saliendo del bosque que cubre las ruinas de Candelaria, encontramos un campo descubierto, cortado por ondulaciones como siempre, limitado al Oeste por el arroyo Guarupá. Divisamos en el Sud verdaderas montañas, aunque

no muy elevadas, que son la prolongacion de la cordillera de Misiones, formando un valle, que es el camino mas corto para llegar al rio Uruguay, y por donde algunos propusieron abrir un canal de comnnicacion entre ambos rios. Esa distancia es de diez y seis leguas segun unos, de diez y ocho segun otros. No falta mas que un Lesseps para llevar á cabo la idea, suponiendo que sea practicable y sin inconvenientes. Ya he dicho que el terreno de Candelaria es el primero que deberia colonizarse. Conviene para el naranjo, para la caña de azúcar, para el algodonero, para el maíz, como lo manifiesta ya por la vegetacion existente. Además, tendria la ventaja, que desaparece mas arriba, de que podria combinarse la agricultura con la cria de animales, pues son campos descubiertos, análogos á los de la Mesopotamia argentina. La tierra es siempre colorada. Considerando la monotonia del paisaje y la identidad del terreno, en varias chacras que visitamos sucesivamente, dimos por terminada nuestra excursion, volviendo al puerto de Candelaria.

Habia allí una familia paraguaya que cultivaba un jardincito lleno de flores; es todo cuanto queda del antiguo esplendor de esa capital: *sic transit gloria mundi.*

Esta fué la última reflexion que llevé de ese punto casi desierto. La civilizacion, el progreso, han de volver alguna vez á esas arruinadas comarcas.

Entre tanto, la «Tacuary» habia calentado su caldera. El descenso fué rápido, aunque algo contrariado por el viento Sud-Oeste. Sin embargo, era noche cerrada cuando desembarcamos en el puerto de Trincheras. Allí supimos que se habia celebrado con mucho entusiasmo y alegria por autoridades y vecinos, el glorioso aniversario de la patria, acordándonos entonces de que por la mañana habiamos oido en Santa Ana el estampido del cañon.

La escursion rápida que acabábamos de llevar á cabo, no era sino la primera etapa de otra mas larga que íbamos á emprender pocos dias despues.

XX

El vapor que habia pasado delante de Córpus cuando nosotros llegabamos á esa localidad, era el vapor *Caremá*, de los señores Uribe y Ca., poderosos negociantes de la Asuncion y empresarios de los yerbales de Tacuru-Pucú en el Paraguay. Sabia que este vapor iba á llevar un cargamento de yerba á la villa paraguaya de Itapuá, y volveria á regresar inmediatamente. Queriendo yo aprovechar la oportunidad de ese vapor para subir, al menos hasta el I-guazú, importaba no perder tiempo, y este era tambien uno de los motivos que me hicieron precipitar mi regreso á Trincheras.

Es cierto que habia otro vapor en espectativa, el vapor *Teresa*, de los señores Goicochea, yerbateros tambien en el Alto Paraná, pero este debia tardar todavia algunos dias, y tampoco podia regresar inmediatamente. Era preciso, pues, valerse del *Caremá*.

Felizmente para nosotros, el *Caremá*, aprovechando la creciente nueva dol rio, habia bajado hasta Ituzaingó (en guaraní píque colgado, ó piedra?) Sin embargo el *Caremá*, conocido en este puerto con el nombre de *Rivadavia*, cala, como ya dije, once cuartas.

Pero el *Caremá* no acostumbra llevar pasajeros, ni está arreglado para ello: solo los admite por favor. Era preciso conseguir ese favor. Se vé que dificultades opone la navegacion del alto Paraná. Con todo, esas dificultades desaparecieron para mí. El señor don Vicente Acea, un ilustrado español educado en Norte-América, que habla perfectamente el inglés y el francés, representante de la compañía Uribe, y que habia llegado á Itapuá, me concedió ese favor tan pronto como se lo pedí, y aun me dió una carta de recomendacion para el general don Patricio Escobar, en el caso de que subiese hasta Tacurú-Pucú.

El vapor iba á salir de Itapuá; habia, pues, que trasladarse á ese punto, lo que no es un gran trabajo, porque hay una porcion de embarcaciones que hacen constantamente la travesia del rio entre las dos ciudades. Si vd. me lo permite, y aunque está fuera de nuestro itinerario, diré dos palabras de Itapuá, que tambien lleva el nombre de Villa *Encarnacion*.

«Itapuá, que quiere decir *Piedra en pié ó levantada*, era el nombre de un gran cacique que gobernada varias tribus de indios en la márgen derecha del rio Paraná, y de el sacó probablemente su nombre el pueblo de Itapuá, hoy dia Villa de la Encarnacion.

«En el año de 1614 los Padres jesuitas Claudio Aquaviva y Juan Vasco fundaron una reduccion llamada de Nuestra Señora del Cármen, y estaba precisamente situada en los parajes donde se estableció el pueblo de Itapuá, en un lugar poco distante de su posicion actual. Es cierto que el padre Roque Gonzalvez de la Cruz fundó en dicho año de 1614, el pueblo de Itapuá, donde recibió la visita de su cuñado el gobernador Saavedra, á quien los guaranís desconfiados quisieron matar, y á quien el padre Roque salvó haciendo frente á los indios con la cruz, y haciendo salir á Saavedra para no pasar la noche en el pueblo.

«En el año de 1624 fueron á juntarse con los indios cristianos de Itapuá los restos de la colonia de Navidad, que los jesuitas habian establecido en la sierra de los Tapes y que fué destruida por los portugueses; asi como en 1637, fueron á agregárseles 360 indios, restos de la colonia de Santa Teresa de Igay ó Yacuy, que fué tambien arruinada por los portugueses. En 1703 el pueblo de Itapuá se trasladó del lugar de su fundacion al que ocupa actualmente. Está situado en una colina en la márgen derecha del Paraná, á tres cuartos de legua del rio; tiene una vista magnífica, sobre todo del lado del Paraná, que parece un lago sembrado de islotes y rodeado de ondulaciones pintorescas que van á perderse en el horizonte.

«Itapuá fué un pueblo floreciente en tiempo de los jesuitas, quienes sacaron indios de allí para fundar el pueblo de Jesús. Fué tambien cabeza de un departamento en tiempo de la dominacion española, despues de la expulsion de los Padres de la compañía.

«Francia la convirtió en una plaza de guerra y de comercio, y continúa siendo hoy dia (1861) la plaza de guerra que cierra la entrada del Paraguay por el Sud-Este, pero su comercio desapareció casi completamente despues de la abertura del rio Paraguay al comercio extrangero». (Juan Pedro Gay).

Martin de Moussy pasó por Itapuá, hace mas de veinticinco años. Allí fué detenido durante un mes, porque tenia una comision del gobierno argentino; costóle trabajo conseguir el permiso de cruzar el Paraguay para ir á embarcarse en la Asuncion. Escribia entónces lo siguiente:

»Desaparecieron muchos de los antiguos edificios. El colegio está en buen estado y sirve de cuartel. El cabildo ha sido compuesto y queda para aduana; sirve tambien para los bailes populares que suele dar el comandante de plaza.

«La iglesia, que era magnífica, fué demolida en 1848, á

consecuencia del informe de un comandante inepto y brutal, quien, viendo aflojar los pilares de madera que soportaban el techo, creyó que la iglesia iba á venirse abajo, cuando era lo mas fácil componerlos, como se hizo en San Ignacio Guazú y en Santa María de Fé.

«Los feligreses se repartieron las estátuas; trasportóse el altar á una capilla que no contiene siquiera una cuarta parte de la poblacion, y ese bello edificio fué demolido. El sitio donde se alzaba es actualmente un terreno cubierto de piedras que entristece la vista. En cuanto á las casas edificadas en otro tiempo por los indios, existen todavia casi todas, y se alquilan en provecho del gobierno, quien posee naturalmente todo el territorio. Los alrededores son soberbios. El pais está cortado por un sin número de arroyos, de lindas colinas coronadas de bosques y separadas por valles. El terreno no es de los mas propios para la cria del ganado, porque el pasto no es bastante salobre, pero es excelente para la agricultura. El arroz, el maiz, la mandioca, la caña de azúcar, y sobre todo el tabaco, se cultivan allí. La poblacion trabajaria mucho si tuviese una salida para sus productos.

«Desde 1848, los guaranís que vivian en Itapuá fueron trasportados al Cármen, villa que se hizo espresamente para ellos, á ocho leguas de allí, no muy léjos del rio».

Desde que pasó Martin de Moussy, hubo grandes sucesos en el Paraguay, como todos saben. Pero la situacion de aquel pais no parece haber mejorado. Allí reina la miseria, y tambien la fiebre; al ménos estaba reinado cuando yo visité la Villa Encarnacion. Es cierto que esa poblacion pobre, mal alojada, mal vestida, mal alimentada, no tenia clase alguna de recursos para defenderse contra el mal, ni médico, ni boticario.

—¿Con qué se curan? les preguntaba—Respondianme: Con los yuyos del campo,—y seguian tiritando.

El gran cuartel está siempre de pié, pero jamás se le hace compostura; allí queda sombrio y amenazando ruina. En el sitio de la Iglesia, un bosque de naranjos ha crecido entre las piedras, como en las Misiones Argentinas. Pareceria que las ruinas le convienen á ese árbol, pues allí se desarrolla con una lozania admirable.

En Encarnacion vimos otro recuerdo de los jesuitas: un pino de Misiones, árbol magnífico, que ellos habian aclimatado en sus establecimientos y que es tambien otra fuente de riqueza perdida en las selvas del alto Paraná.

La villa de Itapuá comprende ahora dos partes: la parte alta, que es la antigua Mision de Encarnacion, y la parte baja, que es el puerto. Aquí se ha formado una poblacion nueva, donde varias casas grandes, lujosas, al estilo de las ciudades modernas, forman un contraste singular con las chozas paraguayas rodeadas de corredores bajos; las tejas de Marsella alternan con los techos pajizos y el estanteo con las paredes de cal y canto.

La parte baja está edificada en un terreno de aluvion, y deja ver todavia los pantanos. Esos pantanos, que se anegan con las grandes crecientes del rio, entran, cuando las aguas se retiran, en fermentacion bajo la accion de los rayos solares, desarrollándose esos miásmas que producen la fiebre intermitente, el *chucho*. Hasta hace tres años no se conocia esa plaga en las Misiones Argentinas, pero desde entonces se ha manifestado con alguna intensidad. Dicen todos que ha venido del Paraguay y del alto Paraná. El viento, sin duda, propaga esos miasmas pestíferos,—vegetales ó animales, ó mas bien ambas cosas, segun la ciencia—y los lleva á la República Argentina, á esa tierra ponderada en otro tiempo por su estraordinaria salubridad. Veo que los vecinos se proveen todos y hacen un gran consumo de quinina.

Pero no hay que abusar de ese remedio. Hánse indicado,

como un medio poderoso para precaverse contra la fiebre intermitente, las plantaciones de eucalyptus. En Argelia, el gobierno francés mandó hacerlas en gran escala, sobre todo en los parajes pantanosos y anegadizos; está probado que han contribuido para purificar el aire. Aconsejamos, pues, á los habitantes de Misiones que imiten ese ejemplo, que se rodeen de esas plantas benéficas, que las pongan en las plazas, en las calles, al rededor de sus habitaciones.

Pero aquí es necesaria otra vez la accion de la fuerza colectiva. Es preciso que la autoridad intervenga, con todos los medios de accion de que dispone, para salvar á esas poblaciones ignorantes, atrasadísimas, que se dejan vivir en miserables chozas, abiertas á todas las variaciones atmosféricas, mal vestidas, peor alimentadas, indolentes como el indio y resignadas como el musulman. Los jesuitas gobernaban á sus neófitos como á niños grandes; con semejante educacion jamás hubiesen llegado á formar hombres. Su sistema era una máquina perfectamente armada, pero tan pronto como faltó el mecánico, toda aquella construccion social se vino abajo, pues habian ideado una disciplina moral mas bien que una moral verdadera.

Los dictadores paraguayos continuaron el mismo sistema: su gobierno no fué mas que el jesuitismo aplicado á la política; y ¿que resultados ha dado?—un pueblo de niños grandes, un pueblo incapaz de gobernarse á sí mismo y de comprender la libertad con que se quiso faborecerlo. La mejor educacion—es preciso decirlo y repetirlo á voz en cuello—es la que mas pronto hace inútil al educacionista.

Entre tanto ¿qué es lo que vemos en las Misiones, tanto Paraguayas como Argentinas?—hombres indolentes que dejan á la mujer todo el trabajo de la casa, para dedicarse ellos á la ociosidad ó á las diversiones. Las mujeres van y vienen constantemente de un lado á otro del rio,

á llevar frutas, á negociar, á vender, á comprar. En el mercado no hay mas que mujeres descalzas, envueltas en su tipoy, con el cigarro en la boca, con el niño al pecho, agachadas al lado de sus montoncitos de naranjas, de mandioca, de caña de azúcar y otras fruslerias.

Eso constituye indudablemente un vicio social: es necesario que el Estado intervenga para hacerlo desaparecer. No cumple con su deber un gobierno que no se preocupa de la mejora física, intelectual y moral de las clases pobres.

No sé si estas reflexiones le pareceran fuera de su lugar, señor Director, pero no he podido menos de hacerlas al considerar el triste estado de esas poblaciones perdidas, olvidadas en medio de las selvas, tan lejos de la accion civilizadora del Estado; tan lejos, digo yo, porque no solo la distancia, sinó tambien el idioma, las separa de la sociedad moderna.

Es sabido que el idioma es el vehículo de las ideas; un individuo, un pueblo que no habla un idioma moderno, no puede mantenerse al corriente del movimiento intelectual y social. Tiene que estar forzosamente siglos atrás de su época. eso es lo que sucede á los vascos en Europa; eso es lo que sucede á los guaranís en América. Por eso las preocupaciones atrasadas, las supersticiones, conservan mas largo tiempo su imperio sobre aquellas poblaciones. Asi se esplica como D. Cárlos encontró y encontraria todavia tantos partidarios en las provincias vascongadas. Asi se esplica como Francisco Solano Lopez pudo inspirar tanto fanatismo á los paraguayos, habiendo su memoria quedado rodeada de prestigio en la imajinacion popular.

Pues bien, en Misiones, el guaraní es el idioma general. Cuando no se oye portugués, se oye el guaraní: el castellano es la escepcion.

El guaraní podrá ser muy pintoresco, muy poético, muy lleno de onomatopeyas, pero, á pesar de todas sus cualidades, yo votaria para que se le declare una guerra formal, á fin de que se relegue de una vez al vocabulario de los linguistas.

Si los jesuitas, como creo ya haberlo dicho, pero conviene repetirlo, en vez de adoptarlo para su enseñanza, en vez de prescribir el castellano, hubiesen propagado entre sus neófitos el conocimiento del idioma de Cervantes, hubieran prestado un servicio verdadero á la civilizacion; sus instituciones misioneras no hubieran desaparecido con ellos; se hubiesen trasformado, siguiendo la ley de evolucion que rige todas las cosas, y amoldando á las exigencias de la sociedad moderna.

He dicho que los vecinos y las autoridades de las Trincheras habian celebrado dignamente el aniversario del 25 de Mayo, con carreras, iluminaciones y bailes, adornando magnificamente la plaza principal con tacuaras y pabellones de todas las nacionalidades. El coronel D. Ramon Lotero, jefe politico, tuvo la idea de rematar las fiestas con un banquete de asado con cuero en la costa paraguaya. Allí fuimos, pues, todos, invitados por él, y con la Banda de música de la ciudad, en el vapor *Teresa*, de les señores Goicochea, que habia bajado tambien de los yerbales. En seguida nos trasladamos al vapor *Caremá*, acompañados por el señor D. Vicente Acea, quien nos presentó al capitan, y nos dió recomendaciones. Llevaba tambien otras de D. Francisco Goicochea para su hermano, de D. Aurelio Villalonga, para el yerbatero D. Felipe Tamareu, del Sr. Gobernador Gallino para el comisario general de los yerbales, D. Cárlos Bossetti.

El 29 de Mayo, á las once y cuarto de la mañana, el *Caremá* se puso, pues, en marcha aguas arriba. Reinaba

el viento Norte. El termómetro indicaba 24 ° centígrados. La lluvia estaba otra vez en perspectiva, pero abordo podiamos desafiarla.

De Itapua (V. Encarnacion) a Villa Azara - Rio y costa Paraguay -

XXI

29 de Mayo—El vapor *Caremá* tiene una fuerza incomparablemente superior á la lanchita *Tacuary*, y además posee uno de los mejores baqueanos del alto Paraná, el vasco español D. Daniel Iriarte. Pero así mismo la correntada del rio y el viento Norte nos contrariaban grandemente, ¡haciéndonos perder, decia el baqueano, una milla por hora. Término medio, el *Caremá* gasta cincuenta y dos ó cincuenta y cuatro horas para llegar á su destino, el puerto de Tacurú-Pucú, es decir para recorrer noventa leguas, mas ó menos, á la subida, y cuando baja recorre el mismo trayecto en diez y seis ó diez y ocho horas. Eso le dá al lector una idea de la fuerza de la corriente, y manifestará la necesidad de establecer remolcadores, para facilitar la navegacion del rio, lo mismo que la de construir vapores de fuerza poderosa. Habiendo salido de Itapúa casi á las doce, no pasamos en ese dia del arroyo Yabebiry, que fué nuestro primer fondeadero.

El vapor no tenia comodidades para pasajeros. El capitan tuvo la bondad de cedernos su catre. No íbamos solos. Iban tambien dos yerbateros en la cámara, y algunas mujeres paraguayas eran pasajeras de proa. Todos dormiamos en las tablas, envueltos en nuestros ponchos ó en nuestras

[illegible]

frazadas. Es absurdo contraer costumbres sibaríticas, porque no se sabe á qué está espuesto el hombre.

La noche, en esa estacion, es larguísima. Para abreviarla, se leía, y ¿adivanará Vd. qué libro se leía? Se leían los poemas de Martin Fierro, de los cuales habia varios ejemplares á bordo. Yo tomaba el poema, y lo leía en alta voz á los concurrentes, porque concurrian, no solo los pasajeros, sino los hombres de servicio que no tenian ocupacion en ese momento, prestando al lector la atencion mas religiosa.

No es este el momento de hacer reflexiones literarias, pero no puedo menos de decir de paso que el poema, ó los poemas, pues hay dos, de don José Hernandez son obras maestras. El corazon, decia un antiguo, hace á los oradores. Byron ha espresado el mismo pensamiento respecto á los poetas: «la poesia, es el corazon».

Pues bien, el poema de Hernandez llena ese requisito en grado superlativo, y es por eso que tuvo una aceptacion extraordinaria entre las clases populares.

Cuando Molière queria juzgar el mérito de sus comedias, leíalas á su cocinera, la anciana Laforet, y si no le agradaban á la vieja mujer, conocia que no habia acertado; volvia á escribirlas. Los versos de Hernandez pueden leerse á cualquier hombre del pueblo, en el campo ó en la ciudad; siempre y en todas partes serán oidos con placer, con emocion. Hernandez ha sido para los argentinos lo que fué Béranger para los franceses, el poeta popular por escelencia.

Siento no tener tiempo para desarrollar mi pensamiento á este respecto, pero vuelvo á repetir que no hemos salido para hacer observaciones literarias.

30 de Mayo.—La víspera tuvimos viento Norte. Hoy el cielo está nublado. No tarda en venir la lluvia. El termómetro indica á las seis de la mañana, 21 ° centigrados.

Zarpamos, llegamos frente á Córpus á las nueve y media. El pasajero D. Luis Arrechea, quien conoce perfectamente el rio, me da indicaciones. Muéstrame en la costa paraguaya un enorme paredon perpendicular, y me dice que se llama *Indacúa*, palabra que significa «agujero del buho». Parece que los buhos van á establecer allí su morada.

Algunos minutos antes de las doce, volvemos á encontrarnos en frente de la casa de Ortiz, donde llegamos en la escursion anterior.

El Paraná está muy turbio, arrastra detritus, troncos de árboles, etc. La correntada, siempre muy fuerte. El viento Norte sigue contrariando. Sin esas circunstancias, el vapor, me dice D. Daniel Iriarte, andaria cinco ó seis millas por hora.

No debian faltar los contratiempos. A las dos de la tarde la hélice se descompone, ó mejor dicho, ya estaba descompuesta desde la mañana, pero el capitan habia pensado aprovechar todo el dia. Imposible ir mas adelante. Hay que fondear.

El termómetro, á las 2, indicaba 28° centigrados. Dá las mismas indicaciones á las seis de la tarde, truenos y lluvia.

31 de Mayo.—Llueve durante la noche. El dia amanece nebuloso.

Salimos á las seis. Llegamos frente al arroyo «Pirapó», costa paraguaya, á las siete y veinticinco minutos. Ese arroyo es navegable durante una legua mas ó menos. Allí hay una poblacion yerbatera. Vénse restos de los jesuitas.

A las nueve y diez minutos, estamos frente al arroyo «Manduy» tambien costa paraguaya.

A las once, estamos frente al arroyo «Tabay», costa argentina; es el arroyo mas importante despues del Yabebiry.

Es una buena posicion; el arroyo forma un valle, ter-

minado al Sud por una colina elevada de setenta metros, mas ó menos.

El rio Paraná se estrecha en este punto; no debe de tener mas de cuatrocientos metros. Sigue siempre muy turbio y creciendo.

A las do e llegamos frente al arroyo «Uiuy», costa argentina. Ese arroyo corre tambien al pié de una elevada colina. Allí el rio forma una curva y se dirije al Oeste. Las piedras basálticas aparecen á flor y arriba del agua. Las cañas tacuaras siguen formando su cordon en la costa.

A la una, llegamos al arroyo «Capibiuy»; á la una y cuarto, al arroyo «Pirayuby», á las dos al «Bopicuá». Diviso rocas en la costa paraguaya.

A las cuatro y media llegamos frente al arroyo «Paicuruzú», en la costa paraguaya. Esta palabra quiere decir «Cruz del cura». Allí aparece una gruta oculta entre las tacuaras. Hay un *rosado*. A tres leguas de la costa hay yerbales.

Ahora la costa paraguaya es arenosa.

A las cinco llegamos frente al arroyo «Caraguapé», costa argentina. La barranca de este lado es muy elevada, cincuenta metros por lo menos.

Es casi de noche cuando llegamos y fondeamos en el «Tembey», arroyo de la costa paraguaya: casi podemos tocar la orilla. Declárase una neblina espesa en el arroyo. Sin embargo, la luna aparece entre las nubes, y viene á dar á la selva una decoracion fantástica. Pueden contemplarse los árboles inclinados sobre el arroyo, que forman como una gruta misteriosa.

Díceme el baqueano que hoy hemos andado veinte leguas. Estamos á cuarenta y cinco leguas de Itapúa.

El arroyo «Tembey» tiene en la boca cinco ó seis brazas de agua. Tiene un salto en el interior, pero muy distante para que pueda verse desde la costa. Sus aguas son

muy turbias. Las barrancas al Sud muy elevadas, cincuenta ó sesenta metros.

Vuélvese monótono el paisaje. Para desaburrirme leo. «Los pensamientos de Napoleon» recogidos por Las Casas, obra traducida del francés, al cual habia sido traducida del original inglés. Madrid 1821. Ese libro curioso pertenece á D. Luis Arrechea, yerbatero en el alto Paraná, y sobrino de Leandro Gomez, el famoso defensor de Paysandú,

1° de Junio—El tiempo sigue nublado, Viento Norte. El termómetro, á las seis de la mañana, indica 22° centigrados. Salimos a las seis y cuarto.

D. Luis Arrechea, que sabe el guaraní, me dice que «Tembey» significa «Lábio chico». ¿Será porque el arroyo se estrecha mucho en la boca? Todas esas palabras guaraníes son muy espresivas.

Despues del Tembey viene á poca distancia el arroyo «Yatatubuy» (costa paraguaya), cuya palabra significa «agua del caracol». Frente á ese arroyo hay un fuerte remanso. Las embarcaciones sin remos no pueden salir de allí, y dan vueltas y mas vueltas hasta que el agua las lleva.

A las diez y cuarto llegamos al arroyo «San Rafael» (costa paraguaya). A las nueve y diez minutos llegamos al «Paraná» (costa argentina).

Las barrancas son pedregosas de ambos lados, y se divisan una série de cerros ondulados: altura, treinta á cuarenta metros.

A las once llegamos al «Caraguatay»; allí hay una isla basáltica, con barrancas casi perpendiculares, de cincuenta á sesenta metros de altura, cubierta de tacuaras y de árboles. Presenta la apariencia de una ballena nautragada. El rio tendrá ciento cincuenta á doscientos metros de cada lado de la isla.

A las doce y media llegamos á «San Lorenzo» (costa pa-

raguaya). Allí se nos aparece una falúa paraguaya, cuyos marinos llevan bóina colorada como los vascos, y viene á buscar la correspondencia. Hay en la costa una poblacion de indios; cuento ocho chozas en la barranca, que tiene un gran declive, y una de ellas separada de las otras siete por una gran quebrada, formando una especie de ensenada.

En la costa argentina aparecen restos de un rosado abandonado: la vegetacion arbórea ha vuelto á invadirlo inmediatamente.

Divisamos una gruta doble, ó mas bien una gruta dividida en dos partes por un paredon. Llámase «Itá-copá», es decir, habitacion de piedra. Las orillas son de rocas.

Despues de haber caminado tanto tiempo en la soledad mas absoluta, esperimentamos una satisfaccion verdadera al ver reaparecer al hombre, mas ó menos civilizado.

Truenos y lluvia á la una de la tarde. El rio tiene más de seis brazas.

A las dos, llegamos al rosado del teniente Borges, costa argentina.

A las dos y cuarto, llegamos al arroyo «Piray-guazú», tambien costa argentina, arroyo inportante, que parece tener unos treinta metros de anchura. No tiene saltos, como muchos otros, y se interna hasta el centro de la cordillera de Misiones; corresponde á la region de los pinares, que están al Este, y que se estienden desde el Piray hasta el I-guazú.

El yerbatero D. Felipe Tamareu está establecido un poco mas abajo.

A las cuatro, llegamos al «Piray-Mini,» que quiere decir «agua chica del pescado». Sigue la lluvia. Barranca pedregosa al Norte.

A las cuatro y media, fondeamos en el arroyo «San Juan», costa paraguaya. El tiempo se echa á perder completamente. Truenos espantosos, torrentes de lluvia, oscu-

ridad y noche anticipada. Sin embargo, el sol vuelve á aparecer antes de ponerse y se oculta entre nubes de oro.

Los pasajeros juegan al punto; yo leo un tomo de los *Girondinos*, de Lamartine, que pertenece á la biblioteca popular de Trincheras de San José. ¡Cuantos años habian transcurrido desde que no habia leido ese libro!

2 de Junio—Salimos á las seis y veinticinco minutos. El termómetro indica 19° centígrados, con viento Sud.

A las siete y cuarto, llegamos á la isla «Parehá»; parece formada en la base con rocas erráticas, y está coronada de árboles. Un arroyo la separa de la costa paraguaya. La parte superior es mas elevada; allí las rocas salen arriba del agua.

A las siete y treinta y seis minutos, llegamos al arroyo «Yacuy-Guazú» (agua grande de los yacús, pavas del monte), costa paraguaya.

A las diez, llegamos al arroyo «Abatíteguy.» aparecen rocas en el rio. En la orilla argentina hay una piedra parada como una pieza de ajedrez, como una piedra druídica.

A las diez y media llegamos al arroyo «Toroy» (agua del toro). El tiempo sigue nublado. Encontramos un tronco de árbol que viene flotando de arriba, y que se parece á un yacaré alzando la cabeza fuera del agua. Siguen las cañas tacuaras y las rocas basálticas.

A las once y cuarto divisamos una cascada entre las tacuaras de la costa paraguaya.

A las once y cuarenta aparece el sol, reflejándose sobre las tacuaras y los árboles, dándoles tintes brillantes y sombríos.

A las dos y cinco minutos llegamos al arroyo «Yacunday» costa paraguaya. Tiene un salto de veinte metros mas ó menos, como á doscientos metros de la costa, y se desenvuelve como una sábana de plata derretida, como un lienzo blanquísimo. Una nube flota sobre el salto, producida

por la espuma. Echase de ver que el terreno se vuelve cada vez mas pedregoso, mas rocoso.

A la una y treinta y siete, llegamos á la gran isla «Paranambú» (Paraná que hace ruido): es formada de rocas, de piedras erráticas, aumentada por los aluviones, y está cubierta de árboles; en la parte Norte los paredones son perpendiculares, con cincuenta metros de altura, mas ó menos.

A las dos y media concluye la isla.

En ese momento D. Luis Arrechea me dá algunas etimologías, que voy á reproducir aquí, por si acaso el lector quiere dedicarse al estudio del guaraní.

Piraputá, quiere decir «pescado colorado».

Caraymono, quiere decir «hombre muerto».

Tupicúa, quiere decir «agujero de los tupis».

Ibicuy, quiere decir «arenal».

A las tres y veinticinco llegamos á Piraputá, ó Puytayn, segun escriben algunos, costa paraguaya. Es una poblacion de indios guayanás,—ya hablé de esa poblacion en una carta anterior—En la barranca desmontada resaltan unas siete ú ocho chozas con algunos naranjos. Los niños miran el vapor, y vuelven á entrar precipitadamente, como si le tuviesen miedo. Esa gente semi-bárbara es huraña y huye de la civilizacion. Hay *rosados* en ambas riberas. La tierra siempre colarada. Las barrancas tendrán cincuenta á sesenta metros de altura, advirtiendo que el rio está crecido y que los árboles no permiten darse una idea de la altura verdadera. El vapor trae una encomienda para Pirapuytayn, pero en vano toca el pito, nadie aparece para buscarla. Deposítase el cajoncito en la barranca, y volvemos á emprender marcha.

A las tres y cuarenta y cinco minutos encontramos á un hombre, en una canoa de indio, con una escopeta y un perro, y nos saluda.

—Este, me dice el baqueano,—á quien voy á molestar á cada momento para pedirle datos—es D. Cárlos Bossetti.

—Hombre! ¿por qué no ha dicho eso mas pronto? tengo una carta para él.

—Tíresela en una botella.

—Nó, es una carta de recomendacion. Lo veré mas tarde.

A la altura de Pira-Puytayn, á dos ó tres leguas tierra adentro, está la poblacion india que se llama »Villa Azara» de la cual tambien hablé anteriormente.

A las cuatro llegamos al «Uruguay», costa argentina. La posicion es muy pintoresca, la barranca alta, sesenta ó setenta metros. Es el puerto que llaman de «Meabe», porque allí hubo un yerbatero con ese nombre.

A los cinco y diez minutos llegamos al «Yaci», residencia de don Luis Arrechea: tiene su babitacion al pié de unos árboles altísimos, y un rosado al otro lado del arroyo.

Allí fondeamos á las cinco y cuarto, á poca distancia de una pequeña cascada. El termómetro indica 19° centígrados.

3 de Junio—Salimos á las 6 y cuarto. El termómetro indica 20°. En menos de una hora encontramos seis cascadas, pero de volúmen diminuto.

A las siete y cinco minutos enfrentamos la habitacion de otro yerbatero en la costa argentina, don Ramon Ledesma, que tiene dos ranchos. Allí hay una embarcacion que carga yerba.

El tiempo está nublado. La neblina anda vagando por las colinas. Las barrancas se vuelven casi perpendiculares. La ribera paraguaya me parece generalmente mas elevada que la argentina. Divísanse al pié una porcion de rocas arrolladas.

A las nueve, llegamos frente á la habitacion de don Juan

Goicochea, costa paraguaya. Es decir que hemos llegado á nuestro destino.

Pensaba remontar hasta Tacurú-pucú (hormiguero largo), y bajar desde allí en una canoa, pero el baqueano me dice que no las hay en ese puerto. Por otra parte, los yerbales que hubiese deseado visitar, están á quince ó veinte leguas de la costa. En fin, necesito ver ante tado á don Juan Goicochea ya D. Cárlos Bossetti. Por consiguiente, me decido á desembarcar en el «Iroy-Guazú» (frio grande). El *Caremá* toca el pito, y una canoa nos deposita al pié de la barranca altísima, donde vive actualmente, en medio de unas familias guayanás, uno de los mas intrépidos yerbateros de esos parajes.

…blecimiento de [illegible]
…nce del Paraná—
…stumbres de los indios

XXII

La poblacion del señor D. Juan Goicochea es la última que se encuentra antes de llegar á la confluencia del I-guazú, advirtiendo que está en la costa paraguaya. Consiste en un galpon de tacuaras dividido en dos partes, separadas una de otra por un espacio vacio, como lo son casi todas las habitaciones en el Paraguay. A la derecha y la izquierda hay habitaciones de indios, pequeños ranchos regularmente construidos y aseados. Para llegar allí, es preciso subir una barranca arenosa, que tiene por lo menos veinte metros de altura; esa ascension es bastante penosa, pues el declive del terreno debe formar un ángulo que se acerca á cincuenta grados. Por consiguíente, no puede subirse en línea recta; hay que seguir una línea quebrada.

Esa altura estraordinaria desaparece completamente en la época de las grandes crecientes; el rio tapa entonces la barranca y llega hasta el umbral de las habitaciones: puede uno pescar desde el interior. En momentos en que estuvimos allí, el rio estaba todavia crecido, pero á los pocos dias empezó á bajar, mostrando las rocas, que continúan formando su cauce. Ese cauce es como un embudo que vá

ahondándose, de manera que el que navega en la línea central, en el *thalweg*, no ve mas que la bóveda del cielo y las barrancas casi perpendiculares. En el Iroy-guazú, el rio no debe tener mucho mas de trescientos metros.

He dicho que la barranca es arenosa, ó mejor dicho, compuesta de arena y de *limo* hasta llegar á las habitaciones; evidentemente toda esa parte se forma por aluvion del rio, porque mas abajo y mas arriba volvemos á encontrar las rocas. Arriba de las habitaciones, hay una subida rapidísima, que constituye una montaña verdadera, de sesenta metros por lo menos, cubierta de grandes árboles, de palmas, de helechos, de zarzas. En esta montaña reaparece la tierra colorada, oculta bajo dos ó tres cuartas de detritus vegetales.

Los indios han heche allí una senda en línea recta, por consiguiente casi perpendicular, que es un camino bueno para las cabras y para ellos. Para treparlo, hay que valerse de un baston.

Mas al Norte, los yerbateros abrieron una picada mulatera que alcanza á quince ó diez y seis leguas tierra adentro. Esa subida no es tan rápida como la otra, pero no es mucha la diferencia; los pedazos de roca con que está sembrada dificultan considerablemente la marcha, convirtiendo el camino en una verdadera escalera. Pero, como con tanta razon lo dijo Lamartine, la mula tiene el pié *reflexivo* y pasa por todas partes.

Pocos momentos despues de nuestra llegada á casa de D. Juan Goicochea, bajó de la montaña un ginete de boina coloroda: era el capataz, quien venia á anunciar la llegada de un convoy de mulas.

Vimos aparecer efectivamente una larga procesion de cuadrúpedos, que cubria el declive de la picada. Las mulas venian cargadas con tercios de yerba, llevando uno á cada lado de las árganas.

La madrina iba delante con cencerro, y treinta mulas seguian, una tras de otra, con admirable precision. Arrimáronse al galpon, donde se depositó la yerba, y se les hizo una distribucion de hojas de palma. La palma y el tacuarembó constituyen el alimento principal de esos utilísimos animales, sin los cuales la esplotacion de los yerbales seria imposible.

D. Juan Goicochea estaba algo preocupado con las noticias que acababa de recibir de los yerbales. Los indios que estaban trabajando para él se habian alborotado, porque son unos trabajadores muy exijentes, y se veia en la mayor necesidad de marchar para allí á la mayor brevedad, pues su encargado le habia dado un parte algo alarmante; pero él, conociendo á los hombres, sospechaba que debia haber alguna exageracion.

Regla general: no se puede contar con el trabajo de los indios, porque son naturalmente indolentes y faltos de prevision, es decir que trabajan para el momento y no para el porvenir. Además, considerándose hasta la fecha los dueños lejítimos de la tierra, los cristianos son intrusos y usurpadores para ellos: luego hay que darles, darles todavia y darles siempre: es un derecho que ellos ejercen cuando reciben lo que se les dá; el usurpador que les dá, no hace mas que cumplir con su deber. Por consiguiente el dia en que algo viene á faltar, aunque sea por circunstancias independientes de la voluntad del empresario, viene el tumulto, la protesta, el alboroto, la amenaza. Son, pues, sobremanera exigentes, y muy poco trabajadores, porque cuando hán ganado el valor de un poncho ó de cualquier otro objeto que les hace falta, dejan de trabajar y se van á cazar en el monte.

Ese defécto de los indios, me dicen que es tambien el defecto de los paraguayos.

Don Juan Goicochea compró á los guayanás el terreno

que está ocupando. Estos hacen algun cultivo; siembran tabaco, maiz, mandioca; al otro lado del Iroy-Guazú tienen un rosado que cubre la barranca; á media legua en el interior tienen otros rosados.

Han conservado las tradiciones religiosas, y aun el recuerdo de los jesuitas. Tienen un cementerio en la barranca; todas las noches van á encender velas en las tumbas de sus antepasados.

Cazan los animales del monte, aves y cuadrúpedos, con el arco y la flecha.

Preguntando á mis hospedantes si habia mucha caza en los alrededores, me respondieron que no, porque los indios la habian destruido ó ahuyentado.

Compréndese fácilmente que un pueblo cazador necesita una gran estension de territorio.

Hay otra tribu, ó, mejor dicho, otra poblacion india que recorre la selva del Paraguay, y son los *Guayaguis*, que no tienen clase alguna de organizacion social, que se han quedado en el escalon primitivo de la humanidad: viven aislados, formando parejas cuando mas; no se agrupan, no construyen chozas siquiera, no siembran, por supuesto; comen las frutas silvestres, la miel de los árboles huecos; cazan, viven debajo de los árboles y tienen un lenguaje completamente primitivo; son gritos y silbidos mas bien que un lenguaje humano. Al menos, así se me ha asegurado.

En la costa argentina, dominaron los indios tupis hasta el año de 1874. Hasta esa fecha ningun yerbatero se atrevió á establecerse en ella: todos iban á la costa paraguaya. Ya he dicho que al Norte de Córpus, á inmediaciones del establecimiento del señor Ortiz vive un cacique con una pequeña tribu de cuarenta personas mas ó menos, pero háseme dicho que eran indios guayanás que habian venido del Paraguay.

En 1874, el señor don Juan Goicochea, impulsado por

el deseo de descubrir nuevos yerbales, equipó una espedicion exploradora, habiendo préviamente hallado un hombre idóneo para su direccion y era el brasilero D. Fructuoso Moraes Dutra. Este halló un hermoso yerbal, á cuya esplotacion se dió principio desde luego con muy buenos auspicios.

La posicion de ese yerbal, segun lo comunicó al gobierno de Corrientes, el comisario general de los yerbales D. Felipe Tamareu,—quien había sido socio del señor Goicochea empieza sobre la márgen derecha del arroyo Paraguay, á unas 4000 varas de su desagüe en el rio Paraná. «Los límites del *Pinar chico* son indefinibles hasta ahora—decia entonces la nota—pudiendo asegurarse con fundamento que se estiende mucho en el sentido lonjitudinal del Paraná. Saliendo de él hácia el S. E. unas cuatro ó cinco leguas, se encuentran campiñas abiertas y adecuadas para el pastoreo de las mulas, alternando con algunos islotes de arboleda hasta de diez leguas en el mismo rumbo, en cuyo término se halla otro yerbal llamado *Pinar Grande*. Las varias ramificaciones de este último se estienden quizá hasta unirse con los ya conocidos de Córpus, por este lado, con los de la costa del Uruguay, por el Sud Este, y con otros estensísimos que existen al Norte de esta Provincia».

La nota estendiase en seguida sobre la importancia de la industria yerbatera y de las dimensiones que podia asumir, con el auxilio del gobierno, afirmando que podrian estraerse trescientas mil arrobas (300,000) por año. y lamentando entre tanto que solo una mínima parte de lo que se consume en la República viniese de los yerbales argentinos—y continuaba asi:

«En la nota anteriormente citada se hizo referencia, aunque ligeramente, de una tribu india que habita cerca del yerbal hallado; hoy, con mas conocimiento que entonces, puede el insfrascripto informar diciendo que dicha tribu cons-

ta actualmente de 142 individuos, que obedecen al cacique *Bonifacio Maydana*, cuya biografía, bien abreviada, se leerá mas adelante.

«Esta tribu y otra que vive en los confines del Norte de esta provincia, hasta hace pocos años formaban una sola, (el otro cacique llamabase *Facra* ó *Facran*), pero se dividió en dos bandos por haberse desavenido Maydana con el otro cacique, quien, proponiéndole ejercer actos de desolacion y barbarie, queria obligarle á que le secundase en sus inícuos planes, á lo que aquel hizo tan enérjica oposicion que produjo la separacion de aquella parte de la tribu, que es algo mas numerosa que la de Maydana.

«Dicha tribu, siguiendo el ejemplo de su cacique, consta que hace continuamente sus vandálicas incursiones, especialmente si cuenta con la impunidad, para lo que en su vida errante acecha el momento favorable á los malévolos designios de que viene animada y son su objeto.

«Al contrario, la porcion cuyo gefe es Maydana, aunque en otro tiempo siguió las huellas de la otra por ser parte suya, despues de la segregacion sabemos que adoptó una vida mas regular, con estabilidad, dedicándose á la agricultura necesaria y bastante para su alimento: además, con el alíciente de poseer algo, como lo ven al hombre civilizado, muchos individuos se han sometido tambien al cultivo de la yerba, de la leña, y á las construcciones de cabañas para depósitos de la yerba y todo esto induce á creer que podrian modificarse sin mucho trabajo las costumbres salvajes de dicha gente, consiguiendo traerla á la vida social, pues que tambien se sabe que tienen algunas nociones de nuestra religion.

«En una circunstancia muy favorable, señor, para nuestro propósito, la inesperada docilidad de esa gente por una y otra parte, y el haber conseguido con ella la amistad que ya tenemos con el simpático cacique Bonifacio Maydana.

«Este es natural del pueblo de Santo Tomé, de esta Provincia, hijo de Roque Liberato Luga Maydana, quien teniendo el empleo de maestro de postas, vivia en el paraje llamado Mberití, por los años 1845 ó 1846, en cuya época, hallándose bloqueada por los anglo-franceses la ciudad de Buenos Aires y por consiguiente, privados de la yerba-mate los pueblos del litoral del Uruguay que de allí se surtian, habiendo subido el precio de dicho artículo por aquellas circunstancias, fué estimulado suficiente para que algunos especuladores acudieran á buscar yerbas en el Alto Uruguay, y entre otros fué el capitan Jacinto Galeano, reputado justamente por su intrepidez y valor en varios hechos de la guerra, al cual le acompañaban varios jóvenes del Departamento de Santo Tomé, y entre ellos nuestro D. Bonifacio Maydana, de unos diez años de edad.

«La empresa del capitan Galeano tuvo mal suceso, pues en una sorpresa que dieron los salvajes á su comitiva, fué muerto entre otros dicho capitan, llevándose cautivo al jóven Maydana, é ignorando sus deudos de su destino le han supuesto ya muerto hasta hace poco. En corroboracion de esto, el infrascripto ha oido la narracion verbal de una parienta de nuestro héroe que reside en este municipio, quien confiesa haber asistido al rezo fúnebre por el alma del supuesto finado.

«Resulta de lo espuesto que, en virtud de la fuerza del destino, el jóven Maydana tuvo que acompañar á dichos salvajes en su vida vagabunda azarosa, amoldándose á sus costumbres, lengua etc., pudiendose deducir la consecuencia de no haber ido en zaga á los mejores campeones de la tribu, de lo que la mejor prueba es el ascendiente que ha ejercido para ser electo jefe suyo, siendo hasta ahora respetado como tal, por sus cualidades.

«A pesar de haber vivido desde la tierna edad sin comunicacion con otras gentes que la que su suerte le deparara

por compañera, nuestro amigo no ha olvidado el idioma *guarani*, y aun entiende mucho en castellano, y si bien adolece de cierta timidez ó encojimiento en el trato familiar con nosotros, esta no es una circunstancia que debamos estrañarla, atenta la educacion que ha tenido en su vida selvática. Por otra parte, se advierte en él, el hombre razonable y bondadoso.

«La descripcion que acaba de hacerse de los indigenas y de sus jefes, viene á confirmar el juicio que mas arriba se hizo sobre nuestros propósitos, cual es impedir que un pedazo valioso de nuestro suelo permanezca desierto. Hacer que sus naturales salgan de la ignorancia y barbárie secular en que viven lastimosamente, inculcándoles ideas morales de trabajo honesto y bienestar; y en fin, sacar el mejor partido posible de la riqueza que encierra sin utilidad hasta ahora y propender á la cultura de su fértil suelo, á fin de darle el desarrollo y adelanto de que es capaz; para cuyos fines nos es sumamente útil el sometimiento y amistad de esta tribu con su jefe, porque, aun cuando no se consiga la reduccion de la otra porcion por ahora, se pueden discurrir y emplear los medios conducentes para ellos, segun las circunstancias vayan enseñándonos la práctica, sirviéndonos en el interin de amparo y barrera contra sus avances y los de cualesquiera otras, esta cuya adhesion á nosotros es un hecho.

«Se sabe tambien que en la vecina provincia brasilera llamada «Paraná» existe otra tribu de indios cuya ferocidad es proverbial y acostumbran traer sus malones á esta tierra, pero esta noticia no supone un peligro inminente para nosotros en virtud de lo que se ha espuesto arriba.

«El infrascripto no cree necesario recomendar á la consideracion del Exmo. Gobierno el descubrimiento de los grandes yerbales argentinos, porque por las noticias aun-

que incompletas que le suministra, fácilmente se penetrará de su magnitud é importancia.

«Solamente, se permitirá indicar ó proponer, sin perjuicio de sus elevadas disposiciones, quisiera dignarse mandar practicar un reconocimiento científico, ó cuando á esto no pudiese acceder por ahora, decretar la fundacion de un pueblo, ordenando su delineacion en el punto mas conveniente, que á nuestro juicio es la orilla izquierda del desagüe del arroyo «Piray Guazú» ó «Cuñangaharé», segun los naturales, en la ribera del rio Paraná».

Firmado:—*Felipe Tamareu.*»

Las indicaciones del comisionado general no fueron atendidas por el gobierno de Corrientes. Don Juan Goicochea y los demás yerbateros llevaron á cabo por su cuenta la catequizacion y la sumision de la tribu de Bonifacio Maydana, que era la medida prévia indispensable para penetrar en ese inmenso territorio inutilizado por unos pocos indios.

Al efecto, dirijiéronse al brasilero don Fructuoso Moraes Dutra, hombre conocedor de los idiomas tupí y guaraní, acostumbrado á explorar las selvas y á vivir entre indios, pues en el Brasíl habia estado ya ocupado en la catequizacion de los colonos indígenas, á quienes el gobierno imperial trata de agrupar y de civilizar, formando aldeas y poblaciones.

Dutra respondió que acometeria la empresa de catequizar la tribu de Maydana, con tal que diesen veinte hombres para acompañarlo, con el armamento correspondiente. D. Juan Goicochea habló á los interesados, pero con la mejor voluntad no pudieron reunir los fondos suficientes; solo habia para costear seis hombres, que se buscaron en

la ciudad de Trincheras. De seis á veinte la diferencia era grande, pero así mismo Dutra no trepidó en ir adelante.

Acompañado de los seis hombres, dirijióse á la poblacion india. Esta habia abandonado sus habitaciones.

Dutra puso su gente en emboscada, y se fué á buscar á los indios, suponiendo con razon que se habian ocultado en los alrededores. Iba armado con una escopeta de dos tiros, el machete y un revólver.

Quedaba convenido que al oir el tiro, los seis hombres tenian que acometer á la indiada. Estos tenian cuarenta y cuatro hombres de pelea, armados con flechas.

En cuanto se presentó Dutra, adelantóse el cacique, y y trabó la conversacion.

—Por qué huyen vds. de nosotros?

—Porque vienen sin duda á hostilizarnos.

—No, al contrario, venimos con buenas intenciones.

—Entonces, tire su escopeta al suelo y no dé un paso adelante.

—¿Vds. tirarán tambien sus arcos y sus flechas?

—Convenido.

Dutra dejó caer su escopeta, pero el indio no tiró su arco. La situacion se complicaba.

—Vd. tiene todavia una arma, dijo el indio, y mostraba el machete de Dutra.

—Esto no es una arma, no es para pelear, es una herramienta indispensable para abrir *pique*, cortar ramas y andar por el monte.

Los indios se dejaron convencer y tiraron sus arcos. Dutra empezó entonces á predicarles que debian abandonar aquella vida selvática, llena de penurias y de miserias, para dedicarse á un trabajo útil; que se les suministrarian herramientas, víveres etc., que era preciso dejar á los cristianos que abriesen picadas para llegar á los

yerbales, y que esto redundaria en beneficio de los mismos indios.

El discurso de don Fructuoso tuvo un éxito completo. Los indios se sometieron. El cacique Maydana bajó á la ciudad de Trincheras, donde fué muy obsequiado por los vecinos, como bien puede creerse, y lo llevaron hasta Corrientes, donde el gobierno le hizo favorable acogida.

Desde entonces (1875) quedó libre la ribera del Paraná, desde Córpus hasta el I-guazú, es decir, en una estension de mas de sesenta leguas. Recien entonces los yerbateros se animaron á establecerse en la costa argentina.

Puede, pues, afirmarse sin exajeracion, como ya lo dije, que la conquista del territorio de las altas Misiones, la sumision de los indios, la exploracion y el descubrimiento, la esplotacion de los yerbales, todo se debe á la iniciativa particular. El gobierno allí, como en muchas otras partes, no hizo nada mas que recojer las utilidades de la actividad social.

Exploraciones de Misiones
Exploración del Iguazú ó Rio
Grande de Curitiba -

XXIII

A los pocos momentos de haber llegado á casa de D. Juan Goicochea, presentóse ante mi un individuo de tez morena de mirada escudriñadora, con pelo y barba negros, flaco, estatura mediana, descalzo, que usaba una gorra de cuero de coatí, y cuyos vestidos mostraban que habian sufrido mucho con el contácto de las zarzas; llevaba un largo facon á la cintura, el indispensable machete de los esploradores y de los cazadores, y fumaba un cigarrito de chala de maiz.

Parecia tener unos cuarenta y tantos años, y efectivamente dijome despues que tenia cuarenta y cuatro. Este hombre, cuya semblanza me trajo á la memoria el recuerdo de Robinson Crusoé, era el esplorador de Misiones D. Fructuoso Moraes Dutra.

Este individuo tiene una aficion invencible á la vida selvática: como otros nacen artístas, poétas, músicos, él ha nacido cazador y explorador, para andar dia y noche entre los bosques. No le gustan la vida sendentaria ni el trabajo monótono. Tiene sed de correrias y de aventuras; con su perro, su escopeta, su facon y su brújula, él se lanza en busca de los tesoros de Misiones. ¿Qué tesoros? Los yer-

bales. Estaba entónces esperando el momento de hacer una nueva *entrada* á la selva virgen; á la fecha en que estoy escribiendo, debe haberse puesto en marcha.

Dutra es baqueano de las costas del alto Paraná y del Uruguay hasta San Borja. Mas adelante contaré la esploracion que condujo hasta Palmas Novas. Estuvo empleado en las colonias del Brasil; ya dije que el vecino imperio hace grandes gastos para la civilizacion de los indios. Catequizó á quinientos indios en la colonia del «Yatay» (Provincia del Paraná), los cuales actualmente cultivan el café, el algodon, la caña de azúcar. Su padre era tambien un esplendor. Seria el hombre mas á propósito para conducir una esploracion séria, cuando el Gobierno Nacional se decida á verificarla, para saber lo que es realmente el territorio de las altas Misiones. Dice que se necesitarian cinco ó seis meses para remontar el I-guazú y su afluente el San Antonio, bajar en seguida el Pepiri-guazú, afluente del Uruguay y el mismo Uruguay hasta San Javier. En otro tiempo, recorrió una gran parte del I-guazú (mas de cien leguas) en canoa con dos ingenieros alemanes. Dice que la canoa es la embarcacion mas á propósito para esplorar esos rios, porque con ella se puede penetrar en todas partes, hasta en los arroyos mas insignificantes. Necesitarianse, pues, dos canoas y diez hombres.

Esos exploradores llevan una vida llena de aventuras, cuando no de peligros. En el verano pasado desapareció uno llamado Juan Masena con su hijo. Estaba abriendo una picada, cuando se le ocurrió separarse de sus trabajadores para subir á una *cuchilla*, y desde entonces no ha vuelto á verse; como estaba en un paraje no muy distante del I-guazú, se supone que ha sido arrebatado por los indios tupis ó bugres, que á veces vienen del otro lado de ese rio, principalmente en busca de las frutas de los pinares, las cuales comen asadas, como las castañas. Juan Masena desgra-

ciadamente no llevaba perro consigo, lo que era un descuido imperdonable; por eso es de suponerse que cayó en una emboscada, porque si lo hubiera comido un tigre ó picado una vívora, se hubiesen encontrado restos humanos. En fin, sea lo que fuere, la desaparicion de Masena tenia preocupados á los yerbateros.

Al dia siguiente de nuestra llegada á casa de D. Juan Goicochea, el mal tiempo volvió á acometernos; la lluvia nos tuvo bloqueados durante veinticuatro horas consecutivas. Era una contrariedad grande para nosotros, pero sobre todo para los yerbateros. Cada dia de lluvia importa una suspension de trabajo, una huelga involuntaria—como ya lo dije—y muchos gastos, desde que hay siempre que mantener esos brazos desocupados; aproveché esa reclusion forzosa para pedir datos á mis hospedantes, á don Juan Goicochea y al esplorador Dutra.

¿Cuáles son las vias de comunicacion de las altas Misiones?

La principal es la picada de Piray Guazú á Palmas Novas, Campo Eré, abierta por Dutra.

Viene en seguida la picada de Santa Ana á Campo Grande, y de allí á San Javier; la de Campo Grande va hasta el Yerbal Nuevo, á ocho leguas al Norte.

La picada de Campo Grande á Córpus.

La picada del Yerbal Nuevo á Campo Eré se junta con la del Piray á Campo Eré, por la falda de la cordillera, caidas al Uruguay á inmediaciones de San Pedro.

La picada de D. Juan Goicochea va de Itaguaimí á Bocay, rumbo al salto del I-guazú, unas tres leguas.

La de D. Luis Arrechea va desde Yaicy al Este.

La de don Juan Ramon Ledesma, va desde Taurúa al Este.

D. Felipe Tamareu se vale de la del Piray.

En la costa del Uruguay, hay una picada que va desde Paggi hasta San Pedro, entrando en ramificacion con las demás.

Hubo un camino habierto por los brasileros antes de celebrarse el tratado de alianza de 1865, desde Campo Eré hasta Fracan, pero está destruido por la vegetacion que ha vuelto á retoñar.

Hasta la fecha ce ven las armas de D. Pedro II en los mojones.

Ya hablé de ese camino. Sin duda los brasileros pensaban llevar por allí sus ejércitos contra el Paraguay.

Los lugares poblados son: San Pedro, Campo Grande, Varona y Fracan (nombre de un cacique).

Estos datos vienen á completar los que dí en otra parte y que me fueron suministrados por don Cárlos Bossetti.

Habiendo empezado á hablar de vias de comunicacion, aquí viene naturalmente la relacion de la espedicion organizada por don Juan Goicochea y llevada á cabo por don Fructuoso Dutra á fines de 1876 y á principios de 1877. En la ciudad de Trincheras habia copiado el diario de esa espedicion, que fué llevado por uno de los espedicionarios, el jóven don Adan Lucchesi, y dedicado á don Juan Goicochea.

En el Iroy-Guazú di lectura de él á don Francisco Dutra, para ratificarlo y esplicar los puntos que no habia comprendido bien.

Ese diario es muy interesante, pero el tiempo y el espacio de que dispongo no me permiten reproducirlo *in extenso*; véome, pues, en la necesidad de compendiarlo.

El diario lleva una dedicatoria en latin al organizador de la espedicion, y es la siguiente: «Etenim pluralitas homi-

num nesciunt, dulcis pro humanitate labor (Plinius).—Aunque la mayor parte de los hombres lo ignora, es agradable trabajar por la humanidad».

Yo quiero que no lo ignoren siempre; por eso pretendo dar á conocer esos hombres que trabajan oscuramente en propagar la civilizacion en la selva de Misiones. Ellos abrieron *picadas* en los bosques impenetrables: considero justo que se les abra una en la historia.

La expedicion, compuesta de siete personas, salió del puerto de Tacurú, el primero de Noviembre de 1876, llegando el mismo dia á la barra del I-guazú. Allí tuvo que sufrir dos dias de mal tiempo. Volvió á ponerse en marcha el dia 4, remontando el rio con canoa. En el campamento que forman á la altura de la segunda corredera, don Cárlos Bossetti viene á incorporarse á ellos con un peon. El rio está sumamente bajo á consecuencia de la seca. El dia 5, la marcha es muy penosa, siendo el calor escesivo y teniendo que caminar sobre las piedras puntiagudas y resbaladizas, porque la corriente hace ya peligroso el uso de la canoa. Los indios, pues cuatro de estos formaban parte de la expedicion, salen á cazar y á *melar*,

El 6, la lluvia vuelve á sorprender á los espedicionarios, en momentos en que los perros corrian caza, y tienen que guarecerse en el rancho que construyen en cada campamento. En fin consiguen navegar hasta tres cuartos de legua del Salto. Dejan allá la canoa, para estudiar la barranca y gozar la perspectiva imponente de la caida de las aguas.

El 7, persiguen un anta que se tira al rio, pero solo consiguen ahogarlo. En seguida trepan á la barranca; la lluvia no les permite recorrer el archipiélago que forma el rio arriba del Salto.

El 8, los víveres comienzan á escasear. Es preciso dedicarse á la caza.

Los indios matan un anta—gran contento de todos.

Dejando la cocina á cargo de los indios, los explotadores dedicaron el resto del dia á estudiar el archipiélago, pasando de una á otra isla. Voy á citar el manuscrito:

« Trepamos en un árbol cuyos gajos se estendian casi sobre el precipicio. No tardamos en reconocer que el I-guazú tiene una sola boca de desagüe en el archipiélago, el cual es de una estension de dos ó tres leguas. El lecho de las aguas, arriba, es pedregoso y macizo; notamos gran abundancia de una planta acuática parecida á la lechuga; pescamos fácilmente unos pescados del tamaño y parecidos á los armados, llamados *cascudos*

« Habiendo pasado unos diez ó doce canales y otros tantos islotes, reconocemos que no hemos llegado todavia á la mitad del Salto, próximos al canal que forma la caida mayor del lado del Brasil; el vado se hace dificil, dandonos el agua por la mitad del cuerpo. En este lugar es fácil reconocer el laverinto de islas con una pequeña canoa, pareciéndonos las aguas casi paradas y los islotes cubiertos de sarandís.

« Retrocedemos, sintiendo no poder emplear varios dias en reconocer bien este admirable espectáculo de la naturaleza. Al atravesar las islas, encontramos frutas de *giribá* (especie de palmera) en abundancia. La vegetacíon de las pequeñas islas es estéril, por causa de la escasez de tierra sobre las rocas; encuéntranse en gran abundancia zarzaparrillas y matorrales. Los terrenos firmes son generalmente planos; los del lado del Brasil, no tan inmediatos al rio, son algo ondulosos. Antes de llegar al rancho, atravesando un canal de poca agua, nos asomamos al precipicio,—*admirable visu*.

« Las aguas, cayendo de una altura de mas de ochenta metros (hay exageracion en este guarismo· tiene el salto solo 58 metros segun el agrimensor Juan Irigoyen; Azara

le da ciento setenta y un piés de Paris. Entre tanto hay un mapa moderno que le dá veinte solamente!); las aguas forman un semi-circulo que se aparta varios metros del paredon perpendicular que forman las rocas; la espesa neblina que se levanta envuelve y humedece las rocas adyacentes. Si á esto añadimes el aspecto variado de las otras caidas con los diferentes juegos de agua, en cuyo alrededor vuelan infinidad de aves acuáticas—el salto del I-guazú da para el pincel un cuadro verdaderamente admirable.....»

Dia 9—El jefe de la expedicion, D. Fructuoso Moraes Dutra y el Secretario D. Adam Lucchesi firman una declaracion, fechada en el salto del I-guazú, haciendo constar que allí tiene realmente principio la exploracion, «por atravesar una region ignota, ó solo conocida en épocas remotas.»

El tiempo favorece á los exploradores. El sol se deja ver, indicándoles la direccion al Este. Vuelven á alcanzar la costa argentina y van á acampar en la extremidad oriental del archipiélago. Por causa de estar tanto en el agua, Dutra tiene un ataque de fiebre, pero amanece en buen estado para seguir viaje. Los exploradores calculan haber recorrido una legua. Esa pequeña distancia dá una idea de las dificultades que tienen que superar.

Dia 10—Salen en fin del archipiélago, cazan, encuentran abejeras en abundancia. La vegetacion ya es exuberante: grandes cedros, lapachos, angicas y todas las plantas de la costa del Paraná.

Antes de acampar, cazan un *yaguatirica* (especie de tigre pequeño) y poco despues un venado. Calculan haber recorrido una legua y cuarto.

Oyen todavia perfectamente el estruendo del salto.

Dia 11—Encuentran un tacuaral seco, el cual se pierde en un *bañado*. Avistan varios árboles de yerba, descubren miel, encuentran un gran *barrero* de antas, es decir, un

lugar donde las antas comen la tierra, que es salobre. Distancia recorrida, tres cuartos de legua.

Dia 12—Los perros cazan el anta. Los exploradores se desparraman.

A la tarde vuelven á reunirse. Matan un anta que ha herido á dos perros. Cruzan varios arroyos que desaguan en el I-guazú.

Distancia recorrida una legua.

Dia 13—Llovió durante la noche anterior. El bosque está mojado y no permite caminar. Pasóse el dia buscando miel, cazando, componiendo ropas.

Dia 14—Es dia de mucho andar. Los exploradores calculan haber recorrido tres leguas y media y todos gozan buena salud, no notando la mas mínima variacion por causa de la vida y de los alimentos del bosque. Sin embargo en ese dia ha faltado el agua.

Dia 15—Mátase un anta. Hay que cazar, porque están sin provisiones.

El tiempo está nublándose. Siéntese mucho la falta de una carpa por la escasez que los exploradores sufren á veces de *giribá* (palmera), para construir ranchos. Pero tienen la suerte de descubrir mucha miel. Distancia recorrida, tres cuartos de legua mas ó menos.

Dia 16—Perdido por causa de la indecision del tiempo.

Dia 17—Abejeras abundantes. Hasta aquí los exploradores han sacado cuarenta y siete (47), por lo cual consideran la miel, despues de la caza, el primer alimento y recurso del bosque. Matan un anta. Los perros empiezan á llenarse de *urras* (especie de gusanos), aunque se les trata con grandes cuidados. Distancia recorrida, una legua mas ó menos.

Dia 18—Buen tiempo. Los exploradores dan con un bosque alto y limpio, notando grandes vegetales, como timbóes, cedros y angicas. Miden por curiosidad un angica, le en-

cuentran treinta y siete piés de circunferencia. El terreno va elevándose insensiblemente. «En el momento de acampar, encontramos un cerrito pedregoso; trepamos, deseosos de avistar lo que tenemos por delante, á la copa de un árbol elevado; reconocemos un principio de sistema montañoso.»

Para beneficiar la carne dal anta ó del venado, los exploradores usan el sistema siguiente: se cava un pozo, se llena de piedras y se prende fuego encima de ellas. En seguida se pone la carne y se cubre con hojas y tierra por arriba. El asado preparado de esta manera es excelente. Es lo pue se llama preparar «la cocina á vapor del pozo».

Dia 19—Los esploradores suben á un cerro, trepan á un árbol, pudiendo observar una estension de cinco á seis leguas en rumbo Norte.

Los cuchillones doblados se elevan á gran distancia en serranías.

«Al Sud avistamos una meseta, cuyas aguas parece que no corren al I-guazu, sinó al Paraná, siendo á juicio de los indios las cabeceras del Uruguay, que hace barra en Pirai-Puytayn. Distancia recorrida: dos leguas mas ó menos por terrenos doblados y bosques cerrados de *crecimales* (palabra brasilera, que significa tacuarembozales). El tacuarembó es una especie de caña muy filosa, que corta como una navaja y se halla en los bajos limpios y pedregosos, y en la cumbre de los cerros.

Dia 20—Se camina sin interrupcion todo el dia, demorándose solo en sacar algunas abejeras, porque se han concluido las provisiones. Campamento en un pequeño afluente del I-guazú, que llaman arroyo de las *Mojarras*, porque hay abundancia de esos pescaditos.

Dia 21—Bosque limpio. Un cerrito. Esperanza de encontrar caza.

Se acabaron las provisiones de carne, y la miel está haciéndose mas dificultosa. Los exploradores acampan cerca de un bañado, por haber encontrado abundancia de dátiles, que voltean para comer.

Distancia recorrida, dos leguas, terreno casi todo llano.

Eia 22—Dia de regocijo. Se mata un anta. Hacia mucha falta, pues desde varios dias el único alimento era cogollo de palmita y miel, y esta última á veces escasa.

Eia 23—Vuelve á emprenderse la marcha interrumpida para preparar la carne del anta. Tacuaral bravo y anegadizo, arroyo. Los exploradores determinan costearlo, entrando en el agua, cuando los pozos no lo impiden, y abriendo *pique* cuando el tacuaral está muy cerrado. Cazan cinco *yacús* (pavas del monte). Recogen frutas de guayabo, que principian á estar maduras. Distancia recorrida, tres cuartos de legua.

Dia 24—D. Fructuoso Dutra amanece con fuerte dolor de muelas y fiebre. No puede caminar. Hay tiempo para cazar, pescar, buscar buena miel, pero sin resultado. Los exploradores pasan el resto del dia eu el campamento, ocupádos en componer ropa y calzado, que hacen con los cueros de anta y de venado, que, aunque de poca duracion, resguardan los piés de las espinas, que tanto les incomodan, en los tacuarales bravos sobre todo.

Dia 25—Marcha al través de cerros pedregosos y bosque limpio. Sigue la falta de caza. A la noche matan varios yacús y pescan en un arroyo importante, afluénte del I-guazú, que tiene barrancas bastante elevadas y lecho de piedras. Distancia recorrida, dos leguas mas ó menos.

Dia 26—Marcha rumbo Sud, arroyo arriba, penosa sobre las piedras resbaladizas, caminando descalzos, con el continuo temor de caer en algun pozo, y de mojar la maleta, armas y pólvora. En la costa los tacuarales son muy cerrados, y cuesta mucho abrir *pique*. Caza abundante

Se matan nueve yacús. Los perros continúan sufriendo mucho por causa de los *urras*, y los hombres tambien. Nótanse en el arroyo algunos troncos de pino, lo cual hace suponer que tiene su cabecera en el pinar cerca de las contra-vertientes, en la division de las aguas con el Uruguay.

Distancia recorrida, legua y media.

Dia 27—Marcha al E. S. E. dejando el arroyo. Terrenos menos doblados que anteriormente, bosques limpios y con bastante miel, es decir por la mañana. A la tarde, cerros y mas cerros, *cresímales* muy cerrados con suelo pedregoso. Trepóse dos ó tres veces, dice el diario, «sin poder avistar en nuestro alrededor mas que una corona de cumbres de cerros. En una, la mas elevada, encontramos un vestigio de indígenas, como de un año, en un elevado laurel, donde sacaron una abejera, con *hachas de piedra*. Por la distancia que media entre la abertura de la abejera y el corte que los indios hacen en el árbol, para poner los piés, teniendo el equilibrio del cuerpo con un arco de isipó, con el cual ciñen el árbol y el cuerpo, conocimos que el indio debia ser de una estatura y corpulencia no regulares.»

Distancia recorrida, legua y media.

28—Continúan los cerros puntiagudos, los cuchillares de monte limpio y á veces cubierto con un espeso *cresimal*. Por la tarde se mata un anta gordo. Con este son ocho los que se han muerto: «al tiempo que sacamos el anta del agua, avistamos dos elevados pinos, que tan inútilmente buscamos con la vista desde la copa de los árboles en los dias pasados. Estamos próximos al pinar; á la noche aguacero.»

29—No se camina por causa de la lluvia y del tiempo, que sigue malo.

30—»Caminamos por cerros ondulosos y cuchillones, como en los dias onteriores, no notando, salvo los pinos, otra variacion en el reino vegetal que es el mismo que en el Pa-

raná, laureles de muchas clases, cedros (mas escasos estos) y caraguatás.

«Trepamos á las 12 á un cerrito pudiendo avistar las cumbres de los cuchillones circunvecinos que renegrean por las copas de los pinos.

« Atravesamos hoy varios arroyos de poca importancia, y que tienen principio en la elevacion de los cerros, juntándose con los mas grandes que corren al I-guazú.

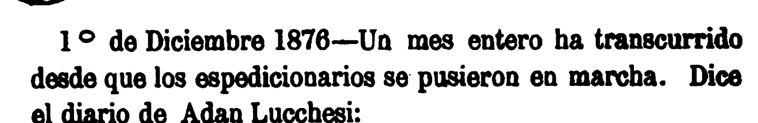
« Al tiempo de acamparnos, visitónos una bandada de monos; conseguimos matar á dos, y llamamos á éste, campamento de los ¡*Monos*.»

Los exploradores solian dar un nombre á cada uno de sus campamentos, sacado de la circunstancia mas notable del dia ó del lugar.

Habia, pues, transcurrido un mes entero, y recien entonces los exploradores habian llegado á la region de los pinos. Es cierto que habian tenido muchos contratiempos y muchas dificultades que vencer. Faltábales mucho todavía para alcanzar su objetivo.

Sigue la Exploracion del Iguazú - Rio Grande Curi... hasta Campo Erê - 27. Nbre 1876 -

XXIV



1° de Diciembre 1876—Un mes entero ha transcurrido desde que los espedicionarios se pusieron en marcha. Dice el diario de Adan Lucchesi:

« Hacen hoy treinta dias que salimos del puerto de Tacurú; en este primer mes no podia la espedicion ser mas feliz; actualmente gozamos todos de perfecta salud, y vamos animados del mejor espíritu.

« En veinti un dias de marcha, calculamos habernos alejado del salto del I-guazú veinte y tres leguas (23); aunque no hemos llegado aun á las contravertientes del Uruguay, ya alcanzamos el pinar que se estiende en el cuchillon general. El pinar es mucho mas ventajoso para la marcha, siendo casi siempre el bosque limpio. Hoy caminamos solamente legua y media.»

2 de Diciembre—Cruzan hoy los espedicionarios un *cre-*

sinal cerrado, y bajando de los cerritos llegan á un arroyo, que llaman «Arroyo Grande», por ser muy caudaloso; tiene veinte varas de ancho. Si, antes de hacer barra con el I-guazú, no tiene saltos, no es muy difícil bajarlo en canoas, puesto que no está obstruido con troncos y conserva una anchura considerable. Los crecimales bravos hacen lugar á crecimales mansos, que llevan el nombre de *putiguales*, siendo un pasto excelente para animales, como mulas, caballos, etc. Los indios hallan matas de *yerba*; los espedicionarios renuevan su provision, que hace seis dias se les habia concluido.

Sorpréndelos la lluvia por primera vez sin haber construido el rancho.

Diríjense al Sud, abandonando el rumbo Este, que habian seguido hasta entonces, formando como una C, porque piensan haber dejado atras «campo Eré». Distancia recorrida, legua y media.

Dia 3—Dia de mal tiempo. No pueden moverse. El arroyo está creciendo con la lluvia. Dos patos y tres yacús que matan desde el rancho, son toda la comida que tienen, por lo que, aunque llueva el dia siguiente, piensan mudarse á un lugar que tenga dátil suficiente. El peon Manuel N. sufre mucho á consecuencia de una urra en la espalda. El dia éntero lo pasan en el rancho.

Dia 4—Ha llovido toda la noche y sigue lloviendo hasta las doce; los indios matan dos lobos, que se pierden en el agua.

La marcha se verifica en medio de elevados pinos. Pasan un brazo del arroyo, despues de haber cruzado un tacuaral *acamado* (caído) y encuentran manchas de árboles de yerba, lo que les hace suponer que ahora van á dar con grandes yerbales. El mal tiempo los obliga á formar campaménto en la costa izquierda del arroyo, donde hay

abundancia de frutas de *giribá*. Distancia recorrida, rumbo S. E. una legua.

Dia 5—Tiempo bueno. Pónense en marcha dejando el arroyo á la derecha, suben y bajan dos elevados cerritos; corren inútilmente una piara de jabalíes, bajan y pasan otra vez á la costa izquierda del arroyo, encaminándose por un pinar cerrado; encuentran en un solo árbol dos abundantes abejeras, *mombucca* (negra) y *guaraipo* (rubia); matan un venado y construyen un rancho, por el tiempo, que se vuelve otra vez amenazador. Distancia recorrida rumbo S. E. tres cuartos de legua.

Dia 6—Para evitar las vueltas del arroyo, lo pasan repetidas veces.

Encuentran otro afluente del arroyo, pasado el cual vuelven á subir y bajar cerros. El tiempo, que sigue amenazando, les hace preparar hojas de dátil para levantar un rancho, en caso de llover de noche. Ocúpanse en hacer calzado con cuero de venado y anta, lo mismo que en remendar los trajes que «porfían por abandonarlos».

Varios opinan estar próximos á poblado, asegurando haber oido distintamente la detonacion de un arma de fuego; pero la mayoria se inclina á pensar que es el *retumbe* de algun pino, ó «una exaltacion fantástica de los que han oido, no habiendo hasta ahora observado indicio de proximidad de gente».

Distancia recorrida rumbo E. S. E., casi toda en terreno llano, cerca de tres leguas.

Dia 7—Bosque limpio generalmente. Caminan todo el dia bajo un pinar muy cerrado. *Pintas* de yerba. Vuelven á encontrar el arroyo Grande, que actualmente es muy pequeño y barrancoso. Cazan por necesidad, matan dos monos y un yacú. No hay miel.

Distancia recorrida, siempre rumbo E S. E., dos leguas.

Dia 8—Pinar limpio. Tacuaral bravo. *Amambay*, planta

que se cria en los barriales, algo parecida á la tacuara. Dia de caza. Matan un anta y dos cerdos silvestres. Encuentran un yerbal muy cerrado.

En los alrededores no se avistan mas que pinos y yerba.

El peon Manuel N. ha mejorado.

Distancia recorrida, solo un cuarto de legua.

Dia 9—Salen, cargando toda la carne que pueden llevar. Caminan hasta las doce, hora en que trepan á un alto cerrito. Solo avistan cerros y mas cerros en todas direcciones. Bajando del cerrito, vuelven á encontrar el bosque de pinos y de yerba.

A la tarde núblase el tiempo. Desgajase un árbol de yerba-mate. Han caminado media legua rumbo Este y media legua rumbo Sud derecho para evitar las escabrosidades del terreno. Dan al campamento el nombre del «Batuvi», que es un aparato para secar yerba, en forma de embudo, que se cuelga arriba del fogon.

Dia 10—*Caraguatás* bravas durante mas de media legua. Encuentran y comen frutas de guavirá, lo mismo que abejeras.

Diríjense al arroyo para acampar. Una vivora «yararaca» muerde á un perro.

Dia 11—Terreno favorable para la marcha. Mesetas y cuchillones casi llanos. Bosque limpio. Pinos en los bajos. Miel. El perro mordido deja de acompañarlos; padecia mucho de las urras.

A las doce trepan á un angica altísimo. A consecuencia de las observaciones de los indios, resuelven dirijirse siempre lo mas posible al Sud. Continúa el yerbal en todos los cuchillones y bajos.

La tormenta, que parece armarse todos los dias, obliga á hacer campamento temprano; pero faltan las hojas del dátil y hay que traerlas desde muy lejos. Hoy se conclu-

ye el último pedazo de carne, lo que los obligará á demorarse al dia siguiente en algun lugar de caza.

Distancia recorrida, dos leguas, una rumbo S. E. y otra S. derecho.

Dia 12—Tiempo descompuesto. Llueve, aunque no muy fuerte, desde las doce hasta el oscurecer. Bosque impenetrable y de triste aspecto. Frutas de giribá; con eso matan el hambre. Hay que cazar.

Dia 13—Encuentran una piara de cerdos silvestres. Dufra mata uno. Los indios matan dos monos. Todo se asa y se come.

Distancia recorrida, legua y tres cuartos.

Dia 14—Llegan á un cerro elevado, desde el cual pueden observar una distancia de cuatro ó cinco leguas en rumbo Norte. Reconocen la caida de las aguas para el I-guazú, y el declive de los cuchillones y cerros en esa direccion. Dejo la palabra á Adan Lucchesi.

« A nuestro rumbo S. E. se nos opone un alto cerro puntiagudo, cuya cumbre de forma oval supera á todos los cerros circunvecinos. Despues de dos horas de penosa *trepada* alcanzamos la punta, cubierta con una especie de crecimal. Desde un seguro *guayuvirá* á que todos trepamos, pudimos observar,—siendo ya este cerro el mas elevado de todos los á que habiamos ascendido,—el panorama mas estenso en todas direcciones. La vista no se cansa de observar; como en el alta mar no se vé mas que agua y cielo, aquí no avistamos mas que cielo y bosques. Estamos cerca del cuchillon general, cubierto con un pinar cerrado, y pensamos alcanzar las caidas al Uruguay dentro de dos dias. Bajamos del cerro tan penosamente como subimos, y acampamos bastante cansados, en la primera agua que encontramos». Distancia recorrida, dos leguas.

Dia 15—Continúa el pinar, que solo se corta en los declives, en los terrenos muy elevados y pedregosos. Hu-

biera sido dia de hambre, sino encuentran frutas de giribá y palmitos. Faltan la caza y la miel. Distancia recorrida, legua y media.

Dia 16—La marcha es un contínuo bajar y subir cerros mas ó menos elevados todo el dia. Los perros levantan un anta; los indios lo persiguen y lo matan. Los expedicionarios retroceden mas de media legua para formar campamento en el lugar donde fué muerto.

Distancia recorrida, una legua.

Dia 17—Cargan la carne que pueden llevar y vuelven á ponerse en marcha por el pique abierto ayer, llegando á la cumbre del cuchíllon general. Tacuaral seco. Pinar cerrado. Yerbal verdadero, el mejor y mas ventajoso que han encontrado hasta ahora.

A la tarde, notan dos dátiles, con apariencia equívoca de corte de hacha, y una concavidad profunda en el suelo, haciéndoles sospechar que caminan por lo que fué picada de *Marconde*. Prestan mucha atencion en todo el tránsito para descubrir señas mas indudables, sin poder conseguirlo. Varios indicios de vegetacion les inducen á creer que están cerca del Campo; siguen adelante, encontrándose con un tacuaral seco y un pinar cerrado. Los indios, que habian seguido una corrida de perros, al regresar refieren que avistaron á unos campesinos.

Distancia recorrida, rumbo S., una legua y cuarto.

Dia 18—Llegando al cuchillon general, pueden observar indicios de la picada de Marconde, en una abejera sacada de un pino por indios y por haber recorrido en algunos trechos el suelo batido y cavado por la antigua picáda. Sigue el pinar cerrado por todo el cuchillon. Tacuarales secos, á los que se prende fuego. Amenaza de lluvia. Hojas de giribá muy escasas para construir ranchos. Llueve á la noche. Cárlos Bossetti, por haber comido miel, es atacado de un fuerte vómito. El mejor perro que tienen

los expedicionarios (aquel mismo que D. Juan Goicochea compró en cien patacones), hace un dia que no aparece, lo cual los tiene descontentos. Yerbal compacto en varios puntos.

Distancia recorrida, tres cuartos de legua.

Dia 19—Marcha lenta. Tacuarales cerrados. Pinar. Encuéntrase el corte del facon en varios arbustos y tacuaras; seria este vestigio de gente, por lo que pudieron observar, de unos dos años. Es inútil relatar las suposiciones á que dió lugar el encuentro del vestijio, que, aunque viejo, no dejó de alegrarlos, porque la picada de Marconde, los fasinales, el abejero sacado los tenia fuera de duda, (los fasinales sobre todo, especie de vegetacion) de no estar muy lejos del poblado.

Trepando á un pequeño árbol, porque la vegetacion alta ha desaparecido, pueden observar un *rosado* de cuatro ó cinco cuadras de forma redonda, que les hace pensar en alguna antigua *capuera*; pero dándose á estudiar mas minuciosamente la vegetacion inferior, no pueden observar señal de hacha ni fuego en parte alguna. Creen entonces algunos que el *rosado* puede ser obra de algun fuerte remolino de viento, y la picada que hallan á inmediaciones, haber sido hecha por algunos individuos atraidos para reconocer la capuera; pero otros sostienen que es obra de gente, si bien de mucho tiempo atras.

Dutra mata dos antas. Aproxímase una bandada de monos y de cerdos silvestres al campamento, y se matan igualmente una porcion. Dejan la carne de los cerdos por la del anta; sacan varios cueros para calzado y guarda-canillas, y acampan para proveerse; componen sus haraposos trajes, calzado, etc. Este fué el campamento de la *Mortandad.*

Distancia recorrida, tres cuartos de legua.

Dia 21—Los espedicionarios siguen con preferencia el

cuchillon general, mientras los indios, que han quedado atras, corren y matan un anta, del cual traen la grasa. Estenso yerbal. Dutra, que sale á reconocerle, trae la noticia de haber hallado una picada de dos meses atras. Alegra mucho esta noticia, y piensan tener al dia siguiente alguna novedad, algun cambio en esa marcha monótona.

Dia 22—Pinos y yerbales lindísimos, de suelo llano, de bosque bajo. Dice el diario: « Entramos á la picada. Proseguimos—ó mas bien corremos,—y vamos á dar con una picada mayor de carguoros, de unas tres varas de ancho; devoramos el camino, pensando estar en una picada de rosado y próximos al poblado; mas pronto nos desengañamos, cuando en el primer arroyo que encontramos pudimos conocer un campamento de expedicionarios, con un limpiado para un corral de animales, armadura de carpas y dos marcos labrados, uno enfrente de otro. Conocemos que la expedicion ha estado festejando á San Juan por un pequeño pino labrado para el caso.

«En uno de los marcos dejamos la inscripcion siguiente: «La espedicion de la barra del I-guazú á Campo Eré, salida el 1 ° de Noviembre, llegó aquí el 22 de Diciembre de 1876,» dejando tambien nuestros nombres.

Todos los pinos próximos á la picada aparecen marcados con hacha, cuya circunstancia facilita á los expedicionarios para dirijirse. Luego alcanzan otro campamento, y á inmediaciones un pequeño rosado con maiz y zapallos. Siguen adelante y vienen á acampar en el tercer campamento de los espedicionarios. En un marco del segundo campamento encuentran las siguientes palabras escritas: «Adios y recuerdos á los compañeros!» Este fué alguno que se volvió para atrás, piensan ellos, y despues de haber hecho muchas suposicianes sobre la direccion de la picada, se entregan al sueño.

Dia 23.—Continua la marcha por la picada, atravesando

cabeceras de arroyos que bajan al Uruguay y al I-guazú. Rumbo Este. Los costados de la cuchilla general forman, en algunas partes, grandes declives, uniéndose los pequeños arroyos de la cuchilla con esas profundidades de mas de 300 metros, segun cálculo de los viajeros. Dutra tiene un ataque de fiebre.

Dia 24—No se camina por la enfermedad de Dutra.

Buscan caza y frutas, por que se acabó la provista. Matan una anta.

Dia 25—Marcha penosa por causa del calor escesivo y de las espinas de pino. A las doce avistan un *rosado* con un corral y una pequeña casa tapera; por las plantas, el fuego, y la bosta de mula, conocen que hacia tiempo que la casa no era frecuentada; esta era toda de tablas de pino sacadas con hacha; el corral y el cercado eran de la misma madera. Mas adelante y en el momento de acampar, encuentran otra casa en las mismas condiciones.

Mañana esperan llegar al poblado.

Dia 26—Para defenderse los piés de las hojas espinosas del pino, que tan penosa les hace la marcha, antes de salir arreglan en forma de zapatos y sandalias los cueros que traen. Yerbales, campiñas ya considerables. A las doce los *claros* se hacen mas frecuentes, los pinos mas escasos en las *cuchillas*. Ya piensan estar cerca de alguna casa habitada, y en un pequeño arroyo preparan su *toillete* que fué muy breve y sencillo. Allí ven un *bebedero* de ganado, y siguen el trillado campo afuera, pero, por mas que caminan, no encuentran nada, y han recorrido por lo ménos cinco leguas. Este es el dia de mayor cansancio.

Dia 27—Aqui dejaré hablar el diario: «Aclara el dia y estamos en marcha; á una legua de distancia encontramos el campo pastoreado por animales, observando varias tropillas caballares y mulares. Caminamos con mas ardor é impaciencia que nunca para llegar hoy á alguna estan-

cia, despues de pasar varias tranqueras y arroyos, desde una cuchilla avistamos una nube de tierra que levantaban los animales encerrados en el corral de una estancia.

Distinguimos un grupo de casas, y nos encaminamos en esa direccion.

«Pasando un joven, lo llamamos, y fué en seguida á dar aviso á la estancia. Hombres, mujeres y niños salieron á nuestro encuentro, dando salvas, *vivas* y parabienes. Correspondimos por nuestra parte, no poco admirados de encontrar tanta sociabilidad, agrado y atenciones. En pocas horas estaba todo el vecindario de campo Eré, reunido en *Las Vicas* (nombre de la estancia).

Explicamos el fin de nuestra expedicion, poniendo en vista todas las ventajas de la nueva via de comunicacion, siendo el dia corto para dar todos los pormenores que nos pidieron. Quedamos grandemente contentos, sabiendo que la picada por la cual veniamos desde catorce leguas atras, era obra de D. Vicente Lara, y con destino á Poggi.

« Explicamos la inmensa diferencia que para el objeto de comunicacion existia entre el Paraná y el Uruguay, siendo el segundo un sin fin de obstáculos y dificultades en comparacion del Paraná, etc.»

« . . . . Nos sentamos en una mesa abundante, quedando en el olvido todas las privaciones del viaje. Obsequiados despues con un baile, no podemos sinó elogiar la amabilidad del sexo femenino, la cordialidad y alegria que hasta el amanecer reinaron en esta inolvidable fiesta campestre. No se encuentran á menudo casos semejantes; no podemos sinó acordarnos siempre con placer del dia 27 de Diciembre de 1876; solo los que allí estuvieron pueden comprender las sensaciones expansivas y cordiales que se esperimentaron.

»La expedicion queda hospedada. Diez y siete hombres, vecinos de Campo Eré, se ofrecen de voluntarios para llevar

una picada de cargueros hasta el Paraná. El plan es el siguiente: seguir la picada del Sr. Lara, pasar por las campiñas de Américo y San Pedro, descubiertas por Mareonde, buscar el campamento de Fracan (cacique), próximo á la picada abierta por F. M. Dutra, del Piray al Pinar.

«Queda fijada la salida para el dia 17 de Enero, necesitando este plazo los nuevos expedicionarios para alistarse, proveerse de víveres, etc, »

La distancia aproximada desde la barra del I-guazú á Campo Eré alcanza á sesenta y una legua y tres cuartas (61 3|4) segun los datos del diario; pero segun D. Fructuoso M. Dutra, no puede haber en línea recta mas de cuarenta leguas.

De los cincuenta y seis dias empleados desde la barra del I-guazú hasta Campo Eré, cuarenta y cuatro fueron de marcha.

Así es como los yerbateros de la costa del Paraná entraron en relacion con los pobladores brasileros de Campo Eré, establecido en territorio argentino.

Despues de haber pasado veinte y dos dias en Campo Eré, aguardando que los nuevos expedicionarios se proveyesen de comestibles y herramientas, emprendióse el viaje de regreso (22 de Enero 1877), abriendo una picada desde ese punto hasta el Piray. La expedicion vino á parar en la costa del Paraná, continuando la picada hasta Fracan, y una vez en este punto, siguió el camino que habia sido abierto, durante unas doce leguas, en el año de 1875, por D. Fructuoso M. Dutra.

Esta picada es la que se practica actualmente; tiene de longitud total treinta y siete leguas portuguesas, ó cuarenta y cinco leguas argentinas.

Los brasileros que tomaron parte en ese importante trabajo, vinieron hasta la ciudad de Trincheras, donde fueron muy obsequiados.

En cuanto á las autoridades brasileras de Palmas Novas, habiéndose alborotado, como ya lo dije, habian dado parte á la administracion provincial. Creíase que los expedicionarios habian venido mandados por el gobierno, y se pensó en arrestarlos; pero hicieron comprender que eran mandados por una empresa particular. Ventilóse el asunto en la prensa brasilera, pero no pude conseguir los periódicos que á él se refieren, y que están en poder de una persona de Misiones.

Por lo que acaba de leerse, señor Director, puede juzgar si tenia razon al decir que los señores Goicochea, Dutra, Bossetti, Lucchesi, Tamareu, Masena, Arrechea, Aramburu, Ledesma y otros cuyos nombres no recuerdo actualmente, son los *yankees* de las selvas argentinas, debiéndoseles á ellos la conquista de ese estenso territorio.

XXV

He dicho que la lluvia nos detuvo un dia entero sin poder salir de la casa de D. Juan Goicochea. Felizmente, el dia siguiente (5 de Junio) volvió el sol á aparecer, y pudimos recomenzar nuestras escursiones. Mi plan era llegar hasta el salto del I-guazú, cuya descripcion ya ha visto el lector en el diario de D. Adan Lucchesi, y que todos ponderaban mucho, aunque muy pocos lo hubiesen visto. Pero Dutra decia que la esploracion oponia dificultades considerables, y lo prueba el mismo diario de la espedicion que acabo de citar. Añadia asi mismo que, si el rio estaba crecido, desaparecerian muchas de aquellas dificultades. D. Juan Goicochea no podia acompañarme, pues tenia que ir á los yerbales á apaciguar á sus indios alborotados. Pero dijome que me haria acompañar por Dutra, poniendo á mi disposicion una chalana que tenia y que estaba actualmente en el puerto de Tacurú, donde habia ido á buscar maiz, debiendo bajar por instantes; solo el mal tiempo podia haberla detenido. Habia pues, que esperar aquella chalana y prepararse, porque ibamos á entrar en el desierto mas absoluto.

Vuelvo á mis apuntes de viaje.

5 de Junio. Dia domingo, pero los domingos, en esas alturas, se parecen á los demás dias de la semana.

El convoy de mulas se prepara para el regreso. Los arrieros les dán hojas de palmera para comer. Antes, habíanlas largado en el bosque, donde el tacuarembó es su principal alimento. Una viene con un tajo tremendo en la pierna, arriba de la rodilla, pero no se le hace caso. La naturaleza la curará.

Un porteño que vive allí hace once años, entre los indios guayanás, y que lleva un nombre muy conocido en la literatura argentina, observa que las plantas del bosque no son un alimento suficiente para las mulas; que seria preciso sembrar alfalfa y otros pastos.

Los arrieros hablan todos guaraní, por supuesto; observo que tienen una tonada cantante, mas que los mismos *cordobeses*, mas que el puntano Juan Bustos, el soldado de línea que nos acompaña.

El argentino me dá muestras de una resina que se encuentra en las arenas del Paraná, y una piolita que los indios hacen con una especie de enredadera, enterrándola préviamente. Háceme ver tambien muestras de cuarzo y de ametisto que ha recojido. Preguntole si ha encontrado conchas en la barranca, y me responde negativamente. Esta circunstancia tenderia á probar que el terreno es de formacion ígnea, como ya se ha dicho varias veces. Añade el argentino que el momento no es favorable para esplorar las costas del rio, porque esta todavia muy crecido relativamente á lo que queda mas tarde, y que entonces se ven piedras muy curiosas.

El argentino tiene otra muestra de la industria de los tupis; es un lienzo hecho con la ortiga gigante que se encuentra á cada paso en esos parajes, y que es una excelente planta textil.

Dice Martin de Moussy: «Otra planta textil, abundantísima tambien, es el *caraguatá*. Cuando florece, las hojas interiores toman una coloracion de las mas brillantes y la flor forma una espiga ovoidea de un blanco rosado que se alza en un tallo de un tercio de vara, en pos de la flor viene una fruta comestible semejante á un dátil. Hay otras especies de la misma planta; la mas comun se parece á un aloé pequeño y se encuentra desde las riberas del Plata hasta el Brasil. Otra especie mas es el *ibira*, que dá una fruta semejante á la del ananá (piña), pero no sirve para comer. Los indios lo hacen podrir en el agua, sacando una cuerda buena para hacer redes».

En casa de don Juan Goicochea díjoseme que un industrial habia sacado privilegio en el Paraguay para la explotacion de esas plantas y de la ortiga.

A las doce, las mulas se ponen en marcha para los yerbales; dejamos de oir *cantar* el guaraní, que comenzaba á fastidiarme. Una nube de mariposas está revoloteando al rededor de la casa. Las hay de los colores mas brillantes. Un entomolojista podria hacer las colecciones mas ricas. ¡Quién diria que estamos á fines del otoño? El termómetro á las dos de la tarde indica 28 ° centígrados.

Bájamos á una canoa, (una piragua cavada en un tronco de árbol) para explorar el arroyo Iroy-guazú, que corre entre dos barrancas altísimas. Encontramos dos cascadas diminutas, pero de las mas pintorescas; seguimos remontando el arroyo hasta llegar á los rápidos; allí nos bajamos y costeamos á pié las sinuosidades. El agua es azuleja, corre en un cauce de piedras negruzcas, como las que vimos en la selva de Córpus. Repítense los saltos á cada momento. El Iroy-guazú deja de ser un riacho, y se convierte en torrente, que va retumbando entre los bosques solitarios. La naturaleza del terreno y de la vegetacion es idéntica en ambas riberas del Parana. Claro está que el gran rio cortó

ese territorio en dos partes con la lentisísima erosion de sus aguas durante millares de siglos; lo mismo hicieron los rios inferiores y los arroyos, sus afluentes, para formar los valles donde corren actualmente.

Dutra nos abre el camino con su machete. Pero el paisaje, aunque imponente no tarda en volverse monótono y algo lóbrego, porque estamos como sumerjidos en una oscuridad relativa, pues las barrancas y los árboles tapan la luz del sol. Volvemas á la canoa, y nos dejamos ir con la corriente del arroyo.

Iroy-Guazú significa frio grande. ¿Será porque el paraje está frio de vez en cuando, ó porque el agua está fresca? Dutra no puede dar la esplicacion. Tal vez ese nombre sea el efecto de alguna tradicion de los indios que fueron sorprendidos por el frio en ese paraje. Lo que sé muy bien es que en este momento no hace frio. A las ocho de la noche, el termómetro indica todavia 28 ° centígrados.

6 de Junio—Hoy, como ayer, la neblina tapa el rio por la mañana.

El termómetro á las siete de la mañana indica 18 ° centígrados.

La humedad lo invade todo al traves de esas paredes de tacuaras. Todos los óbjetos quedan enmohecidos.

Pido datos á don Juan Goicochea sobre sus exploraciones. Díceme que la tierra de la costa del Uruguay es de la misma clase que la del Paraná, y que tiene la misma vegetacion. El llegó hasta el salto de *Macumá*, en el vapor *Hortensia*, aprovechando la creciente del año de 1870. Dicho salto queda á ochenta leguas arriba de Santo Tomé. Mas allá hay rápidos y *cachoeiras*.

Pregúntole cuáles son los exploradores que han venido de afuera á las Misiones. Díceme que él tiene conocimiento de los siguientes:

El señor Fender, que fué por la costa del Uruguay hasta San Javier.

Este señor Fender fundó con el señor Siegrist la colonia «Helvecia» en el estado Oriental del Uruguay.

El señor Andrieux, ingeniero francés, que llegó hasta Córpus.

El señor Lencisa, agrimensor italiano, que llegó hasta Córpus y hasta Campo Grande.

El señor Coffin, negociante norte-americano de Buenos Aires, que llegó hasta la confluencia del I-guazú, pero no alcanzó á ver el Salto, porque tenia prisa para volver á Posadas á tomar la diligencia.

Un ingeniero francés—cuyo nombre no recuerda—que llegó hasta el salto del I-guazú.

Un doctor inglés Fair y su señora, que fueron en compañia del señor Uribe, en el *Caremá*, hasta el mismo salto. Con ellos andaba tambien el jóven literato español don Vitorino Abente.

No debe olvidarse á los señores del Vasco y Wilken, iniciadores de la colonia «Márcos Avellaneda» en Córpus, la cual se disolvió inmediatamente por falta de elementos, ni al señor Davidson quien estudió la costa del Uruguay.

Don Juan Goicochea asegura que el café silvestre que se encuentra en Misiones es igual al otro: no lo he probado. Asegura como Dutra y otros brasileros, que el café daria buenos resultados desde Córpus para arriba.

A las dos de la tarde, el tiempo parece volverse tormentoso.

Las mariposas siguen cada vez mas numerosas. En Iroy-Guazú vengo á conocer un insecto muy desagradable, muy molesto, el que no habia visto en Posadas, y es el *jejen*, especie de mosquita que pica é incha las manos, produciendo una gran comezon. Hay que ponerse guantes ó lavarse las manos con amoniaco. Pero uno se acostumbra

á todo, y los habitantes del pais me aseguran que no le hacen caso.

En esas alturas no se conoce la carne fresca, á no ser la de caza. El dia de nuestra llegada, hemos comido carne de venadò. Fáltanos comer la del anta. Por consiguiente, los perros son necesarios, son indispensables para dar con los animales en los bosques. Los perros hacen salir al venado, al anta, de la selva, y lo echan al rio. Entonces los cazadores que los aguardan con una canoa, los persiguen y los matan, ó los agarran vivos. No conviene herir al anta, porque entonces se zambulle y desaparece, quedando perdido para los cazadores. Es mėjor pescarlo con el arpon, como á la ballena.

El anta es un animal completamente inofensivo: tiene el cuero muy duro, y sirve para hacer correas, riendas, etc. Es el tapir.

Hemos pasado todo el dia esperando la chalana que debe bajar de Tacurú-pucú, y que no aparece.

¿Porqué será? Por el mal tiempo, por ser ayer dia festivo. Pero hoy vendra indudablemente. Habrá perdido el dia para cargar, por que hay que traer la carga de léjos, pero aunque salga á la oracion, tiene tiempo de llegar, porque la corriente es rapidísima. Así raciocina D. Juan Goicochea, quién está tan impaciente como nosotros.

Efectivamente, á las nueve de la noche, y cuando ya pensabamos acostarnos, suena una detonacion en lontananza: asi es como la chalana anuncia su llegada. Es sabido que el sonido se propaga con mucha fuerza en el agua; añádase á esa circunstancia la repercusion de los écos de las barrancas, que son altísimas y cubiertas de árboles; añádase el silencio de la noche, y se comprenderá el efecto estruendoso que produce una detonacion en el alto Paraná. No tarda la chalana en arrimarse á la barranca, y nos trae noticias de Tacurú-Pucú. El *Caremá* había llevado

la noticia del alborotamiento de los indios, pero dándole grandes proporciones. Habia cundido la alarma; se trataba de mandar armas y refuerzos de hombres para auxiliar á la gente de D. Juan Goicochea. El general Escobar casi queria ponerse en marcha.... Ya vé, señor director, cuales son las peripecias y las emociones de la vida de los yerbateros, sin contar todas las contingencias desagradables, perjudiciales, que hé enumerado. Indudablemente falta una buena policia en esas alturas. El yerbatero queda abandonado á sus propias fuerzas.

Dia 7 de Junio—Otra vez amanece el dia con neblina. A las 7 de la mañana, el termómetro indica 17° centígrados, y cuando el sol, habiendo disipado la neblina, ha llegado á su meridiano, 24° .

No podemos salir temprano como lo hubiésemos deseado para nuestra escursion al I-guazú. Hay que descargar la chalana, hacer preparativos, almorzar. Demoramos hasta las doce.

¡Qué ascencion tan penosa, con el remo y el *botador*! Hay que seguir la costa constantemente, apoyarse en la barranca, haciendo fuerza para subir. A menudo un hombre tiene que saltar en tierra, tender una cuerda y hacer la *espia*. Cuantas veces la correntada nos detiene ó nos obliga á retroceder!

La barranca es siempre idéntica, formada con rocas casi perpendiculares, y regada muy á menudo con casca das diminutas; es el único ruido que viene á herir el oido en esa tremenda soledad.

El vegetal que caracteriza la parte inferior; es el *amanbau*, árbol de tallo y de hojas plateadas por abajo, parecido á la distancia al higueron de la Mesopotamia argentina. En las rocas abunda un musgo, que llaman *culantrillo* y que tiene cualidades medicinales. Es muy abundante tambien en las ruinas de Misiones.

A las cinco y cuarto de la tarde, D. Fructuoso Dutra ordena parar á fin de hacer campamento. No se encuentran parajes á propósito á cada momento, por causa de las escabrosidades de la barranca y hay que aprovechar las horas de luz, porque mas adelante la noche podria sorprendernos, dificultando los trabajos.

Formamos, pues, campamento en un arenal. Dutra arma la carpa con los palos que se cortan, la tapiza con yuyos y tiende los ponchos por encima. Los marinos buscan leña seca, encienden el fuego y sacan los instrumentos culinarios.

Cenamos con gusto, la noche no tarda en invadirnos y la neblina tambien. Nos acostamos bajo la guardia de los perros. En las altas horas de la noche, uno se pone á ladrar. ¿Qué es eso? Algun animal montés que habrá venido á *curiosear*. Dutra asegura que no hay tigres en esas alturas.

Dia 8 de Junio—Neblina por la mañana. Ponémonos en marcha, siguiendo siempre la costa. Cazamos un tucan, agarramos una qerdiz de las misiones, un uru; algo mas grande que la codorniz de Europa, pero de un color mas sombrío, que no puede cruzar el rio, y se deja caer cansado en el agua. Tiene un grito melancólico, una especie de quejido. A la orasion se oye frecuentemente ese canto del uru, y es cuando la perdiz se recoje y llama á las compañeras, respondiéndose de distancia en distancia y de una á otra ribera del rio. A propósito de aves cantoras, nunca he oído el urutau, que no canta sino de noche, y tiene tambien la voz tristísima.

No tardamos en entrar en el I-guazú, asi nombrado porque es un rio muy caudaloso; llámase tambien Rio Grande de Curitiba, ó rio de los pinos, pues el pino brasilero] se dice en guaraní *curiy*.

Debe tener trescientas varas de ancho en la boca. Las dos riberas son barrancas altísimas, y cubiertas con la misma vegetacion que las del Paraná, pero las aguas no son turbias como las de aquel; al contrario, son muy claras, como que vienen de las sierras.

El rincon del I-guazú seria un terreno muy conveniente para formar una poblacion, una ciudad que vendria á ser de gran importancia indudablemente. Háseme asegurado que los brasileros piensan en poner una en la parte que les corresponde. Creo que los argentinos deberian concebir y verificar el mismo pensamiento.

Es una de las primeras medidas que habria que tomar para la colonizacion, ó, mejor dicho, para la ocupacion de aquel desierto territorio.

La idea me fué sujerida por varios individuos conocedores de las localidades, y, despues de haberlas visto, estoy convencido de que tienen razon.

Estamos actualmente en la línea divisoria de tres naciones: la República Argentina, la República paraguaya y el Imperio del Brasil. Podemos lanzar una bala á cualquiera de los tres Estados que se nos antoje. Pero ningun vestigio humano indica aquí los confines de tres naciones. Esos grandes rios corren en el desierto. No hemos encontrado, no encontraremos hombre alguno en nuestra escursion.

¿De quién es entónces este territorio? Del tapir, del tucan, de la pava del monte, del javalí, del tigre y otros animales.

Ellos son los dueños indisputables de esta selva vírgen.

Internámonos en el I-guazú; es mucho menos correntoso que el Paraná, al menos hasta ahora. Tenemos la suerte de que está crecído, por el hecho de estarlo el mismo Paraná, porque sus aguas no pueden correr con tanta facilidad.

Las barrancas van poniéndose mas altas á medida que entramos.

Ahora tendrán ochenta metros por lo menos, pero es difícil calcularlos, porque están cubiertos de árboles.

Aportamos á la costa argentina para almorzar, bajo la sombra de aquellos. Son las once y media. El sol es brillante. Las mariposas, cada vez mas numerosas y familiares, se nos vienen encima, hasta ponerse en nuestros bigotes.

Las cascadas se multiplican en ambas orillas, las barrancas se vuelven mas pedregosas y perpendiculares. Las tacuaras han desaparecido, pero los grandes árboles se reflejan en el espejo de las aguas tranquilas como un lago.

Llegamos á una *cachoeira* formada por un arroyo; allí pereció un oficial brasilero, quien habia bajado en una canoa para explorar el rio. Mal recuerdo para nosotros. Felizmente el rio está crecido, las piedras están tapadas, no hay correderas. Dutra calcula que el río debe tener ocho varas arriba de su nivel ordinario. Es una gran ventaja para nosotros; así podremos acercarnos mas al salto por medio de la chalana.

En la costa brasilera divisamos los efectos de un torbellino de viento, de una *tromba*, una porcion de árboles arrancados y rotos.

Notamos tambien el efecto de las crecientes extraordinarias del rio: unos troncos de árboles que han quedado con las ramas á mas de tres metros de altura.

La accion del agua es visible horizontalmente en las rocas de la ribera. Las cascadas van multiplicándose y haciendo una música constante. Las barrancas van convirtiéndose en paredones sombríos y sin vegetacion. La naturaleza está haciéndose mas imponente. Diríase que estamos en el camino del infierno, en una via abierta por los diablos.

Pero las mariposas siguen abundantísimas . . . . y los jejenes tambien. El tiempo parece tormentoso, cargado de electricidad. Los lagartos aparecen y corren en las rocas.

Ya son las cuatro de la tarde. Dutra quiere pararse, porque ha divisado en la costa un lugar aparente para formar campamento; yo estoy impaciente y mando que la chalana siga adelante. No valia la pena: dé todos modos no podemos llegar hoy. El rio empieza á hacerse correntoso. A las cinco de la tarde tenemos que pararnos, y ¿en qué paraje por culpa mia? En un paraje donde no hay ni una vara cuadrada de tierra para acostarse, ni siquiera para sentarse.

Las riberas no son mas que amontonamientos de pedazos enormes de piedra, de rocas colosales tiradas confusamente unas sobre otras, que deben haber rodado de la barranca en alguna convulsion de la naturaleza ó haber sido arrastradas por la fuerza irresistible de las aguas. Aquello es un verdadero caos.

Sin embargo, allí tenemos que pasar la noche.

XXVI

La noche nos sorprendió en los preparativos de la cena. Felizmente la tormenta que parecia amenazarnos, habiase disipado; el sol habia desaparecido entre nubes de púrpura y de oro, mientras la luna iba asomando en el otro estremo del horizonte. Pero estaba escrito que nunca evitariamos la neblina, y que esta nos persiguiria tanto en el I-guazú como en el Paraná; declaróse á las ocho de la noche.

Esta vez era de toda imposibilidad dormir en tierra firme, pues no habia ni donde sentarse; tuvimos que arreglarnos los seis en la chalana.

Durante la noche el rio bajó una vara, de manera que la chalana, que tenia la víspera una posicion horizontal, amaneció en una posicion de las mas oblicuas. Yo, que me habia acostado en la popa, estaba en momentos de irme á pique, cuando esperimenté una sacudida violenta: eran los boteros, quienes desataban la embarcacion para lanzarla al agua. Tales son las peripecias de una escursion al I-guazú, pero en realidad no vale la pena de hablar de aquellas, sobre todo si se comparan con las dificultades que nos esperaban en ese dia.

Dia 9 de Junio—Las dificultades para remontar el rio se vuelven cada vez mayores. El botador se hace insuficiente; hay que valerse de la *espia*. Las aguas, furiosas, remolinean en las piedras, saltan y braman. Seria peligroso obstinarse en ir mas adelante con la chalana. Por otra parte no hay fuerza humana capaz de dominar la de aquel elemento. La misma máquina de vapor quedaria reducida á la impotencia, y, suponiendo que triunfase, iria á estrellarse contra las rocas. No hay mas remedio: es preciso bajarse, ir por tierra; pero, que camino horrible!

En tiempos ordinarios hay un arenal que puede seguirse hasta la proximidad del salto; actualmente la corriente lo tiene tapado; no queda mas camino que las piedras y las rocas amontonadas unas sobre otras, piedras de todos tamaños, de todas formas, de todas dimensiones. Diriase que los jigantes han dado allí una batalla.

Entre tanto tenemos el salto á la vista; ya hemos empezado á oirlo durante la noche, aunque el viento estaba contrario; pero es sabido como las distancias son engañosas en las montañas; donde todo tiene dimensiones colosales. Cree uno estar á inmediaciones de un objeto; pónese en marcha para alcanzarlo, sube, baja, vuelve á subir y vuelve á bajar, y el objeto aparece siempre en lontananza.

El hombre es pequeño, muy pequeño en medio de esos grandes cuadros de la naturaleza: esta aplastado por la majestad, por la sublimidad de la creacion.

Era imposible, absolutamente imposible, aproximarse al salto en línea recta, aunque lo teniamos por delante. La creciente del rio nos obligaba á seguir las sinuosidades de la costa, que forma varias ensenadas, varíos semi-círculos, que nos hacian perder mucho tiempo y gastar mucha fuerza inútilmente, para adelantar algunas varas solamente. Era preciso trepar, agarrarse de las anfractuosidades de las rocas, arrastrarse, deslizarse, introducirse en las conca-

vidades, debajo de las bóvedas formadas por las piedras, asirse de las ramas para no caer, subir y bajar constantemente. Cualquier desliz nos esponía á rompernos un miembro, si no la cabeza, ó á caer en el torrente que rugia á nuestros piés.

Los boteros y Dutra iban por delante, descalzos, con el machete en la mano para abrir pique, cortar las ramas que se oponian á nuestra marcha, y reconocer el camino, si esto puede llamarse camino. Para pasar por allí es preciso ser cabra, gato montés ó explorador. Los mismos perros no pudieron acompañarnos hasta el fin de la jornada, y se quedaron ahullando trás de nosotros. Habiamos llevado las armas, tuvimos que dejarlas todas, porque eran unos esterbos incómodos y peligrosos.

El mismo Dutra parecia desanimarse, y nos preguntaba porqué queriamos ir mas lejos, alegando que encontrariamos dificultades insuperables, que ya veiamos todo lo que podiamos ver del salto; pero los boteros, aunque no eran baqueanos de la localidad, no le hicieron caso; siguieron abriendo pique, trepando y bajando por en medio de ese caos de minerales y de vegetales. Mi hijo quiso hacer como ellos, y se sacó las botas, creyendo que así caminaria mas fácilmente, pero no tardó en volvérselas á poner: la civilizacion nos ablanda demasiado la planta de los piés.

En cuanto á mí, me valia de mi baston para mantener el equilibrio, y lo convertia á menudo en palanca. Recordaba que, para esa clase de excursiones, los *turistas* de los Alpes y de los Pirineos usan unos palos fuertes de seis piés de largo, armados con puntas de hierro: es el instrumento indispensable para verificar ascensiones y bajadas. Si algun aficionado quiere ir á visitar el salto del I-guazú, que es una de las maravillas de la creacion, le aconsejo llevar un baston de esa clase.

Gastamos dos horas para ganar mil metros cuando mas, por causa de las vueltas que tuvimos que dar siguiendo las sinuosidades de la costa, en la imposibilidad de ir en derechura por la orilla del rio, yendo de ensenada en ensanada y de promontorio en promontorio. Cada promontorio tapaba y abria una nueva perspectiva, porque en la costa argentina que ibamos siguiendo, las aguas han formado una série de semi-circulos; por el contrario la costa brasilera es un paredon en línea recta y perpendicular. Pero alli las dificultades serian mayores todavia, al menos siguiendo el pié de la barranca. En realidad, para poder observar de un modo completo el salto del I-guazú, seria preciso adelantarse por la misma cumbre, y entonces hábria que abrir una senda, una picada por en medio de las selvas, sea en la costa argentina, sea en la costa brasilera. Pero un trabajo de esta clase, bastante costoso indudablemente ¿quién va á emprenderlo? No será un individuo aislado por supuesto; es preciso, pues, que lo haga la fuerza colectiva. Entonces los viajeros irán á visitar el admirable salto del I-guazú como van á visitar el salto del Niágara, el salto del Rhin en Schaffausen, el salto del Gavernie en los Pirineos y tantos otros saltos. Los naturalistas y los turistas tomarán el camino de Misiones y del alto Paraná, la República Argentina verá establecerse una corriente de inmigracion de nueva clase, pero que no dejará de reportar sus utilidades al pais.

Los hay en Europa, que viven y se enriquecen con la explotacion de esa clase de pasajeros. Cuántos individuos van anualmente á Suiza y á los Pirineos, nada mas que para contemplar los cuadros grandiosos de la naturaleza! ¡Cuántos van á Norte-América nada mas que para ver el Niágara! ¿Acaso no valdría la pena de costearse al alto Paraná para ver el salto del I-guazú, el salto de Monday, y en fin,

el salto de Guayra, tan admirablemente descrito por Azara?

Pero dejémonos de reflexiones y vamos adelante. Despues de caminar durante dos horas del modo que he procurado describir, sin alcanzar á dar una idea de las dificultades de la marcha, dimos al fin con un obstáculo insuperable, una cascada verdadera que nos cerraba completamente el paso. Era un brazo del I-guazú, segun nos dijo Dutra, que se desprende del gran rio y viene á despeñarse en este punto de la barranca, desde unos treinta metros de altura. En tiempos ordinarios es un arroyuelo insignificante y que aun *se corta*, pero en la creciente actual era un verdadero torrente, con un volúmen de agua considerable. Imposíble, absolutamente imposible atravesarlo. Dutra lo declara así, y no habia necesidad de su declaracion para comprenderlo.

Sufrimos entonces el suplicio de Tántalo. Estamos á trescientos metros del gran salto, y no podemos alcanzarlo. El mismo Dutra nos dice que, desde el punto en que estamos, no podemos contemplar sinó la mitad del gran espectáculo, porque la barranca brasilera que, como ya lo dije, forma un paredon perpendicular, se adelanta camo un promontorio en medio de la herradura de la catarata; y la parte mas imponente, añade Dutra, está del lado del Brasil.

Trepar á la barranca argentina es tambien imposible; es igualmente prependicular; y aunque llegásemos á la cumbre, tampoco podríamos cruzar el arroyo cuyo salto nos ataja. Estamos en un embudo, en un callejon, cuyos paredones tienen setenta ú ochenta metros de altura, de rocas basálticas, cortadas como con el cuchillo, en prismas perfectamente regulares, negruzcos, sombrios y á veces relucientes, como si hubieran sido tostados por un fuego ardiente. Esas barrancas están coronadas de árboles que atajan los

rayos del sol, proyectando su sombra sobre el abismo. En ese callejon semi-oscuro todavia á las diez de la mañana, ruedan las aguas estrechadas en un cauce de ochenta metros mas ó menos, con furor y con estrépito, haciendo remolinear borbotones de espuma. Pero todo eso no es nada en comparacion del cuadro que ofrece la cascada, que aparece á la estremidad de ese callejon del infierno, precipitándose verticalmente desde sesenta metros, y como si cayese del cielo, dominando todos los rumores con su *ronquido* sordo. como si porfiase por horadar las entrañas de la tierra.

Hay que valerse de comparaciones, para dar una idea de aquello. Es un lienzo que se desenvuelve en el aire, dice D. Fructuoso Dutra. Es una faja de plata. Es un polvo de nieve que se desliza en el espacio. Una nube de espuma flota en la atmósfera y nos oculta una parte del cuadro. El viento tambien nos contraria, porque es el Nor-Este, y la empuja hacia nosotros. Sin embargo podemos divisar nueve ó diez saltos distintos, de diferentes alturas, separados unos de otros por islotes cubiertos de árboles y por paredones sombríos. Esos árboles copudos aparecen como ramilletes enormes entre copas de espuma. En fin, el arco-iris hace centellear sus variados colores sobre ese fondo de estraordinaria, de deslumbrante blancura.

Pero ¿á qué intentar una descripcion imposible? El mejor escritor tiene que romper su pluma, cuando se encuentra en presencia de semejantes cuadros, contentándose con decir, como Voltaire leyendo una obra maestra de poesía: admirable ! sublime !

Segun D. Fructuoso M. Dutra, la cascada tiene mas de media legua de áncho en la herradura que forma el rio; ya sabemos que viene precedida de un archipiélago, y esta circunstancia le quita indudablemente algo de la magestad

imponente que tendria si todas sus aguas quedasen reunidas en un solo cauce. Sin embargo, creo que hay alguna exagera ion en el guarismo de Dutra; no es ofenderlo el decir que no hizo observaciones matemáticas, cuando pasó por allí á explorar los yerbales.

Azara, á quien debemos consultar siempre, porque fué el observador mas exacto y mas concienzudo, dá los guarismos siguientes:

La latitud total del rio alcanza á seiscientos cincuenta y seis toesas y media, lo que importa algo mas de mil trescientos trece metros (1313). Falta saber si Azara calculó la línea recta ó la línea curva que forma la herradura.

Ya dije que, segun el mismo, la altura vertical es de ciento setenta y un piés de Paris, y que está dividida en diferentes canales.

En cuanto al salto de Guayra, que está á treinta y tres leguas arriba de la confluencia del I-guazú, el rio Paraná, que tenia antes dos mil cien toesas de ancho, reduce su cauce á *treinta toesas*, lanzando sus aguas desde una altura perpendicular de *cincuenta y dos piés* de Paris.

Azara cita en seguida la cascada del Aguaray, que tiene *trescientos ochenta* y *cuatro piés.* En cuanto al famoso Niágara, segun el mismo Azara, solo tiene ciento cuarenta piés con siete octogésimos (140-7[80). Pero el volúmen de las aguas hace esos saltos mas importantes.

« Figúrese, dice Azara, una inmensa caida de agua digna de ser descrita por los poetas, pues trátase aquí del rio Paráná, de ese rio que, en ese misme paraje, tan distante de su boca, (470 leguas), tiene mas agua que casi todos los mayores rios de Europa juntos, y que en el mismo punto donde va á principiar la caida, tiene todavia una anchura de 4,200 metros. Esa anchura inmensa se reduce de repente á un estrecho canal de sesenta metros, en el cual lánzase el agua con furia indescriptible..... No caen ver-

ticalmente esas aguas, sino en un plano inclinado de cincuenta grados, que forma una caida total de diez y siete metros de altura perpendicular. La neblina producida por el hervidero del agua en la orilla de ese canal de granito, y las rocas que se alzan en medio de la corriente, forma columnas de vapor que se divisan desde muchas leguas, y sobre las cuales se deslizan numerosos arcos-iris. Una lluvia continua, producida por la condensacion de aquellas, riega los alrededores; el ruido de la cascada se oye hasta seis leguas, y en la proximidad se cree ver temblar la tierra.»

Algo parecido pasa en el I-guazú, aunque en menores proporciones.

Considerando la imposibilidad de acercarnos mas al salto, tuvimos que resignarnos á contemplarlo desde la catarata lateral, que quedaba, como ya lo dije, á trescientos metros mas ó menos. En seguida émprendimos la retirada, habiendo llegado el momento del almuerzo; ya sentiamos hambre, y habiamos dejado los víveres en la chalana. La bajada fué tan penosa como la subida, y duró casi tanto tiempo, una hora y media. De paso Dutra nos mostró una planta buena para comer, que crece debajo de las rocas basálticas, regada por las vertientes de la barranca; llámase *dgrial*; tiene las hojas como una gran lechuga, y el sabor algo parecido á la verdolaga; sirviónos de comida y de refresco al mismo tiempo.

Encontramos tambien lindísimas cristalizaciones y principalmente una especie de concha, en forma de bautisterio, incrustada en una roca enorme, que brillaba y chispeaba con sus aristas multicolores. Valdria la pena de costearse allí con herramientas á propósito para sacarla y llevarla á un museo. Pero no; mejor es dejarla para que vayan á contemplarla los naturalistas y los turistas. Decia Dutra

que si el rio no hubiese estado crecido, habriamos encontrado piedras muy curiosas en la orilla.

La creciente del rio nos habia, pues, favorecido por un lado, y contrariado por el otro.

Serian las doce mas ó menos cuando volvimos á la chalana, despues de cuatro horas de una marcha penosísima y no exenta de verdaderos peligros.

A la una y cuarenta minutos, comenzamos el regreso. El termómetro indicaba 25° centigrados en el aire, y 19° en el agua.

Los boteros ganaron el centro del rio, y se dejaron llevar sin remar, por la corriente. Por eso la chalana iba dando vueltas y mas vueltas, como un trompo castigado por un niño, como una hoja caida en medio de un remanso. Pero no teniamos necesidad de apurarnos, y ellos estaban cansados como nosotros. Nadie hablaba. Ese silencio, la soledad que nos rodeaba por todos lados, predisponian á la *réverie*, y tambien al sueño.

Dutra, que estaba muy resfriado, y que habia tosido mucho en las noches anteriores, declaró que estaba enfermo. Uno de los marinos, Félix Escobar, que tenia interés en el negocio de la chalana, queria volver cuanto antes á Tacurú Pucú. Estas circunstancias fueron las que nos hicieron renunciar á una excursion proyectada en la punta brasilera del I-guazú, donde D. Juan Goicochea tenia un rosado de maizal, y donde podiamos encontrar algunos jabalies.

Tomamos dos muestras de tierra en la punta argentina, una al pié, otra en la parte superior de la barranca, como soliamos hacer en todas partes y seguimos el Paraná aguas abajo.

No tardamos en enfrentar la boca del Monday (agua ladrona), rio importante del Paraguay, que tiene tambien un salto considerable, como ya sabe el lector de estas cartas. El *ronquido*, (espresion de Dutra) del salto se oia perfecta-

mente, aunque está dos leguas adentro, y me inspiraba un deseo vehementísimo de visitarlo. Pero Dutra objetaba que estaba inaccesible por causa de la selva. Renuncié, pues, á esta exploracion, es decir que renuncié por esta vez. Dábame por satisfecho con la vista del I-guazú. Con el crepúsculo volvimos á ver las habitaciones de los indios guayanás y de D. Juan Goicochea.

El dueño de casa se habia marchado para los yerbales, dejándome una carta. Una embarcacion que habia estado cargando yerba, en momentos de nuestra salida, se habia marchado tambien, y yo contaba con ella para el regreso. No quedaba mas disyuntiva que la siguiente: lanzarse en una canoa de indio, como acababa de hacerlo un socio de D. Juan Goicochea para ir á Itapúa, ó esperar el *Caremá*, que habia prometido volver dentro de pocos dias, ó, en fin ir á buscarlo en Tacurú-Pucú. Pero las subidas del rio me parecieron demasiado pesadas, demasiado fastidiosas, despues de la esperiencia que acababa de hacer.

Resolvimos esperar el *Caremá*.

Iroy-Guazú —
Plantas varias —

XXVII

Dia 10 de Junio—Estamos otra vez en el Iroy-Guazú. Pero ¿como pasar el tiempo? Los indios guayanás tienen algunos rosados y habitaciones á media legua de la costa. Vamos á visitarlos; será un paseo agradable y curioso. Encontramos plantas curiosas, la ortiga grande, de la cual hablé anteriormente, que es una excelente planta textil, y cuyas hojas anchas forman una concavidad en que se deposita el agua, siendo un recurso precioso para el explorador de las selvas. Con este motivo recuerdo que en los *Miserables* de Victor Hugo, el héroe protagonista de la novela, Juan Valjean, habia organizado una gran empresa para hilar la ortiga.

Algun otro Valjean, aunque sin tener los mismos antecedentes, no podria ir á hacer lo mismo en las Misiones.

Encontramos helechos de un tamaño extraordinario. No habia visto esa planta hace treinta años, pero en los Pirineos el helecho jamás alcanza tales proporciones.

Encontramos en fin la zarza otra planta europea, con la misma fruta rosada y morada, que tanto nos gustaba comer cuando de niños ibamos á la escuela de la aldea.

Los indios cultivan la planta dulce, el maiz, la caña de

azucar, la mandioca. Viven en chozas muy bajas: hay que agacharse para entrar.

Para cazar usan flechas de dos clases, segun quieren matar aves ó cuadrúpedos. Para las aves, tienen flechas de punta de madera dura; para los cuadrúpedos ponen una punta de fierro, alguna hoja de cuchillo que han afilado. Las flechas son de caña, de cinco piés de largo, emplumadas para llevar mejor direccion. El arco tiene seis piés de alto, y lo usan verticalmente para apuntar.

Los guayanás tienen tambien arma de fuego.

Conversamos algunos instantes con ellos, sirviéndonos Dutra de interprete.

Al regreso, el mismo Dutra mata un zurucuá, pájaro del tamaño de un zorzal, con colores verde, negro y colorado.

Un italiano que está en casa de Goicochea, me asegura que la cola del yacaré es una rica comida. El conde de Eu, cuando estaba en el Paraguay, mandaba á sus mejores tiradores á cazarlo, para proveerse de ese manjar esquisito.

Considerando que tenemos muchos dias de inaccion por delante, vuelvo á hacer preguntas á Dutra sobre el salto de Monday; el resultado es la resolucion de aprovechar esta permanencia forzosa para visitarlo. Al efecto, fletamos una canoa á los indios de la barranca. El dueño vendrá con nosotros.

Partiremos mañana.

Dia 11 de Junio—Vamos cinco en la canoa. Dejamos al soldado de linea, porque no cabe en la embarcacion y por no ser necesario.

Ponémonos en marcha á las 8 y 3|4 de la mañana. A las doce llegamos frente á la boca del Bocay, arroyo de la costa argentina; almorzamos en un médano, debajo de un *goapou*, especie de higuera silvestre.

El termómetro indica 24° centígrados.

Antes de llegar á ese punto, Dutra mató á un aguti, que estaba comiendo yuyos en la barranca. El aguti es de la familia de los roedores, es parecido á la liebre de Europa, con muy poca diferencia. Cuando fué herido dió el mismo quejido, semejante al valido de la oveja, que dá la liebre de Europa. Este roedor formó el elemento principal de nuestro almuerzo en el campamento del arenal.

Entramos en el rio Monday. Divisamos rocas en la barranca, pero paulatinamente van desapareciendo, ó se ocultan bajo el limo. Tacuaras abundantisimas. El rio debe tener ciento ó ciento veinte metros de ancho. Dutra asegura que está muy crecido todavia, pero si hubiésemos venido dos ó tres dias antes, cuando bajamos del I-guazú, nos hubieramos aproximado mucho mas al salto.

A las cuatro y media, llegamos á nuestro campamento. El tiempo está malo. El cielo está nublado. Mi cuerpo, dice Dutra, es un barómetro, siento que vamos mal. Efectivamente, empieza á llover poco despues de ser noche cerrada. En la carpa de Dutra cabemos los tres, es decir, él mi hijo y yo, pero los boteros quedan á la luna de Valencia, arrimados al fogon. Llueve á cantaros. Por medio de una sábana se alarga la tienda, y estan al abrigo. Parecióme muy larga y muy molesta esta noche.

Dia 12 de Junio—El dia amanece nublado. Sin embargo noto con satisfaccion que las nubes corren de N. N. O. al Este, es decir que el tiempo vá á componerse. El termómetro indica 17°, 18° centígrados. Las aguas del Monday se vuelven mas rápidas, mas correntosas.

A las nueve y media, llegamos al primer rapido á la primera *cachoeira*. No podemos ir mas adelante con la canoa, y estamos todavia lejos del salto. Dutra hace objeciones, dice que el bosque debe estar muy mojado y el piso muy resbaladizo. Pero haber venido de tan lejos

para retroceder seria una verguenza, y ademas mi curiosidad está sobrecitada. Hago con Dutra un reconocimiento prévio de un centenar de varas hasta arriba de la primera *cachoeira*, y resolvemos ir adelante, pero no incurriremos en el error que cometimos cuando la escursion al I-guazú, de ponernos en marcha sin almorzar. Dutra declara que se anima abrir un pique, porque esta vez hay necesidad de abrirlo en toda forma, tenemos que ir por el bosque cerrado, tupido, impenetrable, enredado, enmarañado; en una palabra, en medio de la selva virgen.

Emprendemos la marcha á las diez y media. Dutra, el indio Ciriaco, el botero correntino Félix Escobar, el mismo de la espedicion al I-guazú, van delante, machete en mano, cortando ramas, tacuaras y enredaderas. Seguimos la costa del rio, porque allí hallaremos menos dificultades, y podremos aprovecharlo de vez en cuando para caminar en terreno despejado, aunque sea mojándonos los piés. Pero por otra parte, este itinerario es de los mas penosos, casi tan penoso como el de la costa del I-guazú. Hay que subir y bajar constantemente, siguiendo todos los accidentes del terreno, las zanjas, los arroyuelos, las quebradas, las piedras, agarrarse de las ramas, deslizarse entre los árboles, escurrirse entre las tacuaras y las enredaderas. El piso está húmedo, y por consiguiente muy resbaloso. Esta circunstancia viene á aumentar las dificultades de la marcha.

En fin, figúrese, senor Director, cuáles serian aquellas que, habiéndo emprendido la marcha á las diez y media de la mañana, no alcanzamos el salto sinó á las tres de la tarde, es decir, que habíamos gastado cerca de cinco horas en recorrer una distancia de una legua cuando mas. Es comprar algo caro el placer de contemplar un salto. Don Fructuoso Moraes Dutra no podia comprender esta clase de satisfacciones. ¿El era y es ante todo cazador, explorador

de yerbales, y no se hubiera molestado tanto por una caida de agua. Era, creo, la segunda vez que el veia el salto del Monday. Don Juan Goicochea tenia el pensamiento de abrir una picada desde los yerbales á la parte superior de aquel rio para aprovechar su navegacion. Cuando se vén esos lugares, cuando se ven las dificultades con que tienen que luchar los yerbateros, cuando se considera los obstáculos que tienen para abrirse paso al través de esas selvas y de esos rios, uno viene á quedar convencido de que esos individuos gastan una cantidad de energía estraordinaria para conseguir un producto que finalmente no vale tanto trabajo, y que esa energía indomable aplicada á empresas mas productoras daría resultados sorprendentes. El té del Paraguay, el té de los jesuitas, la yerba mate es un producto, un *vicio* que viene á costar muy caro.

Habiendo escrito ya las líneas que anteceden, se me presenta un periódico francés de esta capital, (*L'Union*) con un artículo interesante sobre la yerba mate, y del cual resultaria que no hice al mate la justicia que merece. Voy, pues, á trascribir parte de aquellas observaciones:

«El último número de la Revista Científica (9 de Julio) trae sobre la yerba mate, un interesantísimo artículo de D. Luis Couty. Pudo el autor hacer de esa planta, durante un viaje al Brasil y al Estado Oriental, donde habia sido enviado en mision científica por el gobierno francés, un estudio teórico y practico, que continuó en Paris en e laboratorio de Vulpian.

«Los resultados que ha conseguido, merecen resumirse con alguna estension, no solo por lo nuevo que nos enseñan, sinó sobre todo por las perspectivas nuevas que abre al consumo de la yerba-mate en el mundo antiguo, y sobre las condiciones que seria necesario realizar para volverlo de un uso corriente.

«Ya saben algunos por esperiencia propia, otros por los

bellos análisis de M. Parodi, que la yerba mate contiene un alcalcide y aceite esenciales muy análogos á los compuestos similares que hacen del té y del café principios alimenticios importantes.

«Forma, como ellos, un alimento ahorrativo, es decir, un alimento que favorece la asimilacion de los demás, y capaz de suministrar por si solo los elementos de un trabajo prolongado.

«La nueva que trae M. Couty á la cuestion, son observaciones sobre la extrema solubilidad de los principios alibiles y de las gomo-resinas de la yerba-mate en el alcohol, y sobre su solubilidad, mucho mas reducida que la de los principios análogos del café, en el agua hirviente. Esto esplica ese fenómeno constatado en el modo de uso adoptado generalmente, que pueden hacerse muchas infusiones con el mismo polvo, no efectuándose sinó lentamente la disolucion de los princípios activos, mientras que, para el café, es azaz rápida.

«Son tambien algunos datos, poco estudiados hasta la fecha, sobre las diferencias del modo de accion que presentan la yerba y el café en la economía.

«Ambos son estimulantes; pero mientras el café obra sobre el sistema bulbo-medular y causa facilmente, si se abusa de él, insomnio y palpitaciones, la yerba tiene mas bien por efecto estimular el sistema simpático, no provocando los accidentes que resultan del esceso de café.

«Esas delicadas observaciones fueron hechas sobre perros y ejecutadas durante largo tiempo en los laboratorios de Vulpian.

Quedaba por determinar con esperiencias precisas, e papel que la yerba desempeñaba en la alimentacion, y en virtud de que fenómeno, permitia disminuir la cantidad de alimentos.

«Al efecto, Mr. Couty se ha dedicado á análisis de la

sangre, de los gases respiratorios, y á estudios de calorímetria, que le permitieron asegurar que la yerba mate ejercia una influencia considerable sobre la actividad de las combustiones internas. Modifica de un modo sensible los gases de la sangre, la cantidad de úrea producida en la circulacion y el calor debido á la respiracion.

«Sin embargo, esos resultados interesantes no constituyen el mérito mas sério del trabajo de M. Couty. Nota desde luego que el modo de alimentacion en Europa está por sufrir una transformacion radical; que productos, considerados hasta ahora como acesorios, y sin valor nutritivo propiamente dicho, como el vino, el café, el tabaco, iban tomando mayor importancia, á consecuencia de esperimentos decisivos, hechos en gran escala, por ejemplo, en la alimentacion del ejército.

«Esa revolucion lenta, que está ganando todas las clases sociales, tuvo por efecto encarecer mucho el precio de la vida material, y lo encareceria aun mas, si una crísis que para el autor es probable y próxima, alzase repentinamente el valor comercial del café.

«En todos los casos el importe del café quedará siempre superior al de la yerba-mate. En todos los paises donde se les ha aclimatado, exige cuidados para no echarse á perder, una mano de obra minuciosa para la cosecha y la seleccion de los granos.

«Nada semejante pasa con el ílex que suministra la yerba. En vastos espacios está en su pais de orígen y crece espontáneamente. La preparacion del producto comercial,—hoy demasiado somera indudablemente,—puede perfeccionarse sin originar gastos considerables. Los ferro-carriles con que el Brasil va surcando la provincia de Rio Grande, y que pondrán muchos yerbales considerables en comunicacion rápida con un puerto de embarque, pueden dar á la exportacion del café un gran impulso, si se piensa que

100 kilóg. de yerba de Guaropuava, una de las mas apreciadas, que valen 5 á 10 francos en el lugar de produccion, importan ya, á consecuencia de los fletes por mulas, 25 francos en Curitiba, capital de la provincia brasilera de Paraná, y 35 en el puerto de mar.

«Luego es un problema de lo mas interesantes, saber si se conseguirá convertir en Europa, la yerba en el café del pobre, como lo llama ya Mr. Couty, y si podrá entrar convenientemente en el consumo de las tropas en marcha, en cuya aplicacion prestó ya tan grandes servicios en Sud América.

«Si consiguiese establecerse semejante comercio, claro está que ofreceria probalidades del porvenir mas brillante, y habria que agradecerle á Mr. Couty sus estudios y su propaganda.»

Los yerbateros deberán estar de parabienes despues de haber leido este estracto de la *Revista Científica*. No desmayen, pues, pero es preciso que el gobierno general las ayude; que la explotacion de los yerbales se regularice de una vez, y que se haga una exploracion completa de las Misiones, abriendo *picada*, haciendo caminos, etc. etc. etc.

Pero volvamos al salto de Monday. Este salto es único; no está dividido en varios saltos distintos como el del Iguazú; luego es muy imponente, porque el caudal de agua es considerable.

El salto tiene la forma de una herradura perfectamente delineada. Los paredones de basalto perpendiculares, se alzan á la derecha y á la izquierda cubiertos de vejetacion arborea; tienen sesenta metros por lo menos.

El salto está dividido en dos partes por una roca que ha quedado en el punto céntrico y que las aguas sin duda no han podido roer todavia. Esa roca aparece en medio de

las nubes de espuma, coronada de arbolitos y de plantas parásitas, dominando el imponente cuadro. El rio tiene allí unos cincuenta metros de ancho mas ó menos, y el salto como cuarenta de altura. En la parte izquierda es vertical; en el centro y en la parte derecha tiene tres escalones formados por unas rocas enormes, cuya mole negra resalta en medio de las aguas correntosas y espumantes, que remolinean y braman. El *ronquido* del salto, para valerme siempre de la expresion de Dutra, es sordo y penetrante, como si fuera la voz del abismo, como debian ser los rugidos de los cíclopes, en las cavernas del Etna. Unas palmeras se balancean sobre el abismo, mezclando sus formas graciosas con la severidad del paisaje sombrio. Recordará el lector que el dia era nebuloso. El sol no alumbraba, pues, esa maravilla de la naturaleza: faltaba el arco-iris que tanto la hubiese hermoseado. Era una tarde de otoño, oscura ya, y esos paredones negros, y esos bosques sombrios, esa soledad espantosa, todo me induce á creer que, si Dante hubiera estado allí, hubiese dicho que el salto del Monday es la puerta del infierno, la garganta del Diablo. Mas para los geólogos, no es mas que un gran objeto de estudio y de seria contemplacion. El Gobierno Nacional deberia enviar á los estudiantes de las universidades para que aprendiesen algo en esas alturas.

Monday quiere decir *agua ladrona*. Antes de llegar al salto, encontramos una canoa de indio que habia sido arrebatada por la corriente, pero siendo de madera, dura, no se habia hecho pedazos.

Esa espresion significa sin duda que la corriente roba, se lleva á los incautos que se dejan sorprender por ella. Eso es lo que le pasó ó estuvo á punto de pasarle á don Adam Lucchesi, el diarista de la expedicion á Campo Eré. Estaba bajando en canoa un rio, cuyo nombre no recuerdo, y que tiene tambien un salto.

Habíase olvidado del salto; cuando se acordó, ya la corriente tenia la velocidad de una flecha; no hubo mas remedio que tirarse al gua y abandonar la canoa, que fué *robada* por el salto.

Tales son las emociones de la vida selvática.

Habiendo contemplado suficientemente el salto del Monday, emprendimos el regreso, siguiendo el *pique* que habiamos abierto á la subida, por consiguiente yendo mucho mas lijeros. A las cinco y cinco minutos juntámonos otra vez con la canoa con el indio Ciriaco, quien nos habia abandonado en la primera hora de marcha, porque padecía dolores reumáticos. En el regreso dimos con un club de monos. Dutra mató uno é hirió otro. Esos animales heridos daban gritos como niños. Los boteros se los comieron.

La corriente nos llevó rápidamente á la boca del rio, y acampamos en la misma costa del Paraná, en el arenal elevadísimo donde habiamos almorzado la víspera.

A las diez de la noche tuvimos una sorpresa agradable. Oímos una voz humana. El botero, Sebastian Rojas, el mismo que nos habia llevado al I-guazú, habia vuelto á subir para Tacurú-Pucú y bajaba entónces. Habiendo apercibido la luz de nuestro fogon, dió un grito que oí perfectamente, y fué contestado por nosotros. Poco despues sentimos el ruido *cadenciado* de los remos y los navegantes nocturnos se arrimaron á la costa. Con Sebastian venia un yerbatero, un señor Aguirre, que trabajaba en la costa brasilera al Norte del I-guazú. Nuestros hombres, que ya se habian acostado, se levantaron; ellos traian yerba; calentóse el agua, tomaron un sin número de mates; hablóse mucho, como era natural, entre exploradores y yerbateros. En fin, despidiéronse de nosotros, pues querian hacer noche en el Iroy-Guazú.

Los mosquitos no me dejaron dormir. Estando despierto,

pude oír muy distintamente el ruido del salto del I-guazú, parecido al redoble sordo de una artillería lejana.

13 de Junio—Volvemos al Iroy-Guazú. Allí encontramos á D. Cárlos Bossetti, el comisionado general de los yerbales, el compañero de D. Fructuoso M. Dutra en la expedicion al Campo Eré.

Bossetti es lombardo, natural de Como; tiene unos cuarenta y tres años; vino á América á consecuencia del movimiento Mazziniano de 1856; siguió desde Paysandú el ejército que iba á invadir el Paraguay, y habiéndose concluido la guerra, se quedó en la provincia de Corrientes.

Ya he dado una parte de los datos que me comunicó D. Cárlos Bossetti.

Bossetti, que actualmente es yerbatero, está tambien cansado de esa vida.

Lo mismo me dijo, la víspera, el Sr. Aguirre. Quiere dedicarse á la agricultura, á la colonizacion. Opina que la colonizacion debe arrancar desde la ciudad de Posadas é ir adelante, que deben hacerse colonias pequeñas para principiar, á fin de no esponerse á fracasos. Para poblar, aconseja valerse de Suizos, de Lombardos, de Piamonteses, de Tiroleses, en fin de meridionales.

El clima de Misiones seria algo cálido para los setentrionales.

Conviene en que la navegacion á vapor es necesaria para auxiliar la colonizacion: no puede haber duda á este respecto.

Dice que deberia establecerse en Posadas una Comision de fomento de la inmigracion, un asilo de inmigrantes, una quinta modelo, reparticion de semillas, etc.

Pondera el clima de Misiones: no hay seca; los rocíos son abundantísimos.

Hay caidas de agua á cada paso, que podrian convertirse en otros tantos motores hidráulicos.

La selva de Misiones convendria perfectamente para criar cabras y cerdos, pero no conviene para las ovejas.

La mula es el animal mas á propósito para la esplotacion de aquel territorio.

La tierra está cubierta con una capa espesa de follaje, es fofa, colorada; es amarillenta en los bajíos. El arado no es necesario.

Seria preciso que el Gobierno cediese los yerbales en propiedad, para evitar los destrozos, ó los arrendase.

Un arbol de yerba-mate dá al máximum *ocho* arrobas; y término medio, una, una y media.

Un peon yerbatero gana dos reales por arroba de yerba verde, teniendo la condicion de traer cinco arrobas diarias al minimum. Recibe la comida, ó una onza mensual, con la condicion de traer aquellas en los dias hábiles.

No se trabaja en los dias lluviosos. No puede desgajarse el árbol sino cada cuatro años, en virtud de los reglamentos establecidos.

Segun él, la explotacion de las maderas no puede competir con la del Chaco, esceptuando para el pino y el cedro, con los cuales se hacen jangadas; pero pueden hacérsele objeciones á este respecto.

Hay tres zonas de vegetacion en el territorio de Misiones. La de la ribera del rio, hasta una ó dos leguas adentro, la intermedia, y la de tierras adentro. En la primera se encuentran el tacuruzú, la tacuara grande, los laureles, los loros, el peterebí, el lapacho, el cedro, el canafistol, el timbó grande. En la segunda, el palo de rosa, el cedro degenerado ó cedrillo, la tacuara mansa, el higueron, la *madera preta*, en fin el árbol de la yerba-mate. En la tercera, el pino.

El Gobierno recauda siete centavos por cada arroba de yerba, y la municipalidad, tres.

La caña de azúcar empieza á plantarse en Agosto y sigue hasta Diciembre, y se recoje desde Mayo en adelante.

La mandioca se planta en la misma estacion y se recoje á los seis meses.

El maíz se siembra desde Julio hasta Febrero, los porotos tambien.

El almácigo de tabaco se hace en Agosto, el trasplante en Octubre, y se cosecha desde Enero hasta Marzo.

El café se siembra á principios de Junio y Julio.

El algodon, en la primavera.

El banano, en Agosto y Setiembre. Puede hacerse bebida con la banana.

14 de Junio—Dutra me dice que los tupís se cortan el pelo y se afeitan la cabeza como los franciscanos; usan tambien una clase de polainas.

Hay todavia en las riberas del I-guazú, pero sobre todo al Norte de aquel rio, y dan que hacer al Brasil.

Dutra y Bossetti tienen ganas de hacernos comer carne fresca.

Salen á cazar el tapir (el anta) en la costa argentina, pero vuelven sin haber encontrado nada.

15 de Junio—Sin novedad. Esperamos á don Juan Goicochea, pero no aparece. Unos indios vienen en canoa á buscar á D. Cárlos Bossetti, diciéndole que la señora está enferma y lo reclama. Acordamos que iríamos á verle en Piray-Puytayn, para visitar juntos los yerbales.

Doy mi brújula á D. Fructuoso Dutra, porque la suya está descompuesta. Lo que desearía tener es una escopeta Lafaucheux. No puedo cederle la mia, porque no he concluido mi esploracion. Traslado el deseo de Dutra á quien corresponda; bien merece esa gratificacion el esplorador de Misiones.

El Paraná ha bajado mucho desde que hemos llegado al Iroy-Guazú. Un banco de arena va descubriéndose en

la boca de ese riacho. Allí voy á sentarme para leer tranquilamente los pensamientos de Epitecto y el último libro de Herbet Spencer sobre la *Moral*.

Al amanecer y al caer el dia, voy engolfándome en la selva. Esta mañana el efecto del sol saliente era de los mas pintorescos. El sol alumbraba la parte superior de los árboles, mientras el fondo del valle del Iroy-Guazú estaba sumerjido en una oscuridad relativa; atras de la selva la luna llena mostraba todavia en el cielo su disco plateado. Bello cuadro para los pintores y los poetas.

Las piedras y las rocas van apareciendo en la ribera «Itaguaimi» que está parada en la costa argentina,—como una pieza de ajedrez, quiere decir «piedra de la vieja».

Los yerbateros me dicen que hace mucha falta un vapor en el alto Paraná, para el servicio público, pero no podria sostenerse sin una subvencion de doscientos pesos fuertes mensuales.

Termómetro á las 8 h. de la noche, 17° centigrades.

16 de Junio—Neblina por la mañana. Termómetro, 1o° centigrados. A las once, y en momentos de almorzar, aparece de repente el *Caremá*. Hay que aprontarse precipitadamente y embarcarse, sin haber podido ver á D. Juan Goicochea, quien no ha vuelto todavia de los yerbales. A las 5 y 10 minutos, llegamos á la altura de la isla Caraguatay; fondeames algo mas abajo. Frente á Piray Puytayn hemos hablado con Don Cárlos Bossetti.

17 de Junio—Salimos antes de las seis. Termómetro, 17° centigrados. La bajada es rapidísima. A las once y media estamos frente al establecimiento del Sr. Ortiz, y lo saludamos. A las dos de la tarde estamos frente al arroyo Yabebiry. El termómetro indica 24°. A las tres y cuarto llegamos á la corredera de Itacuá; á las tres y tres cuartos al puerto de Itapuá, y nos trasladamos en chalana á Trincheras. El *Caremá* habia salido de Tacurú-Pucú la víspera,

á las nueve de la mañana. Habia, por consiguiente, efectuado la bajada en menos de diez y ocho horas, recorriendo cerca de noventa leguas. Como vé, señor Director, la subida es mucho mas dificultosa que la bajada.

XXVIII

Despues de haber recorrido toda la costa del Paraná, faltábame cruzar el territorio de Misiones y pasar á la costa del Uruguay, para visitar los puntos importantes y los antiguos establecimientos de los jesuitas. Este era mi plan, pero no pude llevarlo á cabo, al menos por entonces. La estacion estaba muy adelantada: ya se sabe cuanto habia estado contrariado por las lluvias del otoño. Actualmente el frio empezaba á declararse; todos me decian que el momento mas agradable y mas oportuno para encontrar las Misiones en todo su esplendor, era la primavera. Por otra parte, pensaba volver mas tarde; resolví, pues, dirijirme á Santo Tomé para tomar el vapor del rio Uruguay, pero tampoco pude realizar ese pensamiento, y tuve que regresar á Corrientes por el mismo camino.

Pasé todavia una semana en la ciudad de Trincheras, haciendo escursiones á pié y á caballo, mientras viniese la diligencia de Colmeiro, á la cual estaba esperando con impaciencia (18-26 Junio).

No encuentro datos muy interesantes en mi cartara de viaje.

18 de Junio—Ha llovido durante la noche. El dia es de garúa.

A la una de la tarde el termómetro indica 15° centigrados, viento Sud, muy frio.

19 de Junio—No hay novedad; á las siete de la mañana 8° centigrados; á las dos de la tarde 14°; á las seis de la tarde 12°; á las ocho 10°; dia de sol, viento Sud Este.

20 de Junio—A las seis de la mañana 8°, viento Este, cielo nublado; á las cinco de la tarde 9°.

Excursion á caballo á las riberas del Guarupá con el receptor Guezalaga, el teniente del 3° de línea Morcillo, el proveedor Vernengo y mi hijo. Pasamos el arroyo Zaibó, cruzamos un territorio entreverado de campos y de bosquecillos, con muchas piedras, rocas, bañados. El Zaibó y el Guarupá corren en un cauce de piedras como el Itaembé, el Mártires y demás arroyos. El Guarupá ha estado crecidísimo, hasta el punto de imposibilitar las comunicaciones. Encontramos allí unas carretas brasileras que iban á Santa Ana, y que estában esperando, hacia cuatro dias, la bajaba del caudaloso arroyo. Los puentes son absolutamente indispensables.

El terreno comprendido entre Trincheras y el Guarupá conviene para la cria del ganado vacuno.

El municipio, cuyo plano he traido, levantado por los Ingenieros agrimensores Fitz-Morice y Perré, se estiende desde el arroyo Mártires, al Oeste, hasta el arroyo Zaibó, al Este.

Está dividido en chacras de 400 varas de frente por costado. Hay como doscientas chacras. La Municipalidad las vende por sesenta patacones, con la condicion de cercar y poblar á los seis meses.

Los sitios urbanos tienen cincuenta varas de frente en las calles, y veinticinco de frente sobre cincuenta de fondo

en las plazas. El sitio cuesta cincuenta patacones. Hay 177 manzanas.

Hoy ha sido un verdadero dia de invierno.

21 de Junio—A las siete de la mañana el termómetro indica 5° centigrados, á las cuatro de la tarde 13°, y á las nueve de la noche 6°. Dia de sol. Viento Sud y Sud Oeste.

Visito la barranca inmediata á una gran laguna que se estiende al Este de la ciudad. Esa laguna tiene una abertura bastante estrecha. Debe ser un foco de infeccion. Seria preciso ensanchar la entrada, hacer entrar las aguas del rio, y convertirla en puerto. El ingeniero Fitz-Morice me habló de ese proyecto, que mereceria estudiarse y llevarse á cabo, sí es practicable; seria hacer un doble servicio á los habitantes de Trincheras, cuya importancia aumentaria considerablemente.

22 de Junio—El Termómetro á las seis y media de la mañana indica 3° centigrados. Neblina y sol en seguida. Helada. Viento Este y N. E. Decididamente ha llegado el invierno. A las tres de la tarde 15°; á las seis 12°; á las diez de la noche 8°. El tiempo estuvo bueno. El cielo está estrellado.

23 de Junio—Termómetro á las seis, 5°. Helada. Dia de sol. A las dos de la tarde, 16°. El tiempo se nubla. A las seis de la tarde, 13°; á las diez de la noche 11°.

Grandes serenatas y fogatas en la víspera de San Juan.

24 de Junio—Termómetro: á las 7 de la mañana, 12°; á las dos de la tarde 19°; á las cinco, 17°; á la una de la mañana 15°.

Este dia fué de fiesta. Corrida de sortija en la plaza; baile de noche en casa de Goicochea.

25 de Junio—Termómetro: á las seis a. m., 15°; á las dos de la tarde, 22°; á las siete p. m., 19°. Viento Norte. Preparativos de marcha.

26 de Junio—Partida para Ituzaingó. Proseguir, seria incurrir en repeticiones. Volveré mas tarde sobre la temperatura y clima de Misiones.

Para completar lo que se refiere al departamento de Candelaria, debo mencionar una estadística que encuentro en la « Coleccion de datos y documentos referentes á Misiones, publicada por órden del Gobierno de Corrientes en 1877». Esa estadística, levantada por el juez de paz D. Ramon Lotero, enumera cincuenta (50) ingenios y molinos en la 5ª seccion del departamento de Candelaria, y siete (7) existentes en el pueblo y en sus éjidos.

Añade que á esa fecha (Junio) estaban en construccion en San Juan, una tahona para fariña, y un trapiche para miel; que en Trincheras existian tambien dos trapiches para caña y hacer miel, dos tornos de hacer tabaco negro, y un alambique para destilar aguardiente.

—

No habiendo podido ir á la costa del Uruguay, voy á valerme de los datos de Martin de Moussy y del padre Gay, para decir lo que se refiere á aquella parte de Misiones, es decir la parte argentina.

El territorio de las Misioues occidentales forma un triángulo comprendido entre el rio Uruguay al Este, el Miriñay y la laguna Iberá, al Oeste; el Paraná, al Norte; las selvas vírgenes de la sierra de Misiones, al Nor-Este.

Hasta el punto en que los dos grandes rios se acercan para no dejar entre sí mas que un espacio de veinte leguas, es esa region una vasta planicie ondulada, salpicada de bosquecillos, de lagunitas y de arroyos, que desaguan todos en el Uruguay.

La montaña arranca desde San Cárlos y San José, es decir una cordillera de colinas cubiertas de árboles, que van á juntarse con la gran sierra, la cual, corriendo del Oeste al Este, separa las cuencas del Uruguay y del I-guazú.

Ese terreno está cruzado enteramente por el Aguapey, rio que nace cerca de San Cárlos, en la pequeña sierra del Iman, y, describiendo un gran arco de círculo cuya concavidad mira al Oeste, viene despues de un curso de sesenta leguas á desaguar en el Uruguay, arriba de la Cruz.

Era en otro tiempo, casi esclusivamente, consagrado á la cria del ganado, habiéndose establecido estancias numerosas. Cada estancia solia tener una capillita y algunos edificios de servicio, por eso muchos mapas antiguos y aun modernos, las indican como aldeas, cuya designacion es inexacta, pues no habia en esa parte de las Misiones sino los quince pueblos que ya hemos nombrado.

Desde la boca del Aguapey, el país está hoy dia completamente despoblado, (Escrito en 1856—desde entonces el país volvió á poblarse. El señor gobernador Gallino me aseguraba que habia en esa rejion mas de 400 animales vacunos.)

Antes de 1849, un cierto número de correntinos y de brasileros habian empezado á formar algunas estancias, pero en esa época, los paraguayos alegaron derechos sobre ese territorio; las fuerzas de Itapua y de Trincheras, mandadas por el hijo del Presideute Lopez, vinieron de repente á hacer una *razzia* general, sin dejar una sola cabeza de ganado. Llevóse á cabo la operacion sin la menor dificultad, pues no habia un solo soldado en la comarca, y los habitantes se reducian á algunos centenares.

Desde esa época, el pais ha vuelto á quedar desierto. Solo en la costa del Uruguay, algunos correntinos y estrangeros se pusieron á esplotar maderas y á preparar alguna yerba-mate, pues el árbol que la produce forma selvas enteras, arriba de San Javier. (He dicho en otra parte, que esos yerbales están muy destruidos actualmente).

La punta Sud del territorio de las Misiones occidentales, entre el Miriñay y el Guabirabí, forma el departamento

correntino de la Restauracion. Es una poblacion muy mercantil cuya fundacion data solo de 1843, así como la de la ciudad brasilera de la Uruguáyana, que está situada en frente, al otro lado del Uruguay. El rio tiene allí tres mil metros de ancho por lo menos. Restauracion puede tener un millar de habitantes, entre los cuales hay muchos estrangeros. Es uno de los emporios del comercio de la yerba-mate. Sin embargo la industria principal del departamento consiste en la cria de ganado y su exportacion al Brasil.

(Hoy Restauracion se llama Paso de los Libres).

A ocho leguas arriba de la Restauracion, en la misma ribera del Uruguay, están las ruinas de YAPEYU, capítal de todas las Misiones en tiempo de los Padres de la Compañia de Jesús.

Era Yapeyú una ciudad verdadera, siendo fácil reconocerlo por el espacio que cubren sus ruinas; hace sesenta años, tenia todavia, segun Azara, 5,900 habitantes. Un bosque impenetrable cubre aquel sitio; para examinar los restos que aun subsisten, es preciso abrirse un camino con el machete al través del bosque cerrado que lo envuelven; reconócense las paredes de la iglesia, las del colegio, habitacion de los PP. y almacenes. Unas piedras de asperon colorado muy bien labradas soportaban esos pilares, de los cuales algunos quedan aun en pié, mientras que otros están medio quemados, desparramados en el suelo.

Vive alrededor de esas ruinas una docena de familias, desmontando de vez en cuando un pedazo de bosque para sembrar maiz; y muy á menudo su hacha ignorante y brutal ataca las magnificas palmeras que hemos visto en esas riberas, las soberbias especies arborescentes plantadas por los jesuitas y que daban sombra á la plaza de las carreras, donde figuraban los indios en sus ejercicios y en sus juegos. Hemos tenido la suerte de salvar el resto de esos hermosisimos árboles, consiguiendo del Gobierno de

Corrientes una órden dada inmediatamente al juez de paz del distrito para hacerlos respetar.

Despues de nuestra visita, algunos colonos franceses han ido á instalarse en esa antigua Mision y limpian las ruinas para instalarse. No puede ser mejor escogida la localidad para un establecimiento de esa clase.

(Son los restos de la colonia de San Juan, establecida á inmediaciones de Corrientes por el Sr. Brougnes.—Yapeyú se llama ahora *San Martin*, siendo el lugar del nacimiento del héroe argentino.)

Efectivamente, Yapeyú esta situado en la misma costa del Uruguay, en un terreno ondulado, perfectamente resguardado contra las crecientes del rio, y á una legua de la boca del Ibicuy, rio considerable que riega una gran parte de la provincia brasilera de Rio Grande del Sud. Está á inmediaciones de los dos puertos tan importantes de Uruguayana y de Restauracion, el centro de todo el comercio de las misiones y que comunican fácilmente con los demás puertos del rio. El rincon formado por el rio Guabiabí, es eminentemente fértil, tan adecuado á la agricultura como á la cria del ganado, y todo ha de facilitar el desarrollo de una poblacion algo laboriosa.

La Cruz, á siete leguas arriba de Yapeyú, está edificada en una colina que indica á la distancia sus altas palmeras. La posicion es de las mas pintorescas; el Uruguay riega sus piés, y desde la meceta que cubre la antigua Mision, estiéndese la vista hasta los tres cerros, tres peñones que se levantan como *tumulus* enormes en la llanura, dejando ver desde su cumbre desnuda los vastos pantanos de la laguna Iberá, que comienza á diez leguas Oeste de La Cruz.

La mayor parte de las casas que orillaban la plaza existen, pero muchas han quedado sin techo. El colegio está arruinado y el arco de la puerta mayor, que es de asperon

groseramente labrado, yace en el suelo. Sin embargo, queda todavia una parte de los edificios en bastante buen estado para poder alojar al comandante militar del departamento y su familia. Las paredes del antiguo jardin de los Padres están igualmente en pié; pero el jardin está invadido por malezas que ahogan los naranjos, las higueras y los granados que lo llenan. En el patio, hállase, en la cúspide de una elegante columna de asperon colorado, un cuadrante solar que lleva el milésimo de 1730; su estilo sigue indicando las horas, habiendo contado los momentos de felicidad y de miseria por que pasó sucesivamente esa infeliz poblacion.

A la magnífica iglesia incendiada por Chagas, sucedió una choza miserable, cuyas paredes son de tierra pisada, y cuya pobreza interior queda abajo de todo cuanto puede imaginarse.

Visitamos La Cruz un dia domingo: el cura habia muerto un año hacia, no habiendo podido reemplazarse. Un jóven sacristan guaraní celebraba el oficio vespertino; una anciana india conducia el canto siendo acompañada con dos guitarras, una flauta y dos violines. La actitud de los pocos indios y mestizos que llenaban la desolada iglesia, indicaba la devocion y el recogimiento. Al pensar en la prosperidad pasada de La Cruz y en su actual miseria, en la fé y en la resignacion de esas pobres gentes, las lágrimas se nos asomaron á los ojos.

El cementerio inmediato á la iglesia, se mantiene muy aseado, y muchas tumbas antiguas tienen todavia la lápida con su epitafio en guaraní. Una palmera alta y magnífica adorna cada uno de los cuatro ángulos de ese cementerio, cuyas paredes y piedras derrumbadas desaparecen bajo un cerco de naranjos.

Rodea todavia el pueblo de La Cruz un cerco alto y espeso de piedras, construido en otro tiempo para defender-

la contra los ataques de los indios salvajes, formando un paralelógramo de 400 metros de frente; ya no existen las antiguas puertas, y numerosos cactus parásitos desagregan con el tiempo los pedazos que lo componen; en muchos puntos corónanlo esas *bromelias* elegantes cuyas flores adquieren un colorado subido en momentos de florecer (*caraguatá guyanensis*).

Parece que en otro tiempo los jesuitas hacian cultivar la viña en esa Mision, cosechando un vino apreciado. De esas parras antiguas solo quedan algunas plantas mal cuidadas y que apenas dan fruto.

La poblacion del Departamento de la Cruz, que alcanza á 2000 almas mas ó menos, no se dedica actualmente sinó á la cria del ganado.

La colina de asperon colorado en que está edificada La Cruz contiene cinabrio. Háse recogido varias veces mercurio liquido, en la llanura que está á sus piés y en las riberas del Isoquy, arroyuelos de las inmediaciones, advirtiendo que minerales de esa clase se hallan en todo el territorio de Misiones en Santo Tomé, en Santiago, en la Capilla de Mercedes, entre el Tebicuary y Santa Maria de Fé; no se esplotan por falta de dinero, de brazos y sobre todo de empeño.

(Mereceria que se averiguase la afirmacion de Martin de Moussy. Cónstame que Bonpland habia hecho estudios á ese respecto, pero no se sabe qué resultados le dieron).

La villa de Itaquy, á dos leguas arriba de La Cruz, y centro actualmente de un estenso comercio de yerba-mate, cuyo valor alcanza á 600,000 pesos, era en otro tiempo una estancia que dependia de esta Mision, cuyos establecimientos ganaderos estaban situados sobre el Ibícuy y el Butuhy. Llamábase ese territorio Rincon de la Cruz.

Quitóle esos bienes la conquista portuguesa en 1801.

Santo Tomé esta á veinte leguas de La Cruz para arriba, y á una legua y media arriba del puerto de San Borja. Era una mision de las mas antiguas, y el aspecto de sus ruinas manifiesta su importancia. Queda hasta la fecha toda la pared del coro de la iglesia, formada con una roca alterada y algo porosa, mezclada con otros pedazos de asperon compacto. Existe tambien una parte de las paredes laterales. Un sin número de cactus y de enredaderas se arraigaron en aquellas. Sus formas estrañas y tan distintas de las plantas europeas dán á esas ruinas un aspecto del todo estraordinario. Existen igualmente las paredes del colejio, así como una parte de los pilares que soportaban la galeria interna, siendo de asperon colorado perfectamente esculpido. Echase de ver que ese edificio estaba construido con mas lujo que los demás. Algunos restos de escultura que yacen en el suelo manifiestan un arte bastante adelantado. Notamos especialmente una cabeza de ángel esculpida en un asperon finísimo, y que es realmente un buen trabajo. El interior de esas ruinas sirve de cementerio á los vecinos del pueblo del Hormiguero y de los alrededores.

Muchas escavaciones se hicieron en esa iglesia, como en la de la Cruz y en la de Yapeyú, para buscar tesoros, pero todas fueron inútiles. (Ya hablé de esas pesquizas misteriosas en otra circunstancia). Con todo, tuvieron una ventaja en Santo Tomé, permitiendo hacer constar la presencia del mercurio, habiéndose recogido algunas cantidades que filtraban al través de las tierras removidas.

Compónese la osatura del suelo de Santo Tomé, como el de la Cruz, de asperon colorado, pero va mezclado con *grauwackes* muy porosos é hinchados en ciertos puntos, como si hubiesen sufrido la accion del fuego.

Un bosque espeso encubre todas esas ruinas. Solo la antigua plaza queda libre; pero un cerco de malezas impenetrable tapa la fachada de las casas. Una docena de fami-

lias se han acantonado en esas ruinas, estableciendo algunos cultivos. Abrieron un camino al través del bosque para llegar al Uruguay, que corre á trescientos metros, cuando mas, de la plaza.

Están los alrededores de Santo Tomé salpicados de bosquecillos que cortan agradablemente el campo. Son las tierras de una estrema feracidad.

Al Norte de Santo Tomé, encuéntranse las antiguas estancias de San Estanislao, Casa Pava, Santa Maria y San Alonso. Unas quintas de naranjos y cruces indican el sitio de las capillas destruidas; pero no hay un habitante.

A diez y ocho leguas mas lejos preséntase el bosque que cubre el pueblo de SAN CARLOS. Es tan tupida la selva y tiene tan mala reputacion por causa de los tigres que allí viven, que nuestros peones se negaron á abrir una picada para penetrar en ella. Desde hace treinta años nadie pisó esas ruinas, ni siquiera para ir á buscar la fruta de los naranjos.

No pasó lo mismo en SAN JOSÉ, APÓSTOLES Y MARTIRES, donde se vá de vez en cuando, en momentos de estar madura la fruta.

Hánse abierto en el bosque senditas que permiten llegar al antiguo jardin del colegio, advirtiendo que son ruinas informes que poco pueden aprovecharse.

Están esos cuatro pueblos situados en una llanura muy accidentada, muy arbolada, y cortada con numerosos arroyos. Llegando á inmediaciones de San Cárlos, se tiene desde la cumbre de una colina, una vista magnífica sobre la sierra chica del Iman, que comienza al Nor-Este, y vá á juntarse con la sierra grande de Misiones.

El pais es realmente magnífico: son unas pequeñas montañas arboladas, con valles muy verdes colinas despojadas de árboles; pequeñas corrientes de aguas que van á desa-

guar en el Aguapey, el cual nace en aquellas inmediaciones. Desgraciadamente la presencia del hombre no viene á animar ese paisaje delicioso; solo se ven venados, ciervos y avestruces; los bosques están llenos de cerdos silvestres (pecaris); bandadas de patos y otros palmipedos cubren las lagunas.

Acercándose al Uruguay, se encuentra el grupo formado por las antiguas reducciones de *Concepcion*, *Santa Maria la Mayor y San Javier*.

Están las dos primeras poblaciones á una legua del rio y en colinas cubiertas con una selva casi impenetrable.

San Javier está situado en la misma barranca, y se encuentran algunos habitantes en aquellas ruinas. Esos pueblos contienen todavia algunos plantios de yerba-mate, que se explotan en pequeña cantidad, pero sobre todo, un sin número de naranjos que dan frutas excelentes. Esos árboles forman verdaderas selvas al rededor de San Javier.

Echase de ver que el pais estuvo en otro tiempo pobladísimo, pues en todas partes se tropieza con ruinas. En el Uruguay, unos pilares construidos sólidamente indican el sitio de un molino de agua; los vados de algunos arroyos están empedrados; descúbrense los rastros del camino antiguo que conducia á Santa Ana y á los demás pueblos del Paraná.

San Javier era el emporio de los yerbales, cuando un francés dió últimamente con el *Ñu-guazú* ó Campo Grande, fábrica antigua donde se tostaba y se molia la mejor yerba de Misiones. Las ruinas de ese edificio quedan á inmediaciones del Salto Grande del Uruguay, allí donde ese rio deja de ser navegable para las grandes embarcaciones, á 25 leguas arriba de San Javier. Unas selvas difícilmente accesibles cubren en esa region ambas orillas, conteniendo

maderas magníficas de construccion. Efectivamente allí solo comienzan los árboles á adquirir las formas colosales que caracterizan la vegetacion de los trópicos. Es toda la sierra de Misiones una selva contínua, sin la menor abra.

Algunos indios tupis salvajes viven allí cazando, perdidos en la espesura de los bosques. Hay tambien algunos guaranís civilizados en otro tiempo, que se refugiaron allí, volviendo á llevar la vida de sus antepasados.

Hánse encontrado á inmediaciones de San Javier, indicios de carbon de piedra.

Esta mision no se ocupaba sino de agricultura, y sobre todo de la cosecha de la yerba.

La Concepcion tenia sus estancias entre la laguna Iberá y el rio Aguapey.

Santa Maria poseia las suyas á lo largo de la costa del Paraná hasta la Tranquera de San Miguel que separaba las Misiones del resto del territorio español al Oeste, entre la laguna Iberá y el Paraná; las demás estancias estaban desparramadas entre el Aguapey y el Uruguay.

Por lo general, limitábase el cultivo á los alrededores de cada aldea, y bastaba y sobraba para las necesidades de la poblacion.

Tal es la descripcion que hace Martin de Moussy. Adviértase que aquella data de 1856. Desde entonces esos desiertos han vuelto á poblarse aunque indudablemente el progreso no ha seguido la marcha que debiera haber llevado en épocas normales y con autoridades mas progresistas.

XXIX

Hemos visto lo que era el territorio de Misiones, hace 25 años, segun el explorador Martin de Moussy. Sabemos los consejos que daba para repoblar aquel territorio, que era para él, el que mas se prestaba para la colonizacion. Falta ver ahora lo que se hizo en un cuarto de siglo, y bajo un gobierno cuya constitucion, promulgada en 1853, tiene por principio fundamental la frase tan conocida: «En América gobernar es poblar».

Parece estraño; pero la Provincia de Corrientes, que es la mas atrazada en cuanto á colonizacion, fué la primera que inició esa clase de operaciones despues de la batalla de Caseros.

El primer contrato de colonizacion que se celebró en la República Argentina, fué celebrado por el gobernador don Juan Pujol con el doctor don Augusto Brougnes, de Caixon, departamento de los altos Pirineos, en Francia, el veintinueve de Enero (29) de *mil ochocientos cincuenta y tres* (1853).

En virtud de ese contrato, que tenia por objeto promover y desarrollar la industria de todo génaro, y especialmente la agricultura, se *permitia* al señor Brougnes traer al territorio de la Provincia MIL familias aparentes para el

efecto indicado, compuesta cada una de cinco personas, y formando cinco grupos de doscientas familias cada uno. El local cedido por el gobierno para el establecimiento de las colonias debia ser en las costas del Paraná y del Uruguay, en la *parte llamada de Misiones*, debiendo los parajes ser escojidos por el señor Brougnes de los terrenos que fueren de propiedad pública.

Ese contrato dio por resultado el establecimiento de la colonia «San Juan», á inmediaciones de Corrientes, en terrenos que no eran del Estado. Por consiguiente, despues de haberlos trabajado durante algunos años, los colonos se vieron obligados á abandonarlos á su propietario lejítimo. Propuso entonces el gobierno correntino á las familias, llevarlas á la costa del Uruguay; algunas aceptaron y se encuentran desde entonces en el Paso de los Libres y en San Martin, donde han prosperado.

No se portó muy bien el doctor Pujol con el empresario de la colonizacion, quien vino á pedir una indemnizacion por daños y perjuicíos, y el Gobierno Nacional se la concedió de 70,000 ó 75,000 pesos fuertes. El fracaso de ese primer ensayo perjudicó mucho al pais, cortando desde luego la corriente de inmigracion que se hubiese establecido desde entoñces.

El doctor Brougnes ha escrito la lamentable historia de la colonia San Juan, de la cual resulta que el mayor enemigo que tuvo fué el mismo gobierno, quien, segun parece, se habia propuesto disolverla por medios indirectos, para salir de sus compromisos. Esa historia es muy antigua ya, pero si alguien necesita que se le refresque la memoria, allí están los últimos colonos en el Paso de los Libres y San Martin; aquí mismo está el Dr. Brougnes, anciano de 70 años, para dar recuerdos y esplicaciones.

Aquel gobierno se lanzó lijeramente en una clase de empresas, de cuya importancia no se daba cuenta. Lo que hizo

con el doctor Brougnes, lo hizo tambien con el doctor don John Lelong. Este tambien envió colonos para Corrientes en virtud de un contrato celebrado con el mismo gobernador, y, cuando se presentaron en 1857, se les dijo que el contrato habia caducado, que podian ir á otra parte fué entonces cuando el general Urquiza, obrando como simple particular, los recibió y los instaló por su cuenta propia en las costas del Uruguay, siendo el núcleo de lo que es hoy «Villa Colon».

Pero John Lelong presentóse á pedir daños y perjuicios, y, si mal no recuerdo, consiguió treinta y dos mil pesos (32,000) del Congreso Nacional. Los contratos de colonizacion del gobierno de Corrientes venian á costar caro á la Nacion.

Pero ¿quién sabe si no era prematura la idea de colonizar entonces en Corrientes? Para llevarla á cabo habia que tropezar con las preocupaciones populares, allí como en otras partes, y mas aun que en otras partes. Recuerdo haber oido decir al Dr. D. Luis José de la Peña, que los correntinos espresaban abiertamente su descontento relativamente á los contratos que el Gobierno celebraba para conceder tierras á los extranjeros. El Gobierno retrocedió, probablemente ante esa disposicion moral; el momento *psicológico* no habia llegado todavia. Hoy mismo esas preocupaciones desfavorables no han desaparecido del todo, y este es un motivo mas que hace necesaria la intervencion de la fuerza colectiva. Para llevar á cabo la colonizacion de las Misiones, necesitase la accion del Gobierno General.

Pruébalo el fracaso de los contratos celebrados con los señores Brougnes y Lelong en 1853; pruébalo el fracaso de los contratos celebrados con el señor D. César Augusto del Vasco en 1876, para colonizar «Córpus», y con los señores D. Ignacio Firmat, D. Ricardo Napp y D. Guillermo Wil-

cken, para colonizar las costas del alto Paraná hasta el I-guazú en 1877.

La primera de estas últimas empresas se malogró inmediatamente, la segunda hasta ahora no ha intentado nada. No he visto ni un árbol volteado, en el rincon del I-guazú, por la mano del colonizador.

Es fácil estender escrituras, es fácil firmar contratos con ó sin garantías, pero fundar colonias, y sobre todo fundarlas en las selvas de Misiones, no es lo mismo como «soplar botellas», perdóneseme la vulgaridad de la espresion.

Hemos visto lo que habia sido de los contratos de colonizacion celebrados por el Gobierno de Corrientes; falta ver actualmente la realidad de las cosas.

Tomo los siguientes datos de un informe presentado por el señor don Samuel Navarro, secretario entonces del Departamento de Inmigracion y Colonizacion (1878).

«En el Alto Uruguay todo está preparado para el objeto (la colonizacion): tierra utilísima, bosques inmensos, abras preciosas, maderas variadas é inagotables, arroyos y vertientes numerosos, pastos abundantes en toda estacion, yerbales vírgenes y sin fin, clíma inmejorable, ausencia de plagas y de epidemias—todo esto sobre las márjenes del Uruguay ó cortado por rios como el Miriñay, el Aguapey, el Pinday, el Tajo, el Aconcagua, el Pepiri y Pepiri-Mini.

Agregándose las circunstancias inapreciables de que los núcleos de poblacion son compuestos en su mayoria de extranjeros y de argentinos de otras provincias, con ausencia total de indios; que los colonos pueden establecerse en torno de esas poblaciones, bajo su proteccion inmediata; que tienen la conveniencia vecinal de las poblaciones fronterizas del Brasil, las cuales consumirian sus productos,—

puede decirse que nada comparable posee el pais para realizar con menos costo la mas grande y poderosa colonizacion que pudiera emprender el Gobierno Nacional.

«Australia y California no han tenido una base con elementos mas bien combinados y en mayor abundancia acumulados sobre un punto dado, como el del alto Uruguay, en donde los antecedentes que han dejado los jesuitas, ha mas de un siglo, y la proporcion que ofrecen los núcleos de poblacion actual, garantizan resultados que en cualquiera otra parte son problemáticos y espuestos á las contingencias de que ya tenemos tantas y tan desgraciadas esperiencias. ¿Qué mucho, pues, que los padres jesuitas hubiesen realizado en el corto tiempo de su dominacion las maravillas que escitaron la envidia, hiriendo la desmedida ambicion del gobierno portugués?

«Apenas se pone el pié al otro lado del Miriñay, se ofrece á la vista la riqueza y la belleza del espléndido territorio de Misiones»:....

Segun el señor D. Samuel Navarro, las autoridades correntinas no se habian dedicado hasta entonces (1877) á fomentar la inmigracion y la colonizacion.

—«Sabe vd., señor Comisario, qué colonos, qué inmigrantes han llegado á Misiones?—los restos de la colonia San Juan de la empresa Brougnes,—los dispersos de la colonia «Márcos Avellaneda» y los estraviados de aquélla célebre heteorogénea inmigracion, que costeada desde Inglaterra para el Paraguay, fué salvada de la miseria y de la ruina por nuestra misma reparticion; pues todos ellos han encontrado allí lo que buscaban:—tierra que cultivar y vasto campo para el ejercicio de sus respectivas industrias profesionales.

«Por lo demás, y es cosa que llama la atencion, señor Comisario, Misiones no ha recogido hasta el presente una miga de las conveniencias que el Gobierno General ha der-

ramado en el pais, por medio de la Reparticion de inmigracion».....

«La accion de la Comision de Inmigracion de Corrientes no parece haber pasado á la márgen izquierda del Miriñay ..... Es esto lo que he palpado al ponerme en contacto con las comiciones municipales.

«Verá vd. por los informes de aquellas, que Monte Caseros, Paso de los Libres, San Martin, La Cruz, Alvear y Santo Tomé, villas todas delineadas por el sistema de una ley de la Provincia de Corrientes, tienen éjidos que poblar en una área mas ó menos considerable.

«Practicadas las delineaciones bajo el sistema antiguo español, con calles angostas y manzanas cuadradas, introduciendo ligeras modificaciones sobre el ensanche de las primeras y disminucion de las segundas, no lo han sido con concepto á poblarlas rápidamente por medio de la colonizacion, sinó por el lento desarrollo de los núcleos primitivos... ... Se vé por las proporciones que se les ha dado (400 ó 450 varas por costado para las chacras) que en nada menos se pensó al practicarlas, que en la colonizacion, segun la acepcion pue damos hoy á esta palabra.

«Los municipios establecidos bajo el réjimen de la ley mencionada. venden en propiedad ó en enfitéusis, solares y chacras, pero con tan onerosas condiciones y plazos tan estrechos, que las chacras, principalmente, mantienénse despobladas en su inmensa mayoria.

«Asi el desierto circunvala todas aquellas poblaciones, á cortísimas distancias de su plaza y de su pequeño centro habitado.

«Las municipalidades, penetradas del error que ha presidido á estas delineaciones y tratando de impulsar la respectiva poblacion, aplicando los medios actualmente en práctica de la concésion de la tierra al inmigrante, elevaron una tras otra sus representaciones á los varios gobier-

nos que se han sucedido de algunos años á esta parte, pero siempre é irremisiblemente para obtener resultados negativos».....

«La Municipalidad del Paso de los Libres deseaba destinar á la colonizacion una buena parte de los terrenos de su área municipal, que se compone de dos y cuarto leguas cuadradas. Aquella localidad, la mas ventajosamente situada en frente de la Uruguayana, la mas bella y próspera ciudad del litoral brasilero, ofrece conveniencias para la colonizacion y aun para inmigracion suelta de *arte y oficio*, que es doloroso no poder aprovechar, por los obstáculos de todo órden, que opone el gobierno correntino.

«Aquel valioso terreno tiene un vasto campo cultivable, tan fértil como felizmente dispuesto, por hallarse surcado por arroyos, regado por arroyos y por arroyos deslindado. Asi es que este valioso terreno queda encerrado por los arroyos Capequisé y Despedida y por el Uruguay. Vénse de distancia en distancia, uno que otro rancho de gente del pais, de tristísimo aspecto, así por lo indígena y primitivo de su construccion, como por la aridéz que lo circunda. No se vé allí un árbol, ni plantacion alguna que revéle vida. Diríase que, enemigos del trabajo y de la agricultura, sus moradores secan y es esterilizan en torno suyo esa misma tierra que, á pocos pasos fuera de su influencia, ostenta una vegetacion lozana y espléndida.

«En la actualidad, el éjido de Libres puede admitir cien familias de colonos con toda comodidad, delineando las concesiones, de manera que por el frente ó por el fondo dén sobre los arroyos «Despedida» ó «Capequisé».....

«Todo se produce en Libres, pero puede decirse que en materia de frutas, lo único que abunda es la naranja, y en materia de cereales algun maiz y tambien el tubérculo la mandioca, que sustituye á la papa. Esta se importa de las

islas en la confluencia del Paraná y el Uruguay, la harina es importacion del Estado Oriental.

«A escepcion de la carne y la mandioca, toda otra materia alimenticia es tan rara y cara que fácilmente podria especular sobre ellas un industrial experto.....

«La leche es mas cara que en Buenos Aires. Todo alimento de chancho vale el doble mas que en este mercado.

«En aquella villa residen los dos hermanos Verdier, gerentes de la empresa de colonizacion del señor Brougnes. Uno de ellos, que es agrónomo, ha formado una magnífica quinta de poblacion y aclimatacion, que es el modelo y núcleo de donde salen todas las plantas, con el sistema práctico correspondiente, para las plantaciones, no solo de la localidad, sino de todo el alto Uruguay. Entre otras clases, el señor Verdier posee estensos almácigos de naranjos, de límon, dátil, cidra y toda clase de árboles frutales importados de Europa».

Pasemos á la colonia San Martin.

«Unas trece familias procedentes de la colonia Brougnes en San Juan, bajo la direccion de D. Pedro Dejean, vinieron á establecerse en la parte Sur de Yapeyú, á la cual se dió el nombre de «San Martin».

«La colonia, fundada sobre la márjen del Uruguuy tiene una área de 121.250,000 varas cuadradas. Las manzanas del pueblo son de 160 varas. Las calles del pueblo y égidos, de 15 varas de ancho. Las chacras de 500 varas de costado. Los solares, seis por manzana.

«Tiene el pueblito 45 familias, que son las que viven en las chacras, formando un total de 250 habitantes. De estas familias, 38 son francesas de nacionalidad.

«A la llegada de las 13 familias fundadoras, asignóseles en el pueblo un solar y en el éjido una chacra para cada familia.

«Es, pues, la tierra, lo único que se les dió. No se ha vendido hasta ahora ninguna chacra, ignorándose el precio. Los vecinos han comprado algunos solares á razon de un peso fuerte por vara de frente, pagándose el mismo precio por cada vara de fondo, cuando el solar es esquina.

«Cultívase todo en la colonia, pero con especialidad el maiz, la mandioca, el tabaco y los zapallos.

«Pasa de cien el número de chacras delineadas, en los mejores terrenos, que aun quedan sin enajenarse y podrian ser destinadas á la colonizacion; pero son de muy pequeña estension...... A este inconveniente hay que agregar el mal de la inseguridad, de que allí se sufre mucho: la cuatrería á que se entregan los naturales, es una verdadera plaga......

«Un solo colono de nacionalidad portuguesa se ha dedicado al cultivo de la caña de azúcar esclusivamente. Su cañaveral es magnífico, pues á pesar de la seca subia de 10 cuartas en aquel momento.

«Es allí donde he encontrado con mayor abundancia el café indígena. Los colonos todos, mas ó menos, se encuentran en gran prosperidad, y en tal condicion, que el que menos tiene, si quisiera regresar á Francia, podria realizarlo en el acto llevando 25,000 francos. Todos ellos se han dedicado mas al pastoreo que á la agricultura.

«La pequeña colonia San Mártin es una prueba de lo que hubiera podido ser la colonizacion del señor Brougnes, si se hubiese llevado á cabo, y del bien que hubiese hecho á aquel territorio, es decir, si se hubiese observado el artículo 6 ° de aquel contrato.

Pasemos á la Cruz.

«La delineacion de esta localidad practicada igualmente sobre el mismo sitio de la ciudad arruinada del mismo nom

33

bre, en nada difiere en su sistema de subdivision, de la colonia «San Martin». Pero esta ofrece la ventaja de ser establecida por un núcleo de verdaderos colonos, mientras que la poblacion de «La Cruz», compuesta de algunos hijos del pais, y uno que otro extranjero dedicado al comercio, carece totalmente de antecedentes coloniales. La pedania de la Cruz tiene entre el pueblito y sus éjidos unos 500 á 550 habitantes, segun los datos del Consejo Municipal.

Llegamos á Santo Tomé.

——

«Como las localidades de «San Martin» y «La Cruz», ha sido felizmente delineado para su repoblacion, en el mismo sitio de la ciudad arruinada por los portugueses— es decir, muy cercano á la ribera del Uruguay, estendiéndose su éjido hácia al Sud-Oeste y Oeste en una área de 23 1/4 leguas.

«Hállase subdividido en 396 chacras de 500 varas, que se encuentran hasta el presente (1878) baldias casi en su totalidad.

«El pueblo situado en el estremo Norte sobre la ribera izquierda del Uruguay, se compone de 50 manzanas, habiéndose dejado entre la línea estrema del pueble y la de las chacras un espacio de 1300 varas lineales al Sur y 700 al Oeste, para mayor desahogo de la poblacion, que en la actualidad alcanza á 1200 habitantes.

«Existen en las cercanias de Santo Tomé tres grandes lotes de terrenos del Estado, cuyas condiciones para la agricultura son inmejorables. El primero es el campo de San Isidro, situado al Oeste del éjido del pueblo, compuesto de 53,297,000 varas cuadradas. Se encuentra desocupado é improductivo.

«El segundo es el terreno conocido por el nombre de Caá-carapacá, dado en enfitéusis, ubicado al N. O.

«El tercero es un terreno que se estiende N. N. O. con una área como de dos leguas cuadradas».

El arriendo enfitéutico ha debido terminar en 1880.

El señor Navarro opina, como Martin de Moussy, que lo mejor que puede hacerse es fundar las colonias en torno de los pueblos arruinados, restableciendo su antigua planta, con pocas modificaciones.

Están bien ubicados, y podrian aprovecharse las plantaciones y los escombros, en Apóstoles, Mártires, Concepcion, Santa Maria y San Javier, como se hizo en San Martin, en La Cruz, y en Santo Tomé.

Uno de los puntos mejor dispuestos para la colonizacion es el rincon de Mercedes, el cual es formado por una gran vuelta del Uruguay, que abraza casi siete leguas—Es una península, tan estrecha es la garganta de tierra entre los estremos de dicha vuelta.

Con este motivo el señor Navarro afirma que el gobierno de Corrientes ha desalojado de sus poblaciones un gran número de familias agricultoras (70 en un paraje y 160 personas en otro) para cederlas en enfitéusis, despoblando un terreno para entregarlo á la industria pastoril de dos ó cuatro propietarios,—y lo critica severamente á este respecto.

Cita en seguida, como prueba de las ventajas de este suelo, el ejemplo del colono brasilero Hipólito Lorenzo, que se estableció en Santa Maria en 1874, con un capital de 300 pesos fuertes, para dedicarse sobretodo al cultivo de la caña de azúcar, y que en tres años dobló seis veces su capital.

Este colono no habia tenido proteccion alguna oficial; lejos de eso se le habia impuesto ya una patente y obligado á pagar otros impuestos.

A la par de este hay otros muchos con mas ó menos considerables resultados, especialmente en Concepcion, pues ninguno ha dejado de prosperar ni caido mucho menos en

an triste situacion como los colonos de «San Juan» y de «Márcos Avellaneda».

«Treinta y dos á treinta y cinco leguas mas arriba de San Javier se ha formado una poblacion, bajo la direccion del señor don Pedro Paggi, italiano, que ha mas de treinta y cuatro años reside en aquellas alturas, trabajando en la explotacion de la yerba. Atrayendo brasileros para este objeto, acabó por indicar á algunos que se estableciesen en el punto de los Siete Cerros.

«Al pié de la línea que forman aquellos ha sido ubicada la colonia, cuya poblacion, compuesta de brasileros en su mayoria, asciende actualmente (1877) como á 400 personas, ocupadas de la agricultura, y en la estacion propia, de la cosecha y elaboracion de la yerba».

El señor Navarro habla de los medios de trasporte. Dice que no deba pensarse de ninguna manera en el trasporte entre Libres y Santo Tomé por la via terrestre, por las dificultades que ofrece el camino.

Desde Santo Tomé adelante la cosa es muy diferente, la viabilidad es buena, siendo la misma que dejaron establecida los jesuitas.

Desde San Javier para arriba hasta los yerbales, el tráfico solo es posible á lomo de mula. No hay camino y las picadas sumamente estrechas solo dan paso á una mula cargada. Los fletes son carísimos, *californianos*. Durante la estacion de verano el tráfico es constante, fácil, cómodo; pero en el invierno la falta de puentes en los arroyos, causa crecientes que duran muchas veces 12 ó 15 dias; la comunicacion es muy difícil, encareciendo en razon de ello los fletes.

El señor Navarro pondera mucho la salubridad del clima, que le ha parecido superior á la de cualquier otra parte del pais. A escepcion de la viruela, que se pronuncia de tiempo en tiempo, no se conocen enfermedades endémicas. Nada en efecto tan sano como el temperamento de aquellas regiones.

Los habitantes hacen uso para curar sus enfermedades de una infinidad de plantas medicinales cuyas virtudes conocen tradicionalmente, unas desde el tiempo de los indios, antes de la conquista, otras desde la época de los jesuitas, y las mas desde la llegada de Mr. Bonpland, quien vulgarizó el conocimiento científico de muchas plantas que estudió durante su larga permanencia en aquellas regiones.

Concluye diciendo: «Ante todo será preciso no olvidar, que en la colonizacion del Alto Uruguay hay la especial ventaja de que los colonos, desde el dia de su llegada, alternando sus trabajos de construccion de casas y sementeras, pueden ejercer la industria, explotando las riquezas indígenas de la madera, de la yerba-mate, de las plantas medicinales, construyendo barcos y embarcaciones, cortando leña y haciendo carbon vegetal, todo lo que se vende al contado y se entrega sin costo de transporte á la orilla del mismo rio.»

Tal es el resúmen de la exploracion del señor D. Samuel Navarro, que, como se vé, trajo datos interesantes, y puede compararse con la que hizo veinticinco años antes Martin de Moussy.

Echase de ver que, tanto la costa del Uruguay como las del Paraná, se prestan para la colonizacion, que dará allí excelentes resultados, sobre todo cuando se hayan establecido vias de comunicacion fáciles y baratas.

Para completar lo que diré por ahora sobre el territorio de Misiones, tomo los siguientes datos de la «Coleccion de documentos» publicada por el gobierno de Corrientes.

«El departamento de Santo Tomé tenia (en 1877) trece ingenios de yerba-mate, cinco de fariña, cinco de caña, miel y azúcar. En todos esos ingenios se fabricaban anualmente de ochenta á noventa mil arrobas de yerba-mate (80-90,000). Para moler y enzurronar la yerba, ocupaba por lo menos cuatro peones cada ingenio, fuera de los podadores y troperos de la sierra.

Habíanse elaborado en el año 1876 cuarenta y tres mi quinientas nueve arrobas (43,509).

Habia doscientos seis (206) propietarios entre el alto Paraná y el alto Uruguay.

Segun un censo levantado en 1879, la poblacion de Misiones era la siguiente:

	VARONES	MUGERES	TOTAL
Candelaria	4244	3647	7891
Paso de los Libres..	3876	3797	7673
Santo Tomé	3307	3115	6422
La Cruz	3249	2969	6218
San Javier........	1764	1485	3249
Paggi (cálculo)			1500
Ituzaingó.........	268	247	515
Suman	16708	15260	33468

Antes de concluir, debo decir que, si como lo asegura D. Samuel Navarro, los gobiernos anteriores de Corrientes mostraron poco interés por la inmigracion y la colonizacion, no pasa lo mismo con los actuales gobernantes. En la última conversacion qué tuve con el señor Gobernador Gallino, este señor se espresó del modo siguiente: « Que el « Gobierno Nacional nos deje lo que hemos poblado, y que « ponga quinientos mil inmigrantes en el territorio de las « altas Misiones—y quedaremos muy satisfechos ».

XXX

En las cartas anteriores creo haber dicho lo mas importante para dar á conocer el valioso territorio de Misiones, que era el objeto pue me habia propuesto. Mas tarde he de entrar en otros detalles.

No hablé, sinó incidentalmente, de la cuestion que está actualmente á la órden del dia, es decir, de la segregacion del territorio que el Gobierno de la República considera como nacional, y que la provincia de Corrientes reivindica como suyo. Esta cuestion es delicada, no abrigo la pretension de resolverla. Ya dije lo que el ilustrado Martin de Moussy opinaba á este respecto, en momentos en que no se habian movido aun las pasiones políticas.

Desde entonces han venido y han hablado otros individuos que no eran simples exploradores como Martin de Moussy, sino estadistas y publicistas que han desempeñado un papel importante en la República. Vale la pena de oirlos un momento.

El señor D. Nicasio Oroño, ex-senador, ex-diputado al Congreso Nacional, ex-gobernador de la provincia de Santa Fé, ha escrito un libro titulado: «La verdadera organizacion del pais, 1871» en el cual propone lo siguiente:

« Provincia de Corrientes—Esta provincia será limitada: al Norte por el rio Paraná;—al Este, por el pueblo «Caraguatay» (este pueblo no existe, supongo que es un punto intermedio entre Ituzaingó y la Trinchera de San José)» comprendiendo en la provincia su ejido, por una recta de Nor-Este á Sud-Este, que tirada del estremo Nor-Este de dicho pueblo, vaya á unirse con el arroyo Aguapey, por el arroyo Aguapey y el rio Uruguay (el texto dice Paraguay, pero evidentemente es un error de cajista);—al Sud, por los límites establecidos en el Norte de la Provincia de Entre-Rios;—y al Oeste, por el rio Paraná.

Es lo mismo—si no me equivoco—que propuso el Gobierno Nacional en su mensage.

Pero el señor Oroño agregaba en un segundo artículo:

« Los territorios que queden fuera de los límites asignados á cada una de las provincias por esta ley, se declaran de propiedad nacional, y sujetos á las disposiciones del capítulo siguiente y siguientes, para su division, distribucion y gobierno. Esceptúanse aquellos territorios que actualmente se encontrasen poblados por las provincias con sus esfuerzos propios, y que en virtud de la presente demarcacion quedasen fuera de sus límites, sobre cuyos territorios el Gobierno General no ejercerá jurisdiccion ni dominio sin que préviamente se hubiese consultado esta parte de la ley, con el plano de su referencia, á las respectivas legislaturas de provincia, y obtenídose su asentimiento ».

Tal era el proyecto de ley del Senador Oroño; pero en el fondo reconocia y reconoce todavia la necesidad de poner en el territorio de Misiones, un poder fuerte y progresista, para levantarlo á la categoria de una nueva entidad politica, porque asi lo exijen el interés politico, el interés económico, el interés nacional.

La cuestion queda, pües, reducida á una cuestion de forma, pero el resultado es el mismo.

La Nacion, dirijida y redactada por el general Mitre, hace mencion de ese proyecto, que fué presentado al Senado en Mayo de 1869. (Número del 7 de Julio ppdo.)

«En Agosto del mismo año—añade la *Nacion*—presentó la administracion otro proyecto sobre lo mismo, creando ó resucitando la antigua provincia de Misiones, dándole por limite por la parte de Corrientes, el rio Miriñay.

«En Setiembre de 1871, una comision compuesta de Senadores de cinco provincias, redactó un nuevo proyecto delimitando el territorio de Misiones del de la provincia de Corrientes, dándole por limites comunes el I-guazú por el norte, conciliando las diversas opiniones de sus miembros respecto de este punto.

«Durante la administracion Avellaneda, en Mayo de 1877, presentó el Ejecutivo un mensaje respecto de la colonizacion de una parte del territorio de Misiones, sobre el cual habia interpuesto reclamo el gobierno de Corrientes, considerandolo propiedad suya, sometiéndose la cuestion al Congreso en vista de la atribucion que confiere el articulo 67 inciso 14 de la Constitucion.

En fin, *La Nacion* viene á discutir el mensaje del actual Poder Ejecutivo sobre la misma cuestion y aunque lo combate, declara lo siguiente:

«No es nuestro ánimo tratar la cuestion de Misiones del punto de vista de los titulos alegados por la provincia de Corrientes, ni de los derechos eventuales de la Nacion. *Creemos, si, que la existencia de un territorio nacional en la antigua provincia de Misiones, que prepare su futura resurreccion, es una conveniencia nacional del presente y del futuro, y en esto están mas ó menos conformes todos.* Cuales hayan de ser los limites y si esto se ha de realizar por sesion de la provincia ó ley autoritativa del Congreso, es un punto del que no tenemos para que ocuparnos al

presente, limitandonos á impugnár la doctrina histórica y politica del mensaje.»

Tal es la opinion del general Mitre. ex-presidente de la República, y asegura que es la de «todos, mas ó menos». Vuelvo á repetir entonces que es cuestion de pura forma; y es fácil entenderse.

La misma Legislatura de Corrientes, en el manifiesto que ha dado recientemente (28 de Junio), me parece que patentiza intenciones conciliadoras, cuando dice:

«Corrientes solo ha pretendido el reconocimiento de los derechos de su soberania y jurisdiccion en Misiones, *mas como un simple deber de dignidad*, que como Estado le exije su personalidad politica.

«Pero ella no ha negado en bien comun de la Nacion nada sobre este territorio. En nombre de él tampoco nada se le ha pedido hasta ahora en sentido de territorios.

«Cuando en nombre de la Nacion se dispuso de los territorios entre Paraná y Tebicuary, ó en el Chaco, ella ni protestó, ni manifestó la menor mala voluntad.

«Algo mas: ha ofrecido todas sus tierras fiscales para cualquier objeto de interés nacional por las leyes de Octubre 10 de 1876 y de Agosto 18 de 1877.

«No ha recibido hasta ahora ni un pedido de «cesion» en nombre de la Nacion, mas que de «reivindicacion» en nombre de derechos atribuídos ál Estado General.

«Lo uno habria dado á Corrientes ocasion de atestiguar su adhesion á todo lo que es progreso y patriotismo, como lo hizo magnánimamente la provincia hermana Buenos Aires, en aras del bien comun de la patria.

«Lo otro solo ha debido lastimar los derechos soberanos de la Nacion bajo el punto de vista de los intereses orgánicos de un Estado particular de la misma.»

Despues de haber leido estas lineas, vuelvo á repetir que es cuestion de pura forma: desde que todos están con-

formes respecto al fondo de la cuestion, que «es el bien comun de la patria», no debe dificil llegar á un acuerdo que prepare «la futura resurreccion» pedida por el general Mitre.

Al resolver la cuestion como se pide, los argentinos no harán sinó imitar á los Estados-Unidos, á los cuales consideran siempre su modelo. Con los territorios de la provincia de Virginia se han formado seis estados nuevos: Kentucky, Illinois, Indiana, Ohio, Michigan, West-Virginia, que, agregados al Estado viejo, alcanzan actualmente á la suma de TRECE MILLONES SEISCIENTOS SESENTA MIL OCHOCIENTOS SETENTA Y OCHO HABITANTES, SEGUN EL CENSO DE 1880.

Tomo estos datos de un artículo del Sr. Calvo, traductor del comentario de Story sobre la Constitucion de los Estados-Unidos. Dice el mismo publicista con este motivo.

«Las provincias argentinas mas pobres, las menos aptas para gobernar bien sus estensos páramos, no los pueblan porque no tienen recursos propios para ello, ni permiten, á pretesto de integridad provincial, el que Cobierno Nacional organice en ellos territorios nacionales, que se conviertan despues en provincias populosas.

«Asi es que la accion progresiva de las sociedades argentinas se retarda, porque el desierto que las separa unas de otras, es una rémora para el desarrollo de nuestra civilizacion.» (*Tribuna Nacional* 27 de Julio.)

Por consiguiente, puesto que se trata de formar un nuevo ser politico, es preciso dotarlo con todas las condiciones de vitalidad necesarias, porque sinó, seria exponerlo á llevar una vida enfermiza y miserable, en cuyo caso valdria mas para él no haber nacido.

Buenos Aires, Agosto 21 de 1881.

NOTA

En la carta novena dije qué la formacion del terreno de Misiones es plutónica, vulcánica (y no volcánica como pusieron los cajistas); quise decir que el vulcanismo ha desempeñado allí un rol prepotente.

Es sabido que hay dos sistemas en geologia, él de los vulcanistas y él de los neptunistas, es decir · él de los que lo atribuyen todo al fuego y él de los que lo atribuyen todo al agua.

«Por vulcanismo se entiende la suma de todos los fenóme-
«nos determinados en la superficie de la tierra por la
« masa central en ignicion, hablando en otros términos,
« todas las reacciones del interior de nuestro planeta so-
« bre su corteza y su superficie.»

(Tratado de geologia y de paleontologia por Credner, profesor en la universidad de Leipzig.)

« La influencia del vulcanismo sobre la configuracion
« de la superficie de la tierra no debe menospreciarse en
« modo alguno, muy al contrario, pero no es la causa úni-
« ca que haya obrado. . . . . . Uno ha quedado admirado
« cuando ha reconocido al fin, en la *gota de agua* que pe-
« netra en todas partes, el elemento cuya actividad tran-
« quila pero nunca interrumpida, era la causa principal de
« la configuracion actual de la superficie de la tierra.

« El agua destruye en algunos parajes para construir
« en otros; tiene un papel opuesto al vulcanismo, y derri-
« ba lo que este levanta, nivela todo lo que este cava. El
« objeto final de su actividad es reducir la superficie de
« la tierra á ese estado primitivo de regularidad que el

« cavamiento de los valles y el solevantamiento de las « montañas vinieron á modificar.» (id)

Por lo demás, veáse el análisis de la tierra roja de Misiones, hecho en Paris por el ingeniero Rivot, segun la refiere M. Alfred Demersay, en su *Historia del Paraguay.* (Paris 1864.)

«En 100 partes se encuentran:

Arcilla y cuartzo	6	5.60
Oxido de hierro		18.70
Cal		2.80
Perdida en el fuego		11.60
		98.70

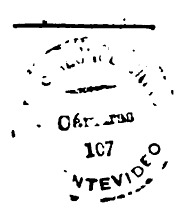
La muestra no contiene acido fosfórico. La arcilla que contiene es facilmente atacable por los ácidos.»

Veáse ahora, segun M. Berthier, la composicion de la tierra vejetal de Cuba.

Carbonato de cal		0,080
Peroxido de hierro		0,040
Oxido de manganeso		0,010
Silice		0,736
— Arcilla	0,50	
Alumina		0,170
Agua y materias orgánicas		0,250
		0,986

Bonpland, admirando la estremada feracidad del terreno de Misiones, preguntaba en los apuntes que comunicó á M. Demersay si no seria idéntico á la tierra roja de la *vuelta de Abajo*, en la isla de Cuba, él que suministra el mejor tabaco de la Habana.

Sus previsiones, dice Demersay, vinieron, pues, á justificarse: en ambos puntos el suelo arable es idéntico, y las diferencias que puede presentar bajo el punto de vista de la feracidad dependen exclusivamente de las materias orgánicas que contiene. Pero esas diferencias escapan al análisis.



INDICE

PÁGINA

